FLASH FORWARD

Robert J. Sawyer

Nebula Award Winner

El equipo de investigación de Lloyd Simcoe y Theo Procopides está empleando el acelerador de partículas del laboratorio del CERN de Suiza en un proyecto secreto. Pero su experimento sale terriblemente mal y, durante un par de minutos, la conciencia de toda la raza humana es arrojada veinte años hacia el futuro.

Mientras la humanidad debe restañar los catastróficos efectos inmediatos del experimento, las implicaciones más serias tardan algo en aparecer. Aquellos que no recibieron visiones del porvenir tratan de descubrir cómo morirán. Otros buscan ya a sus futuros amantes. Lloyd deberá superar la culpabilidad por haber provocado accidentalmente la muerte de la hija de su prometida, mientras Theo se ve atrapado en la investigación de su propio asesinato.

A medida que las verdaderas consecuencias de lo sucedido comienzan a hacerse claras, la presión para repetir el experimento aumenta sin cesar. Todos quieren un destello del futuro, una oportunidad para saltar y ser testigo de su éxito… o para aprender a evitar sus errores.

En esta novela, repleta del ingenio habitual de Sawyer, de sus descripciones y diálogos de alta escuela, de personajes perfectamente construídos y de un brillante sentido del ritmo, el autor demuestra que está en su mejor momento.

Robert J. Sawyer

Flashforward

Recuerdos del futuro

ePub r1.1
adruki 03.07.13

Título original: *Flashforward*
Robert J. Sawyer, 1999
Traducción: Carlos Lacasa Martín
Diseño de portada: Tom Doherty Associates

Editor digital: adruki
ePub base r1.0

Para Richard M. Gotlib

Richard y yo nos conocimos en el instituto, en 1975, y entonces imaginábamos un futuro distinto para nuestras vidas. Pero una cosa estaba totalmente clara: por muchos años que pasaran, siempre seríamos amigos. Ahora, un cuarto de siglo después, me encanta poder decir que al menos eso resultó exactamente como estaba planeado.

Reconocimientos
Sinceros agradecimientos para mi agente Ralph Vicinanza y su asociado, Christopher Lotts; para mi editor en Tor, David G. Hartwell, y su ayudante James Minz; Chris Dao y Linda Quinton, también de Tor; el editor de Tor Tom Doherty; Rob Howard, Suzanne Hallsworth, Heidi Winter y Harold y Sylvia Fenn, de mi distribuidora canadiense, H. B. Fenn & Co., Ltd.; Neil Calder, jefe de prensa de la Organización Europea para la Física de Partículas (CERN); Dr. John Cramer, profesor de Física de la Universidad de Washington; Dr. Shaheen Hussain Azmi, Asbed Bedrossian, Ted Bleaney, Alan Bostick, Michael A. Burstein, Linda C. Carson, David Livingstone Clink, James Alan Gardner, Richard M. Gotlib, Terence M. Green, John-Allen Price, Dr. Ariel Reich, Alan B. Sawyer, Tim Slater, Masayuki Uchida y Edo van Belkom; mi padre, John A. Sawyer, por prestarme una y otra vez su casa de verano en la Bahía de Bristol, donde se escribió gran parte de esta novela; y especialmente a mi adorable esposa, Carolyn Clink.

El traductor quiere agradecer su ayuda y comentarios a Javier Vijande, del CERN.

LIBRO I

ABRIL DE 2009

Aquel que prevé calamidades las sufre dos veces.
—Beilby Porteus

1

PRIMER DÍA: MARTES 21 DE ABRIL DE 2009

Un corte en el espaciotiempo...

El edificio de control del gran colisionador de hadrones (o LHC, por sus siglas en inglés) del CERN era nuevo; su construcción había sido autorizada en 2004 y terminada dos años más tarde. La instalación encerraba un patio central, inevitablemente bautizado como «el núcleo». Todas las oficinas tenían una ventana que daba o bien al núcleo o bien al resto del extenso campus del CERN. El cuadrángulo que rodeaba este corazón era de dos plantas, pero los ascensores principales disponían de cuatro paradas: las dos de los niveles sobre el suelo; la del sótano, que albergaba las calderas y los almacenes; y la del nivel menos cien metros, que comunicaba con la plataforma del monorraíl empleado para recorrer la circunferencia de veintisiete kilómetros del túnel del colisionador. El propio túnel discurría bajo los campos de labranza, la periferia del aeropuerto de Ginebra y las colinas del Macizo Jura.

El muro sur del pasillo principal del edificio de control estaba dividido en diecinueve largas secciones, cada una decorada con un mosaico obra de artistas de los países miembros del CERN. El de Grecia mostraba a Demócrito y el origen de la teoría atómica; en el de Alemania aparecía la vida de Einstein; el de Dinamarca hacía lo propio con Niels Bohr. Pero no todos los mosaicos representaban temas de Física. El francés mostraba el horizonte de París, y el italiano un viñedo con miles de amatistas pulimentadas, representando cada una de las uvas.

La propia sala de control del LHC era un cuadrado perfecto, con amplias puertas deslizantes situadas en el centro exacto de dos de

sus lados. El cuarto tenía una altura de dos plantas y la mitad superior estaba cerrada con cristal, de modo que los grupos turísticos pudieran observar los trabajos; el CERN ofrecía visitas públicas de tres horas los lunes y sábados, a las nueve de la mañana y a las dos de la tarde. Colgaban de las paredes bajo estos ventanales las diecinueve banderas de los estados miembros, cinco por paramento; el vigésimo puesto lo ocupaba la enseña azul y oro de la Unión Europea.

La sala de control contenía decenas de consolas. Una estaba dedicada a operar los inyectores de partículas y controlaba el comienzo de los experimentos. Junto a ella había otra con un lado inclinado y diez monitores que escupían los resultados de los detectores ALICE y CMS, los enormes sistemas subterráneos que registraban y trataban de identificar las partículas producidas por los experimentos del LHC. Las pantallas de una tercera consola mostraban porciones del túnel subterráneo y su suave curvatura, con el perfil «I» del monorraíl colgando del techo.

Lloyd Simcoe, un investigador canadiense, estaba sentado en la consola del inyector. Tenía cuarenta y cinco años, era alto y estaba bien afeitado. Sus ojos eran azules, y el cabello castaño, de corte militar, parecía tan oscuro que casi podía considerarse moreno (salvo en las sienes, donde empezaba a encanecer).

Los físicos de partículas no eran conocidos por su esplendor en el vestir, y hasta hacía poco Lloyd no había sido una excepción. Pero, hacía algunos meses, había aceptado donar todo su guardarropa a la sucursal en Ginebra del Ejército de Salvación, dejando que su prometida le comprara ropa nueva. Para ser sinceros, el nuevo vestuario era un poco ostentoso para su gusto, pero tenía que admitir que nunca había tenido tan buen aspecto. Aquel día llevaba una camisa beige de vestir, una chaqueta perlada, pantalones marrones con bolsillos exteriores y, en un guiño a la moda tradicional, zapatos italianos de cuero negro. También había adoptado un par de símbolos universales de posición, que además añadían un toque de color local: una estilográfica Mont Blanc, que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, y un reloj suizo analógico de oro.

Sentada a su derecha, en la consola de detectores, estaba el

cerebro detrás de aquel cambio, su prometida, la ingeniera Michiko Komura. Tenía treinta y cinco, diez años menos que Lloyd, nariz respingona y un lustroso pelo negro cortado al estilo masculino, la moda del momento.

Tras ella se encontraba Theo Procopides, el compañero de investigación de Lloyd. Con veintisiete años, era dieciocho más joven que el canadiense. Más de un bromista había comparado al maduro y conservador Simcoe y a su exuberante colega griego con el equipo de Crick y Watson. Theo tenía el pelo oscuro, espeso y rizado, ojos grises y una mandíbula fuerte y prominente. Casi siempre vestía vaqueros rojos (a Lloyd no le gustaban, pero prácticamente nadie con menos de treinta años seguía usando vaqueros azules) y una de sus infinitas camisetas con personajes de dibujos animados de todo el mundo; hoy había elegido al venerable Piolín. Otra decena de científicos e ingenieros se situaba en las consolas restantes.

Ascendiendo por el cubo...

Salvo por el suave zumbido del aire acondicionado y de los ventiladores del equipo, la sala de control estaba en silencio absoluto. Todo el mundo estaba nervioso y tenso tras un largo día de preparativos para aquel experimento. Lloyd echó un vistazo al cuarto y lanzó un profundo suspiro. Su pulso estaba acelerado y sentía un hormigueo en el estómago.

El reloj de la pared era analógico; el de su consola, digital. Los dos se acercaban a toda prisa a las diecisiete horas (que para Lloyd, a pesar de llevar dos años en Europa, seguían siendo las 5:00 pm).

Era director del grupo de casi mil físicos que empleaba el detector ALICE (siglas en inglés de «Un experimento de colisión de iones pesados»). Theo y él habían pasado dos años diseñando aquella colisión de partículas en especial, dos años para realizar un trabajo que podría haber tomado dos vidas. Estaban intentando recrear niveles de energía que no habían existido desde el nanosegundo posterior al Big Bang, cuando la temperatura del universo había sido de 10.000.000.000.000.000 grados. En el proceso esperaban detectar el santo grial de la física de alta energía, el largamente buscado bosón de Higgs, la partícula cuya interacción dotaba de masa a las demás. Si el experimento funcionaba, el

bosón, y el Nóbel que sin duda correspondería a sus descubridores, estarían en sus manos.

Todo el ensayo había sido automatizado y sincronizado. No había ninguna enorme palanca que bajar, ningún botón que pulsar escondido detrás de una pantalla deslizante. Sí, Lloyd había diseñado y Theo codificado los módulos básicos del programa de aquel experimento, pero ahora todo lo controlaba el ordenador.

Cuando el reloj digital alcanzó las 16:59:55, Lloyd comenzó la retrocuenta en voz alta.

—Cinco.

Miró a Michiko.

—Cuatro.

Ella le devolvió la sonrisa para animarlo. Dios mío, cómo la quería.

—Tres.

Desvió su atención al joven Theo, el *wunderkind*, el joven prodigio que Lloyd siempre había querido ser, mas sin éxito.

—Dos.

Theo, siempre altanero, le mostró el puño cerrado con el pulgar hacia arriba.

—Uno.

Dios mío, por favor…, pensó Lloyd. *Por favor*.

—Cero.

Y entonces…

Y entonces, de repente, todo varió.

Se produjo un cambio inmediato en la iluminación: la pálida luz de la sala de control fue reemplazada por la del sol, filtrada a través de una ventana. Pero no hubo ajuste ni molestia, y las pupilas de Lloyd no se contrajeron. Era como si siempre hubiera estado acostumbrado a aquella luz más brillante.

Pero no era capaz de controlar sus actos. Quería mirar alrededor, ver lo que sucedía, mas sus ojos se movían por voluntad propia.

Estaba en la cama, al parecer desnudo. Podía sentir las sábanas de algodón deslizándose por su piel al incorporarse sobre un codo. Al mover la cabeza alcanzó a vislumbrar brevemente las ventanas del dormitorio, que al parecer pertenecían a la segunda planta de

una casa de campo. Veía árboles y...

No, eso no podía ser. Aquellas hojas eran fuego gélido, pero hoy era veintiuno de abril... primavera, no otoño.

Su visión siguió moviéndose y, de repente, con lo que debería haber sido un sobresalto, comprendió que no estaba solo en la cama. Había alguien más con él.

Se encogió.

No, no era cierto. No reaccionó físicamente en modo alguno; era como si su mente se hubiera divorciado del cuerpo. Pero *sintió* que se encogía.

La otra persona era una mujer, pero...

¿Qué demonios estaba pasando?

La mujer era mayor, arrugada, de piel traslúcida y cabello de gasa blanca. El colágeno que una vez había llenado sus pómulos se había aposentado como carúnculas en la boca, una boca ahora risueña, con las comisuras de la sonrisa perdidas entre arrugas perennes.

Lloyd trató de alejarse de la bruja, pero su cuerpo se negó a cooperar.

¿Qué demonios está sucediendo, Dios mío?

Era primavera, no otoño.

Salvo que...

Salvo que, por supuesto, se encontrara en el hemisferio sur. Transportado, de algún modo, desde Suiza hasta Australia...

Pero no. Los árboles que había vislumbrado a través de la ventana eran arces y álamos; *tenía* que estar en Norteamérica o Europa.

Su mano se alzó. La mujer vestía una camisa azul, pero no era la parte superior de un pijama. Tenía charreteras abotonadas y varios bolsillos: ropa «de aventura» fabricada en algodón, del tipo de L. L. Bean o Tilley, lo que una mujer práctica usaría para hacer jardinería. Lloyd notó cómo sus dedos acariciaban el tejido, sintiendo su suavidad, flexibilidad. Y entonces...

Y entonces sus yemas encontraron el botón, duro, plástico, calentado por el cuerpo de ella, traslúcido como la piel. Sin vacilación, los dedos lo apresaron, lo sacaron y lo deslizaron a un lado del ojal. Antes de que la prenda se abriera, la mirada de Lloyd,

aún actuando por propia iniciativa, se alzó de nuevo al rostro de la mujer, observando unos pálidos ojos azules cuyos iris mostraban un halo de anillos blancos incompletos.

Sintió tensarse sus propias mejillas al sonreír. Su mano se deslizó dentro de la camisa, encontrando el seno. De nuevo quiso apartarse, alejando la mano. El pecho era blando y arrugado, y la piel que lo cubría no era firme, como una fruta pasada. Los dedos se apretaron, siguiendo los contornos del seno hasta encontrar el pezón.

Lloyd sintió una presión en la ingle. Durante un horrible momento pensó que estaba teniendo una erección, pero no era así. Lo que sucedió fue que, de repente, se produjo una sensación de plenitud en la vejiga; tenía que orinar. Retiró la mano y vio cómo las cejas de la mujer se alzaban inquisitivas. Lloyd sintió alzarse y bajar sus propios hombros. Ella le sonrió de forma cálida, comprensiva, como si fuera lo más natural del mundo, como si siempre tuviera que excusarse en los prolegómenos. Los dientes de la mujer eran ligeramente amarillos, el sencillo color de la edad, pero por lo demás estaban en perfecto estado.

Al fin su cuerpo hizo lo que él había estado deseando: se alejó de la mujer. Sintió malestar en la rodilla al girarse, un pinchazo agudo. Le dolía, pero lo ignoró. Sacó las piernas de la cama y apoyó los pies con suavidad en el suelo de madera. A medida que se alzaba, vio una mayor parte del mundo más allá de la ventana. Era media mañana o media tarde, y la sombra de cada árbol se derramaba sobre el contiguo. Un pájaro había estado descansando en una de las ramas, pero se asustó por el repentino movimiento en el dormitorio y alzó el vuelo. Era un petirrojo, el zorzal grande de Norteamérica, no el pequeño del Viejo Mundo; no había duda de que estaba en los Estados Unidos o en Canadá. De hecho, aquello se parecía mucho a Nueva Inglaterra; le encantaban los colores del otoño en Nueva Inglaterra.

Se descubrió moviéndose lentamente, casi como si arrastrara los pies sobre el suelo. Comprendió entonces que aquella habitación no estaba en una casa, sino en una cabaña. El mobiliario era la mezcla habitual de una residencia de vacaciones. Al menos reconoció la mesilla: baja, de aglomerado, con papel pintado en la superficie superior a imitación de la madera. Era un mueble que había

comprado de estudiante, y que había terminado colocando en el cuarto de invitados de la casa de Illinois. ¿Pero qué hacía allí, en aquel lugar extraño?

Siguió su camino. La rodilla derecha le dolía a cada paso, y se preguntó qué le pasaba. De una pared colgaba un espejo; el marco era de pino nudoso, cubierto con un barniz transparente. Contrastaba con la «madera» más oscura de la mesilla, claro, pero...

Dios.

Dios mío.

Por propia voluntad, los ojos contemplaron el espejo al pasar y se vio a sí mismo...

Durante medio segundo pensó que era su padre.

Pero era él. El pelo que le quedaba en la cabeza era totalmente gris, y el del pecho blanco. La piel estaba suelta y arrugada, y su paso era un cojeo.

¿Podía ser la radiación? ¿Podía haberlo expuesto el experimento? ¿Podía...?

No. No, no era eso. Lo sabía en sus huesos, en sus huesos *artríticos*. No era eso.

Era un *anciano*.

Era como si hubiera envejecido veinte años o más, como si...

Dos décadas de vida desaparecidas, borradas de su memoria.

Quiso gritar, aullar, protestar por la injusticia, por la pérdida, exigir satisfacción al universo...

Pero no podía hacer nada de todo aquello; no tenía el control. Su cuerpo prosiguió su lento y doloroso arrastrar hasta el baño.

Al girarse para entrar en el mismo, devolvió la mirada a la mujer en la cama, ahora incorporada sobre un costado, con la cabeza apoyada en un brazo y una sonrisa traviesa, seductora. Alcanzó a ver el destello dorado en el dedo corazón de la mano izquierda. Ya era malo dormir con una anciana, pero estar *casado* con ella...

La puerta lisa de madera estaba entreabierta, pero extendió un brazo para abrirla por completo; por el rabillo del ojo divisó la otra alianza en su propia mano.

Y entonces comprendió. Aquella bruja, la extraña, la mujer a la que no había visto nunca antes, aquella que no se parecía en absoluto a su amada Michiko, era su esposa.

Quiso volver a mirarla, tratar de imaginarla décadas más joven, reconstruir la belleza que antaño podría haber sido, pero...

Pero entró en el baño, se giró para encararse con el inodoro, se inclinó para levantar la tapa y...

...y de repente, de forma increíble, asombrosa, Lloyd Simcoe sintió el alivio de estar de vuelta en el CERN, en la sala de control del LHC. Por algún motivo, se había derrumbado en su silla de vinilo. Se incorporó y se alisó la camisa hasta arreglarla.

¡Qué alucinación más increíble! Habría consecuencias, por supuesto: se suponía que allí estaban totalmente protegidos, que había un centenar de metros de tierra entre ellos y el anillo del colisionador. Pero había oído que las descargas de alta energía podían causar alucinaciones; sin duda, eso era lo que había sucedido.

Lloyd tardó un instante en orientarse. No había habido transición entre el *aquí* y el *allí*: ningún fogonazo ni destello, ninguna sensación de aturdimiento ni problemas de audición. Estaba en el CERN y, de repente, se encontraba en otro lugar durante, ¿dos minutos, quizá? Y ahora, del mismo modo, se encontraba de vuelta en la sala de control.

Por supuesto, nunca se había marchado. Por supuesto, todo era una ilusión. Michiko parecía atónita. ¿Lo había estado observando durante su alucinación? ¿Qué había estado haciendo? ¿Sacudirse como un epiléptico? ¿Moverse en su lugar, como si acariciara un seno invisible? ¿O simplemente se había derrumbado en su silla, cayendo inconsciente? De ser así, no podía haber perdido el conocimiento mucho tiempo (nunca los dos minutos que había percibido), pues en caso contrario Michiko y los demás estarían ahora mismo sobre él, comprobando su pulso y desabrochándole el cuello de la camisa. Observó el reloj analógico: de hecho, habían pasado dos minutos de las cinco de la tarde.

Entonces miró a Theo Procopides. La expresión del joven griego era menos tensa que la de Michiko, pero parecía tan alerta como Lloyd, observando a todos los presentes, desviando la mirada en cuanto alguno se la devolvía.

Lloyd abrió la boca para hablar, aunque no estuviera seguro de lo que quería decir. La cerró en cuanto oyó un gemido procedente

de la puerta abierta más cercana. Era evidente que Michiko también lo había oído; los dos se incorporaron al mismo tiempo. Ella estaba más cerca de la puerta y, para cuando Lloyd llegó, la mujer ya se encontraba en el pasillo.

—¡Dios mío! —decía—. ¿Estás bien?

Uno de los técnicos, Sven, trataba de ponerse en pie. Se cubría con la mano derecha la nariz, que sangraba profusamente. Lloyd corrió de vuelta a la sala de control, soltó el botiquín de primeros auxilios de su enganche en la pared y volvió a toda prisa. El material se encontraba en una caja blanca de plástico; la abrió y comenzó a desenrollar la gasa.

Sven habló en noruego, pero se detuvo tras unos instantes y repitió en francés.

—D-debo de haberme desvanecido.

El corredor estaba cubierto de duras baldosas, y Lloyd podía ver un rastro de sangre en el lugar en que el rostro de Sven había caído. Le pasó la gasa y el noruego asintió a modo de agradecimiento mientras la apretaba contra su nariz.

—Qué locura —dijo—. Fue como quedarme dormido de pie —emitió una pequeña risa—. Incluso tuve un sueño.

Lloyd sintió cómo sus cejas se enarcaban.

—¿Un sueño? —repitió, también en francés.

—Totalmente vívido —respondió Sven—. Estaba en Ginebra, en Le Rozzel. —Lloyd la conocía bien; una *crêperie* de estilo bretón en la Gran Rue—, pero era como algo de ciencia ficción. Había coches flotando sin tocar el suelo, y...

—¡Sí, sí! —era una voz de mujer, pero no como respuesta a Sven. Procedía del interior de la sala de control—. ¡A mí me sucedió lo mismo!

Lloyd regresó a la sala, débilmente iluminada.

—¿Qué sucedió, Antonia?

Una fuerte italiana había estado hablando a otros dos de los presentes, pero ahora se volvía hacia Lloyd.

—Era como si, de repente, estuviera en otro lugar. Parry dice que a él le ha ocurrido lo mismo.

Michiko y Sven se encontraban ahora en el umbral, justo detrás de Lloyd.

—A mí también —añadió Michiko, al parecer aliviada por no estar sola en todo aquello.

Theo, que se había acercado a Antonia, fruncía el ceño. Lloyd lo observó.

—¿Y tú, Theo?

—Nada.

—¿Nada?

Theo negó con la cabeza.

—Debemos haber quedado todos inconscientes —dijo Lloyd.

—Yo, desde luego, sí —replicó Sven. Apartó la gasa de la cara y se tocó para comprobar si había dejado de sangrar. No era así.

—¿Cuánto tiempo estuvimos fuera? —preguntó Michiko.

—Yo... ¡Dios! ¿Qué hay del experimento? —preguntó Lloyd. Corrió hacia la estación de control de ALICE y presionó un par de teclas.

—Nada —anunció—. *¡Mierda!*

Michiko exhaló defraudada.

—Debería haber funcionado —siguió Lloyd, golpeando la consola con la palma de la mano—. Deberíamos tener el Higgs.

—Bueno, *algo* sucedió —respondió Michiko—. Theo, ¿no viste *nada* mientras los demás teníamos... teníamos visiones?

Theo negó con la cabeza.

—Absolutamente nada. Supongo... supongo que perdí el sentido. Excepto que no hubo negrura. Estaba observando a Lloyd realizar la retrocuenta: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero. Después se produjo un corte, ya sabes, como en las películas. De repente Lloyd estaba derrumbado en su asiento.

—¿Me viste caer?

—No, no: Es como he dicho: estabas ahí sentado, y de repente te vi tirado, sin movimiento intermedio. Creo... supongo que perdí el sentido. Antes de que comprendiera que te pasaba algo, ya te estabas incorporando, y...

De repente, el sonido de una sirena partió el aire, un vehículo de emergencias de alguna clase. Lloyd salió a toda prisa de la sala de control, con todo el personal detrás. El cuarto al otro lado del pasillo disponía de ventana. Michiko, que había llegado primero, ya estaba levantando el estor veneciano, dejando que entrara el sol que

presagiaba el ocaso. Se trataba de un vehículo anti-incendios del CERN, uno de los tres presentes en las instalaciones. Rodaba por el campus, dirigiéndose al edificio principal de administración.

Parecía que la nariz de Sven había dejado de sangrar; sostenía la gasa sanguinolenta a un costado.

—Es posible que alguien más se haya caído —dijo.

Lloyd lo observó.

—Utilizan los coches de bomberos tanto para los primeros auxilios como para los incendios —explicó el noruego.

Michiko comprendió las implicaciones de lo que Sven sugería.

—Debemos comprobar todos los despachos, para asegurarnos de que todo el mundo está bien.

Lloyd asintió y volvió al pasillo.

—Antonia, examina a todos los presentes en la sala de control. Michiko, llévate a Jake y a Sven y ve por ahí. Theo y yo nos encargaremos de esta zona. —Sintió una breve punzada de culpabilidad al prescindir de Michiko, pero de momento tenía que asimilar lo que había visto, lo que había experimentado.

En la primera estancia en la que él y Theo entraron había una mujer en el suelo; Lloyd no recordaba su nombre, pero trabajaba en relaciones públicas. El monitor plano frente a ella mostraba el familiar escritorio tridimensional del Windows 2009. Seguía sin sentido, y por la herida de la frente estaba claro que había caído hacia delante y se había golpeado la cabeza con el borde metálico de la mesa. Lloyd hizo lo que había visto en incontables películas: tomó la mano izquierda de la mujer con su derecha, sosteniendo la muñeca hacia arriba mientras la golpeaba suavemente con la otra mano, para que despertara.

Lo que, al final, hizo.

—¿Dr. Simcoe? —preguntó, observando a Lloyd—. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé.

—Tuve ese... ese sueño —dijo—. Estaba en una galería de arte, en algún sitio, contemplando un cuadro.

—¿Se encuentra bien?

—N-no lo sé. Me duele la cabeza.

—Podría tener una conmoción. Debe ir a la enfermería.

—¿Qué son todas esas sirenas?

—Camiones de bomberos —una pausa—. Mire, tenemos que marcharnos. Podría haber otros heridos.

La mujer asintió.

—Estoy bien.

Theo ya seguía su marcha por el pasillo. Lloyd dejó el despacho y lo siguió. Superó a su compañero, que atendía a otro caído. El corredor giró a la derecha, y Lloyd se introdujo en la nueva sección. Llegó a la puerta de un despacho que se abrió en silencio al acercarse, pero la gente en el interior parecía estar bien, hablando animadamente de las distintas visiones experimentadas. Había tres personas presentes, dos mujeres y un hombre. Una de las primeras reparó en Lloyd.

—Lloyd, ¿qué ha ocurrido? —preguntó en francés.

—Aún no lo sé —replicó en la misma lengua—. ¿Está todo el mundo bien?

—Estamos bien.

—No pude evitar escucharos —dijo Lloyd—. ¿Los tres también tuvisteis visiones?

Tres asentimientos.

—¿Eran de un realismo vívido?

La mujer que aún no había hablado señaló al hombre.

—La de Raoul no. Él tuvo una especie de experiencia psicodélica —dijo, como si fuera lo único que cabía esperar del estilo de vida de Raoul.

—Yo no diría exactamente «psicodélica» —replicó éste, sintiendo la necesidad de defenderse. Su cabello rubio era largo y sano, y lo llevaba recogido en una perfecta coleta—. Pero, desde luego, no era realista. Había un tipo con tres cabezas, y...

Lloyd asintió, cortando la descripción.

—Si estáis todos bien, venid con nosotros. Hay algunos heridos por lo que sea que haya sucedido. Tenemos que encontrar a cualquiera que esté en problemas.

—¿Por qué no llamamos por el intercomunicador para que todos se reúnan en el vestíbulo? —preguntó Raoul—. Entonces podremos contarnos y ver quién falta.

Lloyd comprendió que aquello era totalmente lógico.

—Seguid buscando; hay quien podría necesitar atención inmediata. Yo iré a la entrada. —Salió del despacho mientras los otros se levantaban y salían al pasillo. Lloyd tomó el camino más corto hacia la entrada, dejando atrás los distintos mosaicos. Cuando llegó, parte del personal administrativo atendía a uno de los suyos, que al parecer se había roto el brazo al caer. Otra persona se había escaldado con su propia taza de café hirviendo.

—¿Qué ha sucedido, Dr. Simcoe? —preguntó un hombre.

Lloyd empezaba a cansarse de la pregunta.

—No lo sé. ¿Puede encender la MP?

El hombre lo contemplaba. Era evidente que Lloyd usaba algún americanismo que el tipo no entendía.

—La MP —dijo Lloyd—, la megafonía pública.

El hombre seguía con la mirada perdida.

—¡El intercom!

—Oh, claro —dijo con un inglés endurecido por el acento alemán—. Por aquí —condujo a Lloyd hasta una consola y pulsó varios botones. Lloyd tomó una delgada vara de plástico con un micrófono en la punta.

—Aquí el Dr. Simcoe —podía oír su propia voz rebotada desde los altavoces del pasillo, pero los filtros del sistema evitaban el acople—. Está claro que ha sucedido algo. Hay varios heridos. Si son capaces de andar por su cuenta —dijo, tratando de simplificar el vocabulario; el inglés no era más que la segunda lengua para casi todos los trabajadores— y si los que están con ustedes pueden andar, o si al menos se les puede dejar sin atención, vengan por favor al vestíbulo. Alguien podría haberse caído en un lugar oculto, y tenemos que averiguar si falta alguien. —Le devolvió el micrófono al hombre—. ¿Puede repetirlo en alemán y francés?

—*Jawohl* —respondió éste, traduciendo ya en su cabeza. Comenzó a hablar al micrófono. Lloyd se alejó de los controles de la megafonía e invitó a aquellos capaces de moverse a que fueran al vestíbulo, que estaba decorado con una gran placa de bronce rescatada de uno de los edificios más antiguos, demolido para hacer sitio al centro de control del LHC. La placa explicaba las siglas originales del CERN: *Conseil Européenne pour la Recherche Nucléaire*. En aquel día las siglas no decían nada, pero las raíces históricas

estaban allí honradas.

Casi todos los rostros del vestíbulo eran blancos, con algunas excepciones (Lloyd se detuvo un instante para referirse mentalmente a ellos como melanoamericanos, el término preferido en aquella época por los negros en los Estados Unidos). Aunque Peter Carter era de Stanford, casi todos los demás negros procedían directamente de África. También había varios asiáticos, incluyendo, por supuesto, a Michiko, que había acudido al vestíbulo como respuesta a su mensaje. Se acercó a ella y le dio un abrazo. Gracias a Dios, al menos ella estaba bien.

—¿Algún herido grave? —preguntó.

—Algunas contusiones y otra nariz con hemorragia —dijo Michiko—, pero nada importante. ¿Y tú?

Lloyd buscó a la mujer que se había golpeado la cabeza. Aún no había aparecido.

—Una posible conmoción, un brazo roto y una quemadura fea —hizo una pausa—. Deberíamos llamar algunas ambulancias para llevar a los heridos al hospital.

—Yo me encargo —dijo Michiko, desapareciendo en un despacho.

El grupo aumentaba por momentos, y ya llegaba a los doscientos.

—¡Presten atención! —gritó Lloyd—. ¡Por favor! *¡Votre attention, s'il vous plaît!* —esperó a que todas las miradas se fijaran en él—. ¡Miren a su alrededor para ver si ven a sus compañeros de trabajo, despacho o laboratorio! Si creen que falta alguien, háganmelo saber. Y si alguno de los presentes necesita atención médica inmediata, díganmelo también. Hemos pedido algunas ambulancias.

Mientras decía esto, Michiko regresó. Su aspecto era aún más pálido de lo habitual, y habló con voz trémula.

—No habrá ambulancias —dijo—. Por lo menos, en un tiempo. La operadora de emergencias me ha dicho que están encerradas en Ginebra. Al parecer, todos los conductores en las carreteras perdieron el conocimiento; ni siquiera pueden comenzar a valorar el número de muertos.

2

El CERN había sido fundado cincuenta y cinco años antes, en 1954. El personal consistía en tres mil personas, de las que más o menos un tercio eran físicos e ingenieros, un tercio técnicos y el resto estaba dividido igualmente entre administrativos y personal laboral.

El LHC había costado cinco mil millones de dólares americanos, y había sido construido en el mismo túnel subterráneo circular que seguía la frontera franco-suiza, y que aún albergaba el colisionador de electro-positrones, que ya no estaba en servicio; este LEP había funcionado desde 1989 hasta 2000. El LHC empleaba electroimanes superconductores de campo dual de 10 teslas para propulsar partículas por el gigantesco anillo. El CERN disponía del mayor y más potente sistema criogénico del mundo, y empleaba helio líquido para llevar los imanes a unos meros 1,8 grados Celsius por encima del cero absoluto.

El colisionador de hadrones eran en realidad dos aceleradores en uno: uno aceleraba las partículas en sentido horario, y el otro en el contrario. Podía hacerse chocar un rayo de partículas lanzado en un sentido con otro disparado en dirección contraria, y entonces...

Y entonces E = mc2, por supuesto.

La ecuación de Einstein se limitaba a decir que la materia y la energía eran intercambiables. Si hacías chocar partículas a la velocidad suficiente, la energía cinética de la colisión podía convertirse en partículas exóticas.

El LHC había sido activado en 2006, y durante sus primeros años de trabajo había realizado colisiones entre protones, produciendo energías de hasta catorce trillones de electrón-voltios.

Pero ahora era el momento de pasar a la Fase Dos, y Lloyd Simcoe y Theo Procopides habían dirigido al equipo que diseñara el primer experimento. En la Fase Dos, en vez de hacer chocar

protones con protones, se usarían núcleos de plomo, cada uno doscientas diecisiete veces más pesado que un protón. Las colisiones resultantes producirían mil ciento cincuenta trillones de electrón-voltios, sólo comparables al nivel energético del universo una billonésima de segundo después del Big Bang. En esos niveles de energía, Lloyd y Theo deberían haber producido el bosón de Higgs, una partícula que los físicos llevaban medio siglo persiguiendo.

En lugar de ello, habían producido muerte y destrucción de proporciones planetarias.

Gaston Béranger, director general del CERN, era un hombre compacto e hirsuto con una nariz afilada y aguileña. Había estado sentado en su despacho en el momento del fenómeno. Era la oficina más grande del campus del CERN, con una generosa mesa de conferencias de madera real directamente frente a su escritorio y un bar bien surtido con un espejo detrás. Béranger ya no bebía; no había nada más difícil que ser alcohólico en Francia, donde el vino corría en cada comida; Gaston había vivido en París hasta su asignación al CERN. Pero cuando los embajadores llegaban para ver en qué se gastaban sus millones, necesitaba ser capaz de servirles una copa sin mostrar lo desesperado que estaba por unirse a ellos.

Por supuesto, Lloyd Simcoe y su compañero Theo Procopides estaban realizando su gran experimento en el LHC aquella tarde; podía haber limpiado su agenda para estar presente, pero había otros asuntos importantes, y si presenciaba cada puesta en marcha de los aceleradores, nunca conseguiría sacar el trabajo adelante. Además, necesitaba preparar la reunión de la mañana siguiente con un equipo de Gec Alsthom, y...

—¡Recoge eso!

Gaston Béranger no tenía duda de dónde estaba: era su casa, en el margen derecho de Ginebra. Las estanterías de Ikea eran las mismas, así como el sofá y el sillón. Pero el televisor Sony y su soporte habían desaparecido. En su lugar se encontraba lo que debía de ser un monitor plano, montado en la pared donde antes estuviera el televisor. Mostraba un partido internacional de lacrosse. Uno de los equipos era claramente el español, pero no reconoció al otro, que vestía camiseta verde y púrpura.

Un joven había entrado en el cuarto, pero Gaston no lo

reconoció. Llevaba lo que parecía ser una chaqueta de cuero negro, y la había arrojado a un extremo del sofá, cayendo al suelo alfombrado por encima del respaldo. Un pequeño robot, no mucho mayor que una caja de zapatos, rodó desde debajo de una mesa y se acercó a la prenda. Gaston señaló al robot con un dedo y gritó *«¡Arrêt!»*. La máquina se congeló y, después de un momento, se retiró de vuelta a la mesa.

El joven se dio la vuelta. Parecía tener unos diecinueve o veinte años. En la mejilla derecha mostraba lo que parecía el tatuaje animado de un rayo, que se abría paso por el rostro juvenil en cinco pequeños saltos, repitiendo el ciclo una y otra vez.

Al girarse, el lado izquierdo de su cara se hizo visible... en un horrendo espectáculo: los músculos y vasos sanguíneos eran claramente visibles, como si de algún modo se hubiera tratado la piel con un producto que la hubiera hecho transparente. La mano derecha del joven estaba cubierta con un guante exoesquelético, extendiendo sus dedos en largos apéndices mecánicos rematados en puntas plateadas tan brillantes como afiladas.

—¡Te he dicho que recojas eso! —repitió Gaston en francés; al menos, era su propia voz, aunque no tuviera deseo alguno de pronunciar aquellas palabras—. Mientras sea yo quien te pague la ropa, la tratarás con el cuidado apropiado.

El joven observó a Gaston. Estaba convencido de no conocerlo, pero le recordaba a... ¿a quién? Era difícil asegurarlo con aquel espectral rostro semitransparente, pero la frente alta, los labios finos, los ojos gris carbón, la nariz aguileña...

Las puntas afiladas de las extensiones digitales se retrajeron con un sonido mecánico, y el muchacho cogió la chaqueta entre el pulgar y el índice artificiales, sosteniéndola como si fuera algo desagradable. La mirada de Gaston lo siguió mientras el muchacho se movía por el salón. Mientras tanto, no pudo evitar reparar en que muchos otros detalles estaban cambiados: el patrón familiar de libros en las estanterías había cambiado por completo, como si alguien lo hubiera reorganizado todo en un momento dado. Y, de hecho, parecía haber muchos menos volúmenes de lo que era habitual; parecía que alguien hubiera purgado la biblioteca familiar. Otro robot, éste de forma arácnida y del tamaño de una mano

humana extendida, trabajaba en las estanterías, aparentemente limpiando el polvo.

En una pared donde había estado la reproducción enmarcada del *Le Moulin de la Galette* de Monet había ahora un nicho con lo que parecía una escultura de Henry Moore; pero no, no podía haber ahí nicho alguno. Aquella pared era la medianera con la casa contigua. Debía de ser en realidad una pieza plana, un holograma o algo similar, colgado de la pared para dar ilusión de profundidad; de ser así, el efecto era absolutamente perfecto.

Las puertas del armario también habían cambiado; se abrieron solas al acercarse el chico, que sacó una percha y colgó la chaqueta. Después devolvió la percha al armario... y la chaqueta cayó de ella al suelo del compartimento.

La voz de Gaston saltó de nuevo.

—Maldita sea, Marc, ¿no puedes tener más cuidado?

Marc...

¡Marc!

¡Mon Dieu!

Por eso le parecía familiar.

Un parecido familiar.

Marc. El nombre que Marie-Claire y él habían elegido para el hijo que aún no había nacido.

Marc Béranger.

Gaston ni siquiera había sostenido todavía al bebé en sus manos, no lo había ayudado a eructar sobre su hombro, no le había cambiado los pañales, y allí estaba, un hombre crecido, un hombre aterrador y hostil.

Marc observó la chaqueta tirada, con las mejillas aún enrojecidas, pero se alejó del armario, dejando que las puertas se cerraran a su espalda.

—Maldita sea, Marc —dijo la voz de Gaston—. Me estoy cansando de tu actitud. Si sigues comportándote así, nunca conseguirás un empleo.

—Que te jodan —dijo el muchacho con una voz profunda y un tono de desdén.

Aquellas fueron las primeras palabras de su hijo. Nada de «mamá» o «papá», sino «que te jodan».

Y, como si quedara alguna duda, Marie-Claire entró en el campo de visión de Gaston justo entonces, apareciendo desde detrás de otra puerta deslizante.

—No le hables así a tu padre —le dijo.

Gaston estaba atónito; aquella *era* Marie-Claire, no había duda, pero se parecía más a su madre que a ella. El cabello era blanco, el rostro surcado por las arrugas y había engordado sus buenos quince kilos.

—Que te jodan a ti también —dijo Marc.

Gaston sospechaba que su voz protestaría.

—No le hables así a tu madre. —No se sintió defraudado.

Antes de que Marc se diera la vuelta, alcanzó a ver una zona afeitada en la nuca del chico con una plastilla metálica implantada quirúrgicamente.

Debía de ser una alucinación. *Tenía* que serlo. ¡Pero qué alucinación más terrible! Marie-Claire daría a luz cualquier día de estos. Habían intentado durante años quedarse embarazados; Gaston dirigía una institución capaz de unir de forma precisa un electrón y un positrón, pero él y Marie-Claire no habían conseguido que un óvulo y un espermatozoide, cada uno millones de veces mayor que aquellas partículas subatómicas, se encontraran. Pero al fin había sucedido; al fin Dios les había sonreído y ella estaba encinta.

Y ahora, casi nueve meses después, estaba a punto de dar a luz. Y todas aquellas clases en Lamaze, toda la planificación, todos los preparativos del cuarto del niño, iban a dar frutos muy pronto.

Y entonces ese sueño... pues eso debía de ser. Sólo un mal sueño. Pies fríos; había tenido la peor pesadilla de su vida justo antes de casarse. ¿Por qué iba a ser aquello diferente?

Pero *era* diferente. Aquello era mucho más realista que cualquier sueño que hubiera tenido. Pensó en el enchufe en la cabeza de su hijo, en las imágenes volcadas directamente en un cerebro... ¿la droga del futuro?

—Déjame en paz —dijo Marc—. He tenido un mal día.

—Oh, ¿de verdad? —replicó la voz de Gaston, rezumando sarcasmo—. Así que has tenido un mal día, ¿no? Un día durísimo aterrando a los turistas en la Zona Vieja, ¿eh? Debería haber dejado

que te pudrieras en la cárcel, gamberro ingrato...

Gaston se sorprendió al descubrirse hablando como su padre, diciendo las cosas que él le había dicho cuando tenía la edad de Marc, las cosas que había prometido no repetir a sus propios hijos.

—Vale, Gaston... —intervino Marie-Claire.

—Pues si no aprecia lo que tiene aquí...

—No necesito esta mierda —escupió Marc.

—¡Basta! —saltó Marie-Claire—. Basta ya.

—Te odio —dijo Marc—. Os odio a los dos.

Gaston abrió la boca para responder, y entonces...

...y entonces, de repente, se encontró de vuelta en su despacho del CERN.

Tras informar de las noticias sobre los muertos, Michiko Komura había regresado de inmediato a la oficina de recepción del centro de control del LHC. Había estado intentando llamar a la escuela de Ginebra a la que acudía Tamiko, su hija de ocho años; Michiko se había divorciado de su primer marido, un directivo de Tokio. Pero todo lo que obtenía era la señal de comunicando, y por algún motivo la compañía telefónica suiza no se ofrecía a notificarle automáticamente la liberación de la línea.

Lloyd se encontraba tras ella mientras trataba de establecer comunicación, pero al final la mujer alzó la mirada, con ojos desesperados.

—No puedo soportarlo —dijo—. Tengo que ir allí.

—Iré contigo —se ofreció Lloyd de inmediato. Salieron corriendo del edificio al cálido aire de abril. El sol rubicundo ya besaba el horizonte, y las montañas se alzaban a lo lejos.

El coche de Michiko, un Toyota, también estaba allí estacionado, pero tomaron el Fiat alquilado de Lloyd, con él al volante. Recorrieron las calles del campus del CERN, pasando junto a los tanques cilíndricos de helio líquido, y entraron en la carretera de Meyrin, que los llevaría hasta dicha localidad, justo al este del CERN. Aunque vieron algunos coches a ambos lados de la carretera, las cosas no parecían peores que en una de las raras tormentas de invierno; si bien, por supuesto, no había nieve alguna.

Atravesaron rápidamente la población. A poca distancia se encontraba el aeropuerto Cointrin de Ginebra. Columnas de humo

negro se alzaban hacia el cielo. Un gran reactor de la Swissair se había estrellado en la pista de aterrizaje.

—Dios mío —dijo Michiko. Se llevó el nudillo a la boca—. Dios mío.

Continuaron hasta la propia Ginebra, situada en la punta occidental del Lago Léman. Se trataba de una rica metrópolis de unos doscientos mil habitantes, conocida por sus restaurantes de lujo y sus carísimas tiendas.

Señales de tráfico que normalmente hubieran estado encendidas se encontraban apagadas, y numerosos vehículos (muchos de ellos Mercedes y de otras marcas caras) se habían salido de la calle hasta empotrarse contra los edificios. El escaparate de numerosos comercios estaba roto, pero no parecía que se estuvieran produciendo saqueos. Incluso los turistas parecían demasiado aturdidos por lo que había sucedido como para aprovechar la ocasión.

Divisaron una ambulancia atendiendo a un anciano a un lado de la carretera; también oyeron las sirenas de los camiones de bomberos y otros vehículos de emergencia. En un momento dado divisaron un helicóptero empotrado en la fachada de cristal de una pequeña torre de oficinas.

Condujeron por el Pont d'Ile, atravesando el Ródano con las gaviotas sobre sus cabezas, dejando la Margen Derecha y sus hoteles patricios para entrar en la Margen Izquierda. La ruta alrededor de *Vieille Ville* (la Ciudad Vieja) estaba bloqueada por un accidente entre cuatro vehículos, de modo que tuvieron que intentar abrirse paso por angostas calles de un solo sentido. Recorrieron la Rue de la Cité, que se convirtió en la Grand Rue. Pero también ésta estaba bloqueada por un autobús público que había perdido el control y que ahora ocupaba ambos sentidos. Lo intentaron por una ruta alternativa, ya que Michiko se angustiaba con cada minuto que pasaba, pero también se vieron obstaculizados por vehículos averiados.

—¿A cuánto está la escuela? —preguntó Lloyd.

—A menos de un kilómetro.

—Vayamos a pie.

Regresaron a la Grand Rue y estacionaron el coche en un lado de

la calle. No era un lugar permitido, pero Lloyd no creía que nadie se preocupara por algo así en aquel momento. Salieron del Fiat y comenzaron a correr por las empinadas y obstruidas calles. Michiko se detuvo tras unos pasos para quitarse los zapatos de tacón, de modo que pudiera correr más rápido. Siguieron su ascenso, pero tuvieron que parar de nuevo para que ella se pusiera otra vez los zapatos, ya que se enfrentaban a una acera cubierta de fragmentos de cristal.

Corrieron por Rue Jean-Calvin, pasando frente al Musée Barbier-Muller, cambiaron a la Rue du Puits St. Pierre y volaron por la Maison Tavel, una casa de setecientos años, la mansión privada más antigua de la ciudad. Sólo frenaron un instante cuando pasaron junto al austero Temple de l'Auditoire, donde Calvino y Knox peroraran en su día.

Con el corazón desbocado y sin aliento, prosiguieron su marcha. A su derecha se encontraba la Cathédrale St-Pierrer y la casa de subastas Christie's. Atravesaron a toda velocidad la Place du Bourg-de-Four, con su halo de cafeterías y *patisseries* al aire libre rodeando la fuente central. Muchos turistas y oriundos seguían caídos sobre el pavimento; otros esperaban sentados en el suelo, ya fuera atendiendo sus propias heridas o recibiendo atención de los demás peatones.

Al fin llegaron a la escuela en Rue de Chaudronniers. El Colegio Ducommun era un centro con gran solera que atendía a los hijos de los extranjeros que trabajaban en la zona de Ginebra. El edificio principal tenía más de doscientos años, pero se habían añadido varias alas en las últimas décadas. Aunque las clases terminaban a las cuatro de la tarde, se proporcionaban actividades extraescolares hasta las seis, de modo que los padres trabajadores podían dejar a sus hijos todo el día; aunque ya eran cerca de las siete, aún quedaban allí numerosos alumnos.

Michiko no era en absoluto el único padre que se había acercado a toda prisa. El patio estaba cuajado por las largas sombras de diplomáticos, ricos empresarios y otros cuyos hijos acudían al Ducommun; decenas de ellos abrazaban a sus pequeños y lloraban aliviados.

Todos los edificios parecían intactos. Michiko y Lloyd trataban

de tomar aliento mientras corrían por el césped inmaculado. Por larga tradición, en la escuela ondeaban las banderas de todos los estudiantes presentes; Tamiko era la única japonesa matriculada, pero el sol naciente se mecía en la brisa primaveral.

Llegaron hasta el vestíbulo, que tenía hermosos suelos de mármol y panelados de madera oscura en las paredes. Información estaba a la derecha, y Michiko abrió la marcha hacia allá. La puerta se deslizó a un lado, revelando un largo mostrador de madera que separaba a los secretarios del público. Michiko se acercó y, con la respiración entrecortada, comenzó a hablar.

—Hola. Soy...

—Oh, Madame Komura —dijo una mujer saliendo de un despacho—. He estado intentando llamarla, pero no he sido capaz de obtener línea. —Se detuvo con incomodidad—. Por favor, entre.

Michiko y Lloyd pasaron al otro lado del mostrador y entraron en el cuarto. Sobre una mesa descansaba un ordenador con un tablero de datos acoplado.

—¿Dónde está Tamiko? —preguntó Michiko.

—Por favor —dijo la mujer—. Siéntese. —Miró a Lloyd—. Soy Madame Severin, la directora.

—Lloyd Simcoe —respondió Lloyd—. Soy el prometido de Michiko.

—¿Dónde está Tamiko? —preguntó Michiko de nuevo.

—Madame Komura, lo siento tanto. Yo... —se detuvo, tragó saliva y comenzó de nuevo—. Tamiko estaba fuera. Un coche perdió el control en el estacionamiento y... lo siento tanto...

—¿Cómo está? —preguntó Michiko.

—Tamiko ha muerto, Madame Komura. Todos nosotros... no sé qué sucedió; perdimos el conocimiento, o algo así. Cuando nos recuperamos la encontramos.

Las lágrimas comenzaban a acumularse en los ojos de Michiko, y Lloyd sintió un horrendo peso en el pecho. Michiko encontró una silla, se derrumbó en ella y cubrió su rostro con las manos. Lloyd se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por encima.

—Lo siento tanto —repitió Severin.

Lloyd asintió.

—No fue culpa suya.

Michiko siguió gimiendo hasta que pudo alzar la mirada, con los ojos enrojecidos.

—Quiero verla.

—Sigue en el estacionamiento. Lo lamento... *llamamos* a la policía, pero aún no han venido.

—Enséñemela —solicitó Michiko con la voz quebrada.

Severin asintió y los llevó tras el edificio. Algunos jóvenes contemplaban el cadáver, aterrados y al mismo tiempo atraídos. El personal estaba demasiado ocupado con los chicos heridos como para devolver a todos los alumnos a la escuela.

Tamiko estaba allí tendida, simplemente tendida. No había sangre, y el cuerpo parecía intacto. El coche que presumiblemente la había atropellado se había retirado varios metros y estaba detenido en ángulo. Tenía el parachoques abollado.

Michiko se acercó hasta quedar a cinco metros y entonces se derrumbó, llorando sin control. Lloyd la rodeó con los brazos y la sostuvo. Severin se mantuvo cerca unos instantes, pero no tardó en ser requerida por otro padre, otra crisis.

Al final, porque ella lo quiso, Lloyd llevó a Michiko junto al cuerpo. Él se inclinó con la visión borrosa y el corazón roto, apartando con cariño el pelo de Tamiko de la cara.

No tenía palabras; ¿qué podía decir para consolar a nadie en un momento así? Se quedaron allí, Lloyd sosteniendo a Michiko durante casi media hora, el cuerpo de la mujer convulsionado todo el tiempo por las lágrimas.

3

Theo Procopides recorrió a trompicones el pasillo cubierto de mosaicos hasta llegar a su diminuto despacho, cuyas paredes estaban cubiertas por carteles de dibujos animados: Astérix el Galo allí, Reny y Stimpy allá, Bugs Bunny, Pedro Picapiedra y Gaga de Waga sobre la mesa.

Se sentía confuso, aturdido. Aunque no había tenido visión, parecía haber sido el único. A pesar de todo, incluso aquella pérdida de tiempo había bastado para sacarlo de sus casillas. Si se sumaba a eso las heridas de sus amigos y compañeros, y las noticias sobre las muertes en Ginebra y sus alrededores, se sentía totalmente devastado.

Era consciente de que los demás le consideraban chulo y arrogante, pero no lo era. En realidad, en lo más profundo, no era así. Sólo era consciente de que era bueno en su trabajo, y sabía que mientras los demás hablaban de sus sueños, él trabajaba duro noche y día para hacer los suyos realidad. Pero aquello... aquello lo dejó confuso y desorientado.

Los informes seguían llegando. Ciento once personas habían muerto cuando un 797 de la Swissair se estrelló en el aeropuerto de Ginebra. En circunstancias normales, algunos podrían haber sobrevivido al choque, pero nadie puso en marcha la evacuación antes de que el avión se incendiara.

Theo se desplomó sobre su silla de cuero negro. Podía ver el humo ascendiendo a lo lejos; su ventana se abría al aeropuerto; hacía falta mucho más currículum para conseguir un despacho que diera al Macizo Jura.

Ni él ni Lloyd pretendían causar daño alguno. Mierda, ni siquiera era capaz de empezar a imaginar lo que podía haber causado aquel desvanecimiento universal. ¿Un gigantesco pulso

electromagnético? Pero, sin duda, eso hubiera dañado mucho más a los ordenadores que a la gente, y los delicados instrumentos del CERN parecían seguir funcionando con normalidad.

Giró la silla mientras se sentaba en ella. Ahora le daba la espalda a la puerta abierta. No fue consciente de que había llegado alguien hasta que oyó un carraspeo masculino. Giró hasta encararse con Jacob Horowitz, un joven becario que trabajaba con Theo y Lloyd. Tenía un impresionante pelo rojo y enjambres de pecas.

—No es culpa vuestra —dijo Jake, comprensivo.

—Claro que lo es —respondió Theo, como si fuera evidente—. Está claro que no tuvimos en cuenta algún factor importante, un...

—No —replicó Jake con energía—. No, en serio, no es culpa vuestra. No tuvo nada que ver con el CERN.

—¿Cómo? —lo dijo como si no hubiera comprendido las palabras de Jake.

—Ven a la sala de descanso.

—Ahora mismo no quiero enfrentarme a nadie, no...

—No, ven. Allí tienen puesta la CNN, y...

—¿Ya ha llegado a la CNN?

—Ya verás. Ven.

Theo se incorporó lentamente de la silla y comenzó a andar. Jake le hizo un gesto para que se apresurara, lo que hizo que el griego comenzara a trotar. Cuando llegaron, había unas veinte personas en la sala.

—Helen Michaels, informando desde Nueva York. Te devuelvo la conexión, Bernie.

El rostro severo y anguloso de Bernard Shaw llenó la pantalla de alta definición.

—Gracias, Helen. Como pueden ver —dijo a la cámara—, el fenómeno parece mundial, lo que sugiere que los análisis iniciales de que podría tratarse de alguna clase de arma extranjera no son correctos; aunque, por supuesto, permanece la posibilidad de que se trate de un acto terrorista. No obstante, ningún grupo con credibilidad se ha decidido a asumir la responsabilidad y... esperen, ya tenemos ese informe australiano que les prometimos hace un momento.

La imagen cambió para mostrar Sidney, con las velas blancas de

la Casa de la Ópera al fondo, iluminadas contra el cielo oscuro. Un reportero ocupaba el centro de la imagen.

—Hola, Bernie, aquí en Sidney acaban de dar las cuatro de la madrugada. No puedo mostraros imágenes que transmitan lo que ha sucedido aquí. Los informes comienzan a llegar poco a poco, a medida que la gente comprende que lo que han experimentado no es un fenómeno aislado. Las tragedias son numerosas: tenemos noticias de que en un hospital del centro una mujer murió durante una operación de emergencia, ya que todos los cirujanos simplemente dejaron de trabajar durante algunos minutos. Pero también sabemos de un robo a una tienda de veinticuatro horas, frustrado cuando todos los presentes, incluido el atracador, se derrumbaron al mismo tiempo a las dos de la madrugada, hora local. El ladrón quedó inconsciente, al parecer al golpear el suelo, y un cliente que despertó antes fue capaz de quitarle el arma. Aún no tenemos una estimación del número de muertos aquí en Sidney, mucho menos en el resto de Australia.

—Paul, ¿qué hay de las alucinaciones? ¿También se han producido allí abajo?

Siguió una pausa mientras las preguntas de Shaw rebotaban en los satélites desde Atlanta hasta Australia.

—Sí, Bernie, la gente comenta cosas al respecto. No conocemos el porcentaje de la población que ha experimentado alucinaciones, pero parece ser muy alto. Yo mismo tuve una de lo más real.

—Gracias, Paul.

El gráfico tras Shaw cambió para mostrar el sello presidencial estadounidense.

—Se nos informa de que el presidente Boulton se dirigirá a la nación dentro de quince minutos. Por supuesto, CNN les informará en directo de sus declaraciones. Mientras tanto, tenemos un informe desde Islamabad, Pakistán. Yusef, ¿estás ahí…?

—¿Ves? —le dijo Jake en voz baja—. No tuvo nada que ver con el CERN.

Theo se sintió al mismo tiempo atónito y aliviado. Algo había afectado a todo el planeta, y no había duda de que el experimento no podía haber sido el responsable.

Pero, aun así…

Aun así, si no estaba relacionado con el experimento del LHC, ¿qué lo había provocado? ¿Tenía razón Shaw y se trataba de alguna clase de arma terrorista? Casi no habían pasado dos horas desde el fenómeno, y el equipo de la CNN mostraba una asombrosa profesionalidad. Theo aún pugnaba por calmarse.

Si apagaras la conciencia de toda la raza humana durante dos minutos, ¿cuál podía ser el número de muertos?

¿Cuántos coches se habían estrellado?

¿Cuántos aviones? ¿Cuántas alas delta? ¿Cuántos paracaidistas habían perdido el conocimiento, no consiguiendo abrir sus paracaídas?

¿Cuántas operaciones habían terminado en desastre? ¿Cuántos *nacimientos*?

¿Cuántas personas se habían caído por las escaleras?

Por supuesto, casi todos los aviones podían volar un minuto o dos sin intervención del piloto, siempre que en ese momento no se encontraran despegando o aterrizando. En las carreteras con poco tráfico, los coches podrían incluso llegar a detenerse sin más incidentes.

Pero, aun así...

—Lo sorprendente —seguía Bernard Shaw en la televisión— es que, por lo que sabemos, la conciencia de la raza humana se apagó precisamente al mediodía, hora de la Costa Este. Al principio parecía que los tiempos no se correspondían con exactitud, pero hemos estado comprobando los relojes de nuestros corresponsales con los del centro de la CNN en Atlanta, que, por supuesto, están sincronizados con la señal horaria del Instituto Nacional de Estándares y Tecnología en Boulder, Colorado. Ajustando las ligeras incorrecciones de los demás relojes, nos encontramos con que el fenómeno se produjo, al segundo, a las 12:00 de la mañana hora de la Costa Este, lo que...

Al segundo, pensó Theo.

—Al segundo.

Dios mío.

El CERN, por supuesto, empleaba un reloj atómico. Y el experimento estaba programado para comenzar exactamente a las diecisiete horas de Ginebra, lo que correspondía...

...con el mediodía en Atlanta.

—Y, como desde hace dos horas, seguimos teniendo con nosotros al eminente astrónomo Donald Poort, del Instituto Tecnológico de Georgia —decía Shaw—. Había acudido como invitado de *CNN por la mañana*, y tenemos la suerte de que ya se encontrara en el estudio. Deberán disculpar que el Dr. Poort parezca algo pálido, ya que lo apremiamos para que entrara en directo antes de haber podido pasar por maquillaje. Dr. Poort, muchas gracias por brindarnos su presencia.

Poort era un hombre de unos cincuenta, con un rostro enjuto. Era cierto que las luces del estudio lo mostraban desvaído, como si no le hubiera dado el sol desde el fin de la Administración Clinton.

—Gracias, Bernie.

—Explíquenos lo que ha sucedido, Dr. Poort.

—Bien, como has observado, el fenómeno se produjo con una exactitud milimétrica a mediodía. Por supuesto, hay tres mil seiscientos segundos en una hora, de modo que las probabilidades de que un acontecimiento aleatorio se produzca precisamente en ese punto tan destacado son de una entre tres mil seiscientas. En otras palabras, enormemente pequeñas. Eso me lleva a sospechar que nos enfrentamos a un suceso provocado por el hombre, algo *programado*. Pero, respecto a la posible causa, no tengo idea...

Maldición, pensó Theo. Maldita sea. *Tenía* que ser el experimento del LHC; no podía ser una coincidencia que la colisión de partículas de mayor energía de la historia del planeta se produjera precisamente en el mismo instante del comienzo del fenómeno.

No, no era honesto. No se trataba de un fenómeno; era un *desastre*, posiblemente el mayor en la historia de la raza humana.

Y él, Theo Procopides, había sido de algún modo el causante.

Gaston Béranger, director general del CERN, entró en la sala en ese momento.

—¡Aquí está! —le dijo, como si Theo se hubiera ausentado varias semanas.

Theo intercambió una mirada nerviosa con Jake antes de volverse hacia el director.

—Hola, Dr. Béranger.

—¿Qué demonios han hecho? —exigió Béranger en un iracundo francés—. ¿Y dónde está Simcoe?

—Lloyd y Michiko se marcharon a buscar a la hija de Michiko. Estudia en Ducommun.

—¿Qué ha pasado? —exigió de nuevo.

Theo extendió las manos.

—No tengo ni idea. No alcanzo a imaginar lo que lo ha causado.

—El... lo que sea sucedió a la hora exacta del comienzo de su experimento en el LHC —acusó Béranger.

Theo asintió y señaló el televisor con el pulgar.

—Eso estaba diciendo Bernard Shaw.

—¡Lo están echando en la CNN! —aulló el francés, como si todo se hubiera perdido—. ¿Cómo han descubierto lo del experimento?

—Shaw no ha mencionado nada sobre el CERN. Sólo...

—¡Gracias al cielo! Escuche: no va a decirle nada a nadie sobre lo que ha estado haciendo, ¿entendido?

—Pero...

—Ni una palabra. No hay duda de que los daños ascenderán a miles de millones, si no a billones. Nuestro seguro no cubriría más que una mínima fracción de esa cantidad.

Theo no conocía bien a Béranger, pero parecía que todos los administradores científicos del mundo estaban cortados por el mismo patrón. Oír a Béranger hablar sobre culpabilidades puso al joven griego en la perspectiva adecuada.

—Mierda, no había modo alguno de saber que algo así sucedería. No existe experto alguno capaz de predecir las consecuencias de nuestro experimento. Pero sucedió *algo* que no había pasado nunca, y somos los únicos que tenemos la menor idea de la causa. Tenemos que investigarlo.

—Claro que investigaremos —dijo Béranger—. Ya tengo más de cuarenta ingenieros en el túnel. Pero tenemos que tener cuidado, y no solo por el bien del CERN. ¿Cree acaso que no inundarían de demandas individuales y colectivas a todos y cada uno de los miembros de su equipo? Por imprevisible que fuera el resultado, no faltará quien diga que fue una inmensa negligencia criminal, y que todos tenemos responsabilidad personal.

—¿Demandas personales?

—Eso mismo —alzó la voz Béranger—. ¡Escuchen! ¡Escuchen todos, por favor!

Los presentes se volvieron hacia él.

—Así es como vamos a encargarnos de este asunto: no habrá mención alguna a la posible implicación del CERN a nadie ajeno a estas instalaciones. Si alguien recibe llamadas o correos electrónicos preguntando por el experimento en el LHC que presuntamente se iba a producir hoy, respondan que el programa se había retrasado hasta las cinco y media de la tarde por un fallo informático, y que a la vista de lo sucedido, el experimento fue cancelado. ¿Está claro? Además, queda prohibida comunicación alguna con la prensa. Todo pasará por la oficina de prensa, ¿entendido? Y, por el amor de Dios, que nadie vuelva a activar el LHC sin mi autorización escrita. ¿Está claro?

Se produjeron asentimientos.

—Superaremos esto, muchachos —dijo Béranger—. Os lo prometo. Pero vamos a tener que trabajar todos juntos. —Bajó la voz y se giró hacia Theo—. Quiero informes cada hora sobre sus progresos. —Se volvió para marcharse.

—Espere —dijo Theo—. ¿Puede asignar a una de las secretarias para controlar la CNN? Alguien debería estar al tanto por si surge algo importante.

—No me ofenda —replicó Béranger—. No solo habrá gente viendo la CNN, sino el servicio mundial de la BBC, el canal francés de noticias, la CBC Newsworld y cualquier otra cosa que podamos sacar del satélite; lo grabaremos todo en cinta. Quiero un informe exacto de toda la información en el momento en que se produzca; no voy a permitir que nadie infle después las reclamaciones por daños.

—Estoy más interesado en las pistas sobre la causa del fenómeno —respondió Theo.

—También nos encargaremos de eso, por supuesto. No se olvide de informarme de sus progresos cada hora en punto.

Theo asintió y Béranger abandonó la sala. El griego se frotó las sienes, deseando que Lloyd hubiera estado allí.

—Bien —dijo al fin a Jake—. Supongo que deberíamos comenzar con un diagnóstico completo de todos los sistemas en el

centro de control; tenemos que saber si algún aparato ha fallado. Y formemos un grupo para descubrir lo que podamos sobre las alucinaciones.

—De eso puedo encargarme yo —se ofreció Jake.

Theo asintió.

—Bien. Usaremos la sala de conferencias de la segunda planta.

—De acuerdo. Nos veremos allí en cuanto pueda.

Theo asintió y Jake desapareció. Sabía que también él tenía que ponerse en marcha, pero por unos instantes se quedó sentado, aún conmocionado.

Michiko consiguió reunir ánimos para intentar llamar al padre de Tamiko en Tokio (a pesar de que allí aún no eran las cuatro de la madrugada), pero las líneas estaban saturadas. No era la clase de mensaje que uno quería mandar por correo electrónico, pero si había algún sistema de comunicaciones internacional activo, ése era la Internet, aquella hija de la Guerra Fría diseñada para ser totalmente descentralizada, de modo que, por muchos nodos que cayeran ante las bombas enemigas, los mensajes consiguieran de cualquier modo llegar a su destino. Empleó uno de los ordenadores del colegio y escribió a toda prisa una nota en inglés; en su apartamento tenía un teclado *kanji*, pero allí no había ninguno disponible. No obstante, fue Lloyd el que tuvo que dar las órdenes necesarias para enviar el correo, ya que Michiko se derrumbó de nuevo al intentar de forma infructuosa acertar al botón apropiado.

Lloyd no sabía qué decir o hacer. Normalmente, la muerte de un hijo era la mayor crisis a la que se podía enfrentar un padre, pero no había duda alguna de que Michiko no sería la única en conocer aquel día esa tragedia. Había tantos muertos, tantos heridos, tanta destrucción... El horrendo escenario no hacía que la pérdida de Tamiko fuera más fácil de soportar, claro, pero...

...pero aún había cosas que hacer. Era posible que Lloyd no debiera haber dejado el CERN; después de todo, posiblemente era su experimento y el de Theo el que había causado todo aquello. Había acompañado sin titubeos a Michiko no solo por que la amaba y porque se preocupaba por Tamiko, sino también porque, al menos en parte, quería escapar de lo que había sucedido.

Pero ahora...

Ahora tenían que regresar al CERN. Si alguien debía descubrir lo que había pasado (y no solo allí, sino, por los informes de la radio y los comentarios de otros padres, en todo el mundo), sería la gente del CERN. No podían esperar a que llegara una ambulancia para llevarse el cuerpo, ya que podría tardar horas, incluso días. Además, la ley les impediría mover el cadáver hasta que la policía lo examinara, aunque parecía muy poco probable que se pudiera considerar responsable al conductor.

Al fin llegó Madame Severin, que se ofreció a que tanto ella como el resto del personal cuidaran de los restos de Tamiko hasta que llegara la policía.

El rostro de Michiko estaba enrojecido, al igual que sus ojos. Había llorado tanto que no le quedaba más, pero cada pocos minutos su cuerpo se convulsionaba, como si siguiera sollozando.

Lloyd también quería a la pequeña Tamiko, que hubiera sido su hijastra. Había pasado tanto tiempo consolando a Michiko que no había tenido la oportunidad de llorar; sabía que el momento llegaría, pero en ese momento, en ese *preciso* momento, debía ser fuerte. Usó el dedo índice para levantar con suavidad el mentón de Michiko. Ya había decidido las palabras (deber, responsabilidad, trabajo que hacer, debemos irnos), pero Michiko también era fuerte a su modo, y sabia, y maravillosa, y la amaba en lo más profundo de su ser, y no era necesario decir nada más. Ella consiguió emitir un débil asentimiento con los labios temblorosos.

—Ya lo sé —dijo en inglés, con la voz apagada y ronca—. Tenemos que regresar al CERN.

Él le ayudó a caminar con un brazo en la cadera y el otro sosteniéndola por el codo. El sonido de las sirenas no se había detenido en ningún momento: ambulancias, camiones de bomberos, coches patrulla aullando y desvaneciéndose con el efecto Doppler, un trasfondo constante desde el momento del fenómeno. Llegaron hasta el coche de Lloyd ayudados por la pálida luz nocturna (muchas farolas habían quedado fuera de servicio) y condujeron por las calles llenas de restos hasta el CERN; Michiko no dejó de abrazarse durante todo el trayecto.

Mientras conducía, Lloyd pensó un instante en un suceso que su madre le había contado una vez. Él era un renacuajo, demasiado

pequeño para recordarlo: la noche en que se apagaron las luces, el gran apagón eléctrico en el este de Norteamérica de 1965. La luz se había ido durante horas. Aquella noche su madre estaba sola con él en casa, y decía que todos los que hubieran vivido aquel increíble apagón recordarían, el resto de sus vidas, dónde estuvieron exactamente en aquel momento.

Aquello sería igual. Todo el mundo recordaría dónde estuvo durante el apagón (aunque se tratara de un apagón de otra clase).

Todos los que hubieran sobrevivido a él, por supuesto.

4

Para cuando Lloyd y Michiko regresaron, Jake y Theo habían reunido a un grupo de trabajadores del LHC en una sala de conferencias de la segunda planta del centro de control.

Casi todo el personal del CERN vivía en la ciudad suiza de Meyrin, que lindaba con el extremo oriental del campus; en Ginebra, varias decenas de kilómetros más allá; o en los pueblos franceses de St. Genis y Thoiry, al noroeste del CERN. Pero procedían de toda Europa, así como del resto del mundo. Las decenas de rostros que ahora se fijaban en Lloyd eran de lo más variopinto. Michiko también se había unido al círculo, pero se encontraba ausente, con los ojos vidriados. Estaba simplemente sentada en la silla, meciéndose con lentitud.

Lloyd, director del proyecto, dirigió la reunión. Los miró de uno en uno.

—Theo me ha comentado las informaciones de la CNN. Supongo que está bastante claro que hubo numerosas alucinaciones por todo el mundo —inspiró profundamente. Foco, propósito... Eso era lo que necesitaba en ese momento—. Veamos si podemos comprender exactamente lo que ha sucedido. ¿Podemos ir por orden? No entréis en detalles; limitaos a resumir en una frase lo que visteis. Si no os importa, tomaré notas, ¿de acuerdo? Olaf, ¿podemos empezar por ti?

—Claro —respondió un rubio musculoso—. Estaba en la casa de verano de mis padres. Tienen un chalé cerca de Sundsvall.

—En otras palabras, era un lugar conocido —respondió Lloyd.

—Oh, sí.

—¿Fue muy precisa tu visión?

—Muy precisa. Era exactamente como la recordaba.

—¿Había alguien más en la visión?

—No… lo que resultaba extraño. Sólo voy allí para visitar a mis padres, pero no estaban.

Lloyd pensó en su propia imagen envejecida en el espejo.

—¿Te… te viste a ti mismo?

—¿Te refieres a un espejo? No.

—Muy bien. Gracias.

La mujer junto a Olaf era negra, de mediana edad. Lloyd se sintió incómodo; sabía que *debía* conocer su nombre, pero no era así. Al final, se limitó a sonreír.

—La siguiente.

—Creo que estaba en el centro de Nairobi —dijo la mujer—. Era de noche, una noche cálida. Me parece que se trataba de la calle Dinesen, pero parecía demasiado edificada. Y había un McDonalds.

—¿No hay McDonalds en Kenia? —preguntó Lloyd.

—Sí, claro, pero… quiero decir, el cartel decía que era un McDonalds, pero el logotipo no era el correcto. Ya sabes, en vez de los arcos dorados, había una gran «M» con todas las líneas rectas. Muy moderno.

—Así que la visión de Olaf era de un lugar en el que había estado a menudo, pero la tuya es de otro que nunca habías visitado, o al menos de algo que no habías visto nunca.

La mujer asintió.

—Supongo que sí.

Michiko se encontraba cuatro puestos más allá en el círculo. Lloyd no era capaz de discernir si lo estaba asimilando todo.

—¿Qué hay de ti, Franco? —siguió.

Franco della Robbia se encogió de hombros.

—Estaba en Roma, por la noche. Pero… no sé… debía de ser una especie de videojuego. Algo de realidad virtual.

Lloyd se inclinó hacia delante.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, es que *era* Roma, ¿no? Y yo estaba en el Coliseo, y conducía un coche… pero no era exactamente un coche. El vehículo parecía moverse por su cuenta. Y no sé el mío, pero había muchos otros *flotando*, puede que veinte centímetros sobre el suelo —volvió a encogerse de hombros—. Como dije, alguna especie de simulación.

Sven y Antonia, que también habían hablado por la tarde de coches voladores, asentían abiertamente.

—Yo vi lo mismo —dijo Sven—. No lo de Roma, sino lo de los coches flotantes.

—Yo también —añadió Antonia.

—Fascinante —dijo Lloyd. Se volvió hacia su joven becario, Jacob Horowitz—. ¿Qué viste tú, Jake?

La voz de Jake era débil y aflautada, y se pasaba nervioso los dedos pecosos por el pelo.

—La habitación no tenía nada de especial. Un laboratorio, en algún sitio. Paredes amarillas. Había una tabla periódica en una de ellas, pero estaba en inglés. Y Carly Tompkins estaba allí.

—¿Quién?

—Carly Tompkins. Al menos, creo que era ella. Parecía mucho más vieja que la última vez que la vi.

—¿Quién es Carly Tompkins?

La respuesta no la dio Jake, sino Theo Procopides, que se sentaba más allá, en el círculo.

—Deberías conocerla, Lloyd, es una compatriota canadiense. Es una investigadora de mesones; la última vez que oí de ella, estaba en el TRIUMF.

Jake asintió.

—Así es. Sólo la he visto un par de veces, pero estoy bastante seguro de que se trataba de ella.

Antonia, cuyo turno sería el siguiente, enarcó las cejas.

—Si en la visión de Jake aparecía Carly, ¿aparecería Jake en la de ella?

Todo el mundo miró intrigado a la italiana. Lloyd se encogió de hombros.

—Hay un modo de descubrirlo. Podemos llamarla —miró a Jake—. ¿Tienes su número?

El joven negó con la cabeza.

—Como dije, apenas la conozco. Coincidimos en algunos seminarios en la última reunión de la APS, y me ocupé de su demostración sobre cromodinámica.

—Si está en la APS —dijo Antonia—, estará en el directorio. —Se levantó y rebuscó en una estantería hasta dar con un delgado

volumen con una sencilla cubierta de cartón. Lo hojeó—. Aquí está. El número de casa y del trabajo.

—Yo... eh... no quiero llamarla —dijo Jake.

A Lloyd le sorprendió la reluctancia, pero no insistió en el asunto.

—No pasa nada. Además, no deberías hablar con ella. Quiero ver si menciona tu nombre sin más pistas.

—Es posible que no logres comunicación —intervino Sven—. Los teléfonos están saturados con la gente que trata de comunicarse con su familia y sus amigos, por no mencionar las líneas derribadas por los vehículos.

—Merece la pena intentarlo —dijo Theo. Se levantó, atravesó la habitación y cogió el libro de Antonia. Entonces miró el teléfono, y de nuevo los números del directorio—. ¿Cómo se llama a Canadá desde aquí?

—Igual que a los Estados Unidos —dijo Lloyd—. El código del país es el mismo: cero uno.

Los dedos de Theo recorrieron el teclado, introduciendo una larga cadena de números. Después, a beneficio de la audiencia, fue marcando con los dedos el número de señales. Una. Dos. Tres. Cuatro...

—Ah, hola. Carly Tompkins, por favor. Hola, Dra. Tompkins. Le llamo desde Ginebra, del CERN. Estamos muchos aquí reunidos, ¿le importa que conecte el altavoz?

Una voz soñolienta:

—...si usted quiere. ¿Qué sucede?

—Queremos saber cuál fue su alucinación cuando perdió el conocimiento.

—¿Cómo? ¿Se trata de alguna broma?

Theo miró a Lloyd.

—No lo sabe.

Lloyd se aclaró la voz antes de hablar.

—Dra. Tompkins, aquí Lloyd Simcoe. También soy canadiense, aunque estuve con el Grupo D-Zero en el Fermilab hasta el 2007, y llevo los últimos dos años en el CERN —hizo una pausa, inseguro sobre lo que decir a continuación—. ¿Qué hora es allí?

—Casi mediodía —sonido de un bostezo apagado—. Hoy es mi

día libre y estaba durmiendo. ¿De qué va todo esto?

—Entonces, ¿todavía no se había levantado hoy?

—No.

—¿Tiene televisor en la habitación en la que está?

—Sí.

—Enciéndala y mire las noticias.

Parecía irritada.

—En la Columbia Británica no cogemos bien los canales suizos...

—No tienen que ser canales suizos. Ponga cualquier canal de noticias.

Todos pudieron oír a Tompkins suspirando al auricular.

—Vale, espere un segundo.

Podían oír lo que presumiblemente era la CBC Newsworld al fondo. Tras lo que pareció una eternidad, Tompkins regresó al aparato.

—Oh, dios mío —dijo—. Oh, dios mío.

—¿Pero estuvo dormida todo el tiempo?

—Me temo que sí —dijo la voz al otro lado del mundo. Se detuvo un segundo—. ¿Por qué me han llamado?

—¿Aún no han mencionado las visiones en las noticias?

—Joel Gotlib está ahora mismo hablando de eso —dijo, presumiblemente refiriéndose a un presentador canadiense—. Parece una locura. En cualquier caso, a mí no me ha pasado nada parecido.

—Muy bien —dijo Lloyd—. Lamentamos haberla molestado, Dra. Tompkins. Estaremos...

—Espera —dijo Theo.

Lloyd miró al joven.

—Dra. Tompkins, soy Theo Procopides. Creo que hemos coincidido en una o dos conferencias.

—Si usted lo dice...

—Dra. Tompkins —siguió Theo—. A mí me pasó lo mismo que a usted: no tuve visión alguna, ni sueño, ni nada.

—¿Sueño? —respondió Tompkins—. Ahora que lo menciona, creo que tuve un sueño. Lo gracioso es que era en color... yo nunca sueño en color. Pero recuerdo a aquel tipo pelirrojo.

Theo parecía decepcionado, ya que estaba claro que le aliviaba

no encontrarse solo. Todos desviaron la mirada hacia Jake.

—Y no solo eso —dijo Carly—. Su ropa interior también era roja.

El joven Jake se tornó del mismo color.

—¿*Ropa interior* roja? —repitió Lloyd.

—Eso mismo.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó Lloyd.

—Me parece que no.

—¿No se parecía a nadie que hubiera conocido antes?

—Me parece que no.

Lloyd se inclinó sobre el micrófono.

—¿Y a… al *padre* de alguien al que haya conocido? ¿Se parecía al padre de alguien?

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó Tompkins.

Lloyd lanzó un suspiro y miró a los presentes, para comprobar si alguien comprendía sus intenciones. No era así.

—¿Le dice algo el nombre de Jacob Horowitz?

—No sé… espere. Oh, claro, sí, sí. A *ése* me recordaba. Sí, era Jacob Horowitz, pero vaya, debería de cuidarse más. Parecía haber envejecido décadas desde la última vez que lo vi.

Antonia reprimió un sofoco. El corazón de Lloyd latía desbocado.

—Mire —dijo Carly—, quiero asegurarme de que toda mi familia está bien. Mis padres están en Winnipeg. Tengo que colgar.

—¿Podemos llamarla en unos minutos? —preguntó Lloyd—. Mire, tenemos aquí a Jacob Horowitz, y sus respectivas visiones parecen corresponderse… bueno, en cierto sentido. Él dijo que estaba en un laboratorio, pero…

—Sí, es cierto, era un laboratorio.

La voz de Lloyd se tiñó de incredulidad.

—¿Y él estaba en ropa interior?

—Bueno, no al final de la visión… Mire, tengo que colgar.

—Gracias —dijo Lloyd—. Adiós.

—Adiós.

Del altavoz llegó el sonido del tono telefónico suizo. Theo se acercó y lo apagó.

Jacob Horowitz seguía decididamente avergonzado. Lloyd pensó

en decirle que lo más seguro era que la mitad de los físicos lo hubiera hecho una u otra vez en un laboratorio, pero el joven tenía el aspecto de ir a sufrir un colapso nervioso si alguien le hablaba en ese preciso momento. Lloyd comenzó a pasar de nuevo la mirada por el círculo.

—Muy bien. Lo diré, porque sé que todos lo estáis pensando. Lo que pasara aquí produjo una especie de efecto temporal. Las visiones no eran alucinaciones; eran verdaderos destellos del futuro. El hecho de que Jacob Horowitz y Carly Tompkins vieran aparentemente lo mismo refuerza esta tesis.

—Pero alguien dijo que la visión de Raoul era psicodélica, ¿no? —preguntó Theo.

—Sí —respondió el aludido—. Como un sueño, o algo.

—Como un sueño —repitió Michiko. Sus ojos seguían enrojecidos, pero reaccionaba al mundo exterior.

Eso fue todo cuanto dijo, pero tras un momento Antonia retomó su idea y la elaboró.

—Michiko tiene razón. No hay misterio alguno. En el punto del futuro al que pertenecen las visiones, Raoul estará dormido, teniendo un sueño real.

—Pero eso es una locura —dijo Theo—. Yo no tuve ninguna visión.

—¿*Qué* experimentaste? —preguntó Sven, que no le había oído describirlo con anterioridad.

—Fue… no lo sé, como una discontinuidad, supongo. De repente, era dos minutos más tarde y no tuve sensación de que pasara el tiempo, y no hubo nada parecido a una visión —cruzó los brazos desafiante frente a su ancho pecho—. ¿Cómo explicas eso?

En el cuarto se hizo el silencio. Las expresiones dolidas de muchos de los presentes le dejaron claro a Lloyd que todos pensaban lo mismo, aunque nadie quisiera decirlo en voz alta. Al final, Lloyd se encogió de hombros.

—Es sencillo —dijo, mirando a su brillante y arrogante socio de veintisiete años—. Dentro de veinte años, o cuando quiera que sean las visiones… —hizo una pausa para extender las manos—. Lo siento, Theo, pero dentro de veinte años estarás muerto.

5

La visión que más interesaba a Lloyd era la de Michiko. Pero ella aún estaba (como sin duda sucedería durante mucho tiempo) completamente enajenada. Cuando llegó su turno en el círculo, la saltó. Deseaba poder llevarla a casa, pero era mejor para ella no estar sola en aquel momento, y no había modo de que, ni Lloyd ni nadie, pudieran marcharse para hacerle compañía.

Ninguna de las demás visiones relatadas por la pequeña muestra en la sala de conferencias se solapaba; no había indicación de que fueran del mismo tiempo o la misma realidad, aunque parecía que casi todos estaban disfrutando de un día libre, o de unas vacaciones. Pero estaba la pregunta de Jake Horowitz y Carly Tompkins, separados por casi medio planeta, pero viéndose mutuamente. Por supuesto, podía ser una coincidencia. A pesar de todo, si las visiones encajaban no solo en los grandes trazos, sino en los detalles precisos, tendrían algo *significativo*.

Lloyd y Michiko se habían retirado al despacho del primero. Michiko estaba enroscada en una de las sillas, y le pidió a Lloyd que le pusiera la gabardina por encima, a modo de manta. Lloyd tomó el teléfono de su escritorio y marcó.

—*Bonjour* —dijo—. *¿La police de Genève? Je m'appelle Lloyd Simcoe; je suis avec CERN.*

—*Oui, Monsieur Simcoe* —respondió un hombre que cambió al inglés; los suizos solían hacerlo como respuesta al acento de Lloyd —. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Sé que están terriblemente ocupados...

—Por decirlo de algún modo, *monsieur*. Como dice, estamos empantanados.

Paralizados, pensó Lloyd.

—Esperaba que uno de sus inspectores estuviera libre. Tenemos

una teoría sobre las visiones, y necesitamos la ayuda de alguien experto en tomar testimonios.

—Le pasaré con el departamento adecuado —dijo la voz.

Mientras aguardaba, Theo asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—El servicio mundial de la BBC está informando de que muchas personas han tenido visiones coincidentes —dijo—. Por ejemplo, muchas parejas casadas, a pesar de no estar en la misma estancia en el momento del fenómeno, comentaron experiencias similares.

Lloyd asintió ante aquella información.

—A pesar de todo, supongo que existe la posibilidad de que, por cualquier motivo, por colusión, Carly y Jake aparte, esa sincronía se tratara de un fenómeno localizado. Pero...

No siguió. Después de todo, hablaba con Theo «el ciego». Pero si Carly Tompkins y Jacob Horowitz (ella en Vancouver, él cerca de Ginebra) vieron de verdad lo mismo, no habría muchas dudas de que todas las visiones pertenecían al mismo futuro, de que eran teselas del mosaico del mañana... un mañana que no incluía a Theo Procopides.

—Hábleme de la habitación en la que se encontraba —dijo la inspectora, una suiza de mediana edad. Tenía un tablero de datos frente a ella y vestía un polo suelto, la moda de finales de los ochenta, y que volvía de nuevo a la popularidad.

Jacob Horowitz cerró los ojos para evitar las distracciones, tratando de recordar cada detalle.

—Era un laboratorio de alguna clase. Paredes amarillas. Luces fluorescentes. Encimeras de formica. Una tabla periódica en la pared.

—¿Había alguien más con usted?

Jake asintió. Dios, ¿por qué tenía que ser mujer la inspectora?

—Sí, había una mujer, blanca, pelo oscuro. Parecía tener unos cuarenta y cinco.

—¿Cómo vestía esa mujer?

Jake tragó saliva.

—No llevaba nada.

La inspectora ya se había marchado, y Lloyd y Michiko comparaban los informes sobre las visiones de Jake y Carly; ésta

había accedido a ser interrogada del mismo modo por la policía de Vancouver, y habían recibido la entrevista por correo electrónico.

En las horas intermedias, Michiko se había recuperado un tanto. Trataba de concentrarse, de seguir adelante para ayudar en la crisis, pero cada pocos minutos se desubicaba y sus ojos se llenaban de lágrimas. A pesar de todo, consiguió leer las dos transcripciones sin empapar por completo los papeles.

—No hay duda alguna —dijo—. Coinciden en todos los detalles. Estaban en la misma habitación.

Lloyd forzó una pequeña sonrisa.

—Chicos —dijo. Sólo conocía a Michiko desde hacía dos años; nunca habían hecho el amor en un laboratorio pero, siendo él becario, había tenido sus escarceos con Pamela Ridgley en Harvard. Sacudió la cabeza, asombrado—. Un destello del futuro. Fascinante —hizo una pausa—. Imagino que algunos se van a forrar con esto.

Michiko se encogió de hombros.

—Es posible. Aquellos que estuvieran leyendo las cotizaciones en el futuro podrían sacar tajada... dentro de décadas. Es mucho tiempo para esperar a sacarle rendimiento.

Lloyd esperó un tiempo antes de hablar.

—Aún no me has contado qué es lo que viste, tu visión.

Michiko apartó la mirada.

—No. Es verdad.

Lloyd le tocó suavemente en la mejilla, pero no dijo nada.

—En el momento... en el instante en que tuve la visión, pareció maravillosa —comenzó ella—. Es decir, estaba desorientada y confusa acerca de lo que sucedía. Pero la visión en sí misma era alegre —logró mostrar una débil sonrisa—. Excepto ahora, después de lo que ha sucedido...

Lloyd tampoco la presionó ahora. Se sentó paciente.

—Era muy de noche —dijo al fin Michiko—. Estaba en Japón; estoy segura de que se trataba de una casa japonesa. Me encontraba en el dormitorio de una niña pequeña, sentada en el borde de una cama. Y aquella niña, puede que de siete u ocho años, estaba en la cama, hablando conmigo. Era muy hermosa, pero no era... no era... —Si las visiones pertenecían a décadas en el futuro, desde luego no se trataba de Tamiko. Lloyd asintió suavemente, absolviéndola de

tener que terminar la frase. Michiko sorbió la nariz—. Pero... pero era *mi* hija, tenía que serlo. Una hija que aún no he tenido. Me sujetaba la mano y me llamaba *okaasan*, «mamá» en japonés. Era como si la estuviera acostando, deseándole buenas noches.

—Tu hija... —dijo Lloyd.

—Bueno, *nuestra* hija —respondió Michiko—. Tuya y mía.

—¿Qué hacías en Japón?

—No lo sé; visitar a la familia, supongo. Mi tío Masayuki vive en Kioto. Excepto por el hecho de que teníamos una hija, no tuve la menor sensación de encontrarme en el futuro.

—*La niña... ¿tenía...?*

Se calló a mitad de la frase. Lo que quería preguntar era grosero, zafio. «¿Tenía los ojos rasgados?». O podía preguntarlo de forma más elegante: «¿Tenía pliegues epicánticos?». Pero Michiko no lo hubiera entendido. Hubiera pensado que habría prejuicio tras sus palabras, algún estúpido recelo. Pero no era así. A Lloyd no le importaba si sus posibles hijos tenían aspecto oriental u occidental. Podían ser de cualquiera de los dos modos o, por supuesto, una mezcla de ambos, y los hubiera querido igual, siempre que...

Siempre que, por supuesto, fueran *sus* hijos.

La visión parecía pertenecer a un tiempo unas dos décadas en el futuro. Y en la suya, la que no había compartido todavía con Michiko, se encontraba quizá en Nueva Inglaterra, con otra mujer. Una mujer blanca. Y Michiko estaba en Kioto, Japón, con una hija que podía ser asiática o caucasiana, o puede que algo intermedio, dependiendo de quién fuera el padre.

La niña... ¿tenía...?

—¿Si tenía qué? —preguntó Michiko.

—Nada —dijo Lloyd, apartando la mirada.

Dio una fuerte bocanada. Suponía que antes o después tendría que contárselo, y...

—Lloyd. Michiko, deberíais bajar —era la voz de Theo, que asomaba la cabeza de nuevo—. Quiero que veáis algo que acabamos de grabar de la CNN.

Lloyd, Michiko y Theo entraron en la sala de descanso, donde ya se encontraban otras cuatro personas. Lou Waters, de pelo canoso, temblaba arriba y abajo en la pantalla; aquel vídeo era un modelo

viejo, préstamo de algún miembro del personal, y no tenía una gran función de pausa.

—Ah, estupendo —dijo Raoul al verlos entrar—. Mirad esto —tocó el botón de pausa en el mando y Waters saltó a la acción.

—...David Houseman tiene más información sobre esta historia. ¿David?

La imagen cambió para mostrar a David Houseman, de la CNN, frente a una pared llena de relojes antiguos; aun con una noticia urgente, la CNN buscaba siempre imágenes que llamaran la atención.

—Gracias, Lou —dijo Houseman—. Por supuesto, prácticamente ninguna visión tenía referencias temporales, pero hay gente que se encontraba en estancias con relojes o calendarios en la pared, o que estaba leyendo noticias electrónicas (no parecía haber periódicos impresos), de modo que somos capaces de conjeturar una fecha. Parece que las visiones pertenecen a veintiún años, seis meses, dos días y dos horas por delante del momento del suceso; las imágenes pertenecen al periodo que va de las dos y veintiuno a las dos y veintitrés de la tarde, hora de la Costa Este, del miércoles 23 de octubre de 2030. Esto asume que las aberraciones ocasionales son explicables: algunas personas leían noticias fechadas el 22 de octubre de 2030, o incluso anteriores; podemos presumir que leían ediciones atrasadas. Y las referencias temporales, por supuesto, dependen en gran medida de la zona horaria en la que estuviera la persona. Estamos asumiendo que la mayoría de la gente seguirá viviendo en la misma zona dentro de dos décadas, y que aquellos cuyos informes difieren horas enteras de lo esperado se encontraban en zonas horarias distintas...

Raoul volvió a apretar el botón de pausa.

—Ahí está —dijo—. Un número concreto. Lo que fuera que hiciéramos provocó, de algún modo, que la consciencia de la raza humana saltara hacia delante veintiún años, durante un período de dos minutos.

Theo regresó a la oficina, con la negrura de la noche visible a través de la ventana. Toda aquella charla sobre visiones era inquietante, especialmente al no tener una él mismo. ¿Tendría razón Lloyd? ¿Estaría muerto dentro de menos de veintiún años?

Sólo tenía veintisiete, por el amor de Dios; en dos décadas, ni siquiera se acercaría a los cincuenta. No fumaba (algo que no tendría mucho sentido de venir de un norteamericano, pero que para un griego era casi un logro); hacía ejercicio con regularidad. ¿Por qué demonios iba a morir tan joven? Tenía que haber otra explicación para su falta de visión.

Su teléfono comenzó a sonar y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—Hola —respondió en inglés una voz de mujer—. ¿Está... eh... Theodosios Procopides? —se tropezaba con el nombre.

—Al aparato.

—Me llamo Kathleen DeVries —respondió la mujer—. He estado dudando si debía hablar con usted. Le llamo desde Johannesburgo.

—¿Johannesburgo? ¿Johannesburgo de Sudáfrica?

—Al menos de momento, sí. Si las visiones son ciertas, en algún momento de los próximos veintiún años será rebautizada como Azania.

Theo aguardó en silencio a que continuara, lo que la mujer hizo tras una pausa.

—Y es por las visiones por lo que le llamo. En la mía usted estaba involucrado.

Theo sintió el corazón saltar en su pecho. ¡Qué noticia más maravillosa! Puede que no hubiera tenido visión propia por cualquier motivo, pero aquella mujer lo había visto dentro de veintiún años. Por supuesto, para ello debía estar vivo; por supuesto, Lloyd estaba equivocado respecto a que estaría muerto.

—¿Y? —preguntó sin aliento.

—Um... siento haberle molestado —dijo DeVries—. ¿Puedo... puedo preguntarle qué mostraba su propia visión?

Theo exhaló lentamente.

—No tuve ninguna.

—Oh. Oh, siento oírlo. Pero... bueno, entonces supongo que no era un error.

—¿Qué no era un error?

—Mi propia visión. Estaba allí, en mi casa de Johannesburgo, leyendo el periódico después de cenar... aunque no estaba impreso. Era una cosa que parecía una hoja lisa de plástico, una especie de

lector computerizado. Bueno, pues el artículo que leía resultó ser... bueno, me temo que no hay otro modo de decirlo. Era sobre su muerte.

Theo había leído una vez una historia sobre un hombre que deseaba fervientemente leer el periódico del día posterior, y que cuando al fin logró su deseo, quedaba destrozado al descubrir que contenía la noticia de su propia muerte. El trauma de ver aquello bastó para matarlo, noticia que, por supuesto, tendría cabida en la edición del día posterior. Allí estaba el titular. Pero esto... esto no era el periódico de mañana, sino el de dentro de dos décadas.

—Mi muerte —repitió Theo, como si se hubiera saltado la clase de inglés en la que se explicaran aquellas dos palabras.

—Así es.

Theo trató de recomponerse.

—Mire, ¿cómo puedo saber que no se trata de un engaño, de una broma?

—Lo siento; sabía que no debería haberle llamado. Será mejor...

—No, no, no, no cuelgue. De hecho, me gustaría pedirle su nombre y su número de teléfono. Esta maldita pantalla no muestra más que «Fuera de zona». Tiene que dejarme que le llame yo, le tiene que estar costando una fortuna.

—Como dije, mi nombre es Kathleen DeVries. Soy enfermera en un hogar de la tercera edad. —Le dio su número de teléfono—. Pero no me importa pagar la llamada. Lo cierto es que no quiero nada de usted, y no estoy tratando de engañarlo. Pero bueno, mire, yo veo gente morir muy a menudo. En la residencia perdemos uno cada semana, pero casi todos tienen ochenta, noventa o incluso cien años. Pero usted... usted sólo tendrá cuarenta y ocho cuando muera, demasiado joven. Pensé en llamarle para que lo supiera, puede que para que, de algún modo, evite su propia muerte.

Theo se quedó en silencio varios segundos antes de responder.

—Y... ¿y decía la noticia de qué iba a morir? —durante un extraño momento, Theo se alegró de que su muerte mereciera una nota en los periódicos internacionales. Casi preguntó si las primeras palabras del artículo no eran, por casualidad, «Ganador del Nóbel»—. Sé que debo tener cuidado con el colesterol. ¿Fue de un infarto?

Se produjo un silencio de varios segundos.

—Umm. Lo siento mucho, Dr. Procopides, me temo que debía haber sido más precisa. No era una necrológica lo que leía, sino una noticia de sucesos —la oyó tragar saliva—. Una noticia sobre su asesinato.

Theo se quedó sin habla. Podía repetir incrédulo aquella última palabra, pero no tenía sentido.

Tenía veintisiete y estaba en buen estado. Como había estado pensando hacía unos instantes, no moriría de muerte natural en apenas veintiún años. Pero... ¿asesinato?

—Dr. Procopides, ¿sigue usted ahí?

—Sí.

De momento.

—L-lo siento, Dr. Procopides. Sé que debe de ser todo un trauma.

Theo esperó unos instantes.

—El artículo que leía... ¿decía quién me mató?

—Me temo que no. Al parecer, era un crimen sin resolver.

—Bueno, ¿y *qué* decía la noticia?

—He escrito todo lo que recuerdo; se lo puedo enviar por correo electrónico, pero bueno, déjeme leérselo. Recuerde que es una reconstrucción. Creo que es bastante precisa, pero no puedo garantizarle cada palabra. —Se detuvo, aclaró la garganta y comenzó—. El titular era «Físico tiroteado».

Tiroteado, pensó Theo. Dios.

DeVries prosiguió.

—La noticia estaba fechada en Ginebra, y decía: "Theodosios Procopides, físico griego trabajando en el CERN, centro europeo de física de partículas, fue encontrado muerto hoy de varios disparos. Procopides, doctorado por la Universidad de Oxford, era director del Colisionador de Taquiones-Tardiones...

—Repita eso —dijo Theo.

—El Colisionador de Taquiones-Tardiones —dijo DeVries. Pronunciaba mal «taquiones», usando una «ch» suave en vez del sonido «k»—. Nunca había oído estas palabras.

—No existe tal colisionador —dijo Theo—, al menos de momento. Por favor, siga.

—...director del Colisionador de Taquiones-Tardiones del CERN. El Dr. Procopides llevaba veintitrés años en dicho centro. No se conocen motivos para el asesinato, pero se descarta el robo, ya que se encontró la cartera del Dr. Procopides en el cuerpo. Se presume que los disparos se produjeron entre las doce y la una de la tarde de ayer, hora local. Se seguirá investigando. El Dr. Procopides deja...

—¿Sí? ¿Sí?

—Lo siento. Eso es todo.

—¿Quiere decir que la visión terminó antes de leer el artículo?

Se produjo un pequeño silencio.

—Bueno, no exactamente. El resto del artículo seguía fuera de la pantalla, y en vez de pulsar el botón de siguiente página, que podía ver en el lateral del dispositivo lector, seleccioné otro artículo —hizo una pausa—. Lo siento, Dr. Procopides. *Yo*... la yo de 2009, estaba interesada en el resto del artículo, pero a mi versión de 2030 no parecía importarle. Intenté hacerle... *hacerme* tocar ese control, pero no funcionó.

—¿Entonces no sabe quién me mató, ni por qué?

—Lo siento.

—Y el periódico que leía... ¿está segura de que era el del día? Ya sabe, el del 23 de octubre de 2030.

—En realidad no. Había un... ¿cómo llamarlo? ¿un encabezado? Había un encabezado en lo alto del lector que señalaba de forma prominente la fecha y el nombre del periódico: *The Johannesburg Star*, jueves 22 de octubre de 2030. De modo que creo que era el periódico de ayer, si usted me entiende —hizo una pausa—. Siento ser portadora de malas noticias.

Theo esperó un tiempo, tratando de digerir todo aquello. Ya era malo tener que lidiar con la idea de estar muerto en veinte meros años, pero la de que alguien pudiera *matarlo* era excesivo.

—Muchas gracias, señorita DeVries —dijo—. Si recuerda cualquier otro detalle, lo que sea, por favor, hágamelo saber. Le ruego que me envíe la transcripción que mencionó —le dio su número de fax.

—Así lo haré —dijo—. L-lo siento; parece usted un joven muy agradable. Espero que pueda averiguar quién lo hizo, quién *va a hacerlo*... y que encuentre un modo de evitarlo.

6

Ya era casi medianoche. Lloyd y Michiko recorrían el pasillo en dirección al despacho de él, cuando oyeron la voz de Jake Horowitz llamándoles desde una puerta abierta.

—Eh, Lloyd, venga a ver esto.

Entraron en la estancia. El joven Jake estaba de pie junto a un televisor. La pantalla sólo mostraba nieve.

—Nieve —dijo Lloyd, señalando lo evidente, mientras se situaba junto a Jake.

—Así es.

—¿Qué canal quieres coger?

—Ninguno. Estoy reproduciendo una cinta.

—¿De qué?

—Es la cámara de seguridad del portón principal del campus del CERN —pulsó el botón de extracción, y la cinta VHS obedeció. La reemplazó por otra—. Y ésta es la cámara de seguridad del Microcosmos. —Pulso «play»; la pantalla volvió a llenarse de nieve.

—¿Estás seguro de que los formatos son compatibles? —Suiza empleaba el sistema de grabación PAL, y aunque las máquinas multiplataforma eran comunes, había en el CERN algunos vídeos que sólo funcionaban con el NTSC.

Jake asintió.

—Estoy seguro. Me costó un rato encontrar un video que mostrara siquiera esto. Casi todos ponen una pantalla azul si no reciben una señal.

—Pues si el formato de vídeo es correcto, las cintas deben de tener algún problema —dijo Lloyd frunciendo el ceño—. Puede que se produjera un pulso electromagnético asociado con el... el... con lo que fuera; podría haber borrado las cintas.

—Eso pensé yo también al principio. Pero observe esto —pulsó

el botón de rebobinado. La nieve aceleró su danza en la pantalla, mientas las letras REV (la abreviatura era la misma en muchas lenguas europeas) aparecía en la esquina superior derecha. Medio minuto más tarde, apareció de repente una imagen, mostrando la exposición Microcosmos, la galería del CERN dedicada a explicarle a los turistas la física de partículas. Jake rebobinó algo más antes de levantar el dedo del botón.

—¿Ve? —dijo—. Ésa es una grabación anterior; mire la hora —en la parte inferior de la pantalla, centrada, una lectura digital aparecía superpuesta a la imagen, con un reloj que avanzaba con normalidad: «16h58m22s», «16h58m23s», «16h58m24s»...

—Un minuto y medio aproximadamente antes del comienzo del fenómeno —dijo Jake—. Si hubiera habido algo como un PEM, también hubiera borrado lo que ya estaba en la cinta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lloyd—. ¿Que la cinta se queda en blanco justo al comienzo del fenómeno? —le gustaba la palabra que Jake había usado para definir lo sucedido.

—Sí... y que recupera la imagen exactamente un minuto y cuarenta y tres segundos más tarde. Sucede lo mismo en todas las cintas que he comprobado: un minuto y cuarenta y tres segundos de estática.

—¡Lloyd, Jake, venid rápido! —Era la voz de Michiko; los dos hombres se giraron para verla llamándolos desde el umbral. Corrieron tras ella y entraron en la puerta más cercana, la sala de descanso, en la que el televisor aún mostraba la CNN.

—...y, por supuesto, se grabaron cientos de miles de vídeos durante el período en el que las mentes de la gente estuvieron en otra parte —decía la presentadora Petra Davies—: grabaciones de cámaras de seguridad, cámaras de vídeo caseras en marcha, cintas de los estudios de televisión, incluyendo las de nuestros propios archivos, aquí en la CNN, exigencia de la FCC, y más. Asumíamos que todas ellas mostrarían claramente a la gente quedando inconsciente, desplomándose en el suelo...

Lloyd y Jake intercambiaron miradas.

—Pero —siguió Davies— ninguna mostraba nada. O, para ser más exactos, no mostraban nada salvo estática, puntos blancos y negros pulsando en la pantalla. Por lo que sabemos, todos los vídeos

realizados en el mundo durante el salto al futuro muestran esta estática durante precisamente un minuto y cuarenta y tres segundos. Del mismo modo, otros dispositivos de grabación, como los conectados a los instrumentos meteorológicos que empleamos en nuestra información del tiempo, no registraron dato alguno durante el periodo de inconsciencia. Si alguno de los espectadores *tiene* un vídeo o grabación realizada durante este tiempo, y que muestre alguna imagen, nos gustaría ponernos en contacto con él. Puede llamarnos al teléfono gratuito...

—Increíble —dijo Lloyd—. No puedo más que preguntarme qué pasó exactamente durante aquel tiempo.

Jake asintió.

—Así es.

—«Salto al futuro», ¿eh? —dijo Lloyd saboreando el término empleado por la presentadora—. No es un mal nombre.

Jake asintió de nuevo.

—Desde luego, es mucho mejor que «El desastre del CERN», o algo parecido.

Lloyd frunció el ceño.

—Así es.

Theo se recostó en la silla de su despacho, con las manos detrás de la cabeza, contemplando la constelación de oquedades en las baldosas acústicas del techo, pensando en lo que le había dicho DeVries.

No era como saber que ibas a morir en un accidente. Si te advertían de que te iba a atropellar un coche en una calle, a una hora, te bastaba con evitar estar en ese lugar en ese momento, y *¡voilà!*, crisis solucionada. Pero si alguien estaba dispuesto y decidido a matarte, sucedería antes o después. No estar aquí, o dondequiera que tuviera lugar el asesinato (la historia del *Johannesburg Star* no mencionaba el lugar preciso), el 21 de octubre de 2030, no bastaba necesariamente para salvar a Theo.

El Dr. Procopides deja...

¿Deja qué? ¿A sus padres? Papá tendría ochenta y dos y mamá setenta y nueve para entonces. Su padre había sufrido un infarto hacía algunos años, pero desde entonces había sido muy escrupuloso con el colesterol, dejando el *saganaki* y las ensaladas de

queso feta que tanto le gustaban. Desde luego, podían estar vivos para entonces.

¿Cómo se lo tomaría papá? Se suponía que los padres no sobrevivían a sus hijos. ¿Pensaría que ya había tenido una buena y larga vida? ¿Perdería las ganas de vivir, muriendo pocos meses después y dejando a su madre sola? Theo deseaba que sus padres estuvieran vivos dentro de veintiún años, pero...

El Dr. Procopides deja...

...¿mujer e hijos?

Eso era lo que normalmente se ponía en las necrológicas. Lo pondría su mujer, su esposa *Anthoula*, quizá una hermosa muchacha griega. Eso haría feliz a papá.

Salvo que...

Salvo que Theo no conocía a ninguna hermosa muchacha griega... ni a ninguna hermosa muchacha de ningún país. Al menos (un pensamiento acudió a su cabeza, pero lo alejó de sí) a ninguna que estuviera libre.

Se había dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. Primero, obteniendo unas notas que le permitieran acudir a Oxford. Después, para conseguir el doctorado. Después para lograr su puesto en el CERN. Sí, había habido mujeres, por supuesto, adolescentes en Atenas, asuntos de una noche con otras estudiantes e incluso una vez, en Dinamarca, una prostituta. Pero siempre había pensado que más tarde habría tiempo para el amor, el matrimonio y los hijos.

¿Pero cuándo llegaría ese tiempo?

Se había preguntado si el artículo comenzaría por «Ganador del Nóbel». No era así, pero se lo *había* preguntado; y, para ser honesto consigo mismo, era algo para preocuparse seriamente. Un Nóbel representaba la inmortalidad, ser recordado para siempre.

El experimento del LHC que Lloyd y él habían pasado varios años preparando debería haber producido el bosón de Higgs; si lo hubiesen logrado, sin duda el Nóbel le hubiera seguido poco después. Pero no habían tenido éxito.

El éxito. Como si se contentara sólo con uno.

¿Muerto en veintiún años? ¿Quién lo recordaría?

Era una locura. Era inconcebible.

Era Theodosios Procopides, por el amor de Dios. Era inmortal.

Claro que lo era. Claro que sí. Tenía veintisiete años, ¿no?

Una esposa. Hijos. Sin duda, la necrológica los hubiera mencionado. Si DeVries hubiera movido la noticia hacia abajo, se hubiera encontrado con sus nombres, y posiblemente con sus edades.

Pero... ¡espera! ¡Espera!

¿Cuántas páginas tenía el típico periódico urbano? ¿Unas doscientas? ¿Y cuántos lectores? La tirada típica de un diario importante podía ser de medio millón de ejemplares. Por supuesto, DeVries había dicho que leía el periódico del día anterior. De todos modos, no podía ser la única que leyera ese artículo durante aquel destello de dos minutos de futuro.

Y, además, al parecer Theo sería asesinado en Suiza (el artículo estaba fechado en Ginebra), pero la historia había llegado a la prensa de Johannesburgo. Eso significaba que debía de haberse filtrado a otros periódicos y grupos de noticias del mundo, posiblemente con diferentes relatos de los acontecimientos. Desde luego, el *Tribune de Gèneve* dispondría de un artículo más detallado. Podía haber cientos, miles de personas que leyeran la noticia sobre su muerte.

Podía poner anuncios para encontrarlos, en la Internet y en los principales periódicos. Podía descubrir más, enterarse con seguridad de si lo que había dicho la señora DeVries era cierto.

—Mira esto —dijo Jake Horowitz, depositando su tablero de datos sobre la mesa de Lloyd; mostraba una página web.

—¿Qué es?

—Material del Servicio Geológico de los Estados Unidos. Lecturas sismográficas.

—¿Sí?

—Mira las lecturas de hace unas horas.

—Oh, Dios mío.

—Exactamente. Durante casi dos minutos, comenzando a las cinco de la tarde de nuestro huso, los detectores no registraron nada. O marcaron alteración cero, lo que es imposible, pues la Tierra siempre tiembla ligeramente, aunque sólo sea por la interacción de la Luna con las mareas, o no grabaron dato alguno. Es como con las cámaras de vídeo: no existe registro alguno de lo

que sucedió durante aquellos dos minutos. Lo he contrastado con diversos servicios meteorológicos nacionales. Sus instrumentos de medición (velocidad del viento, temperatura, presión del aire, etc.) no grabaron nada durante el salto al futuro. Y la NASA y la ESA informan de períodos muertos en la telemetría de sus satélites durante el lapso.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lloyd.

—No lo sé —respondió Jake, pasándose la mano por el pelo rojo —. Pero, de algún modo, todas las cámaras, sensores e instrumentos de registro del mundo simplemente dejaron de grabar en el periodo del salto.

Theo estaba sentado en su despacho, con un Pato Donald de plástico observándolo desde encima del monitor, pensando en cómo expresar lo que quería decir. Después de todo, necesitaba convertir la información en un anuncio clasificado en cientos de periódicos de todo el mundo; le costaría una fortuna si no era conciso. Tenía tres teclados: uno francés AZERTY, uno inglés QWERTY y otro griego. Usaba el inglés:

Theodosios Procopides, natural de Atenas, trabajador del CERN, será asesinado el lunes 21 de octubre de 2030. Si su visión está relacionada con este crimen, por favor escriba a procopides@cern.ch.

Pensó en dejarlo así, pero añadió una última frase: «Espero poder prevenir mi propia muerte».

Theo podía traducirlo al griego y al francés; en teoría, su ordenador se encargaría de hacerlo a cualquier otro idioma, pero si algo había aprendido de su estancia en el CERN era que las traducciones informáticas eran imprecisas; aún recordaba el horrendo incidente del banquete de Navidad. No, recabaría la ayuda de algunos trabajadores del CERN para hacerlo, y para que le aconsejaran sobre los periódicos más importantes de cada uno de sus países.

Pero había una cosa que podía hacer de inmediato: subir aquella nota a varios grupos de noticias. Lo hizo antes de irse a dormir a casa.

Al fin, a la una de la madrugada, Lloyd y Michiko dejaron el CERN. De nuevo, abandonaron el Toyota en el estacionamiento; en

modo alguno era extraño que la gente del CERN se quedara trabajando toda la noche.

Michiko trabajaba para Sumitomo Electric; era una ingeniera especializada en tecnología superconductora-aceleradora, asignada a largo plazo en el CERN, que había comprado varios componentes del LHC a Sumitomo. Sus jefes le habían proporcionado a ella y a Tamiko un maravilloso apartamento en la Margen Derecha de Ginebra. Lloyd no estaba tan bien pagado, y no le sufragaban la estancia; su apartamento se encontraba en el pueblo de St. Genis. Le gustaba vivir en Francia y trabajar casi todo el tiempo en Suiza; el CERN disponía de su propia aduana, que permitía al personal cruzar la frontera sin preocuparse por enseñar el pasaporte.

Lloyd había alquilado un apartamento amueblado; aunque llevaba dos años en el CERN, no pensaba en la casa como en su hogar, y la idea de comprar muebles no le parecía muy sensata, ya que debería enviarlos luego a Norteamérica. Su mobiliario era algo pasado de moda y demasiado recargado para su gusto, pero al menos conjuntaba bien: la madera oscura, las alfombras naranjas, las paredes rojo oscuro. Creaba un ambiente cálido y acogedor, a costa de hacer que el espacio pareciera menor. Pero no tenía conexión emocional alguna con aquel apartamento: nunca se había casado ni había vivido con alguien del sexo opuesto, y en los veinticinco años que habían pasado desde que se marchara de casa de sus padres había tenido once direcciones distintas. A pesar de todo, aquella noche no había duda de que irían a su apartamento, no al de ella. Había demasiado de Tamiko en el piso de Ginebra, demasiado para soportarlo tan pronto.

El apartamento de Lloyd se encontraba en un edificio de cuarenta años, calentado por radiadores eléctricos. Se sentaron en el sofá. Él tenía un brazo sobre los hombros de ella, tratando de consolarla.

—Lo siento.

El rostro de Michiko aún parecía hinchado. Tenía periodos de calma, pero las lágrimas comenzaban de repente y no parecían terminar nunca. Asintió ligeramente.

—No había modo de preverlo —dijo Lloyd—, ni de evitarlo.

Pero Michiko negó con la cabeza.

—¿Qué clase de madre soy? Me llevo a mi hija a medio mundo de distancia de sus abuelos, de su casa.

Lloyd no dijo nada. ¿Qué iba a decir? ¿Que había parecido una idea maravillosa? Irse a estudiar a Europa, aunque fuera con solo ocho años, hubiera sido una experiencia increíble para cualquier niño. Desde luego, llevar a Tamiko a Suiza había sido lo correcto.

—Debería intentar hablar con Hiroshi —dijo Michiko. Era su ex marido—. Tengo que asegurarme de que ha recibido el correo electrónico.

Lloyd pensó en comentarle que Hiroshi probablemente no mostrara mayor interés en su hija ahora que estaba muerta que el que había tenido estando viva. Aunque nunca lo había conocido, lo odiaba a muchos niveles. Lo odiaba por entristecer a Michiko, no una vez, ni dos, sino durante años. Le dolía pensar en la vida de ella sin una sonrisa en la cara, sin alegría en el corazón. Además, si quería ser brutalmente honesto, lo odiaba por haberla tenido primero. Pero no dijo nada. Se limitó a acariciar su lustroso pelo negro.

—Él no quería que me la trajera —dijo Michiko sollozando—. Quería que se quedara en Tokio, que fuera a una escuela japonesa —se limpió los ojos—. «A una escuela apropiada», decía. Si le hubiera hecho caso...

—El fenómeno se produjo *en todo el mundo* —respondió Lloyd suavemente—. No hubiera estado más segura en Tokio que en Ginebra. No puedes culparte.

—No lo hago. Yo...

Pero se detuvo. Lloyd no pudo sino preguntarse si iba a decir «Te culpo a ti».

Michiko no había venido al CERN para estar con Lloyd, pero ninguno de los dos dudaba que él era el motivo por el que había decidido quedarse. Ella le había pedido a Sumitomo que la mantuviera allí después de instalar el equipo del que era responsable. Durante los dos primeros meses, Tamiko se había quedado en Japón, pero una vez Michiko decidió prolongar su estancia, se las arregló para traerse a su hija a Europa.

Lloyd también había amado a Tamiko. Sabía que el de padrastro siempre era un papel difícil, pero los dos se llevaban muy bien. A

no todos los jóvenes les gustaba que un padre divorciado encontrara nuevo compañero; la propia hermana de Lloyd había roto con su novio porque a sus dos hijos pequeños no les gustaba aquel nuevo hombre en sus vidas. Pero Tamiko le había dicho una vez que le gustaba porque hacía sonreír a su madre.

Lloyd miró a su prometida. Estaba tan triste que se preguntó si alguna vez la volvería a ver sonreír. También tenía ganas de llorar, pero algo estúpido y masculino no se lo permitía mientras ella estuviera llorando a su vez. Se contuvo.

Se preguntó qué impacto iba a tener aquello en su próximo matrimonio. No había tenido más motivos para proponerlo que su amor total y completo por Michiko. Y no dudaba del amor que ella sentía, pero, al menos en cierta medida, ella siempre había tenido un segundo motivo para casarse con él. Por moderna y liberada que fuera, y al menos para los estándares japoneses era *muy* moderna, siempre había buscado un padre para su hija, alguien que le ayudara a criar a Tamiko, que le proporcionara una presencia masculina.

¿Era ése el único interés de Michiko? Oh, sí, los dos lo pasaban estupendamente juntos, pero muchas parejas eran iguales sin un matrimonio o un compromiso a largo plazo. ¿Seguiría queriendo casarse con él ahora?

Y, por supuesto, estaba aquella otra mujer, la de su visión, la prueba vívida y clara...

La prueba de que, igual que el matrimonio de sus padres había acabado en divorcio, lo haría el suyo si terminaba al fin casándose con Michiko.

7

SEGUNDO DÍA: MIÉRCOLES 22 DE ABRIL DE 2009

Resumen de prensa

El número de muertos sigue aumentando tras el fenómeno de salto al futuro producido ayer. En Caracas, Venezuela, Guillermo Garmendia, de 36 años, aparentemente desconsolado por la muerte de su esposa María, de 34, abatió de sendos disparos a sus hijos Ramón (7) y Salvador (5), suicidándose acto seguido.

*

El gobierno de Queensland, Australia, ha declarado formalmente el estado de emergencia por los efectos del salto al futuro.

*

La Bondplus Corporation de San Rafael, California, está en estado de gran agitación. El director ejecutivo, el consejero financiero y todo el consejo de administración murieron cuando el reactor corporativo se estrelló al despegar durante el salto al futuro. Bondplus se encontraba en pleno proceso de defensa contra una adquisición hostil por parte de su archirrival, Jasmine Adhesives.

*

La Comisión de Transportes de Toronto ha recibido una demanda por valor de mil millones de dólares (canadienses) por su responsabilidad por los pasajeros muertos y heridos durante el salto al futuro. La demanda asegura que la Comisión actuó de forma negligente al no instalar pavimentos acolchados en el fondo de las escaleras manuales

y mecánicas para proteger al público en caso de caídas.

*

La venta masiva de yenes ha provocado una nueva crisis en la economía japonesa, al haberse recibido informaciones mediante el salto al futuro de que la moneda se depreciará en un 50% respecto al dólar americano para 2030.

Y seguía.

Theo tenía la cabeza inclinada, contemplando los informes extendidos por toda su mesa. Debía haber una respuesta, una explicación racional para lo que había sucedido. Los físicos investigaban, exploraban y debatían posibles causas por todo el CERN.

La puerta del despacho de Theo se abrió, dejando entrar a Michiko Komura, que llevaba varios papeles en la mano.

—He oído que buscas información sobre tu propio asesinato —dijo.

Theo sintió cómo se aceleraba su pulso.

—¿Sabes algo?

—¿Yo? —dijo ella frunciendo el ceño—. No. No, lo siento.

—Oh —un latido—. ¿Por qué lo comentas?

—No, sólo estaba pensando. No puedes ser el único desesperado por saber más sobre su propio futuro.

—Supongo.

—Y bueno, creo que debería haber un método centralizado para coordinar todo eso. Quiero decir que vi tu mensaje colgado en el grupo de noticias esta semana, y no era precisamente el único.

—¿De verdad?

—Hay miles de personas buscando información sobre su futuro. No todos quieren hechos sobre sus muertes, claro, pero… bueno, déjame leerte algunos.

Se sentó y comenzó a leer los papeles.

—«Cualquiera con información sobre el paradero futuro de Marcus Whyte, póngase en contacto…». «Estudiante de universidad busca consejo sobre su carrera: si su visión indicaba cualquier cosa sobre los trabajos con gran demanda en 2030, hágamelo saber». «Se busca información sobre el futuro del Comité Internacional de la

Cruz Roja...».

—Fascinante —dijo Theo. Sabía lo que Michiko pretendía: enterrarse en algo, lo que fuera, con tal de no pensar en la pérdida de Tamiko.

—¿A que sí? Y también hay ya un puñado de anuncios en la Web, invitaciones de grandes corporaciones en busca de información que pudiera serles de utilidad. No sabía que podías coger un *banner* y colocarlo tan rápido, pero supongo que todo es posible si estás dispuesto a pagar por ello —se detuvo y apartó la mirada; era claro que Tamiko pasaba por su mente. Por desgracia, había cosas para las que no había precio alguno. Tras un momento, continuó—. En realidad, me parece que no deberías publicar la información sobre tu asesinato. Esta mañana le decía a Lloyd que es probable que las compañías de seguros ya estén reuniendo datos sobre cualquiera que vaya a morir en los próximos veinte años para poder rechazar sus peticiones de pólizas.

Theo sintió mariposas en el estómago. No había pensado en todo aquello.

—Y entonces ¿crees que alguien debería coordinar todo esto?

—Bueno, la información empresarial no; no permitiría que mis jefes en Sumitomo me oyeran diciendo esto, pero me da igual qué compañía se enriquece y cuál no. Pero los asuntos personales, la gente que trata de averiguar lo que le reserva el futuro, que intenta buscar sentido a sus visiones... creo que deberíamos ayudarlos.

—¿Tú y yo?

—No, no solo tú y yo. Todo el CERN.

—Béranger nunca pasará por ahí —dijo Theo, negando con la cabeza—. No quiere que admitamos participación alguna.

—No tenemos que hacerlo. Simplemente podemos presentarnos voluntarios para coordinar una base de datos. Poseemos la capacidad informática necesaria y, después de todo, el CERN tiene un historial de computación altruista. La WWW se creo aquí, ¿no?

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Theo.

Michiko levantó un poco los hombros.

—Un depósito central. Una página web con un formulario: describe tu visión en, no sé, doscientas palabras. Podríamos indexar todas las descripciones, de modo que la gente pudiera buscar

mediante palabras clave y operadores booleanos. Ya sabes, todas las visiones que mencionen Aberdeen, pero no acontecimientos deportivos. Cosas así. Por supuesto, el programa indexador cruzaría de forma automática hockey, *basboru*, etc., con términos generales como «acontecimientos deportivos». No sólo te ayudaría a ti, sino también a mucha otra gente.

Theo se descubrió asintiendo.

—Tiene sentido. ¿Pero por qué limitar la longitud de las entradas? Es decir, el espacio de almacenamiento es barato. Yo animaría a la gente a ser lo más detallada posible en sus descripciones. Después de todo, lo que puede parecer irrelevante a una persona con una visión podría ser vital para otra.

—Es cierto —dijo Michiko—. Mientras la moratoria de Béranger sobre el LHC esté en efecto, la verdad es que no tengo mucho que hacer. Pero necesito algo de ayuda. Lloyd no me sirve a la hora de programar, y pensé que podrías echarme una mano.

El equipo de Lloyd y Theo había comenzado porque el primero necesitaba alguien con mucha más experiencia programando que él, para codificar sus ideas en experimentos que pudieran desarrollarse mediante ALICE.

Theo ya estaba pensando en la aproximación. Podrían anunciarlo con una nota de prensa; la encargada de relaciones públicas que se golpeó la cabeza durante su visión podía enviarla allá donde fueran esas cosas. Pero en la nota podía usar su propio caso como ejemplo; sería el modo perfecto de asegurarse de que el problema recibiera atención mundial.

—Claro —dijo—. Cuenta con ello.

Después de que Michiko se hubiera ido, Theo regresó a su ordenador y comprobó el correo electrónico. Había las cosas habituales, incluyendo correo basura de una compañía en Mauritania. El gobierno de ese país había conseguido un golpe notable: siendo una de las pocas naciones que no había prohibido la publicidad indiscriminada a sus propias empresas, había atraído a miles de negocios a sus costas.

Theo revisó los demás mensajes. Una nota de un amigo en Sorrento. La petición de una copia de un artículo del que era co-autor; al menos en el MIT todo parecía haber vuelto a la

normalidad. Y...

¡Sí! Más información sobre su asesinato.

Era de una mujer en Montreal. Pero había nacido en Francia, no en Canadá, y le gustaba seguir las noticias de su patria. El CERN, por supuesto, estaba a horcajadas entre las fronteras francesa y suiza; aunque la ciudad más cercana fuera Ginebra, un asesinato en sus instalaciones era noticia en los dos países.

Su visión le había encontrado leyendo un artículo en *Le Monde* sobre su asesinato. Todos los hechos concordaban con el relato de Kathleen DeVries, la primera confirmación de que la mujer surafricana no se estaba riendo de él. Pero las palabras sobre el informe eran bastante distintas. No era solo una traducción de los que DeVries había visto, sino un artículo totalmente distinto. Y contenía un hecho sobresaliente que no aparecía en la noticia de Johannesburgo. Según la mujer francesa, el nombre del detective que investigaría el asesinato era Helmut Drescher, de la policía de Ginebra.

La mujer concluía su correo con un *¡Bonne chance!*

Bonne chance. Buena suerte. Sí, sin duda necesitaría mucha.

Se sabía el número de emergencias de la policía de Ginebra de memoria: 1-1-7; de hecho, estaba en una pegatina adherida en todos los teléfonos del CERN. Pero no tenía idea de cuál era el número general, de modo que usó el teclado de su aparato, encontró el número y lo marcó.

—*Allo* —dijo—. *Détective Helmut Drescher, s'il vous plaît*.

—No tenemos ningún detective con ese nombre —respondió el policía al otro lado de la línea.

—Podría tener otro puesto, algo menos importante.

—Aquí no hay nadie con ese nombre —replicó la voz.

Theo pensó unos instantes.

—¿Tiene usted un directorio con el resto de las comisarías de policía de Suiza? ¿Hay algún modo de comprobarlo?

—No dispongo de nada parecido; tendríamos que investigar un poco.

—¿Podrían hacerlo?

—¿De qué se trata?

Theo se decantó por la honestidad (en parte, al menos) como la

mejor política.

—Está investigando un asesinato, y tengo cierta información.

—De acuerdo, lo comprobaré. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

Theo le dejó su nombre y su número, le dio las gracias y colgó. Decidió intentar un ángulo más directo, escribiendo el nombre de Drescher en el teclado del teléfono.

Bingo. Sólo había un Helmut Drescher en Ginebra; vivía en la Rue Jean-Dassier.

Marcó su número.

8

Resumen de prensa

Trabajadores en huelga de un hospital en Polonia votaron por unanimidad regresar hoy al trabajo. «Nuestra causa es justa y volveremos a tomar medidas, pero de momento nuestro deber para con la humanidad tiene preferencia», dijo el líder sindical Stefan Wyszynski.

*

La gran cadena de cines Cineplex/Odeon ha anunciado entradas gratuitas para todos los clientes que estuvieron en sus salas durante el salto al futuro. Aunque al parecer las películas se proyectaron durante el acontecimiento, los espectadores perdieron el conocimiento, quedándose sin dos minutos de la acción. Se espera que otras cadenas sigan este ejemplo.

*

Tras batir en las últimas 24 horas la plusmarca de peticiones de registro, la Oficina de Patentes de los Estados Unidos ha cerrado hasta nuevo aviso, pendiente de una decisión del Congreso sobre la patente de inventos vislumbrados durante las visiones.

*

El Comité para la Investigación Científica de lo Paranormal ha emitido un comunicado de prensa señalando que, aunque aún no tienen explicación para el salto al futuro, no hay motivo alguno para invocar razones sobrenaturales.

*

Mutua Europea, la principal aseguradora de la Unión Europea, ha declarado la bancarrota.

Ya era el momento, antes de lo que había pensado. Los traumas del día anterior habían provocado que el parto de Marie-Claire Béranger se adelantara. Gaston llevó a su mujer al hospital de Thoiry; vivían en Ginebra, pero para los dos era importante que su hijo naciera en suelo francés.

Como director general del CERN, el sueldo de Gaston era considerable, y Marie-Claire, abogada, también aportaba importantes ingresos. A pesar de todo, era reconfortante saber que, fueran cuales fueran sus medios económicos, Marie-Claire recibiría toda la atención médica necesaria mientras estuviera en estado. Gaston había oído que, en los Estrados Unidos, muchas mujeres veían al doctor por primera vez durante su embarazo en el día del parto. No sorprendía, por tanto, que la tasa de mortalidad infantil en los EE.UU. fuera muchas veces superior a la de Suiza o Francia. No, ellos iban a darle lo mejor a su hijo. Sabían que era niño, y no solo por la visión. Marie-Claire tenía cuarenta y dos años, y su médico le había recomendado una serie de ecografías durante el embarazo; habían visto claramente el *pequeñín* de su pequeñín.

Por supuesto, no había habido modo de ocultarle su visión a Marie-Claire; Gaston no era de los que escondía secretos a su esposa, pero en aquel caso, además, era imposible. Ella había tenido una visión complementaria: la misma pelea con Marc, pero desde su punto de vista. Gaston estaba agradecido por que Lloyd Simcoe hubiera logrado demostrar que las visiones estaban sincronizadas al hablar con su becario y con aquella mujer en Canadá; Marie-Claire y Gaston habían prometido mantener sus visiones en privado.

Pese a todo, había ciertos temas peliagudos, a pesar de haber compartido la misma escena. Marie-Claire le había pedido a Gaston que describiera qué aspecto tendría dentro de veinte años. Él le había comentado algunos detalles de pasada, entre ellos su aumento de peso; ella pasó varios meses quejándose de lo enorme que estaba por el embarazo, y de que pensaba recuperar la línea de inmediato.

Por su parte, a Gaston le había sorprendido descubrir por su mujer que en el 2030 tendría barba; nunca la había usado en su juventud, y ahora que su bigote comenzaba a encanecer, había asumido que tampoco lo haría en el futuro. Sin embargo, también conoció que conservaría el pelo, pero no sabía si era verdad, una

mentira piadosa de su mujer o una indicación de que, para el final de la tercera década del siglo, habría curas comunes para la calvicie.

El hospital estaba atestado de pacientes, muchos en camillas apiladas en los pasillos; al parecer estaban allí desde el acontecimiento del día anterior. A pesar de todo, la mayoría de las heridas habían sido leves, sin requerir visita al hospital, o huesos rotos y quemaduras; comparativamente, se había admitido a pocos pacientes. Y, gracias a Dios, la sección de obstetricia no estaba mucho más atareada de lo normal. Una enfermera condujo a Marie-Claire a la planta en silla de ruedas; Gaston caminaba a su lado, sujetando la mano de su mujer.

Él era físico, por supuesto, o al menos lo había sido; sus diversas tareas administrativas lo habían mantenido lejos de la ciencia real durante más de doce años. No tenía idea de la causa de las visiones. Oh, desde luego estaban relacionadas con el experimento del LHC; la coincidencia temporal era demasiada como para ignorarla. Pero, fuera cual fuera la causa, y por desagradable que hubiera sido su visión, no la lamentaba. Había sido una advertencia, la señal de un despertador, un presagio. Y escucharía, no dejaría que las cosas terminaran así. Sería un buen padre; reservaría todo el tiempo posible para su hijo.

Apretó la mano de su esposa.

Entraron en la sala de partos.

La casa era grande y atractiva (y sin duda cara, por la proximidad al lago). Las líneas exteriores sugerían un chalé, pero sin duda era una afectación: las casas en la Ginebra metropolitana estaban tan alejadas de ellos como los edificios de Manhattan de las granjas. Theo llamó al timbre y aguardó a que abrieran, con las manos en los bolsillos.

—Usted debe de ser el caballero del CERN —dijo la mujer. Aunque Ginebra se encontraba en la zona francófona de Suiza, el acento de la mujer era alemán. Como sede de numerosas instituciones internacionales, la ciudad atraía a gentes de todo el mundo.

—Así es —respondiendo Theo, dudando sobre el tratamiento adecuado—, Frau Drescher. —Probablemente tuviera unos cuarenta

y cinco y era delgada y hermosa, con un cabello que Theo creía rubio natural—. Me llamo Theo Procopides. Gracias por su tiempo.

Frau Drescher alzó una vez los hombros.

—Normalmente no le dejaría entrar, por supuesto, un extraño que llama por teléfono... Pero han pasado cosas muy raras estos días.

—Así es —dijo Theo—. ¿Está Herr Drescher en casa?

—Aún no. Normalmente trabaja hasta tarde.

Theo sonrió indulgente.

—Me lo imagino. El trabajo policial debe de ser muy exigente.

La mujer frunció el ceño.

—¿Trabajo policial? ¿Qué cree exactamente que hace mi marido?

—Es oficial de policía, ¿no?

—¿Helmut? Vende zapatos; tiene una zapatería en la rue du Rhône.

La gente podía cambiar de trabajo en veinte años, claro, pero ¿de vendedor a detective? Aquello no era una historia de Horatio Alger, pero seguía pareciendo de lo más improbable. Y, además, las relucientes tiendas de la rue du Rhône eran carísimas. Él no podía permitirse más que mirar escaparates en aquella zona. Era probable que quien quisiera pasar de trabajar allí a hacerse policía tuviera que aceptar un drástico recorte en el salario.

—Lo siento. Había supuesto... su marido es el único Helmut Drescher en el listín de Ginebra. ¿Conoce a alguien más con el mismo nombre?

—No, salvo que se refiera a mi hijo.

—¿Su hijo?

—Lo llamamos Moot, pero en realidad es Helmut Jr.

Por supuesto. El mayor trabajaba en la zapatería, y el hijo era policía. Y, por supuesto, el número de los policías no aparecería en la guía telefónica.

—Ah, me equivoqué. Debe de ser él. ¿Podría decirme cómo ponerme en contacto con su hijo?

—Está arriba, en su cuarto.

—¿Aún vive aquí?

—Claro. Sólo tiene siete años.

Theo se maldijo por su estupidez; aún estaba pugnando por comprender los destellos del futuro; quizá el no haber tenido visión lo excusara de comprender el marco temporal, pero seguía sintiéndose como un imbécil.

Si el joven Moot tenía ahora siete años, tendría veintiocho en la fecha de la muerte de Theo, uno más de los que el físico contaba ahora. Y no tenía sentido preguntarle si quería ser policía de mayor: *todos* los niños de siete años apostaban por ello.

—No quisiera molestar —dijo Theo—, pero, si no le importara, me gustaría hablar con él.

—No sé. Quizá sea mejor que espere a que llegue mi marido.

—Como guste.

Ella parecía esperar la insistencia del hombre, pero la aceptación de Theo desvaneció sus miedos.

—De acuerdo —dijo—. Pase. Pero debo advertirle: Moot ha estado muy reservado desde... desde aquella cosa de ayer, fuera lo que fuese. Y anoche no durmió bien, así que está algo hosco.

Theo asintió.

—Lo comprendo.

Lo condujo al interior. Era una casa brillante y oreada, con una impresionante vista del lago Léman; al parecer, Helmut Sr. vendía *un montón* de zapatos.

La escalera consistía en huellas de madera, sin tabica. Frau Drescher se acercó al arranque.

—¡Moot! ¡Moot! ¡Aquí hay alguien que quiere verte! —Se volvió hacia Theo—. ¿Quiere sentarse?

Le señalaba una silla baja de madera con cojines blancos; un sofá cercano le hacía compañía. Se sentó. La mujer volvió a acercarse a las escaleras, ahora de espaldas a Theo.

—¡Moot! ¡Baja! ¡Tienes visita!

Se situó donde Theo pudiera verla y alzó los hombros como disculpa materna.

Por fin se oyeron pasos ligeros sobre los escalones de madera. El muchacho bajaba corriendo; se había mostrado reluctante a obedecer a su madre, pero, como todos los niños, tenía la costumbre de bajar y subir corriendo por las escaleras.

—Ah, Moot —dijo la madre—, éste es Herr Proco...

Theo se había girado para ver al chico. En el momento en que Moot lo vio, lanzó un grito y corrió de inmediato hacia arriba, tan rápido que la escalera se sacudió de forma perceptible.

—¿Qué sucede? —preguntó su madre.

Cuando el chico llegó a su cuarto, cerró la puerta de su cuarto de un portazo.

—Lo siento —dijo Frau Drescher, volviéndose hacia Theo—. No sé qué le pasa.

Theo cerró los ojos.

—Creo que yo sí. No se lo dije todo, Frau Drescher. Yo... dentro de veintiún años estaré muerto. Y su hijo, Helmut Drescher, será detective en la Policía de Ginebra. Investigará mi asesinato.

Frau Drescher se quedó blanca como la nieve que cubría el Mont Blanc.

—*Mein Gott* —alcanzó a decir—. *Mein Gott*.

—Tiene que dejarme hablar con él —insistió Theo—. Me reconoció, lo que significa que su visión tuvo algo que ver conmigo.

—No es más que un niño.

—Ya lo sé... pero tiene información sobre mi asesinato. Tengo que descubrir todo cuanto sepa.

—Un crío no puede entender nada de eso.

—Por favor, Frau Drescher, por favor... estamos hablando de mi *vida*.

—Pero no dirá nada sobre... sobre su visión. Es evidente que lo ha asustado, y no creo que abra la boca.

—Por favor. Debo saber lo que vio.

La mujer pensó unos instantes y entonces, como si se resistiera a su buen juicio, dijo:

—Venga conmigo.

Comenzó a subir por las escaleras, seguida por Theo unos escalones detrás. En la planta alta había cuatro habitaciones: una lavandería, con la puerta abierta; dos dormitorios, también abiertos; y una cuarta pieza, con un cartel de la película original de *Rocky* pegado con cinta adhesiva al exterior de la puerta cerrada. Frau Drescher hizo un gesto a Theo para que se alejara un poco. Él obedeció mientras la mujer llamaba la puerta.

—¡Moot! Moot, soy mamá. ¿Puedo pasar?

No hubo respuesta.

Drescher asió el picaporte y lo giró lentamente, abriendo poco a poco la puerta.

—¿Moot?

Llegó una voz sofocada, como si el chico tuviera la cara apretada contra una almohada.

—¿Sigue ahí ese hombre?

—Te prometo que no entrará —una pausa—. ¿Lo conoces de algo?

—He visto esa cara. Esa boca.

—¿Dónde?

—En una habitación. Estaba en una cama —una pausa—. Pero no era una cama, era de metal. Y había una cosa... como esa bandeja en la que sirves la comida.

—¿Una bandeja? —dijo Frau Drescher.

—Tenía los ojos cerrados, pero era él. Y...

—¿Y qué?

Silencio.

—Puedes contármelo, Moot. Puedes contármelo todo.

—No tenía ni camisa ni pantalones. Y había un señor con una bata blanca, como la que llevamos en clase de dibujo. Pero tenía un cuchillo, y estaba...

Theo, aguardando en el pasillo, contuvo el aliento.

—Tenía un cuchillo, como... y estaba... estaba...

Abriéndome, pensó Theo. Una autopsia, el detective observando al forense.

—Era tan *asqueroso*... —dijo el chico.

Theo se acercó en silencio, llegando al umbral, tras Frau Drescher. El pequeño estaba tumbado boca abajo.

—Moot... —dijo Theo muy bajo—. Moot, siento mucho que tuvieras que ver eso... pero tengo que saberlo. Tengo que saber qué te decía el hombre.

—No quiero hablar de ello —respondió el niño.

—Lo sé... lo sé. Pero es muy importante para mí. Por favor, Moot. El hombre de la bata blanca era un doctor. Por favor, cuéntame qué te estaba diciendo.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó el chico a la madre.

Theo pudo ver las emociones pugnando en el rostro de la madre. Por una parte, quería proteger al niño de una situación desagradable; por otra, era evidente que allí había en juego algo mucho más importante. Al fin se decidió.

—No, no tienes por qué hacerlo, pero *sería* de gran ayuda —se acercó a la cama, se sentó en el borde y acarició el pelo rubio y corto de su hijo—. Ya ves que Herr Procopides necesita mucha ayuda. Alguien va a intentar matarlo, pero puede que tú consigas impedirlo. ¿No te gustaría ayudarle, Moot?

Ahora era el turno del niño de luchar con sus pensamientos.

—Creo que sí —dijo al fin. Levantó un poco la cabeza, miró a Theo y apartó rápidamente la vista.

—¿Moot? —dijo la madre, sacudiéndolo con suavidad.

—Se tiñe el pelo —dijo el muchacho, como si fuera algo repugnante—. En realidad es gris.

Theo asintió. El joven Helmut no comprendía. ¿Cómo iba a hacerlo? Un niño de siete años, transportado de repente de donde estuviera (el recreo, quizá, o un aula, o incluso la seguridad de su propio cuarto). Transportado desde allí a un depósito de cadáveres, observando cómo abrían un cuerpo en canal, viendo una sangre oscura y espesa derramarse por la mesa.

—Por favor —dijo Theo—. T-te prometo que no volveré a teñirme.

El chico calló durante unos instantes, antes de hablar con cuidado, de forma entrecortada.

—Usaban muchas palabras raras. No comprendí la mayoría.

—¿Hablaban francés?

—No, alemán. El otro señor no tenía acento, igual que yo.

Theo sonrió un tanto, ya que el acento del muchacho era bastante fuerte. De todos modos, dos tercios de la población suiza hablaban normalmente el alemán, mientras que sólo el dieciocho por ciento empleaba el francés en la vida diaria. Sí, Ginebra estaba en la zona francófona, pero no era raro que dos germanohablantes usaran el alemán si no había nadie más con ellos.

—¿Dijeron algo sobre una herida de entrada? —preguntó Theo.

—¿Una qué?

—Una herida de entrada. —Moot y Theo estaban hablando en

francés; el científico esperaba haberse expresado bien—. Ya sabes, el lugar por el que entró la bala.

—Balas —dijo el chico.

—¿Perdón?

—Balas. Había tres. —Miró a su madre—. Eso es lo que dijo el señor de la bata.

Tres balas, pensó Theo. *Alguien me quería bien muerto.*

—¿Y las heridas de entrada? —insistió Theo—. ¿Dijeron algo sobre eso?

—En el pecho.

Así que veré al asesino, pensó el griego.

—¿Podrías contarme algo más?

—Yo dije algo —respondió el niño.

—¿El qué?

—Vamos, parecía que lo decía yo, pero no era mi voz. Era mucho más fuerte, ¿sabes?

Había crecido. Claro que era más fuerte.

—¿Qué dijiste?

—Que le habían disparado desde muy cerca.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía. No sé por qué lo dije. Las palabras salían.

—¿Dijo algo el forense... el hombre de la bata... cuando le contaste eso?

El chico estaba ahora sentado en la cama, encarado con él.

—No, sólo dijo sí con la cabeza. Como si estuviera de acuerdo.

—Muy bien. ¿Y dijo algo que te hiciera comentar que había sido desde muy cerca?

—No lo entiendo —respondió—. Mamá, ¿tengo que hacer esto?

—Por favor —dijo Frau Drescher—. Tomaremos helado de postre. Sólo tienes que ayudar a este señor tan simpático un poco más.

El chico frunció el ceño, como si sopesara el valor del helado.

—Dijo que usted había muerto en un combate de boxeo.

Theo se sintió sorprendido. Podía ser arrogante, podía ser agresivo, pero nunca en su vida adulta había golpeado a otro ser humano. De hecho, se consideraba pacifista, y había rechazado algunas ofertas lucrativas de compañías de defensa tras su

graduación. Nunca había estado en un combate de boxeo en su vida; no lo consideraba un deporte, sino una muestra de salvajismo.

—¿Estás seguro de que dijo eso? —preguntó. Miró el cartel de *Rocky* en la puerta, y después la pared detrás de Moot, en la que había otro cartel de Evander Holyfield, campeón de los pesos pesados. ¿Estaría confundiendo sus sueños con la visión?

—Ajá —dijo Moot.

—¿Pero por qué iban a dispararme en un combate de boxeo?

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Recuerdas algo más?

—Dijo que algo era muy pequeño.

—¿Algo era pequeño?

—Sí. De sólo nueve milímetros.

Theo miró a la madre.

—Es un calibre de pistola. Creo que se refiere al diámetro del cañón.

—Odio las armas —dijo Frau Drescher.

—Y yo —respondió el griego. Volvió a mirar al niño—. ¿Qué más dijo?

—«Glock». El señor repetía «Glock».

—Eso es una clase de pistola. ¿Dijo algo más?

—Algo sobre dalística...

—Dal... ¿no será balística?

—Puede. Iba a mandar las balas a dalística. ¿Es una ciudad?

Theo negó con la cabeza.

—¿Dijo algo más sobre las balas?

—Eran americanas. El señor dijo que ponía «Remington» en los casquillos, y yo sabía lo que era eso, y dije «Americanas» y él dijo que sí.

—¿Comentó algo más? ¿Algo mientras miraban mi pecho?

El niño palideció.

—Había tanta sangre... y tripas. Yo...

Frau Drescher apretó al niño contra ella.

—Lo siento, Herr Procopides, pero creo que ya es suficiente.

—Pero...

—No. Debe usted marcharse.

Theo exhaló. Buscó en el bolsillo, sacó una de sus tarjetas y la

dejó sobre la cama del niño.

—Moot, aquí puedes localizarme. Por favor, conserva esta tarjeta. Si en cualquier momento, y me refiero a cualquiera, aunque sea dentro de años, sucede algo que creas que debería conocer, te ruego que me llames. Es muy importante para mí.

El muchacho observó el pequeño rectángulo; era probable que nunca le hubieran dado una tarjeta.

—Quédatela, es para ti. Guárdala bien.

Moot la tomó con cuidado.

Theo entregó otra tarjeta a la madre, le dio las gracias y se marchó.

9

Resumen de prensa

Darren Sunday, estrella de la serie de televisión de la NBC *Dale Rice*, murió hoy por las heridas provocadas en la caída producida durante el fenómeno. Se ha detenido la grabación, que había continuado en ausencia de Sunday.

*

La Comisión de Transportes del Estado de Nueva York informa de que aún no se ha despejado el accidente múltiple de 72 vehículos cerca de la salida 44 (Canandaigua); la autopista del oeste sigue bloqueada en ese punto. Se aconseja tomar rutas alternativas.

*

Un grupo de diez mil musulmanes en Londres, Inglaterra, cuyas plegarias quedaron interrumpidas durante el salto al futuro, se reunieron hoy en Picadilly Circus para encararse hacia La Meca y rezar *en masse*.

*

El Papa Benedicto XVI ha anunciado un durísimo programa de visitas internacionales. Invita a católicos y no católicos a acudir a las misas, preparadas para consolar a aquellos que hayan perdido a seres queridos durante el salto al futuro. Al preguntársele sobre si el fenómeno constituía un milagro, el pontífice se reservó su opinión.

*

La Fundación Infantil de Naciones Unidas ayudará a las sobrecargadas agencias nacionales de adopción a encontrar hogar a los niños que quedaron huérfanos durante el salto al futuro.

Aunque el CERN era un hervidero (cada investigador tenía su propia teoría sobre lo sucedido), Lloyd y Michiko se fueron pronto a casa; nadie podía culparlos, después de lo sucedido con la hija de ella. «Casa», de nuevo sin discusión, pues no era necesaria, era el apartamento de Lloyd en St. Genis.

Michiko aún rompía en lágrimas de vez en cuando, y Lloyd al fin había encontrado tiempo en el trabajo para cerrar la puerta del despacho, apoyar la cabeza en el escritorio y liberar sus lágrimas. A veces, el llanto ayudaba a alejar el dolor; aquel no era el caso.

Cenaron pronto; Lloyd preparó unas chuletas que había en el frigorífico. Michiko, desesperada por hacer algo, cualquier cosa para mantener la cabeza ocupada, se encargó de adecentar el apartamento.

Y, mientras terminaban de cenar y tomaba ella su té y él un café, surgió de nuevo la pregunta que Lloyd había estado temiendo.

—¿Qué viste? —preguntó Michiko.

Lloyd abrió la boca para responder, pero la cerró.

—Oh, vamos —respondió ella, evidentemente leyendo su expresión—. No puede ser tan malo.

—Sí lo fue.

—¿Qué viste? —volvió a preguntar.

—Estaba... —cerró los ojos— estaba con otra mujer.

Michiko parpadeó varias veces. Al final respondió con voz gélida:

—¿Me estabas engañando?

—N... no.

—¿Entonces?

—Estaba... Dios, cariño, lo siento. Estaba casado con otra mujer.

—¿Cómo sabes que estabais casados?

—Estábamos en la cama y teníamos sendas alianzas. Estábamos en una cabaña en Nueva Inglaterra.

—Puede que fuera la casa de ella.

—No. Reconocí parte de mis muebles.

—Estabas casado con otra mujer —dijo Michiko, como si tratara de digerir el concepto. Había sufrido tal trauma recientemente que era posible que no pudiera asimilar nada más.

Lloyd asintió.

—Nosotros... tú y yo... debemos de habernos divorciado, o...

—¿O?

Él se encogió de hombros.

—O puede que nunca llegáramos a casarnos.

—¿Ya no me quieres? —preguntó Michiko.

—Claro que sí. Por supuesto. Pero... mira, yo no quería esa visión. No me resultó nada agradable. ¿Recuerdas cuando hablábamos de nuestras promesas? ¿Recuerdas cuando discutíamos sobre si dejar lo de «hasta que la muerte nos separe»? Tú decías que era anticuado, que nadie sigue diciéndolo. Y... bueno, tú ya has estado casada una vez. Pero yo te dije que lo dejáramos. Eso era lo que quería. Quería un matrimonio que durara eternamente. No como el de mis padres... como el tuyo.

—Estabas en Nueva Inglaterra —respondió Michiko, aún tratando de asimilarlo—. Y yo... yo estaba en Kioto.

—Con una niña —añadió Lloyd. Se detuvo, sin saber si debía dar voz a la pregunta que le carcomía. Al final lo hizo, sin enfrentarse a su mirada.

—¿Qué aspecto tenía la niña?

—Tenía el pelo negro, largo... —respondió Michiko.

—¿Y...?

Ella apartó la mirada.

—Y rasgos asiáticos. Parecía japonesa —hizo una pausa—. Pero eso no significa nada; muchos hijos de parejas mixtas se parecen más a un padre que a otro.

Lloyd sintió el corazón bailar en su pecho.

—Yo creía que estábamos hechos el uno para el otro —dijo con suavidad—. Creía... —dejó morir la voz, incapaz de decir «Creía que eras mi alma gemela». Las lágrimas se agolpaban en sus ojos; al parecer, a ella le pasaba lo mismo, pues se los limpiaba con el dorso de la mano.

—Te quiero, Lloyd.

—Y yo a ti. Pero...

—Sí. Pero...

Se acercó a ella y le tocó la mano, que se encontraba sobre la mesa. Ella le apretó los dedos. Se quedaron sentados durante mucho tiempo.

Theo permaneció un rato sentado en su coche, frente a la casa de los Drescher, con la mente volando a toda velocidad. Le habían disparado con una Glock 9mm; por las series policíacas que había visto, estaba bastante seguro de que se trataba de una pistola semiautomática, muy popular en fuerzas policiales de todo el mundo. Pero la munición era americana; puede que fuera un estadounidense quien apretara el gatillo. Por supuesto, era más que probable que Theo aún no conociera a aquel que lo quería muerto. Desde luego, casi no habría solapamiento entre su actual círculo de amistades, conocidos y colegas, y aquel de dentro de veinte años.

Pero ya conocía a un montón de estadounidenses.

Pero a ninguno bien, salvo a Lloyd Simcoe.

Por supuesto, Lloyd no era realmente estadounidense. Había nacido en Canadá, y a los canadienses tampoco les gustaban las armas; no tenían Segunda Enmienda, o como se llamara la estupidez que hacía a los estadounidenses pensar que podían ir armados por la calle.

Pero Lloyd había vivido en los EE.UU. durante diecisiete años antes de llegar al CERN; primero en Harvard, después como investigador del Tevatron en el Fermilab de Chicago. Y, según él mismo había dicho, en el momento de su visión se encontraría de nuevo en los EE.UU. Podía conseguir un arma con facilidad.

Pero no, Lloyd tenía coartada. Estaba en Nueva Inglaterra mientras a él (¿cómo lo decían los americanos?) lo dejaban fiambre.

Salvo que...

Salvo que Theo fue/sería asesinado el 21 de octubre, y la visión de Lloyd, como la de todos los demás, tenía lugar el 23 de octubre.

Simcoe le había contado su visión; al parecer aún no se la había explicado a Michiko, pero Theo había insistido. Lloyd cedió, pero tras hacerle jurar que guardaría el secreto. Le había contado que en su visión hacía el amor con una mujer mayor, presumiblemente su futura esposa.

Desde luego, los ancianos no hacían el amor con tanta frecuencia, pensó Theo. De hecho, era probable que sólo lo hicieran en ocasiones especiales, como cuando uno de ellos regresaba tras una larga ausencia. Desde Nueva Inglaterra hasta Suiza sólo había un vuelo de seis horas... y eso en la actualidad. Dentro de veinte

años, podría ser mucho menos.

No, Lloyd podría haber estado fácilmente en el CERN el lunes, regresando a New Hampshire, o a donde demonios fuera, el miércoles. Aunque no se le ocurría ningún motivo por el que Lloyd pudiera querer matarlo.

Excepto que, por supuesto, para el 2030 era Theo, y no Simcoe, el aparente director de lo que sonaba como un acelerador de partículas increíblemente avanzado: el colisionador de taquiones-tardiones. Los celos académicos y profesionales habían provocado más de un asesinato a lo largo de los años.

Y, por supuesto, estaba el hecho de que Lloyd y Michiko ya no estaban juntos. Siendo sincero, a Theo le gustaba mucho Michiko. ¿Y a quién no? Era hermosa, brillante, cálida y divertida. Y, bueno, en edad se acercaba más a él que a Simcoe. ¿Tendría algún papel en su ruptura?

Y, mientras presionaba a Lloyd para que le contara su visión, había hecho lo propio con ella: Theo necesitaba conocer, tratar de experimentar por medio de otros, lo que todos habían tenido la suerte de ver. En su visión, Michiko estaba quizá en Kioto, como ella había dicho, llevando a su hija a ver a su tío. ¿Habría esperado Lloyd a que ella se alejara temporalmente de Ginebra para acercarse y saldar viejas cuentas con Theo?

Se odió por considerar siquiera aquellas posibilidades. Lloyd había sido su mentor, su compañero. Siempre habían hablado de compartir el Premio Nóbel. Pero...

Pero no había habido mención al premio Nóbel en los dos artículos que había encontrado sobre su propia muerte. Por supuesto, eso no indicaba que Lloyd no lo hubiera logrado, mas...

La madre de Theo era diabética, y él había investigado la historia de la enfermedad cuando se la diagnosticaron. Los nombres Banting y Best no dejaban de aparecer, los dos investigadores canadienses que habían descubierto la insulina. En realidad, eran otra pareja que a veces los demás asociaban con Theo y Simcoe: como Crick y Watson, Banting y Best eran de edades dispares. Banting era evidentemente mayor. Pero, mientras que los primeros habían ganado el Nóbel de forma conjunta, Banting no lo había compartido con su verdadero compañero de investigación, el joven

Best, sino con J.R.R. Macleod, el superior de Banting. Quizá Lloyd *ganaría* el Nóbel no por el descubrimiento del Higgs, que no habían logrado materializar, sino por explicar el efecto del desplazamiento temporal. Y quizá no lo compartiera con su joven camarada, sino con su jefe: Béranger, o cualquier otro en la jerarquía del CERN. ¿Qué sucedería entonces con su amistad, con su sociedad? ¿Qué celos y odios fermentarían entre hoy y el 2030?

Locura. Paranoia. Pero...

Pero si era asesinado en las instalaciones del CERN (la sugerencia de Moot Drescher de un tiroteo en un estadio deportivo seguía pareciéndole dudosa), el culpable sería alguien que había logrado acceso al campus. El CERN no era una instalación de máxima seguridad, pero tampoco dejaba que cualquiera entrara por sus puertas.

No, lo más probable era que el asesino tuviera acceso. Alguien a quien Theo se encontraría de frente. Alguien que no sólo lo querría muerto, sino que, evidentemente, liberaría su furia disparándole una y otra vez.

Lloyd y Michiko se encontraban ahora en el sofá del salón; los platos podían esperar.

Maldición, pensó Lloyd. ¿Por qué tenía que pasar todo aquello? Todo marchaba a la perfección, y de repente...

Y de repente todo se desmoronaba.

Lloyd no era joven. Nunca había pretendido esperar tanto para casarse, pero...

Pero el trabajo se había interpuesto, y...

No, no era eso. Debía ser honesto y enfrentarse a ello.

Se consideraba un buen hombre, amable y gentil, mas...

Mas, para ser sinceros, no estaba pulido, no era un buen partido; a Michiko no le había costado mejorar su vestuario porque, por supuesto, prácticamente cualquier cambio hubiera sido para mejor.

Oh, sí, las mujeres (y los hombres, ya puestos) decían que sabía escuchar, pero él sabía que no era porque fuera sabio, sino porque no sabía exactamente qué decir en cada ocasión. Y se sentaba a absorber, a tomar los valles y las cimas de las vidas de los demás, las dificultades y problemas de aquellos cuya existencia tenía más variación, más emoción, más angustia que la suya.

Lloyd Simcoe no tenía éxito con las mujeres; no sabía contar anécdotas; no se le conocía por sus ingeniosas conversaciones de sobremesa. Sólo era un científico, un especialista en plasma de quarks y gluones, un típico *pringado* que había comenzado por no saber lanzar la pelota de béisbol, que había pasado la adolescencia con la nariz enterrada en libros, cuando los demás afilaban sus capacidades sociales en mil y una situaciones distintas.

Y los años quedaban atrás: los veinte, los treinta y, ahora, casi los cuarenta. Sí, había triunfado en el ámbito laboral y había tenido citas de vez en cuando, pero nada que tuviese aspecto de ser permanente, ninguna relación que pareciera destinada a soportar la prueba del tiempo.

Hasta que conoció a Michiko.

Era como llevar unos cómodos zapatos. El modo en que se reía con sus chistes, y él con los de ella. El modo, a pesar de haber crecido en sociedades enormemente distintas (él en la conservadora y rural Nueva Escocia; ella en el abrumador y metropolitano Tokio), en que compartían las ideas políticas y morales, como si fueran (el término llegó claramente de nuevo a su mente) *almas gemelas*, destinadas a estar siempre juntas. Sí, ella se había casado y divorciado, y sí, era madre, pero a pesar de todo parecían sincronizados por completo, hechos el uno para el otro.

Pero ahora...

Ahora parecía que también aquello era una ilusión. El mundo podía seguir pugnando por decidir qué realidad reflejaban las visiones (si es que reflejaban alguna), pero Lloyd ya las había aceptado como hechos, verdaderas muestras del mañana, del continuo espaciotemporal inalterable en el que siempre había sabido que vivía.

Pero aún tenía que explicarle a ella lo que sentía, él, Lloyd Simcoe, el hombre cuya voz siempre fallaba, el paño de lágrimas, el ladrillo, aquel hacia el que los demás se volvían cuando dudaban. Tenía que explicarle qué pasaba por su cabeza, por qué la visión de un matrimonio disuelto dentro de veintiún años (¡veintiún años!) lo paralizaba en aquel momento, envenenaba todo lo que creía tener.

Observó a Michiko, bajó la vista, trató de nuevo de encontrar sus ojos y terminó por concentrarse en un punto negro en las

paredes oscuras del apartamento.

Nunca había hablado de aquello con nadie, ni siquiera con su hermana Dolly, al menos desde que dejaron de ser niños. Inspiró profundamente antes de comenzar, con los ojos aún fijos en la pared.

—Cuando tenía ocho años, mis padres nos llamaron a mí y a mi hermana al salón. —Tragó saliva—. Era una tarde de sábado. Desde hacía semanas las cosas habían estado muy tensas en casa. «Muy tensas» es un modo adulto de expresarlo. De niño, lo único que yo sabía era que papá y mamá no se hablaban. Sí, se dirigían la palabra cuando era necesario, pero siempre de forma seca. Y a menudo terminaban con frases cortadas. *«Si ése es el modo...», «No voy a...», «No te atrevas...».* Todo el rato así. Trataban de ser civilizados cuando sabían que podíamos oírlos, pero nos enterábamos de mucho más de lo que pensaban. —Miró un instante a Michiko antes de volver a contemplar la pared—. Pues aquella tarde nos llamaron abajo.« ¡Lloyd, Dolly, venid aquí!». Era mi padre. Y ya sabes, cuando nos gritaba para que fuéramos, era porque estábamos en un buen lío. No habíamos recogido nuestros juguetes, uno de los vecinos se había quejado de algo, lo que fuera. Salí de mi cuarto y Dolly del suyo, y nos miramos, ya sabes, un mero instante, un momento compartido de aprensión. —Observó a Michiko como había hecho hacía años con su hermana—. Bajamos las escaleras y allí estaban: mamá y papá. Los dos estaban de pie, y nosotros nos quedamos igual. Todo el tiempo estuvimos así, como si esperáramos el maldito autobús. Durante un tiempo estuvieron callados, como si no supieran qué decir. Al final empezó mi madre: «Vuestro padre se marcha». Ya está. Sin preámbulos, sin tratar de suavizar el golpe: «Vuestro padre se marcha». Y entonces habló él. «Me iré a algún lugar cercano. Podréis verme los fines de semana». Y mi madre añadió, como si fuera necesario: «Vuestro padre y yo hemos tenido problemas últimamente».

Lloyd se quedó callado.

Michiko le mostró una expresión comprensiva.

—¿Lo viste mucho después de marcharse? —preguntó al fin.

—No se marchó.

—Pero tus padres *están* divorciados.

—Sí... seis años después. Pero, tras el gran anuncio, no se marchó. No nos dejó.

—¿Arreglaron sus problemas?

Lloyd se encogió de hombros.

—No, no, las luchas prosiguieron, pero nunca volvieron a hablar de separación. Nosotros, Dolly y yo, estábamos siempre esperando la caída del martillo, la marcha de mi padre. Durante meses, durante los seis años que sobrevivió el matrimonio a aquel día, pensamos que se iría en cualquier momento. Nunca se habló de fechas; en realidad, nunca dijeron *cuándo* se iría. Cuando al fin se separaron, fue casi un alivio. Quiero a mi padre, y a mi madre también, pero tener tanto tiempo esa espada sobre nuestras cabezas fue insoportable. —Hizo una pausa—. Y un matrimonio como ese, un matrimonio con problemas... Lo siento, Michiko, pero no quiero volver a pasar jamás por algo parecido.

10

TERCER DÍA: JUEVES 23 DE ABRIL DE 2009

Resumen de prensa

La oficina del Fiscal de Distrito de Los Ángeles ha retirado todos los cargos pendientes por faltas para liberar personal, que deberá encargarse de la avalancha de demandas relacionadas con los saqueos posteriores al salto al futuro.

*

El Departamento de Filosofía de la Universidad de Witwatersrand, Suráfrica, informa de un récord de solicitudes de matrícula.

*

Amtrak de los EEUU, Via Rail en Canadá y British Rail han informado de un enorme aumento del volumen de pasajeros. Ninguno de los trenes de dichas compañías sufrió accidente alguno durante el salto al futuro.

*

La Iglesia de las Sagradas Visiones, presentada ayer en Estocolmo, cuenta ya con 12.000 fieles en todo el mundo convirtiéndose en la religión de más rápida difusión de todo el planeta.

*

La Asociación Americana de Abogados informa de un fuerte aumento de peticiones de nuevos testamentos, o de revisión de los ya existentes.

Al día siguiente, Theo y Michiko estaban trabajando en la creación de su página web para que la gente informara de sus visiones.

Habían decidido llamarla Proyecto Mosaico, en honor del primer explorador popular (hace tiempo olvidado) de la red y como reconocimiento por el hecho evidente, dados los esfuerzos de investigadores y reporteros de todo el mundo, de que cada visión representaba una pequeña tesela en un vasto mosaico del año 2030.

Theo sostenía una taza de café, de la que bebió un sorbo.

—¿Puedo preguntarte algo sobre tu visión?

Michiko alzó la mirada hasta ver las montañas por la ventana.

—Claro.

—Es sobre la niña con la que estabas. ¿Crees que era hija tuya? —Estuvo a punto de decir «tu nueva hija», pero por suerte se censuró un segundo antes.

La mujer alzó un poco los hombros.

—Eso parece.

—Y… ¿era también de Lloyd?

Michiko pareció sorprendida por la pregunta.

—Por supuesto —dijo, aunque había duda en su voz.

—Porque Lloyd…

Michiko se tensó.

—Te ha hablado de su visión, ¿no?

Theo comprendió que había metido la pata.

—No, no exactamente. Es que como él estaba en Nueva Inglaterra…

—Con una mujer que no era yo. Sí, ya lo sé.

—Estoy seguro de que eso no significa nada. Estoy convencido de que las visiones no tienen por qué cumplirse.

Michiko volvió a observar las montañas, y Theo descubrió que también él lo hacía a menudo. Había algo en ellas… algo sólido, permanente, inmutable. Le resultaba reconfortante saber que había cosas que no durarían meras décadas, sino milenios.

—Mira —dijo ella—. Ya me he divorciado una vez. No soy tan estúpida como para pensar que todos los matrimonios duran eternamente. Puede que Lloyd y yo *rompamos* en algún momento. ¿Quién sabe?

Theo apartó la mirada, incapaz de enfrentarse a sus ojos, sin saber cómo reaccionaría ella a las palabras que se acumulaban en su interior.

—Sería un idiota si te dejara escapar —dijo.

Su mano estaba sobre la mesa, y de repente sintió la de Michiko sobre ella, dándole unas palmadas afectuosas.

—Muchas gracias —dijo. Theo la miró y la descubrió sonriendo —. Eso es lo más bonito que nunca me han dicho.

Michiko retiró su mano... pero no hasta pasados unos deliciosos segundos.

Lloyd Simcoe salió del centro de control del LHC y se dirigió hacia el edificio de administración. Normalmente el recorrido le llevaba quince minutos, pero aquella vez se convirtieron en treinta al tener que detenerse tres veces. Los físicos querían preguntarle sobre el experimento del LHC que podía haber causado el desplazamiento temporal, o para sugerir modelos teóricos que explicaran el salto al futuro. Era un hermoso día de primavera: fresco, pero con grandes montañas de cúmulo nimbos en el cielo azul, rivalizando con las cimas al este del campus.

Al fin llegó al edificio de administración y se dirigió al despacho de Béranger. Por supuesto, había solicitado una cita (a la que ya llegaba quince minutos tarde); el CERN era una instalación enorme, y no había otro modo de reunirse con su director general.

La secretaria de Béranger indicó a Lloyd que entrara directamente. La ventana del despacho, en la tercera planta, se abría al campus de la instalación. Béranger se levantó de su sillón y se sentó en la gran mesa de conferencias, gran parte de la cual estaba cubierta con informes experimentales relacionados con el salto al futuro. Lloyd se sentó en el lado opuesto.

—*¿Oui?* —dijo el director—. ¿Sí? ¿De qué se trata?

—Quiero hacerlo público —respondió Lloyd—. Quiero explicarle a la gente nuestro papel en los hechos.

—*Absolument pas* —le cortó Béranger—. Ni pensarlo.

—Maldita sea, Gaston, tendremos que hacerlo en algún momento.

—No sabes si somos los responsables. No puedes demostrarlo... ni nadie más. Los teléfonos están descolgados, por supuesto: imagino que todos los científicos del mundo están recibiendo llamadas de la prensa, pidiendo su opinión sobre el acontecimiento. Pero nadie ha contactado todavía con nosotros... y espero que así

siga siendo.

—¡Oh, vamos! Theo me dijo que entraste como un huracán en el centro de control del LHC justo después del salto. Sabías que era culpa nuestra desde el primer momento.

—Eso era cuando creí que se trataba de un fenómeno localizado. Pero una vez descubrí que era mundial, lo reconsideré. ¿Crees que éramos la única instalación haciendo algo interesante en ese justo momento? Lo he comprobado. El KEK estaba desarrollando un experimento que comenzó cinco minutos antes del salto; el SLAC también estaba realizando colisiones de partículas. El Observatorio de Neutrinos de Sudbury detectó un estallido justo antes de las diecisiete; también justo antes de las cinco, en Italia se produjo un terremoto de tres punto cuatro en la escala Richter. En Indonesia, y justo a nuestras diecisiete, se activó un nuevo reactor de fusión. Y en la Boeing también estaban realizando pruebas con una serie de motores de cohete.

—Ni el KEK ni el SLAC pueden generar niveles de energía similares a los que podemos alcanzar en el LHC —respondió Lloyd—. Y los demás no son acontecimientos precisamente especiales. No tienes nada.

—Sí —dijo Béranger—. Estoy desarrollando una investigación apropiada. No estás seguro, no tienes la certeza moral de que fuéramos nosotros. Y hasta entonces no vas a decir una sola palabra.

Lloyd negó con la cabeza.

—Sé que te pasas los días moviendo papeles, pero creo que en tu interior sigues siendo un científico.

—*Soy* un científico. Esto *tiene* que ver con la ciencia... con la buena ciencia, con el modo en que se supone que hay que trabajar. Tú quieres hacer una declaración antes de tener todas las pruebas. Yo no —se detuvo para coger aliento—. Mira —dijo—, la fe de la gente en la ciencia ya se ha sacudido lo bastante en los últimos años. Demasiadas historias han terminando siendo fraudes o supercherías baratas.

Lloyd lo miró con intensidad.

—Percival Lowell, que sólo necesitaba unas gafas mejores y una imaginación menos activa, aseguraba recibir canales de Marte. Pero

allí no había nada. Aún soñamos con las secuelas de que un imbécil en Roswell decidiera declarar que lo que había visto eran los restos de una nave alienígena, en vez de un globo aerostático. ¿Recuerdas a los Tasadai, una tribu paleolítica descubierta en Nueva Guinea en los 70 que carecía de palabra para definir «guerra»? Los antropólogos cayeron sobre ellos para estudiarlos. Sólo hubo un problema: no existían. Pero los científicos tenían tanta prisa por aparecer en los programas de la noche que no se molestaron por buscar pruebas.

—Yo no intento salir en los programas de la noche —replicó Lloyd.

—Y entonces anunciamos al mundo la fusión fría —siguió Gaston, ignorándolo—. ¿Lo recuerdas? El fin de la crisis energética, ¡el fin de la pobreza! Más potencia de la que la humanidad necesitaría jamás. Salvo por que no era real, sino Fleishmann y Pons pasándose de listos. Y luego empezamos a hablar de vida en Marte: el meteorito antártico con supuestos microfósiles, prueba de que la evolución había comenzado en otros planetas además de la Tierra. Salvo por que los científicos hablaron de nuevo demasiado rápido, y los supuestos fósiles resultaron ser formaciones rocosas naturales —Gaston inspiró profundamente—. Tenemos que tener cuidado, Lloyd. ¿Has oído hablar alguna vez a alguien del Instituto de la Investigación de la Creación? Sueltan toda clase de jeroglíficos sobre el origen de la vida, y la audiencia asiente como si estuviera de acuerdo; los creacionistas dicen que los científicos no saben de lo que hablan, y tienen razón; la mitad de las veces es así. Abrimos la boca demasiado pronto, en una carrera desesperada por la supremacía, por el crédito. Pero cada vez que nos equivocamos, cada vez que decimos que hemos hecho un gran descubrimiento en la lucha contra el cáncer, o que hemos desentrañado un misterio fundamental del universo, y tenemos que aparecer una semana, un año, una década después para decir que vaya, la cagamos, no comprobamos los hechos, no sabíamos de lo que hablábamos; cada vez que eso sucede, damos un empujón a los astrólogos, a los creacionistas, a la nueva era y demás escoria, a los artistas y charlatanes, a los casos más perdidos. *Somos* científicos, Lloyd, se supone que somos los últimos bastiones del pensamiento racional,

de la prueba verificable, reproducible, irrefutable, pero nos ponemos la zancadilla a nosotros mismos. Quieres decir que el CERN es responsable, que desplazamos la consciencia de la humanidad por el tiempo, que podemos ver el futuro, que podemos dar el don del mañana. Pero no estoy convencido de ello, Lloyd. No me crees más que un administrador tratando de cubrirse las espaldas, la espalda de todos nosotros, y la de nuestro seguro. Pero no es así; o, para ser sincero, no es completamente así. Maldita sea, Lloyd, lo siento, siento más de lo que puedas imaginar lo que le pasó a la hija de Michiko. Marie-Claire dio ayer a luz; ni siquiera debería estar aquí, gracias a Dios que su hermana está con nosotros, pero hay demasiado trabajo. Ahora tengo un hijo, y aunque sólo lo he disfrutado unas pocas horas, no podría soportar perderlo. Lo que Michiko ha sufrido, lo que tú sufres, no puedo ni imaginarlo. Pero quiero un mañana mejor para mi hijo. Quiero un mundo en que la ciencia sea *respetada*, en el que los científicos hablen con datos, y no con cavilaciones, en el que cuando alguien haga un anuncio científico, los presentes se sienten y tomen notas porque se acaba de revelar algo nuevo y fundamental sobre el modo en que funciona el universo; no quiero que miren al techo y digan: «Venga, a ver qué chorrada se les ocurre esta semana». No tienes pruebas, pruebas sólidas y palpables, de que el CERN tenga *nada* que ver con lo sucedido... Y hasta que las tengas, hasta que *yo* las tenga, nadie dará una conferencia de prensa. ¿Está claro?

Lloyd abrió la boca para protestar, la cerró y volvió abrirla.

—¿Y si puedo demostrar que el CERN tuvo algo que ver?

—No vas a reactivar el LHC, al menos a los niveles de 1150-TeV. Estoy corrigiendo la lista de experimentos. Cualquiera que quiera usar el colisionador para choques de protones con protones puede hacerlo una vez terminemos los diagnósticos, pero nadie va a disparar colisiones nucleares en el acelerador hasta que yo lo diga.

—Pero...

—No hay peros, Lloyd —sentenció Béranger—. Mira, tengo montañas de trabajo. Si no hay nada más...

Lloyd negó con la cabeza y dejó el despacho. Abandonó el edificio de administración y rehizo sus pasos.

Más gente lo detuvo en el camino de vuelta; parecía que cada

pocos minutos surgía una nueva teoría y otra vieja era derribada. Al fin consiguió Lloyd regresar a su despacho. Esperando en su mesa estaba el informe inicial del equipo de ingeniería que había revisado los veintisiete kilómetros del túnel del LHC en busca de cualquier anormalidad a causa del desplazamiento temporal; de momento, no se había dado con nada fuera de lugar. Y los detectores ALICE y CMS también habían recibido el alta médica, superando todos los diagnósticos a los que habían sido sometidos.

También había una copia de la primera página del *Tribune de Genève*; alguien la había dejado allí, enmarcando con un círculo una noticia particular:

> **Muere un hombre que tuvo una visión** «El futuro no es inmutable», dice un profesor
>
> Mobile, Alabama (AP): James Punter, de 47 años, murió hoy en un accidente de circulación en la I-65. Punter había comentado con anterioridad una visión precognitiva a su hermano Dennis Punter, de 44 años.
>
> «Jim me había hablado de su visión», dijo Dennis. «Estaba en casa, en la misma en la que vivía hoy... pero en el futuro. Se estaba afeitando y se llevó el susto de su vida cuando se vio en el espejo, viejo y arrugado».
>
> La muerte de Punter tiene serias implicaciones, asegura Jasmine Rose, profesora de Filosofía en la universidad estatal de Nueva York, en Broockport.
>
> «Desde el momento de las visiones hemos estado discutiendo sobre si lo que mostraban era el futuro real, sólo uno de los posibles o, de hecho, si no serían más que alucinaciones», dijo.
>
> «La muerte de Punter indica de forma clara que el futuro no está fijo; él tuvo una visión, pero ya no será capaz de verla convertida en realidad».

Lloyd aún estaba caliente por su encuentro con Béranger, y se descubrió haciendo una bola con la página y lanzándola al otro lado del despacho.

¡Una profesora de Filosofía!

La muerte de Punter no demostraba nada, por supuesto. Su historia era totalmente anecdótica. No había pruebas que la apoyaran, ningún periódico o televisión decía que pudiera relacionarse con otras historias de lo mismo, y al parecer nadie lo había visto en sus propias visiones. Un hombre de cuarenta y siete podía estar muerto fácilmente veintiún años después. Podía haberse inventado la visión (una bastante poco original, por cierto) por no revelar que no había tenido ninguna. Como Michiko había dicho, Theo probablemente había arruinado sus posibilidades de lograr nunca un seguro al revelar su falta de visión; Punter podía haber decidido que era mejor pretender haberla experimentado, antes que admitir que iba a estar muerto.

Lloyd lanzó un suspiro. ¿No podían haber hablado con un científico sobre el caso? ¿Con alguien que comprendiera de verdad lo que representaba una *prueba*?

Una profesora de Filosofía. Por el amor de Dios.

Michiko estaba llevando a cabo casi todo el trabajo relacionado con la página web; Theo estaba ejecutando simulaciones informáticas de la colisión del LHC en otro ordenador en la misma sala, ayudando cada vez que se le requería. Por supuesto, el CERN disponía de las últimas herramientas de creación, pero aún había que hacer mucho trabajo a mano, incluyendo la redacción de descripciones de diversas extensiones, para enviar a los cientos de motores de búsqueda disponibles en el mundo. Creía poder tenerlo todo a punto con un día más de trabajo.

En el monitor de Theo apareció una ventana que le anunciaba que tenía correo nuevo. Normalmente lo hubiera ignorado hasta un momento más adecuado, pero el *asunto* exigía su atención inmediata: *«Betreff: Ihre Ermordung»*, el equivalente alemán de «Re: Su asesinato».

Ordenó a la computadora que mostrara el mensaje. Estaba todo en alemán, pero no tuvo problemas para leerlo. Michiko, que miraba por encima de su hombro, no sabía alemán, de modo que se lo tradujo.

—Es de una mujer en Berlín —dijo—. Dice algo como «Vi su mensaje en un grupo de noticias que consulto. Está buscando a gente que pudiera saber algo sobre su asesinato. Una persona que

vive en el mismo edificio que yo sabe algo al respecto. Todos nos...», dice algo como reunimos, congregamos, algo así... «reunimos en el vestíbulo después del suceso, y compartimos nuestras visiones. Un tipo (no lo conozco bien, pero vive una planta más arriba) tuvo una visión en la que veía una noticia en la tele sobre el asesinato de un físico en, creo que dijo, Lucerne, pero al leer tu mensaje comprendí que había dicho CERN; confieso que nunca había oído hablar de ese lugar. En cualquier caso, le he mandado una copia oculta de tu mensaje, pero no sé si se pondrá en contacto contigo. Se llama Wolfgang Rusch, y puedes contactar con él en...». Eso es todo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Michiko.

—¿Qué voy a hacer? Hablar con él. —Descolgó el teléfono, marcó su número de cuenta para llamadas a larga distancia y después el número que aún brillaba en su pantalla.

11

Resumen de prensa

En las Islas Filipinas se ha declarado un día de luto oficial por la muerte del Presidente Maurice Maung y de todos los filipinos fallecidos durante el salto al futuro.

*

Un grupo denominado Coalición del 21 de abril está presionando al Congreso para aprobar la construcción de un monumento en Washington D.C. en honor de los estadounidenses muertos durante el salto al futuro. Proponen un gigantesco mosaico que muestre una visión de Times Square en Nueva York, tal como será en 2030 según el relato de los miles de personas cuyas visiones tuvieron lugar en la plaza. Habría una tesela por cada uno de los perecidos en el acontecimiento, cuyo nombre quedaría grabado en la misma con láser.

*

Castle Rock Entertainment ha anunciado un retraso en el estreno de su esperado lanzamiento de verano, *Catástrofe*, hasta unas fechas más apropiadas.

*

El sentimiento separatista en Quebec desciende bajo mínimos, según una encuesta de opinión de *Maclean*: «La supuesta certeza de que el Quebec seguirá formando parte de Canadá dentro de veintiún años ha provocado que muchos firmes separatistas hayan arrojado la toalla», observaba el editorial del periódico.

*

Como medida de emergencia para que los médicos puedan

encargarse de las secuelas del salto al futuro, la Agencia de Alimentación y Drogas de los Estados Unidos ha aprobado, por el plazo de un año, la venta sin prescripción médica de once antidepresivos hasta ahora controlados.

Aquella noche, Lloyd y Michiko volvieron a sentarse en el sofá del apartamento del primero, con una pila de informes y documentos de cinco centímetros encima de la mesilla. Michiko no había llorado ni una sola vez desde que volvieron a casa, pero Lloyd sabía que lo haría antes de dormir, como había ocurrido en las dos noches pasadas. Estaba tratando de hacer lo correcto: no quería evitar el asunto de Tamiko (sabía que eso era lo mismo que negar que hubiera existido), pero sólo lo trataría si Michiko la mencionaba.

Y, por supuesto, no quería ni oír hablar de la boda y las visiones, ni de todas las dudas que pasaban por sus mentes. Así se sentaban, apoyándola él cuando ella lo necesitaba, hablando de otras cosas.

—Gaston Béranger me leyó la cartilla sobre el papel de la ciencia hoy en día —dijo Lloyd—. Y, maldita sea, llegó a hacerme pensar que tenía razón. Hemos estado comportándonos de forma irresponsable. Hemos usado de forma deliberada palabras cargadas, haciendo que el público creyera que estábamos haciendo cosas, cuando no era así.

—Admito que no siempre hemos hecho un buen trabajo al presentar las verdades científicas al mundo —replicó Michiko—, p-pero si el CERN *es* responsable... si tú...

Si tú eres responsable...

Eso era sin duda lo que iba a decir antes de contenerse. Si *tú* eres responsable...

Sí, si él era responsable. Si su experimento, suyo y de Theo, hubiera sido responsable de toda aquella muerte, toda la destrucción, la muerte de Tamiko...

Se había prometido no entristecer jamás a Michiko, nunca comportarse con ella como había hecho Hiroshi. Pero si su experimento hubiera provocado, aunque fuera de forma involuntaria, de forma totalmente indirecta, la muerte de Tamiko, le habría hecho mucho más daño que la indiferencia y la negligencia de su primer marido.

Wolfgang Rusch parecía reluctante a hablar por teléfono, y Theo había decidido al fin viajar directamente a Alemania para hablar con él. Berlín sólo estaba a ochocientos setenta kilómetros de Ginebra. Podía conducir todo el día, pero decidió llamar primero a una agencia de viajes, por si acaso podía conseguir un viaje barato.

Resultó que había *montones* de viajes baratos.

Sí, se había producido una reducción en las flotas de todo el mundo; algunos aviones se habían estrellado, aunque la mayoría de los tres mil quinientos aparatos en vuelo durante el salto al futuro habían volado sin problemas con el piloto automático. Y sí, había un gran movimiento de personas que no tenían más remedio que viajar para resolver emergencias familiares.

Pero, según el agente, todos los demás se quedaban en casa. Cientos de miles de personas en todo el planeta se negaban a tomar sus vuelos. ¿Quién podía culparlos? Si el apagón se producía de nuevo, más aviones se estrellarían contra las autopistas. Swissair estaba suspendiendo todas las restricciones de viaje habituales: no era necesario realizar reserva, no había estancia mínima y otorgaba el cuádruple de los puntos de viaje normales, además de conceder asiento de Primera Clase a los que llegaran primero, sin coste adicional; otras líneas aéreas ofrecían tratos similares. Theo reservó un asiento y se encontró en Alemania menos de noventa minutos después. Había empleado bien el tiempo, ejecutando algunas simulaciones más de colisiones nucleares con el portátil.

Cuando llegó al apartamento de Rusch eran poco más de las ocho de la tarde.

—Gracias por dejarme hablar con usted —dijo Theo.

Rusch tenía unos treinta y cinco y era delgado, con el pelo rubio y los ojos del color del grafito. Se hizo a un lado para dejar entrar a Theo en el pequeño apartamento, pero no parecía feliz con la visita.

—Tengo que decirle —explicó en inglés— que no me gusta que haya venido. No es un buen momento para mí.

—¿Y eso?

—Perdí a mi mujer durante el… como lo llamen. La prensa alemana se refiere a ello como *Der Zwischenfall*, «el incidente». —Sacudió la cabeza—. A mí me parece del todo inapropiado.

—Lo lamento.

—Estaba aquí cuando sucedió. No tengo clase los martes.

—¿Clase?

—Soy profesor adjunto de Química. Pero mi mujer… murió cuando volvía del trabajo.

—Lo siento mucho —respondió Theo con sinceridad.

Rusch se encogió de hombros.

—Eso no me la devolverá.

Theo asintió, admitiéndolo. Pero le alegraba que Béranger hubiera impedido a Lloyd hacer pública la participación del CERN; dudaba de que Rusch hubiera hablado con él de conocer dicha relación.

—¿Cómo me encontró?

—Un aviso. Estoy recibiendo muchos. La gente parece intrigada por mi… mi búsqueda. Alguien me mandó un correo electrónico diciéndome que en la visión de usted veía la televisión, y que se daba la noticia de mi muerte.

—¿Quién?

—Uno de sus vecinos. No creo que importe cuál. —Theo no había prometido guardar el secreto, pero tampoco le parecía adecuado traicionar sus fuentes—. Por favor —dijo—, he tomado un avión desde muy lejos para hablar con usted. Debe de tener algo más que decirme que lo que me comentó por teléfono.

Rusch pareció ablandarse un tanto.

—Supongo que sí. Lo siento. No tiene ni idea de cuánto quería a mi mujer.

Theo observó la habitación. Había una fotografía en una estantería baja: Rusch, diez años más joven, con una guapa morena.

—¿Es ella? —preguntó.

Rusch miró como si su corazón le saliera del pecho, como si pensara que Theo señalaba a su mujer de verdad, milagrosamente resurrecta. Pero entonces sus ojos se posaron en la fotografía.

—Sí.

—Es muy guapa.

—Gracias —murmuró el alemán.

Theo aguardó unos instantes antes de continuar.

—He hablado con algunas personas que estaban leyendo periódicos o artículos en línea sobre mi… mi asesinato, pero usted

es el primero que he encontrado que estuviera viendo la televisión. Por favor, ¿hay algo que pudiera decirme?

Rusch hizo por fin un gesto a Theo para que se sentara, lo que hizo, cerca de la fotografía de Frau Rusch. Sobre la mesilla había un cuenco lleno de uvas, probablemente una de las nuevas variedades genéticamente alteradas que permanecían suculentas aun sin refrigeración.

—No tengo mucho que contar —explicó Rusch—. Aunque, ahora que lo pienso, hay un detalle extraño. La información no estaba en alemán, sino en francés. No se emiten muchos informativos en francés en Alemania.

—¿Había subtítulos, o el logotipo de alguna cadena?

—Oh, puede ser, pero no presté atención a ellos.

—¿Reconoció al presentador?

—Presentadora. No, aunque era eficaz. Muy fresca. Pero no me sorprende que no la reconociera; debería de tener menos de treinta años, por lo que hoy en día contará menos de diez.

—¿Sobreimpusieron su nombre? Si pudiera localizarla hoy, en su visión, por supuesto, estaría dando la noticia, y puede que recordara algún detalle.

—La noticia estaba grabada. Mi visión comenzó dándole hacia delante al vídeo; pero no usaba un control remoto. El aparato respondía a mi voz. Pero estaba pasando la imagen hacia delante. Y no era una cinta de vídeo, ya que el movimiento de la imagen era totalmente suave, sin nieve o manchas. —Hizo una pausa—. En cualquier caso, en cuanto apareció detrás de ella una foto de... bueno, de usted, aunque mayor, por supuesto, dejé de rebobinar y empecé a observar. Las palabras bajo la imagen decían *«Un Savant tué»*, «muerte de un científico». Supongo que el titular me intrigó, ya sabe, pues yo mismo soy científico.

—¿Y vio toda la información?

—Así es.

Un pensamiento cruzó por la cabeza de Theo. Si Rusch había visto toda la noticia, es que duraba menos de dos minutos. Por supuesto, tres minutos eran una eternidad en la televisión, pero...

Pero toda su vida despachada en menos de un minuto y cuarenta y tres segundos...

—¿Qué decía la reportera? Cualquier cosa que recuerde podría ser de ayuda.

—En realidad, no recuerdo mucho. Mi yo futuro se sentía intrigado, pero supongo que yo estaba aterrado. Es decir, ¿qué demonios estaba ocurriendo? Estaba sentado en la cocina, ahí, bebiendo café y leyendo trabajos de los alumnos, y de repente todo cambió. Lo último que me interesaba era prestar atención a los detalles de una noticia sobre alguien a quien no conocía.

—Entiendo que debe de ser muy confuso —dijo Theo, pero al no haber tenido una visión, Rusch sospechaba que no era así—. No obstante, como le dije, cualquier detalle podría ser de ayuda.

—Bueno, la mujer decía que era usted científico. Físico, creo. ¿Es así?

—Sí.

—Y dijo que tenía usted, que tendrá usted, cuarenta y ocho años.

Theo asintió.

—Y que lo dispararon.

—¿Decía donde?

—Ah... en el pecho, creo.

—No, no, dónde fui disparado, en qué ciudad.

—Me temo que no.

—¿Quizá el CERN?

—Decía que trabajaba usted en el CERN, pero... no recuerdo que dijera dónde murió. Lo siento.

—¿Mencionó un estadio deportivo? ¿Un combate de boxeo?

Rusch pareció sorprendido por la pregunta.

—No.

—¿Recuerda algo más?

—Me temo que no.

—¿Cuál era la noticia que iba antes que la mía? —No sabía por qué había hecho aquella pregunta; puede que para ver dónde lo habían encajado.

—Lo lamento, pero no lo sé. No pude ver el resto del informativo. Cuando su noticia acabó apareció un anuncio... de una compañía que te dejaba hacer niños de diseño. Aquello me fascinó, al yo de 2009, es decir, pero el de 2030 no parecía nada interesado.

Simplemente apagó el... bueno, no era un televisor, claro; era una pantalla plana colgada. Pero la apagó. Dijo la palabra «Apagado» y se quedó oscura, ya está; sin fundido, ni nada. Entonces, él... yo... nos giramos y... supongo que estaba en la habitación de un hotel; había dos camas grandes. Fui a tumbarme en una de ellas, que tenía sábanas y mantas. Pasé el resto del tiempo contemplando el techo, hasta que la visión terminó y me vi de nuevo en la mesa de la cocina. —Hizo una pausa—. Tenía un golpe en la frente, claro. Me había caído de bruces al comenzar la visión. Y también me derramé el café sobre la mano; debí de tirar la taza cuando me caí hacia delante. Tuve suerte de que no fuera una quemadura grave. Me llevó un tiempo recobrar el sentido. Y entonces descubrí que todos los del edificio habían tenido una especie de alucinación. Después traté de llamar a mi mujer, sólo para descubrir que... que... —tragó con dificultad—. Tardaron un tiempo en dar con ella, o, al menos, en contactar conmigo. Estaba subiendo por unas escaleras empinadas, saliendo del metro. Casi había llegado arriba, según los que lo vieron, pero quedó inconsciente y cayó hacia atrás, sesenta o setenta escalones. Se rompió el cuello.

—Dios mío —dijo Theo—. Lo siento.

Rusch asintió esta vez, aceptando el comentario.

No había más que decir, y además Theo tenía que volver al aeropuerto. No quería cargar con el coste de un hotel en Berlín.

—Muchas gracias por su tiempo —dijo Theo. Buscó en el bolsillo y sacó la caja en la que guardaba las tarjetas—. Si recuerda algo más que piense que podría serme útil, le agradecería que me llamara o me enviara un correo electrónico. —Le entregó una tarjeta.

El hombre la tomó, pero ni siquiera le echó un vistazo. Theo se marchó.

Lloyd volvió al despacho de Gaston Béranger al día siguiente. Aquella vez el viaje fue aún más lento, ya que sufrió la emboscada de un grupo de la teoría del campo unificado que se dirigía al centro de computación. Cuando al fin llegó a su destino, Lloyd se dirigió al director general.

—Lo siento, Gaston. Puedes tratar de impedírmelo si quieres, pero voy a hacerlo público.

—Creo que dejé bien claro...

—*Tenemos* que hacerlo público. Mira, acabo de hablar con Theo. ¿Sabes que ayer estuvo en Alemania?

—No puedo estar al tanto de las idas y venidas de tres mil empleados.

—Fue a Alemania sin más problemas, y con un billete barato. ¿Y por qué? *Porque la gente tiene miedo de volar*. Todo el mundo sigue paralizado, Gaston. Todo el mundo tiene miedo de que el desplazamiento temporal vaya a suceder otra vez. Mira los periódicos, la televisión, si no me crees; yo ya lo he hecho. Se evitan los deportes, sólo se conduce cuando es absolutamente necesario y no salen vuelos. Es como... como si estuvieran esperando a que cayera el otro pie —Lloyd pensó otra vez en el anuncio de que su padre se marchaba—. Pero no va a suceder, ¿no? Mientras no repitamos lo que hicimos aquí, no hay modo de que se repita el desplazamiento. No podemos tener al mundo expectante. Ya hemos hecho bastante daño. No podemos dejar que la gente tenga miedo de seguir adelante, de intentar volver a sus antiguas vidas, si es que es posible.

Béranger pareció pensar en todo aquello.

—Vamos, Gaston, alguien lo filtrará antes o después.

Béranger exhaló.

—Ya lo sé. ¿Crees que no? No quiero obstruir nada, pero tenemos que pensar en las consecuencias, en las ramificaciones legales...

—Seguro que será mucho mejor si damos el paso por propia voluntad, en vez de esperar a que alguien nos delate.

Béranger miró el techo durante un tiempo.

—Sé que no te gusto —dijo, sin mirar a Lloyd a los ojos. Éste abrió la boca para protestar, pero Béranger alzó una mano—. No te molestes en negarlo. Nunca nos hemos llevado bien; nunca hemos sido amigos. En parte es natural, por supuesto, puedes verlo en todos los laboratorios del mundo. Los científicos creen que los administradores no hacen más que zancadillearlos. Los administradores actúan como si los científicos fueran una molestia, y no el corazón y el alma de la instalación. Pero va más allá, ¿no? Sin importar nuestros respectivos trabajos, yo no te gustaría. Nunca

me había parado a pensar en cosas así. Siempre supe que habría gente a la que le gustara y gente a la que no, pero nunca pensé en que pudiera ser culpa mía. —Se detuvo un instante y se encogió de hombros—. Pero puede que así sea. Nunca te he contado lo que vi en mi visión... y no lo voy a hacer ahora. Pero me hizo pensar. Puede que haya estado luchando demasiado. ¿Crees que deberíamos dar una conferencia de prensa? No tengo ni la menor idea de si es lo correcto. Tampoco sé si *ocultarlo* es lo adecuado. —Hizo una breve pausa—. Por cierto, hemos dado con una paralela... algo que dar a la prensa si se filtra todo, una analogía para demostrar por qué no somos culpables.

Lloyd enarcó las cejas.

—El colapso del puente de los Estrechos de Tacoma —dijo Béranger.

Lloyd asintió. El 7 de noviembre de 1940, el pavimento del puente suspendido sobre los Estrechos de Tacoma, en Washington, había comenzado a vibrar. El puente entero no tardó en oscilar arriba y abajo, sacudiéndose, hasta que al fin se desplomó. Todos los estudiantes de Física en el instituto habían visto la película, y durante décadas recibieron la explicación más plausible: que quizá el viento había generado una resonancia natural con el puente, haciendo que éste ondulara.

No había duda de que los ingenieros debieron de haberlo previsto, decía la gente; después de todo, la resonancia era tan vieja como el diapasón. Pero aquella explicación era incorrecta: la resonancia requería gran precisión (de no ser así, cualquier cantante podría reventar una copa de cristal), y era imposible que un viento aleatorio la produjera. No, en 1990 se demostró que el puente de Tacoma se había desplomado debido a la naturaleza no lineal fundamental de los puentes en suspensión, un desarrollo de la teoría del caos, una rama de la ciencia que ni siquiera existía cuando se construyó el puente. Los ingenieros que lo diseñaron no eran culpables; no podían prever o prevenir el colapso con el conocimiento que tenían.

—Si sólo hubieran sido visiones —dijo Béranger—, sabes que no tendríamos que cubrirnos las espaldas; sospecho que la mayoría te daría las gracias. Pero hubo todos esos accidentes de coche, gente

cayendo por las escaleras, etc. ¿Estás preparado para asumir la responsabilidad? Porque no seré yo quien soporte la caída, y tampoco el CERN. Cuando se llegue al fondo del asunto, por mucho que hablemos de Tacoma y de consecuencias imprevisibles, la gente seguirá queriendo una cabeza de turco humano, y sabes que serás tú, Lloyd. Era tu experimento.

El director general calló. Lloyd consideró sus palabras un tiempo antes de responder.

—Podré con ello.

Béranger asintió.

—*Bien*. Convocaremos una rueda de prensa. —Miró por la ventana—. Supongo que ya es hora de aclarar el asunto.

LIBRO II

PRIMAVERA DE 2009

El libre albedrío es una ilusión. Es sinónimo de percepción incompleta.
—Walter Kubilius

12

QUINTO DÍA: SÁBADO 25 DE ABRIL DE 2009

El edificio de administración del CERN disponía de toda clase de salas para seminarios y espacios de reunión. Para la conferencia de prensa iban a usar un salón con doscientos asientos, todos los cuales se llenaron. Lo único que había tenido que hacer el departamento de relaciones públicas era decir a la prensa que el CERN iba a hacer un importante anuncio sobre la causa del desplazamiento temporal, y los reporteros acudieron desde toda Europa, incluyendo un japonés, un canadiense y seis estadounidenses.

Béranger estaba siendo fiel a su palabra: iba a dejar a Lloyd el centro del escenario; si iba a haber una cabeza de turco, sería él. Lloyd se acercó hasta el *lectern* y se aclaró la garganta.

—Hola a todos —comenzó—. Me llamo Lloyd Simcoe. —Los de relaciones públicas le habían aconsejado que lo deletreara, de modo que lo hizo—: Es S-I-M-C-O-E, y «Lloyd» comienza con «elle»—. Todos los corresponsales recibirían un DVD con los comentarios de Lloyd y su biografía, pero muchos elaborarían sus crónicas de inmediato, sin posibilidad de revisar el material de prensa. Lloyd siguió—. Estoy especializado en el estudio del plasma de quarks-gluones. Soy ciudadano canadiense, pero trabajé durante muchos años en los Estados Unidos, en el Laboratorio Acelerador Fermi. Durante los dos últimos años he estado en el CERN, desarrollando un importante experimento para el Gran Colisionador de Hadrones.

Hizo una pausa para ganar tiempo, para que su estómago se calmara. No era que temiera hablar en público; había pasado demasiado tiempo como profesor universitario para ello. Pero no tenía modo de saber qué reacción tendría lo que estaba a punto de

decir.

—Éste es mi asociado, el doctor Theo Procopides —siguió.

Theo se incorporó en su silla, cercana al lectern.

—Theo —dijo, con media sonrisa—. Llámenme Theo.

Una familia feliz, pensó Lloyd. Deletreó lentamente el nombre y el apellido de su colaborador e inspiró antes de proseguir.

—El 21 de abril, exactamente a las dieciséis horas del meridiano de Greenwich, estábamos desarrollando aquí un experimento.

Se detuvo de nuevo y miró algunos de los rostros. No pasó mucho antes de que los periodistas empezaran a preguntar a voces, y sus ojos se vieron asaltados por los flashes de las cámaras. Levantó las manos con las palmas hacia fuera, esperando a que se hiciera el silencio.

—Sí —dijo—, sí, sospecho que tienen razón. Tenemos motivos para creer que el fenómeno de desplazamiento temporal estuvo relacionado con el trabajo que estábamos desarrollando en el colisionador.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Klee, enviado de la CNN.

—¿Está usted seguro? —saltó Jonas, corresponsal de la BBC.

—¿Por qué no lo han hecho público antes? —decía el reportero de Reuters.

—Comenzaré por la última pregunta —respondió Lloyd—. O, para ser más exactos, dejaré que lo haga el doctor Procopides.

—Gracias —dijo Theo, poniéndose en pie y acercándose al micrófono—. La... eh... la razón por la que no lo hemos comunicado antes es que carecíamos de un modelo teórico para explicar el suceso. —Hizo una pausa—. Para ser sinceros, seguimos sin tenerlo; hay que tener en cuenta que sólo han pasado cuatro días desde el salto al futuro. Pero el hecho es que realizamos la colisión de partículas de mayor energía de la historia del planeta, y ésta se produjo exactamente en el momento en que comenzó el fenómeno. No podemos ignorar esta relación causal.

—¿Hasta qué punto están seguros de que las dos cosas están relacionadas? —preguntó una mujer del *Tribune de Genève*.

Theo se encogió de hombros.

—Somos incapaces de encontrar nada en nuestro experimento que pudiera haber causado el salto al futuro. Pero tampoco

podemos pensar que *otra* cosa que nuestro experimento haya podido causarlo. Simplemente nos parece que nuestro trabajo es el candidato más probable.

Lloyd miró al doctor Béranger, cuyo rostro de halcón se mostraba impasible. Durante los ensayos de la conferencia de prensa, Theo había dicho «el culpable más probable», y a Béranger no le había gustado nada. Pero al final no hubo diferencia.

—¿Admiten entonces su responsabilidad? —preguntó Klee—. ¿Admiten que todas las muertes fueron culpa suya?

Lloyd sintió un nudo en el estómago, y pudo ver cómo el rostro de Béranger se endurecía. El director general parecía estar a punto de levantarse y tomar el control de la conferencia de prensa.

—Admitimos que nuestro experimento parece la causa más probable —respondió Lloyd, acercándose a Theo—. Pero afirmamos que no hay modo, absolutamente ninguno, de predecir nada remotamente parecido a lo que sucedió como consecuencia de nuestro trabajo. Fue por completo imprevisto... e imprevisible. No fue más que lo que el sector asegurador llama un acto divino.

—Pero todas las muertes... —gritó un reportero.

—Todo el daño a la propiedad... —decía otro.

Lloyd volvió a levantar las manos.

—Sí, lo sabemos. Créanme, nuestro corazón está con todos aquellos que resultaron heridos, o que perdieron a un ser querido. Una niña que me era muy cercana murió cuando un coche perdió el control; daría lo que fuera por recuperarla. Pero no había modo de prevenirlo...

—Claro que lo había —gritó Jonas—: si no hubieran hecho el experimento, nunca hubiera sucedido.

—Con el mayor de los respetos, señor, eso es irracional —replicó Lloyd—. Los científicos experimentan constantemente, tomando todas las precauciones razonables. El CERN, como bien sabe, tiene un récord de seguridad envidiable. Pero no se puede dejar de hacer cosas, la ciencia no puede detenerse. No sabíamos lo que iba a suceder; no *podíamos* saberlo. Pero estamos siendo honestos: se lo estamos diciendo al mundo. Sé que hay gente que teme que pueda volver a suceder, que en cualquier momento su conciencia será transportada una vez más hacia el futuro. Pero no será así; nosotros

fuimos la causa, y podemos asegurarles, asegurarle a todo el mundo, que no hay peligro de que algo así vuelva a ocurrir.

Hubo, por supuesto, críticas desaforadas en la prensa, editoriales sobre científicos investigando cosas que los humanos no deberían conocer. Pero, por mucho que lo intentaron, ni siquiera el periódico más sensacionalista fue capaz de lograr que un físico con credibilidad asegurara que el CERN podía haber previsto los resultados del experimento: el desplazamiento de la conciencia en el tiempo. Por supuesto, eso engendró comentarios sobre el corporativismo de los físicos. Pero las encuestas pasaron rápidamente de culpar al equipo del CERN a aceptar que se trataba de algo totalmente imprevisible, algo nuevo por completo.

Fue un tiempo difícil en lo personal para Lloyd y Michiko. Ella había volado a Tokio con el cuerpo de Tamiko. Él, por supuesto, se había ofrecido a viajar con ella, pero no hablaba japonés. Normalmente, los anglohablantes hubieran tratado por educación de que se sintiera cómodo, pero en circunstancias tan extremas parecía claro que se quedaría fuera de casi todas las conversaciones. Además, la situación era incómoda: Lloyd no era el padrastro de Tamiko, ni el marido de Michiko. Era el momento de que Michiko y Hiroshi, por muchas diferencias que hubieran tenido en el pasado, lloraran a su hija y le dieran sepultura. Por mucho que también él estuviera destrozado por la muerte, tenía que admitir que no podía hacer mucho por ayudar a su prometida en Japón.

Así, mientras ella volaba hacia Oriente, él permaneció en el CERN, tratando de que un mundo atónito lograra comprender los fundamentos físicos del asunto.

—Dr. Simcoe —dijo Bernard Shaw—, ¿puede explicarnos lo que sucedió?

—Por supuesto —respondió Lloyd, poniéndose cómodo. Estaba en la sala de teleconferencias del CERN, con una cámara no mayor que un dedal mirándolo desde un trípode esquelético. Shaw, por supuesto, estaba en el centro de la CNN en Atlanta. Lloyd tenía programadas otras cinco entrevistas similares a lo largo del día, incluyendo una en francés—. Casi todos hemos oído los términos «espaciotiempo» o «continuo espaciotemporal». Se refiere a la combinación de las tres dimensiones clásicas, longitud, anchura y

altura, con la cuarta, el tiempo.

Lloyd asintió a una técnica fuera de cámara, y la imagen parada de un hombre blanco de cabello oscuro apareció en un monitor tras él.

—Le presento a Hermann Minkowski —dijo Lloyd—, la primera persona que propuso el concepto de continuo espaciotemporal. Es difícil ilustrar el modelo de las cuatro dimensiones directamente, pero está más claro si simplificamos eliminando una dimensión espacial.

Asintió de nuevo y la imagen cambió.

—Éste es un mapa de Europa. Por supuesto, Europa es tridimensional, pero todos estamos acostumbrados a los mapas en dos dimensiones. Y Hermann Minkowski nació aquí, en Kaunas, en la actual Lituania, en 1864.

Una luz iluminó el país.

—Ahí está. Pero supongamos que la luz no está sobre la ciudad de Kaunas, sino sobre el propio Minkowski, naciendo en 1864.

La leyenda «1864 d.C.» apareció en la esquina inferior derecha del mapa.

—Si retrocedemos algunos años, podremos ver que no había Minkowski antes de ese punto.

La fecha del mapa cambió a 1863 d.C, después a 1862 d.C, a 1861 d.C, sin rastro de Minkowski, por supuesto.

—Ahora volvamos a 1864.

El mapa obedeció, con la luz de Minkowski brillante en la longitud y latitud de Kaunas.

—En 1878 —siguió Lloyd—, Minkowski se mudó a Berlín para acudir a la universidad.

El mapa de 1864 cayó como una hoja del calendario; el de abajo tenía por título 1865. En rápida sucesión, otros mapas fueron cayendo, desde 1866 hasta 1877, cada uno con la luz de Minkowski cerca de Kaunas o en la misma ciudad, pero, al llegar al de 1878, la luz se desplazó cuatrocientos kilómetros hacia el oeste, hacia Berlín.

—Pero no se quedó allí. En 1881 se marchó a Königsberg, en la moderna frontera polaca.

Tres mapas más desaparecieron hasta aparecer el de 1881, con la luz de su objetivo desplazada de nuevo.

—Durante los siguientes diecinueve años, nuestro Hermann pasó de una universidad a otra, regresando a Königsberg en 1894, viajando después a Zurich, aquí en Suiza, en 1896, y por fin a la universidad de Göttingen, en la Alemania Central, en 1902.

Los mapas cambiantes reflejaron sus movimientos.

—Permaneció en Göttingen hasta su muerte, el 12 de enero de 1909.

Más mapas volaron, pero la luz permanecía estática.

—Y, por supuesto, después de 1909 no hubo más Minkowski.

Los mapas titulados «1910», «1911» y «1912» cayeron, pero ninguno de ellos tenía luz.

—Bien —dijo Lloyd—. ¿Qué sucede si cogemos nuestros mapas y los apilamos en orden cronológico, inclinándolos un poco de modo que podamos verlos de forma oblicua?

Los gráficos informáticos de la pantalla a su espalda ya lo habían hecho.

—Como pueden ver, la luz trazada por los movimientos de Minkowski forman un rastro a través del tiempo. Comienza aquí, abajo, en Lituania, se desplaza por Alemania y Suiza y termina muriendo acá, en Göttingen.

Los mapas estaban situados el uno sobre el otro, formando un cubo; el rastro de la vida de Minkowski era claramente visible, como si un ardillón brillante estuviera ascendiendo por su madriguera.

—Esta clase de representación, que muestra la vida de alguien a través del espaciotiempo, se llama cubo de Minkowski: el buen Hermann fue el primero que los hizo. Por supuesto, se pueden realizar para cualquiera. Aquí está el mío.

El mapa cambió para mostrar todo el mundo.

—Nací en Nueva Escocia, Canadá, en 1964, me mudé a Toronto, después a Harvard para estudiar, trabajé años en el Fermilab, en Illinois, y terminé aquí, en la frontera franco-suiza, en el CERN.

Los mapas se apilaron, formando un cubo con un rastro luminoso.

—Y, por supuesto, es posible trazar la senda de otras personas en el mismo cubo.

Otras cinco luces, cada una de un color distinto, se abrieron paso

por el cubo. Algunas empezaban antes que la de Lloyd, y otras terminaban antes de llegar hasta arriba.

—La parte superior del cubo —siguió— representa el día de hoy, 25 de abril de 2009. Y, por supuesto, todos estamos de acuerdo en que hoy *es* hoy. Es decir: todos recordamos ayer, pero aceptamos que ha pasado; y todos desconocemos el mañana. De forma colectiva estamos mirando esta rebanada superior del cubo.

La cara superior del mismo se iluminó.

—Imaginen el ojo colectivo de la humanidad valorando esta rebanada —el dibujo de un ojo, pestañas incluidas, flotaba fuera del cubo, paralelo a su cara superior—. Pero lo que sucedió durante el salto al futuro fue esto: el ojo se desplazó por el cubo hacia el futuro, y en vez de observar la rebanada de 2009, se encontró mirando la de 2030.

El cubo se extendió hacia arriba, y casi todas las sendas vitales coloreadas siguieron ascendiendo por él. El ojo flotante saltó, hasta que el plano iluminado se encontró muy cerca de la cara superior del bloque alargado.

—Durante dos minutos, nos encontramos observando otro punto de nuestras líneas vitales.

Bernard Shaw se movió en su asiento.

—Entonces, ¿está diciendo que el espaciotiempo es como un montón de fotogramas apilados, y que el «ahora» es el fotograma iluminado en ese momento?

—Esa es una buena analogía —respondió Lloyd—. De hecho, me ayuda a explicar mi siguiente punto: imagine que está viendo *Casablanca*, que resulta ser mi película favorita. Y que en ese momento, en la pantalla está este momento en particular.

Tras él, Humphrey Bogart decía: «La has tocado para ella, así que puedes tocarla para mí. Si ella pudo soportarla, yo también podré».

Dooley Wilson rehuía la mirada de Bogart. «No recuerdo la letra».

Bogart, con los dientes apretados: «¡Tócala!»

Wilson alzó la vista al techo y comenzó a cantar «El tiempo pasará», mientras sus dedos bailaban sobre el teclado.

—Ahora —dijo Lloyd, sentado frente a la pantalla—, que *este*

fotograma sea el que estamos mirando en este momento —al decir «este», la imagen se congeló en Dooley Wilson— no significa que *esta* otra parte sea menos fija o real.

De repente, la imagen cambió. Un avión desaparecía en la bruma. Un pulcro Claude Rains miraba a Bogart. «Tal vez le conviniera desaparecer de Casablanca una temporada», decía. «Hay tropas de la Francia Libre en Brazzaville. Podría facilitarle un pasaje».

Bogey sonrió levemente. «¿Un salvoconducto? Me vendría bien un viaje, y gastarme el dinero de la apuesta. Aún me debe diez mil francos».

Rains enarcó las cejas. «Y esos diez mil francos cubrirán nuestros gastos».

«¿*Nuestros* gastos?», dijo Bogart, sorprendido.

Rains asintió. «Ajá».

Lloyd observó sus espaldas mientras se alejaban en la noche. «Louis», decía Bogart de fondo; Lloyd sabía que lo habían grabado en posproducción, «creo que éste es el comienzo de una hermosa amistad».

—¿Ve? —dijo Lloyd, volviéndose hacia la cámara—. Podría haber estado viendo tocar a Sam «El tiempo pasará» para Rick, pero el final *ya está fijado*. La primera vez que se ve *Casablanca*, estás mordiéndote las uñas preguntándote si Ilsa se irá con Victor Laszlo o se quedará con Rick Blaine. Pero la respuesta siempre fue, y siempre será, la misma: los problemas de dos personas minúsculas no son nada en este mundo de locos.

—¿Está diciendo que el futuro es tan inmutable como el pasado? —preguntó Shaw, que parecía más indeciso de lo que en él era habitual.

—Exactamente.

—Pero Dr. Simcoe, con el debido respeto, eso no parece tener sentido. Es decir, ¿qué hay del libre albedrío?

Lloyd cruzó las manos frente al pecho.

—No existe el libre albedrío.

—Claro que sí —dijo Shaw.

Lloyd sonrió.

—Sabía que iba a decir eso. O, para ser exactos, cualquiera que

viera nuestros cubos de Minkowski desde fuera sabía que usted iba a decir eso, porque ya está escrito en piedra.

—¿Pero cómo es eso posible? Tomamos millones de decisiones todos los días; cada uno de nosotros damos forma a nuestro futuro.

—Usted tomó millones de decisiones ayer, pero son inmutables; no hay modo de cambiarlas, por mucho que lamente algunas de ellas. Y probablemente tomará millones más mañana. No hay diferencia. Usted *cree* tener libre albedrío, pero no es así.

—Déjeme ver si le entiendo, Dr. Simcoe. Está usted asegurando que las visiones no son de un posible futuro, sino que son *del* futuro; del único que existe.

—Exacto. En realidad vivimos en un universo de Minkowski, y el concepto del «ahora» no es más que una ilusión. El futuro, el presente y el pasado son tan reales como inmutables.

13

—¿Dr. Simcoe?

Eran las primeras horas de la noche; Lloyd había terminado por fin su última entrevista del día y, aunque tenía que leer una montaña de informes antes de irse a la cama, paseaba por una de las monótonas calles de St. Genis. Se dirigía a una tahona y una tienda de queso para conseguir algo de pan y un poco de *appenzeller* para el desayuno del día siguiente.

Un hombre fuerte de unos treinta y cinco se acercó a él. Llevaba gafas (algo bastante raro en el mundo desarrollado, ahora que la ceratotomía láser se había perfeccionado) y una sudadera azul oscuro. Su pelo, como el del propio Lloyd, era muy corto, a la moda.

Lloyd sintió una punzada de pánico. Probablemente estuviera loco por aparecer en público después de que medio mundo hubiera visto su rostro en el televisor. Miró a izquierda y derecha, valorando las posibles rutas de escape. No había ninguna.

—¿Sí? —probó.

—¿Dr. Lloyd Simcoe? —Hablaba inglés, pero con acento francés.

Lloyd tragó saliva.

—Sí, soy yo. —Al día siguiente hablaría con Béranger para disponer una escolta de seguridad.

De repente, la mano del hombre encontró la de Simcoe y comenzó a sacudirla con firmeza.

—¡Dr. Simcoe, deseaba darle las gracias! —El hombre levantó la mano izquierda, como para impedir objeción alguna—. ¡Sí, sí, sé que no pretendía que pasara lo que pasó, y supongo que hubo gente que salió malparada! Pero tengo que decirle que mi visión fue lo mejor que me ha sucedido nunca. Cambió mi vida por completo.

—Ah —dijo Lloyd, recuperando su mano—. Eso está muy bien.

—Sí señor, antes de la visión era un hombre distinto. Nunca creí en Dios, ni siquiera de niño. Pero la visión... la visión me mostró en una iglesia, rezando con toda una congregación.

—¿Rezando un miércoles por la noche?

—¡Eso mismo dije yo, Dr. Simcoe! Es decir, no en el momento mismo de la visión, sino después, cuando anunciaron a qué horas pertenecían las imágenes. ¡Rezando un miércoles por la noche! ¡Yo! ¡Precisamente yo! Bueno, no podía negar lo que sucedía, que en algún momento entre hoy y el futuro encontraría mi camino. Así que cogí una Biblia, bueno, la compré en una librería. ¡Nunca imaginé que hubiera tantas ediciones distintas! ¡Tantas traducciones! Bueno, pues compré una de esas que tienen las palabras de Jesús en rojo, y comencé a leerla. Y pensé: bueno, antes o después vas a llegar a esto, de modo que será mejor que descubras de qué va. Y no pude parar, y todos aquellos nombres maravillosos, como música: Obadiah, Jebediah... ¡Qué grandes nombres! Sí, Dr. Simcoe, de no haber sido por la visión, en estos veintiún años hubiera hallado el camino de todos modos, pero ha sido ahora, en 2009. Nunca me he sentido más en paz, más amado. Me hizo un inmenso favor.

Lloyd no sabía qué decir.

—Gracias.

—No, por favor ¡gracias a usted!

Con esto, volvió a sacudir la mano de Lloyd y se marchó por donde había venido.

Lloyd llegó a casa alrededor de las nueve de la noche. Había echado mucho de menos a Michiko y pensó en llamarla, pero en Tokio eran las cinco de la mañana, demasiado pronto. Dejó el pan y el queso a un lado y se sentó un rato a ver la televisión, para calmarse antes de atacar la última pila de informes.

Cambió canales hasta que algo en las noticias suizas llamó su atención: una discusión sobre el salto al futuro. Una periodista comunicaba por satélite con los Estados Unidos. Lloyd reconoció al hombre entrevistado por su gran melena pelirroja: el Asombroso Alexander, maestro ilusionista y ridiculizador de supuestos poderes psíquicos. Lloyd lo había visto a menudo en la televisión a lo largo de los años, incluyendo *The tonight show*. Su nombre completo era

Raymond Alexander, y era profesor en Duke.

Era evidente que la entrevista había sido sometida a posproducción: la periodista hablaba en francés, pero Alexander respondía en inglés, mientras un intérprete traducía por encima sus palabras. Las palabras del propio Alexander apenas eran audibles al fondo.

—Sin duda ha oído al hombre del CERN asegurando que las visiones mostradas pertenecen al único futuro real —decía la entrevistadora.

Lloyd se sentó.

—*Oui* —respondió el intérprete—. Pero eso es un absurdo patente. Se puede demostrar fácilmente que el futuro es maleable. —Alexander se movió en su asiento—. En mi propia visión estaba en mi apartamento. Y sobre la mesa, igual que ahora, estaba esto. Frente a él, en el estudio, había una mesa. Se acercó y tomó un pisapapeles. La cámara se acercó al objeto: era un bloque de malaquita con un pequeño triceratops dorado.

—Será sólo una cretona —decía Alexander—, pero tengo un gran aprecio a este objeto; es un recuerdo de un viaje muy agradable al Monumento Nacional de los Dinosaurios. Pero no lo aprecio tanto como a la racionalidad.

Se inclinó y, de debajo de la mesa, sacó un paño, que depositó sobre la mesa, y sobre él el pisapapeles. A continuación sacó un martillo y, frente a las cámaras, procedió a reducir a polvo el recuerdo. La malaquita se fracturó, y el pequeño dinosaurio, que no podía ser de metal sólido, se convirtió en una masa irreconocible.

Alexander sonrió triunfante a la cámara: la razón había vuelto a triunfar.

—El pisapapeles estaba en mi visión, y ya no existe. Por tanto, fuera lo que fuese lo que mostraban las visiones, en modo alguno era el futuro inmutable.

—Por supuesto, sólo tenemos su palabra de que el pisapapeles estaba en la visión —inquirió la entrevistadora.

Alexander pareció molesto, irritado por ver su integridad puesta en entredicho. Pero asintió.

—Está bien ser escéptico; el mundo sería un lugar mejor si todos fuéramos menos crédulos. El hecho es que cualquiera puede hacer

este experimento por su cuenta. Si en su visión vieron algún mueble que en estos momentos poseen, destrúyanlo o véndanlo. Si se vieron la mano en la imagen, háganse un tatuaje. Si otros les vieron y tenían barba, háganse la electrólisis facial para que nunca puedan tenerla.

—¡Electrólisis facial! —dijo la periodista—. Me parece que eso es ir demasiado lejos.

—Si su visión los turbó, y quieren asegurarse de que nunca se haga realidad, sería un modo de conseguirlo. Por supuesto, el modo más eficaz de desmentir las imágenes a gran escala sería encontrar un elemento del paisaje que miles de personas hayan visto, como la Estatua de la Libertad, y demolerlo. Pero supongo que el Servicio de Parques Nacionales no nos lo iba a permitir...

Lloyd se recostó en el sofá. Menudo gilipollas. Nada de lo que Alexander sugería era una auténtica prueba, y todas ellas eran subjetivas; dependían del recuerdo personal de las visiones. Y bueno, era un modo estupendo de salir en la televisión; no sólo para Alexander, sino para cualquiera que quisiera ser entrevistado. No había más que decir que podías desmontar la inmutabilidad del futuro.

Lloyd consultó el reloj sobre una de las estanterías instaladas en las rojas paredes de su apartamento. Eran las nueve y media, por lo que sólo sería la una y media de la tarde en la frontera entre Utah y Colorado, donde se encontraba el Monumento Nacional de Dinosaurios; él había estado una vez. Pensó unos minutos más, levantó el auricular, habló con un operador de ayuda y, por fin, con una mujer que trabajaba en la tienda de regalos del museo.

—Hola —dijo—. Estoy buscando un objeto en concreto, un pisapapeles de malaquita.

—¿Malaquita?

—Es un mineral verde, ya sabe, una piedra ornamental.

—Oh, sí, claro. Las que tienen pequeños dinosaurios. Tenemos una con un tiranosaurio, una con un estegosaurio y otro con un triceratops.

—¿Cuánto cuesta el triceratops?

—Catorce noventa y cinco.

—¿Aceptan pedidos?

—Claro.

—Me gustaría comprar uno de esos y mandarlo a... —se detuvo un instante para pensar; ¿dónde demonios estaba Duke?—. A Carolina del Norte.

—Muy bien. ¿Cuál es la dirección completa?

—No estoy seguro. Ponga «Profesor Raymond Alexander, Universidad de Duke, Durham, Carolina del Norte». Seguro que llega a su destino.

—¿UPS?

—Muy bien.

Ruido de teclas.

—El importe será de ocho cincuenta. ¿Cómo desea abonarlo?

—Con Visa.

—¿Numero, por favor?

La sacó de la cartera y leyó la cadena de números, así como la fecha de caducidad y su nombre. Después colgó el teléfono, volvió al sofá y cruzó los brazos sobre el pecho, sintiéndose satisfecho.

Querido Dr. Simcoe:

Perdóneme por molestarle con un correo electrónico no deseado; espero que supere su filtro de *spam*. Sé que debe de estar inundado de cartas desde que apareció en la televisión, pero tenía que escribirle para hacerle saber el impacto que la visión tuvo en mí.

Tengo dieciocho años y estoy embarazada. No llevo mucho, sólo dos meses. Aún no se lo había dicho a mi novio, ni a mis padres. Pensaba que quedarme embarazada era lo peor que me podía suceder; aún estoy en el instituto, y mi novio empezará la universidad en otoño. Los dos seguimos viviendo con nuestros padres, y no tenemos dinero. No había modo, pensaba, de traer a un niño al mundo... de modo que iba a abortar. Ya tenía cita.

Y entonces tuve la visión... ¡y fue increíble! Estábamos yo, y Brad (mi novio), con nuestra hija, y estábamos juntos, viviendo en una bonita casa, dentro de veintiún años. Mi hija ya había crecido (era incluso algo mayor que yo ahora), y era preciosa, y nos contaba que estaba saliendo con un chico de la facultad, y que una noche podría traerlo a cenar, y que sabía que lo adoraríamos, y por supuesto dijimos que sí, porque era nuestra hija y era importante

para ella, y...

Estoy divagando. El asunto es que mi visión me permitió ver que las cosas *iban* a funcionar. Cancelé el aborto, y Brad y yo estamos buscando un lugar en el que vivir juntos. Para mi sorpresa, mis padres no se asustaron, e incluso van a ayudarnos con los gastos.

Sé que un montón de gente le dirá que las visiones arruinaron su vida. Sólo quería que supiera que la mía mejoró enormemente, y que incluso salvó la vida de la pequeña que llevo dentro.

Gracias... por todo. Jean Alcott

*

Dr. Simcoe:

En las noticias oyes hablar de gente que tuvo visiones fascinantes. Yo no. En la mía estaba en la misma casa en la que vivo hoy. Estaba solo, lo que no es de extrañar: mis hijos han crecido y mi mujer suele estar fuera por trabajo. En realidad, aunque algunas cosas eran distintas (algún cambio en el mobiliario, pintura nueva en las paredes), nada me permitía indicar que se tratara del futuro.

¿Y sabe qué? Me gustó. Soy un hombre feliz; tengo una buena vida. Saber que voy a tener dos décadas más exactamente de lo mismo es un pensamiento agradable. Todo esto de las visiones ha vuelto la vida de la gente patas arriba, pero la mía no. Sólo quería que lo supiera.

Saludos, Tony DiCiccio

Mensajes en la página del Proyecto Mosaico

*

Brooklyn, Nueva York: Vale, pues en mi sueño aparece la bandera americana, ¿no? Y creo que tenía 52 estrellas: una fila de 7 después una de 6, otra de 7 y así, hasta 52. Supongo que la 51 será Puerto Rico, ¿no? Pero me vuelvo loco pensando en cuál será la otra. Si lo sabes, por favor, escríbeme a...

Edmonton, Alberta: no soy listo. Tengo el síndrome de Down, pero soy una buena persona. En mi visión, estaba hablando con palabras grandes, de modo que seré listo. Quiero volver a ser listo.

*

Indianápolis, Indiana: Por favor, dejen de mandarme mensajes diciendo que en el 2030 seré el presidente de los Estados Unidos; estáis saturándome el correo. Ya sé que seré presidente, y cuando llegue al poder, haré que Hacienda audite a todo aquel que vuelva a decírmelo...

*

Islamabad, Pakistán (autotraducido del original en árabe): En mi visión tengo dos brazos, pero hoy sólo tengo uno (soy veterano de la guerra indo-paquistaní). En la visión no parecía una prótesis. Me interesaría oír sobre cualquiera que tenga información acerca de miembros artificiales, o incluso sobre una posible regeneración de miembros dentro de veintiún años.

*

Changzhou, China (autotraducido del original en mandarín): Al parecer estaré muerta dentro de veintiún años, lo que no me sorprende, pues ya soy bastante mayor. Pero sí me interesarían noticias sobre el destino de mis hijos, nietos y bisnietos. Sus nombres son...

*

Buenos Aires, Argentina: Casi todo el mundo con quien he hablado estaba celebrando unas vacaciones o un día libre durante el salto al futuro. Por lo que sé, el tercer miércoles de octubre no es fiesta en Suramérica, así que he pensado que igual la semana laboral se había reducido a cuatro días, con los miércoles libres. Yo preferiría un fin de semana de tres días. ¿Alguien puede confirmarlo?

*

Auckland, Nueva Zelanda: Conozco cuatro de los números ganadores de la Superocho neozelandesa del 19 de octubre de 2030. En mi visión estaba cobrando un boleto que me había reportado 200$ por coincidir en esas cifras. Si conoces otros números ganadores de la misma lotería, podríamos compartir información.

*

Ginebra, Suiza (enviado en catorce idiomas): Theodosios Procopides, natural de Atenas, trabajador del CERN, será

asesinado el lunes 21 de octubre de 2030. Si su visión está relacionada con este crimen, por favor escriba a procopides@cern.ch. Espero poder prevenir mi propia muerte.

14

SEXTO DÍA: DOMINGO 26 DE ABRIL DE 2009

Lloyd y Theo almorzaban juntos en la gran cafetería del centro de control del LHC. A su alrededor, otros físicos discutían teorías e interpretaciones sobre el salto al futuro; una prometedora idea sobre un supuesto fallo en uno de los imanes cuádruples había sido torpedeada hacía una hora. Se descubrió que el imán funcionaba bien; era el equipo de pruebas el que fallaba.

Lloyd tomaba una ensalada, y Theo una kebab que había preparado la noche anterior, calentada en el microondas.

—La gente parece llevarlo mejor de lo que imaginaba —dijo el canadiense. Las ventanas daban al patio del núcleo, donde las flores de la primavera mostraban su esplendor—. Toda la muerte, toda la destrucción... Pero la gente sale adelante, volviendo al trabajo y siguiendo con sus vidas.

Theo asintió.

—Esta mañana oí a un tipo en la radio. Decía que había habido muchas menos llamadas pidiendo consejo de las que se esperaban. En realidad, desde el salto al futuro, al parecer ha habido muchísimas cancelaciones de sesiones de terapia.

Lloyd enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Decía que por la catarsis. —Theo sonrió—. Te aseguro que el viejo Aristóteles sabía exactamente lo que decía: dale a la gente la posibilidad de purgar sus emociones y acabarán mucho más sanos. Tantos han perdido a seres queridos durante el salto que la explosión de angustia ha sido psicológicamente beneficiosa. El tipo de la radio decía que había pasado algo parecido hacía años,

cuando murió la princesa Diana: durante meses se produjo un descenso mundial en las terapias. Por supuesto, la mayor catarsis se produjo en Inglaterra, pero justo tras la muerte de Lady Di, hasta el veinte por ciento de los americanos se sintió como si hubiera sufrido una pérdida personal. Por supuesto, no superas fácilmente la pérdida de una esposa o de un hijo, pero, ¿de un tío? ¿De un colega? Es una gran liberación.

—Pero si todo el mundo lo sufre...

—Ahí está el asunto. Mira: normalmente, si pierdes a alguien en un accidente, te quedas hecho polvo durante meses, o años... mientras todos los que te rodean refuerzan tu derecho a estar triste. «Tómate un tiempo», dicen. Todo el mundo te da apoyo emocional. Pero si todos los demás también han sufrido una pérdida, no existe ese efecto de muleta: no hay nadie que te apacigüe. No tienes más remedio que superarlo y volver al trabajo. Es como con los que sobreviven a la guerra: cualquier guerra es más devastadora en términos generales que una tragedia personal aislada, pero al acabar casi todos siguen con su vida. Todos sufrieron lo mismo, y tú debes hacer lo mismo: olvidarlo y seguir adelante. Al parecer, eso es lo que está sucediendo.

—No creo que Michiko supere nunca la pérdida de Tamiko.

Michiko llegaría esa noche de Japón.

—No, no, claro que no. No en el sentido en que deje de dolerle; pero *seguirá* con su vida; ¿qué otra cosa iba a hacer? En realidad, no tiene elección.

En ese momento, Franco della Robbia, un físico barbudo de mediana edad, apareció en su mesa con una bandeja.

—¿Os importa que me una?

Lloyd alzó la mirada.

—Hola, Franco. Claro que no.

Theo se desplazó un poco a la derecha y della Robbia se sentó.

—¿Sabes que te equivocas sobre Minkowski? —dijo el italiano, mirando a Lloyd—. Las visiones no pueden pertenecer al futuro real.

El canadiense pinchó en el plato de ensalada.

—¿Por qué?

—Bueno, vayamos a tu premisa. Dentro de veintiún años, tendré

una conexión entre mi yo futuro y mi yo pasado. Es decir, mi yo pasado verá exactamente lo que el otro está haciendo. Puede que mi yo futuro no tenga una indicación de que la conexión ha comenzado, pero eso no importa; sabré al segundo cuándo comienza la conexión y cuándo termina. No sé qué apareció en tu visión, Lloyd, pero en la mía estaba en lo que creo Sorrento, sentado en una balconada sobre la Bahía de Nápoles. Muy bonito, muy agradable, pero no es lo que yo estaría haciendo el 23 de octubre de 2030 si supiera que estaría en contacto con mi yo pasado. Estaría en algún lugar totalmente libre de cualquier cosa que pudiera distraer la atención de mi yo pasado: una sala vacía, por ejemplo, o mirando a una pared desnuda. Y precisamente a las 19:21, hora de Greenwich de ese día, comenzaría a recitar hechos que quisiera que mi yo pasado conociera: «El 11 de marzo de 2012 tendrás cuidado cruzando la Via Colombo, o te tropezarás y te romperás una pierna». «En tu tiempo, las acciones de Bertelsmann se venden a cuarenta y dos euros, pero en 2030 valdrán seiscientos noventa, de modo que compra cuanto puedas para pagar la jubilación». «Aquí están los ganadores de la Copa del Mundo de todos los años entre el tuyo y el mío». Cosas así; lo tendría todo escrito en un papel y lo recitaría, metiendo toda la información posible en ese minuto y cuarenta y tres segundos. —El italiano se detuvo un instante—. El hecho de que nadie haya informado de una visión haciendo cosas así significa que lo que vimos no puede ser el futuro real de la línea temporal en la que nos encontramos.

Lloyd frunció el ceño.

—Puede que algunos *sí* lo hicieran. En realidad, el público sólo conoce el contenido de un diminuto porcentaje de los miles de millones de visiones sucedidas. Si yo fuera a darme a mí mismo información bursátil y no supiera que el futuro es inmutable, lo primero que le diría a mi yo pasado es: «No compartas esto con nadie más». Puede que aquellos que actuaran como sugieres simplemente no lo digan.

—Si sólo unas decenas hubieran experimentado las visiones —respondió della Robbia—, eso podría ser posible. ¿Pero con miles de millones? Alguno lo hubiera dicho. De hecho, estoy convencido de que prácticamente todo el mundo estaría comunicándose con sus

yoes pasados.

Lloyd miró primero a Theo, después a della Robbia.

—No si supieran que era fútil; no si supieran que nada de lo que dijeran cambiaría las cosas que ya estaban totalmente fijadas.

—O puede que todos lo olvidaran —dijo Theo—. Puede que, entre ahora y el 2030, el recuerdo de las visiones se desvanezca. Los sueños se olvidan, por ejemplo. Puedes recordarlos al despertar, pero horas después no queda nada de ellos. Puede que las visiones se borren pasados veintiún años.

Della Robbia negó con la cabeza, comprensivo.

—Aunque así fuera, y no hay motivo alguno para pensar que así sea, todos los medios que han informado sobre las visiones sobrevivirían hasta el 2030. Todas las noticias, la cobertura de televisión, todas las cosas que la gente escribió en diarios y cartas a amigos... La psicología no es mi campo, y no debatiré sobre la naturaleza falible de la memoria. Pero la gente *sabría* lo que iba a suceder el 23 de octubre de 2030, y muchos intentarían comunicarse con su pasado.

—Un momento —dijo Theo. Enarcó las cejas—. ¡Un momento! —Lloyd y della Robbia se volvieron para mirarlo—. ¿No lo veis? Es la Ley de Niven.

—¿La qué? —preguntó Lloyd.

—¿Quién es Niven? —dijo el italiano.

—Un escritor de ciencia ficción norteamericano. Dijo que, en un universo en que el viaje temporal fuera posible, no se inventaría jamás ninguna máquina del tiempo. Incluso escribió una historia corta al respecto: un científico está construyendo una máquina del tiempo y, justo cuando termina, alza los ojos y ve el sol estallando en una supernova: el universo lo va a «apagar», antes que permitir las paradojas inherentes del viaje temporal.

—¿Y? —dijo Lloyd.

—De modo que comunicarte en el pasado es una forma de viaje temporal. Es enviar información atrás en el tiempo. Y aquellos que lo intentaran verían cómo el universo bloqueaba sus intentos; no con algo tan grandioso como volar el sol, pero sí limitándose a impedir que la comunicación funcione. —Paseó su mirada de Lloyd a della Robbia—. ¿No lo veis? Eso debe de ser lo que yo intentaba

hacer en 2030, tratar de comunicarme con mi yo del pasado; de ese modo, terminé simplemente por no tener visión.

Lloyd trató de que su mirada pareciera amable.

—Las visiones de muchos otros parecen apoyar que en 2030 estarás muerto, Theo.

El griego abrió la boca para protestar, pero la cerró. Respondió un instante después.

—Tienes razón, tienes razón, lo siento.

Lloyd asintió; hasta entonces no había comprendido por completo lo duro que todo aquello debía de ser para Theo. Se giró hacia della Robbia.

—Bien, Franco: si las visiones no son de nuestro futuro, ¿qué es lo que muestran?

—Una línea temporal alternativa, por supuesto. Es completamente razonable, dada la IMM. —La Interpretación de Muchos Mundos de la física cuántica decía que, cada vez que un evento podía tomar dos destinos, en vez de tener que tomar uno u otro, tomaba ambos, cada uno en un universo separado—. Para ser exactos, las visiones muestran el universo que se desgajó de éste en el momento de vuestro experimento en el LHC; muestran el futuro tal y como es en un universo en el que el efecto del desplazamiento temporal *no* se produjo.

Pero Lloyd negaba con la cabeza.

—No me dirás que sigues creyendo en la IMM, ¿no? IT la desmonta.

Un argumento estándar a favor de la interpretación de los muchos mundos era el experimento del gato de Schrödinger; pon a un gato en una caja sellada con un frasco de veneno que tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de activarse en el periodo de una hora. Al final de la hora, abre la caja y comprueba si el gato sigue vivo. Según la interpretación de Copenhague (la versión estándar de la mecánica cuántica), hasta que alguien mire dentro, el gato no está ni vivo ni muerto, sino en una superposición de ambos estados posibles; el acto de mirar, de observar, colapsa la función de onda, obligando al gato a decidir por uno de los dos resultados posibles. Excepto que, como la observación podría resolverse de dos maneras, lo que los defensores de la IMM sostenían era que, en

realidad, el universo se dividía en el momento de la observación. Uno de ellos continuaría con el gato muerto, y el otro con él vivo.

A John G. Cramer, un físico que a menudo había trabajado en el CERN, pero que normalmente se encontraba en la Universidad de Washington en Seattle, no le gustaba el énfasis de la interpretación de Copenhague en el observador. En los años 80 propuso una explicación alternativa: IT, o Interpretación transaccional. Durante las dos décadas siguientes, IT se había hecho cada vez más popular entre los físicos.

Tomemos al indefenso gato de Schrödinger en el momento en que está encerrado en la caja, y el ojo del observador, que una hora más tarde comprueba el resultado. En IT, el gato envía una «oferta» en forma de onda física, que viaja adelante hacia el futuro y atrás hacia el pasado. Cuando la onda de oferta alcanza el ojo, éste envía una onda de «confirmación», que viaja hacia el pasado y hacia el futuro. Las ondas de oferta y confirmación se cancelan en todo el universo, salvo en la línea directa entre el gato y el ojo, donde se refuerzan, produciendo una transacción. Como el gato y el ojo se han comunicado a través del tiempo, no hay ambigüedad y no hay necesidad de frentes de onda colapsados: el gato existe dentro de la caja en el estado exacto en que al fin será observado. Además, no hay división del universo en dos; como la transacción cubre todo el periodo relevante, no hay necesidad de ramificarse: el ojo ve al gato como siempre estuvo, ya sea vivo o muerto.

—A ti te gustaría IT, sí —respondió della Robbia—. Destroza el libre albedrío. Cada fotón emitido sabe qué terminará por absorberlo.

—Por supuesto —dijo Lloyd—, admito que IT refuerza el concepto del universo bloque, pero es tu interpretación de muchos mundos la que acaba de verdad con el libre albedrío.

—¿Cómo puedes decir eso? —protestó della Robbia con una expresión de exasperación italiana.

—Entre los muchos mundos no hay jerarquía —respondió el otro —. Imagina que voy paseando y llego a un desdoblamiento del camino. Podía ir a la derecha o a la izquierda. ¿Cuál elijo?

—¡El que quieras! —saltó della Robbia—. Libre albedrío.

—Claro que no. Según IMM, elijo el que la otra versión de mí *no*

eligió. Si él va a la derecha, yo tengo que ir a la izquierda; si yo voy a la derecha, él tiene que ir a la izquierda. Y sólo la arrogancia me llevaría a pensar que siempre es mi elección la que el universo acepta, y que las demás opciones son simplemente la alternativa que debía ser expresada en otro universo. La interpretación de muchos mundos da la *ilusión* de la elección, pero en realidad es por completo determinista.

Della Robbia se volvió hacia Theo, abriendo los brazos a modo de llamada al sentido común.

—¡Pero IT depende de ondas que viajan atrás en el tiempo!

Theo intervino con voz suave.

—Creo que ya hemos demostrado de forma abundante la realidad del viaje de la información atrás en el tiempo, Franco. Además, lo que Cramer decía en realidad es que la transacción se produce de forma atemporal, fuera del tiempo.

—Además —dijo Lloyd, calentándose ahora que tenía un aliado—, tu versión de lo que sucedió es la que requiere del viaje en el tiempo.

Della Robbia parecía aturdido.

—¿Qué? ¿Cómo? Las visiones simplemente muestran un universo paralelo.

—Cualquier universo IMM paralelo que pudiera existir, sin duda se movería en sincronía temporal con el nuestro: si pudieras verlo, lo que verías sería el hoy, el 26 de abril de 2009; de hecho, todo el concepto de computación cuántica depende de que los universos paralelos estén en total sincronía con el nuestro. Así que, si pudieras ver un universo paralelo, podrías ver uno en el que te hubieras sentado a comer con Michel Burr, y no con Theo y conmigo, pero seguiría siendo *ahora*. Lo que sugieres es *sumar* el contacto con universos paralelos con la visión del futuro; ya es bastante difícil aceptar una de esas ideas sin tener que tragarse también la otra, y...

Jake Horowitz había aparecido en la mesa.

—Siento interrumpir —dijo—, pero tienes una llamada, Theo. Dice que es sobre tu mensaje en Mosaico.

Theo se marchó a toda prisa, dejando su kebab a medio comer.

—Línea tres —dijo Jacob, que trataba de seguirlo.

Justo al lado del comedor había un despacho vacío, en el que

Theo entró. La identificación de la llamada sólo decía «Fuera de zona». Levantó el auricular.

—Hola —dijo—. Soy Theo Procopides.

—Dios mío —dijo en inglés una voz de hombre al otro extremo de la línea—. Es raro... hablar con alguien que sabes que va a estar muerto.

Theo no tenía respuesta para aquello, de modo que se limitó a decir:

—¿Tiene información sobre mi asesinato?

—Sí, eso creo. En mi visión leía algo al respecto.

—¿Y qué decía?

El hombre le explicó todo cuando había leído. No había nuevos datos.

—¿Decía algo sobre supervivientes? —preguntó Theo.

—¿A qué se refiere? No fue un accidente de avión.

—No, no, no. Quiero decir sobre quién me sobrevivía, ya sabe, si tenía mujer o hijos.

—Ah, sí, déjeme a ver si recuerdo...

A ver si recuerdo. Su futuro era un mero incidente. A nadie le importaba de verdad. No era real, sólo algo sobre lo que un tipo había leído.

—Sí —dijo la voz—. Sí, dejará usted mujer y un hijo.

—¿Daba el periódico sus nombres?

El hombre resopló en el micrófono, como si estuviera pensando.

—El hijo era... Constantin, me parece.

Constantin. El nombre de su padre; sí, Theo siempre había pensado que podría ponerle el nombre a un niño.

—¿Y sobre su madre? ¿Mi mujer?

—Lo siento, no lo recuerdo.

—Inténtelo, por favor.

—No, lo siento. No lo recuerdo.

—¿Se sometería a hipnosis...?

—¿Está usted loco? No pienso hacer eso. Mire, le he llamado para ayudarle; suponía que le haría un gran favor, ¿sabe? Pensaba que estaría bien por mi parte, pero no voy a permitir que me hipnoticen, o que me llenen de drogas, o algo por el estilo.

—Pero mi mujer... mi viuda... Tengo que saber quién es.

—¿Por qué? Yo no sé con quién estaré casado dentro de veintiún años. ¿Por qué tiene que saberlo?

—Podría tener una pista sobre el motivo de mi asesinato.

—Bueno, supongo. Puede ser. Pero ya he hecho todo lo que podía por usted.

—¡Pero usted vio el nombre! ¡Lo sabe!

—Como le dije, no lo recuerdo. Lo siento.

—Por favor… le pagaré.

—Se lo digo en serio, por favor, no me acuerdo. Pero mire, si doy con ello, le volveré a llamar. No puedo hacer más.

Theo se obligó a no protestar de nuevo. Apretó los labios y asintió solemne.

—Muy bien, se lo agradezco. Gracias por su tiempo. ¿Podría darme su nombre, para anotarlo?

—Lo siento. Como le dije, si recuerdo algo le llamaré.

La línea quedó muda.

15

Michiko regresó aquella noche de Tokio. Si no parecía en paz, al menos no daba la impresión de ir a derrumbarse.

Lloyd, que había pasado la tarde en una nueva ronda de simulaciones informáticas, la recogió en el aeropuerto de Ginebra y condujo los doce kilómetros hasta su apartamento en St. Genis.

Entonces hicieron el amor, por primera vez en los cinco días desde el salto al futuro. Acababa de anochecer y las luces del cuarto estaban apagadas, pero se filtraba bastante luz a través de las cortinas. Lloyd siempre había sido más aventurero que ella, pero Michiko se ponía al día rápidamente. Quizá los gustos de él fueran al principio demasiado salvajes, demasiado occidentales para ella, pero aceptaba cada vez más sugerencias y él intentaba ser un amante atento. Pero aquella noche sólo cumplió: la postura del misionero, y nada más. Las sábanas solían terminar cubiertas de sudor cuando acababan, pero aquella vez estaban casi secas. En un lateral incluso seguían remetidas.

Lloyd descansaba tendido sobre la espalda, mirando el techo oscuro. Michiko estaba a su lado, con un brazo pálido sobre el pecho desnudo e hirsuto de él. Se mantuvieron en silencio largo rato, cada uno sumido en sus pensamientos.

Al fin, habló Michiko.

—En Tokio te vi en la CNN. ¿Crees de verdad que no tenemos libre albedrío?

Lloyd estaba sorprendido.

—Bueno —dijo al fin—, creemos tenerlo, lo que supongo que es lo mismo. Pero la inevitabilidad es una constante en muchísimos sistemas de creencias. Mira la Última Cena. Jesús le dijo a Pedro, fíjate, a Pedro, la roca sobre la que había dicho que se construiría su Iglesia, que renegaría de él tres veces. Pedro protestó diciendo que

eso nunca sucedería, pero, por supuesto, así fue. Y Judas Iscariote, al que siempre he considerado una figura trágica, estaba destinado a entregar a Cristo a las autoridades, lo quisiera él o no. El concepto de tener un papel, un destino que cumplir, es mucho más antiguo que el del libre albedrío. —Hizo una pausa—. Sí, en realidad creo que el futuro es tan fijo como el pasado. Y, sin duda, el salto al futuro lo corrobora; si el futuro no fuera fijo, ¿cómo es posible que todo el mundo tuviera visiones de un porvenir coherente? ¿No serían distintas las imágenes? De hecho, ¿no sería imposible que nadie hubiera tenido una sola visión?

Michiko frunció el ceño.

—No lo sé. No estoy segura. ¿Qué sentido tiene seguir adelante si todo está ya prefijado?

Se mordió el labio inferior.

—El concepto del universo bloque es el único que tiene sentido en un mundo relativista —respondió Lloyd—. En realidad, no es más que relatividad a lo grande: la relatividad dice que ningún punto en el espacio es más importante que otro; no hay un marco o una referencia fija respecto a la que medir las demás posiciones. El universo bloque dice que ningún tiempo es más importante que otro; el «ahora» no es más que pura ilusión, y si no existe algo como el «ahora universal», si el futuro ya está escrito, entonces el libre albedrío, evidentemente, también es ilusorio.

—Yo no lo tengo tan claro —dijo Michiko—. Siento que tengo libre albedrío.

—¿Incluso después de esto? —respondió Lloyd. Su voz se aceró un tanto—. ¿Aun después del salto al futuro?

—Hay otras explicaciones para la versión coherente del futuro —respondió Michiko.

—Ah, ¿como cuáles?

—Como que no es más que *un* posible futuro, una tirada de dado. Si se pudiera reproducir el salto, veríamos un futuro totalmente distinto.

Lloyd negó con la cabeza, frotando el cabello contra la almohada.

—No. No, sólo hay un futuro, como sólo hay un pasado. Ninguna otra interpretación tiene sentido.

—Pero vivir sin libre albedrío...

—Pues así es, ¿de acuerdo? —saltó Lloyd—. Nada de libre albedrío. Nada de decisiones.

—Pero...

—*Nada de peros*.

Michiko quedó en silencio. El pecho de Lloyd subía y bajaba rápidamente, y ella era capaz de oír sus latidos. Quedaron en silencio largo rato, antes de que Michiko respondiera:

—Ah.

Aun sin verlo, Michiko supo que Lloyd había enarcado las cejas, registrando de algún modo el movimiento de los músculos.

—Ya entiendo —dijo.

Lloyd estaba irritado, y su voz lo mostraba.

—¿Qué?

—Ya entiendo por qué te aferras así al futuro inmutable. Por qué crees que no existe la propia voluntad.

—¿Y por qué es?

—Por lo que sucedió. Por todos los que murieron, todos los heridos. —Hizo una pausa, como si esperara que él rellenara el resto. Cuando no lo hizo, siguió—. Si tuviéramos libre albedrío, tendrías que culparte por lo sucedido; tendrías que asumir la responsabilidad. Toda esa sangre estaría en tus manos. Pero si no es así, si no tenemos voluntad, no es culpa tuya. *Que sera est*. Cualquier cosa que será ya es. Apretaste el botón para empezar el experimento porque siempre lo has hecho y siempre lo harás; está congelado en el tiempo, como cualquier otro instante.

Lloyd no dijo nada. No había nada que añadir. Tenía razón, por supuesto. Sintió enrojecer sus mejillas.

¿Era tan triste? ¿Tan desesperado?

Nada en ninguna teoría física podía haber predicho el salto al futuro. Él no era un médico que no había actualizado sus conocimientos sobre efectos secundarios; no había obrado con irresponsabilidad. Nadie, ni Newton, ni Einstein ni Hawking, podían haber predicho el resultado del experimento del LHC.

No había hecho nada malo.

Nada.

Mas...

Mas hubiera dado lo que fuera para cambiar lo sucedido. Cualquier cosa.

Y sabía que si admitía sólo un instante la posibilidad de que algo *podía* haber cambiado, de que todo podía haber salido de otro modo, podría haber evitado todos los accidentes de coche y avión, las operaciones fallidas, las caídas por las escaleras, la muerte de la pequeña Tamiko; hubiera pasado el resto de su vida aplastado por la culpa de lo sucedido. Minkowski lo absolvía de todo.

Y necesitaba dicha absolución. La precisaba para seguir adelante, para recorrer su senda luminosa por el cubo sin sentirse torturado.

Los que deseaban creer que las visiones no mostraban el futuro real habían esperado que, de forma colectiva, fueran inconsistentes: que en la visión de uno el presidente fuera demócrata, mientras que en la de otro hubiera un republicano en el Despacho Oval. Que en una los coches voladores estuvieran por todas partes mientras que en otras todos los vehículos personales hubieran sido prohibidos, sustituidos por el transporte público. Que en una quizá los extraterrestres visitaran la Tierra, mientras que en otra descubríamos que estábamos solos.

Pero el Proyecto Mosaico de Michiko era un inmenso éxito, con más de cien mil mensajes diarios, todos combinados para mostrar un 2030 consistente, coherente, plausible, formado por las teselas que eran las visiones.

En 2017, a la edad de noventa y un años, Isabel II, Reina de Inglaterra, Escocia, Irlanda del Norte, Canadá, las Bahamas y otros muchos lugares, murió. Carlos, su hijo, en ese momento con sesenta y nueve años, estaba como un cencerro, y siguiendo las recomendaciones de sus consejeros decidió no ascender al trono. Guillermo, su hijo mayor, siguiente en la línea sucesoria, conmocionó al mundo al renunciar a la corona, llevando al Parlamento a declarar la disolución de la monarquía.

Quebec seguía siendo parte de Canadá; los secesionistas no eran ahora más que una pequeña, aunque siempre presente, minoría.

En 2019 Suráfrica terminó, por fin, los juicios por crímenes contra la Humanidad posteriores al Apartheid, con más de cinco mil condenados. El Presidente Desmond Tutu, de ochenta y ocho años,

los indultó a todos en un acto, según dijo, que no era tanto cristiano como de paso de página.

Nadie había puesto todavía un pie en Marte; las primeras visiones que sugerían lo contrario resultaron ser simulaciones de realidad virtual en Disney World.

El presidente de los Estados Unidos era un afroamericano; al parecer, aún no había habido presidentas, aunque la Iglesia Católica ya ordenaba a las mujeres.

Cuba ya no era comunista; China era el último país que sostenía esa bandera, y su control sobre la población parecía tan férreo como en la actualidad. Su población había alcanzado casi los dos mil millones.

El agujero en la capa de ozono era muy importante; la gente usaba sombrero y gafas de sol, incluso en días nublados.

Los coches no volaban, pero podían levitar hasta dos metros sobre el suelo. Por una parte, las infraestructuras en carreteras se habían recortado drásticamente en casi todos los países. Los coches ya no necesitaban de una superficie lisa y dura; en algunas zonas incluso se desmantelaban los viales para construir cinturones verdes. Por otra parte, las carreteras que quedaban sufrían tan poco desgaste que apenas necesitaban mantenimiento.

Jesucristo no había regresado.

El sueño de la inteligencia artificial todavía no se había hecho realidad. Aunque abundaban los ordenadores parlantes, ninguno mostraba conciencia.

El esperma proseguía su degeneración en todo el mundo; en los países desarrollados la inseminación artificial estaba a la orden del día, y en Canadá, la Unión Europea e incluso los Estados Unidos estaba cubierta por los planes médicos públicos. En el Tercer Mundo la natalidad caía por primera vez en toda la historia.

El 6 de agosto de 2030, en el octogésimo quinto aniversario de la caída de la bomba de Hiroshima, se produjo en la ciudad una ceremonia que anunciaba la prohibición mundial del desarrollo de armas nucleares.

A pesar de la prohibición de su caza, para el 2030 las ballenas se habían extinguido. Más de cien se habían suicidado en 2022, encallando en playas de todo el mundo sin motivo conocido.

En una victoria global del sentido común, catorce de los principales periódicos estadounidenses decidieron de forma simultánea eliminar la sección de astrología, declarando que publicar tales majaderías no era consecuente con su propósito fundamental de comunicar la verdad.

En 2014 ó 2015 se halló una cura contra el SIDA. El número de muertos en todo el mundo por la plaga se estimaba en setenta y cinco millones, la misma cantidad que la Peste Negra había exterminado hacía setecientos años. La cura para el cáncer aún se resistía, pero casi todas las formas de diabetes podían diagnosticarse y corregirse ya en el útero.

La nanotecnología seguía sin ser viable.

George Lucas aún no había acabado las nueve partes de su épica *La guerra de las galaxias*.

Fumar estaba prohibido en todas las zonas públicas, incluso al aire libre, en los Estados Unidos y Canadá. Una coalición de países del Tercer Mundo había demandado a los Estados Unidos en el Tribunal Internacional de la Haya por promover de forma consciente el uso del tabaco en los países en desarrollo.

Bill Gates perdió su fortuna: las acciones de Microsoft se desplomaron en 2027 como respuesta a una nueva versión de la crisis del Año 2000. Los viejos programas de la empresa registraban las fechas como cadenas de treinta y dos bits representando el número de segundos pasados desde el 1 de enero de 1970, y a partir de 2027 no fueron capaces de almacenar más fechas. Los intentos de algunos empleados clave de Microsoft de deshacerse de sus acciones hundió aún más los precios. La compañía terminó por anunciar un Capítulo Once en 2029.

Los ingresos medios en los Estados Unidos parecían ser de ciento cincuenta y siete mil dólares anuales. Una barra de pan costaba cuatro dólares.

La película más taquillera de todos los tiempos era la nueva versión que en 2026 se había hecho de *La guerra de los mundos*.

El japonés era una asignatura obligatoria para todos los estudiantes de la Escuela de Empresariales de Harvard.

Los colores de moda en 2030 eran el amarillo pálido y el naranja oscuro. Las mujeres volvían a llevar el pelo largo.

Se criaba a rinocerontes en granjas por sus cuernos, que aún seguían alcanzando un gran valor en Oriente. Ya no estaban en peligro de extinción.

Matar gorilas en Zaire estaba castigado con la pena capital.

Donald Trump estaba construyendo una pirámide en el desierto de Nevada para alojar sus futuros restos. Cuando se terminara, sería diez metros más alta que la Gran Pirámide de Giza.

La Serie Mundial de 2029 sería ganada por los Volcanes de Honolulu.

Las islas turcas y Ciacos se unirían a Canadá en 2023 ó 2024.

Después de que las pruebas de ADN demostraran de forma concluyente que se había ejecutado a cien inocentes, los Estados Unidos abolieron la pena de muerte.

Pepsi había ganado la guerra de las colas.

Se produciría otro enorme desastre bursátil; aquellos que conocían el año del crack parecían guardarse la información.

Los Estados Unidos habían adoptado por fin el sistema métrico.

La India había establecido la primera base permanente en la Luna.

Se estaba librando una guerra entre Guatemala y Ecuador.

La población del mundo en 2030 era de once mil millones; cuatro mil millones habían nacido después de 2009, de modo que nunca tendrían visión.

Michiko y Lloyd cenaban en el apartamento del segundo, que había preparado *raclette*, queso fundido servido sobre patata cocida, un plato tradicional suizo que le gustaba mucho. Lo acompañaban con una botella de *Blauburgunder*; Lloyd nunca había bebido mucho, pero el vino corría por Europa, y estaba en la edad en la que un vaso o dos al día eran buenos para el corazón.

—Nunca lo sabremos con certeza, ¿no? —preguntó Michiko tras ingerir un trozo de patata—. Nunca sabremos quién era la mujer con la que estabas, o quién era el padre de mi hija.

—No, claro que sí. Tú seguramente conocerás quién es el padre dentro de trece o catorce años, antes de que nazca. Y yo reconoceré a la mujer cuando al fin me encuentre con ella, aunque sea varios años más joven que la de mi visión.

Michiko asintió, como si fuera obvio.

—Pero digo que no lo sabremos para cuando nos casemos —dijo con voz apagada.

—No. Es verdad.

Ella lanzó un suspiro.

—¿Qué quieres hacer?

Lloyd levantó la mirada de la mesa y la dirigió hacia Michiko. Sus labios estaban apretados, quizá porque intentaba que no temblaran. En su mano estaba el anillo de compromiso, mucho menos de lo que hubiera querido darle, aunque mucho más de lo que podía permitirse.

—No es justo —dijo—. Dios mío, hasta Elizabeth Taylor probablemente pensara que era «hasta que la muerte los separara» en cada uno de sus matrimonios; nadie debería casarse sabiendo que está destinado a fracasar.

Sabía que Michiko lo observaba, que trataba de encontrar sus ojos.

—¿Esa es tu decisión? ¿Quieres que anulemos la boda?

—Te quiero —respondió Lloyd al fin—. Ya lo sabes.

—Entonces ¿cuál es el problema?

¿Que cuál era el problema? ¿Era el divorcio lo que lo aterraba, un divorcio *desagradable* como el de sus padres? ¿Quién hubiera dicho que una cosa tan sencilla como dividir las pertenencias comunes pudiera convertirse en una guerra encarnizada, con crueles acusaciones de ambas partes? ¿Quién hubiera dicho que dos personas que se habían apretado el cinturón, habían ahorrado, se habían sacrificado año tras año para comprarse buenos regalos de Navidad como muestras de amor pudieran terminar usando sus zarpas legales para arrancarle esos regalos a la única persona en el mundo para la que significaban algo? ¿Quién hubiera pensado que una pareja que había dado a sus queridos hijos nombres con anagramas (Lloyd y Dolly) terminaría usando a esos mismos niños como peones, como armas?

—Lo siento, cariño —dijo al fin—. Me está matando, pero aún no sé qué quiero hacer.

—Tus padres reservaron hace mucho billetes para Ginebra, y mi madre igual —respondió Michiko—. Si no vamos a casarnos, tendremos que decírselo a la gente. Tienes que decidirte.

Lloyd pensó que ella no lo comprendía. No entendía que ya había tomado su decisión; que cualquier cosa que hiciera o hubiera hecho ya estaba descrita por toda la eternidad en el universo bloque. No *tenía* que tomar una decisión, sino revelar lo que siempre había sido.

Y por tanto…

16

Para Theo, ya era hora de volver a casa. No al apartamento de Ginebra que había llamado hogar los dos últimos años, sino a Atenas. De vuelta a sus raíces.

Además, y para ser sinceros, sería prudente no estar cerca de Michiko por un tiempo. No dejaba de pensar cosas extrañas sobre ella.

No sospechaba que nadie de su familia tuviera algo que ver con su muerte, aunque, ahora que empezaba a leer sobre esas cosas, parecía que normalmente *era* el caso, desde que Caín matara a Abel, desde que Livia envenenara a Augusto, desde que O.J. matara a su mujer, desde que aquel astronauta en la Estación Espacial Internacional fuera arrestado, a pesar de su coartada perfecta, por ordenar el asesinato de su propia hermana.

Pero no. Theo no sospechaba de ningún familiar. Y, sin embargo, si alguna visión iba a arrojar luz sobre su propia muerte, ¿no sería la de sus familiares cercanos? Sin duda, algunos de ellos estarían desarrollando investigaciones por su cuenta dentro de veintiún años, tratando de averiguar quién había matado a su querido Theo.

Tomó un vuelo de Olympic Airlines para Atenas. Las rebajas habían terminado; la gente volvía a volar, segura de que el desplazamiento no volvería a producirse. Pasó el viaje buscando agujeros en un modelo de salto al futuro que le había enviado por correo electrónico un equipo del DESY, el Deutches Elektronen-Synchrotron, el otro gran acelerador de partículas europeo.

Hacía cuatro años que no volvía a casa, y lo lamentaba. Dios, podría estar muerto dentro de veintiún años, y había permitido que pasara un quinto de ese tiempo sin abrazar a su madre, sin comer sus platos, sin ver a su hermano, sin disfrutar de la increíble

hermosura de su país. Sí, los Alpes eran impresionantes, pero también estériles, desolados. En Atenas siempre podías alzar la mirada, ver la Acrópolis sobre la ciudad, el sol del mediodía reluciendo en el mármol restaurado del Partenón. Miles de años de historia, milenios de pensamiento, cultura y arte.

Por supuesto, de joven había visitado muchas de las ruinas más famosas. Se recordaba a los diecisiete: un autobús escolar había llevado a la clase a Delfos, hogar del antiguo oráculo. La lluvia era torrencial y no quería salir del autobús, pero su profesora, la señorita Megas, había insistido. Habían gateado por rocas oscuras y resbaladizas, bosques exuberantes, hasta que llegaron al lugar en el que supuestamente estaba el oráculo, dispensando visiones crípticas del futuro.

Aquel oráculo había sido mejor, pensó: futuros sujetos a interpretación y debate, en vez de la fría y cruel realidad que el mundo acababa de contemplar.

También habían ido a Epidauro, una gran depresión del terreno con anillos concéntricos a modo de asiento. Allí había visto representar *Oedipus Tyrannos*; él se negaba a unirse a los turistas al llamarlo *Oedipus Rex*. «Rex» era una palabra latina, no griega, y representaba una irritante bastardización del título de la obra.

La obra se representaba en griego clásico, y por lo que pudo entender de los diálogos, podía haber estado en chino. Pero habían estudiado la historia en clase y sabían lo que sucedía. A Edipo también se le había revelado el futuro: «Te casarás con tu madre y asesinarás a tu padre». Y Edipo, como Theo, había creído poder engañar al destino. Armado con el conocimiento de lo que supuestamente iba a hacer, se limitó a evitarlo y llevó una vida feliz con su reina, Yocasta.

Salvo que…

Salvo que al final descubrió que Yocasta era su madre, y que el hombre al que había asesinado años antes en una riña en la carretera a Tebas era su padre.

Sófocles había escrito su versión del mito de Edipo hacía dos mil cuatrocientos años, pero se seguía estudiando como el mejor ejemplo de ironía dramática de la literatura occidental. ¿Y qué podía haber más irónico que un griego moderno enfrentado a los

dilemas de los clásicos, a un futuro profetizado, un fin trágico anunciado, un sino inevitable? Por supuesto, todos los héroes de las viejas tragedias griegas tenían una *hamartia*, un defecto mortal que hacía inevitable su caída. Para algunos, la *hamartia* era evidente: la avaricia, la lujuria o la incapacidad para cumplir la ley.

¿Pero cuál había sido el defecto de Edipo? ¿Qué elemento de su personalidad lo había llevado a la ruina?

Lo habían hablado a fondo en clase; la forma narrativa de los dramaturgos clásicos era inviolable: *siempre* había una *hamartia*.

Pero... ¿cuál era la de Edipo?

No era la avaricia, ni la estupidez, ni la cobardía.

No, no; si tuviera que haber algo, era su arrogancia, su creencia en que podía derrotar la voluntad de los dioses.

Pero, Theo había protestado, ése era un argumento circular; él siempre había sido el lógico, alejado de las humanidades. La arrogancia de Edipo, decía, sólo se demostraba al intentar evitar el destino; de ser su sino menos severo, nunca se hubiera rebelado contra él, y por tanto nunca hubiera sido visto como arrogante.

La maestra había respondido que no, que estaba ahí, en miles de pequeños detalles de la obra. De hecho, aseguraba, Edipo significaba «Pie hinchado», una alusión a la herida sufrida cuando su regio padre le había atado los pies de niño y lo había abandonado para que muriera; también podía ser llamado «Cabeza hinchada».

Pero Theo no estaba de acuerdo, no veía la arrogancia ni la condescendencia. Para él, Edipo, que resolvía el indescifrable enigma de la Esfinge, era un intelecto descomunal, un gran pensador... exactamente lo mismo que pensaba de sí mismo.

El enigma de la Esfinge: ¿qué camina a cuatro patas por la mañana, sobre dos a mediodía y sobre tres por la noche? Un hombre, por supuesto, que se arrastra al comienzo de su vida, camina erguido como adulto y necesita un bastón en su senectud. ¡Qué razonamiento incisivo, el de Edipo!

Pero ahora él nunca viviría para necesitar una tercera pata, nunca vería el ocaso natural que le correspondía. Sería asesinado como adulto... igual que el verdadero padre de Edipo, el rey Laius, quedó muerto en la cuneta de una gastada carretera.

Salvo, por supuesto, que pudiera cambiar el futuro; salvo que pudiera ser más listo que los dioses y evitar su destino.

¿Arrogancia?, pensó. ¿Arrogancia? Es para partirse de risa. El avión comenzó su descenso hacia la Atenas nocturna.

—Tus padres reservaron hace mucho billetes para Ginebra, y mi madre igual —respondió Michiko—. Si no vamos a casarnos, tendremos que decírselo a la gente. Tienes que decidirte.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Lloyd, ganando tiempo.

—¿Que qué quiero que hagas? —repitió Michiko, atónita—. Quiero casarme; no creo en el futuro fijo. Las visiones sólo se harán realidad si tú lo permites, si las conviertes en profecías que se cumplen a sí mismas.

La pelota había regresado a su campo. Lloyd alzó los hombros.

—Lo siento, cariño. Lo siento de verdad, pero...

—Mira —dijo ella, cortando palabras que no quería escuchar—. Sé que tus padres cometieron errores, pero no somos ellos.

—Las visiones...

—*No somos ellos* —repitió firme Michiko—. Estamos hechos el uno para el otro. Somos medias naranjas.

Lloyd quedó un tiempo callado. Al final respondió, hablando con suavidad.

—Antes dijiste que abrazaba con demasiada fuerza la idea de que el futuro es inmutable. Pero no es así. No estoy simplemente buscando un modo de evitar la culpa... y desde luego no busco un modo de no casarme contigo, cariño. Pero que las visiones sean reales es la única posibilidad basada en la física que conozco. Te concedo que las matemáticas son abstrusas, pero hay una excelente base teórica para apoyar la interpretación de Minkowski.

—La física puede cambiar en veintiún años —dijo Michiko—. En 1988 creían un montón de cosas que hoy sabemos falsas. Un nuevo paradigma, un nuevo modelo, podría desplazar a Minkowski o a Einstein.

Lloyd no sabía qué decir.

—Podría ser —insistió Michiko.

Lloyd trató de suavizar su tono.

—Necesito... necesito algo más que tu deseo ferviente. Necesito una explicación racional; necesito una teoría sólida que pueda

explicar por qué las visiones son otra cosa que el único futuro. —Se detuvo un instante antes de seguir—. Un futuro en el que no estamos destinados a estar juntos.

La voz de Michiko se hacía cada vez más desesperada.

—Bien, vale, de acuerdo, puede que las visiones sean de un futuro real… pero no de 2030.

Lloyd sabía que no debía presionar; sabía que Michiko era vulnerable… demonios, él mismo era vulnerable. Pero ella tenía que enfrentarse a la realidad.

—Las pruebas de los periódicos parecen bastante concluyentes —dijo con calma.

—No… no, no lo es —Michiko cada vez parecía más cerril—. No es verdad. Las visiones podrían ser de un tiempo mucho más alejado en el futuro.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes quién es Frank Tipler?

Lloyd frunció el ceño.

—¿Un cándido borracho?

—¿Qué? Ah, ya lo cojo… pero es Tipler con una P. Escribió *La Física de la inmortalidad*.

—¿La Física de *qué*? —preguntó Lloyd, enarcando las cejas.

—De la inmortalidad. Vivir para siempre. Es lo que siempre has querido, ¿no? Tener todo el tiempo del mundo; todo el tiempo para hacer las cosas que quieres. Tipler dice que, en el Punto Omega, el fin del tiempo, todos resucitaremos y viviremos eternamente.

—¿Qué clase de tontería es esa?

—Admito que es un cretino, pero supo defenderlo.

—¿Sí? —replicó Lloyd sarcástico.

—Dice que la vida biológica se verá suplantada por otra basada en los ordenadores, y que las capacidades de proceso de información seguirán expandiéndose año tras año, hasta que en un punto determinado, en un futuro lejano, ningún problema de computación será irresoluble. No existirá nada que la potencia y los recursos de la futura vida mecánica no sean capaces de calcular.

—Supongo.

—Ahora, piensa en una descripción exacta y específica de todos los átomos de un cuerpo humano; de qué tipo son, dónde se

encuentran y cómo se relacionan con los demás átomos del cuerpo. Si supieras eso, podrías resucitar a una persona por completo, crear un duplicado exacto, hasta los recuerdos únicos almacenados en el cerebro y la secuencia exacta de nucleótidos que conforman su ADN. Tipler dice que un ordenador lo bastante avanzado en el futuro podría recrearte, simplemente construyendo un simulacro que contuviera la misma información, los mismos átomos en los mismos lugares.

—Pero no hay ningún registro mío. No puedes reconstruirme sin... no sé, alguna clase de *escaneado* de mi cuerpo... algo así.

—No importa. Podrías ser reproducido sin ninguna información *específica* sobre ti.

—¿De qué estás hablando?

—Tipler afirma que hay unos 110.000 genes activos conformando a cada ser humano. Eso significa que todas las permutaciones posibles de esos genes, todas las posibles distinciones biológicas humanas que podrían llegar a existir jamás, se encontrarían en diez a la décima a la sexta personas distintas. Si simularas todas esas permutaciones...

—¿Replicar a diez a la diez a la sexta seres humanos? —preguntó Lloyd—. ¡Venga ya!

—Ten en cuenta que hemos concluido que disponemos de una capacidad de proceso de información infinita —dijo Michiko—. Puede haber toneladas de humanos posibles, pero el número *es* finito.

—Apenas.

—También hay un número finito de posibles estados de memoria. Con suficiente capacidad de almacenamiento, no sólo podrías reproducir a todo posible ser humano, sino también todos los posibles recuerdos que cada uno de ellos pudiera tener.

—Pero necesitas un humano simulado por cada estado de memoria —replicó Lloyd—. Uno en el que comí pizza la noche anterior... o al menos con recuerdos de haberlo hecho. Otro en el que comí hamburguesa. La progresión se repite hasta la náusea.

—Exacto. Pero Tipler dice que podrías reproducir a todos los humanos posibles que nunca existirían, y todos los posibles recuerdos que podrían llegar a tener, en grupos de diez a la diez a

la veintitrés.

—Diez a la diez a la...

—Diez a la diez a la veintitrés.

—Eso es una locura —dijo Lloyd.

—Es una cantidad finita. Y todo podría reproducirse en un ordenador lo bastante avanzado.

—¿Y por qué iba nadie a hacer eso?

—Bueno, Tipler dice que el Punto Omega nos quiere, y que...

—¿Nos *quiere*?

—Deberías leer el libro; él hace que suene mucho más razonable.

—No tendrá que esforzarse mucho —respondió Lloyd con seriedad.

—Y recuerda que el paso del tiempo se frenará una vez el universo se acabe, si es que termina colapsándose en un *big crunch*.

—Ya sabes que casi todos los estudios indican que no será así. No hay suficiente masa, ni siquiera teniendo en cuenta la materia oscura, como para cerrar el universo.

Michiko siguió con su ataque.

—Pero si se colapsa, el tiempo se frenará de tal modo que parecerá que tarda una eternidad en hacerlo. Y eso significa que los humanos resucitados parecerán vivir para siempre: serán inmortales.

—Venga, hombre. Algún día, si tengo suerte, puede que me den el Nóbel, pero esa será toda la inmortalidad a la que nadie pueda aspirar.

—No según Tipler.

—¿Y te crees todo eso?

—Bueeeno, no del todo. Pero aun si dejas de lado su tono religioso, ¿no podrías imaginar un futuro muy, muy lejano en el que, no sé, en el que un estudiante aburrido decidiera simular a todo posible ser humano y todos los posibles estados de memoria?

—Supongo. Puede ser.

—En realidad, no necesita simular todos los estados posibles. Podría limitarse a coger uno aleatorio.

—Oh, ya veo. Y estás diciendo que lo que vimos, las visiones, no pertenecen al futuro de dentro de veintiún años, sino al de ese

lejano experimento científico. Una simulación, una posible toma. Sólo uno de los infinitos, perdón, *casi* infinitos futuros posibles.

—¡Exacto!

Lloyd negó con la cabeza.

—Es difícil de tragar.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Es más difícil de tragar que la idea de que hemos visto el futuro, y que el futuro es inmutable, y que el conocimiento previo del mismo no nos permitirá impedir que se produzca? Venga ya: si tienes una visión que te dice que estarás en Mongolia dentro de veintiún años, lo único que tienes que hacer para anularla es *no* viajar allí. No estarás prediciendo que te verás obligado a ir allí contra tu voluntad, ¿no? Algo de voluntad tendremos.

Lloyd no quería alzar la voz. Estaba acostumbrado a discutir de ciencia con otras personas, pero no con Michiko. Incluso un debate intelectual tenía un componente personal.

—Si tu visión te muestra en Mongolia, allí terminarás. Sí, puede que hagas todo lo posible por no ir, pero así será, y en el momento parecerá algo natural. Sabes tan bien como yo que los humanos somos lamentables a la hora de cumplir nuestros deseos. Puedes prometer hoy que mañana te pondrás a dieta, y tener la intención de cumplirlo dentro de un mes, pero al final, sin parecer que carezcas de libre albedrío, terminarás para entonces con la dieta, y quizá mucho antes.

Michiko parecía preocupada.

—¿Crees que tengo que adelgazar? —Pero entonces sonrió—. Era una broma.

—Pero sabes lo que quiero decirte. No hay evidencia a corto plazo de que podamos evitar las cosas con simples actos de voluntad; ¿por qué deberíamos pensar que en un plazo de décadas mantendremos nuestra determinación?

—Porque *tenemos* que hacerlo —respondió Michiko, de nuevo inflamada—. Porque, si no lo hacemos, no habrá escapatoria. —Buscó su mirada—. ¿No lo ves? Tipler *tiene* que tener razón. Si no es así, debe de haber otra explicación. Ése *no* puede ser el futuro. No puede ser *nuestro* futuro.

Lloyd lanzó un suspiro. La amaba, pero... mierda, mierda,

mierda. Se descubrió negando con la cabeza una y otra vez.

—No tengo más ganas que tú de estar en el futuro —dijo.

—Entonces no lo permitas —respondió Michiko, tomándole la mano y entrelazando sus respectivos dedos—. No lo permitas.

17

—¿Diga? —era una agradable voz de mujer.

—Ah, hola, ¿es... es usted la doctora Tompkins?

—Al aparato.

—Ah, hola. Soy... soy Jake Horowitz. Ya sabe, del CERN...

Jake no sabía lo que esperaba. ¿Afecto? ¿Alivio al no haber hecho ella el primer contacto? ¿Sorpresa? Pero ninguna de aquellas emociones apareció en el tono de Carly.

—¿Sí? —dijo con voz neutra. Eso era todo; sólo «Sí».

Jacob sintió cómo se hundía. Puede que debiera limitarse a colgar, alejarse del teléfono. No le haría daño a nadie; si Lloyd tenía razón, antes o después estaban *destinados* a estar juntos. Pero no podía hacer eso.

—S-siento molestarte —tartamudeó.

Nunca se le había dado bien hablar con mujeres por teléfono. Y, en realidad, no había llamado a ninguna, al menos de ese modo, desde el instituto, desde que reuniera el valor para llamar a Julie Cohan y pedirle una cita. Le había llevado días prepararse, y aún recordaba su dedo temblando al marcar el número en el teléfono del sótano de sus padres. Podía oír a su hermano mayor paseando arriba, el suelo crujiendo con cada uno de sus pasos atronadores, como Acab en cubierta. Le había aterrado la idea de que David bajara mientras él hablaba.

El padre de Julie había respondido al teléfono y la había llamado para que cogiera un supletorio; no había cubierto el auricular, y le hablaba con dureza. Nada que ver con el trato que él daría a Julie. La chica descolgó el aparato y su padre colgó con fuerza. Entonces oyó su voz maravillosa:

—¿Diga?

—Ah, hola, Julie. Soy Jake... Jake Horowitz. —Silencio. Nada—.

De la clase de Historia Americana.

Un tono de perplejidad, como si le hubieran pedido que calculara el último decimal de pi.

—¿Sí?

—Me preguntaba —dijo, tratando de parecer despreocupado, de no sonar como si toda su vida dependiera de aquello, de no transmitir que su corazón estaba a punto de estallar—, me preguntaba si te gustaría... ya sabes, salir conmigo, quizá el sábado... si estás libre, claro. —Más silencio; recordó cuando era niño, cuando las líneas telefónicas solían producir algún sonido de estática. En ese momento lo echó de menos—. Podríamos ir al cine —dijo, llenando el vacío.

Más latidos, y después:

—¿Qué te ha hecho pensar que querría salir contigo?

Sintió cómo su visión se nublaba, cómo su estómago se encogía, cómo se quedaba de repente sin aliento. No era capaz de recordar su respuesta, pero de algún modo había colgado el teléfono, había logrado no llorar, se había quedado sentado en el sótano, escuchando los pasos de su hermano mayor en el piso de arriba.

Aquella fue la última vez que había llamado a una chica para pedirle una cita. No, no era virgen (claro que no, por supuesto... Cincuenta dólares rectificaron ese problema concreto una noche en Nueva York. Al acabar se había sentido horrible, humillado y sucio; pero algún día estaría con una mujer con la que quisiera estar, y le debía a ella, fuera quien fuese, si no ser un experto, al menos tener alguna idea de lo que hacía).

Y ahora parecía que *estaría* con una mujer... con Carly Tompkins. La recordaba guapa, con pelo castaño y ojos verdes o grises. Le había gustado mirarla, escucharla mientras desarrollaba su presentación en la conferencia APS. Pero no lograba recordar su aspecto concreto. Se acordaba de que tenía pecas... sí, sin duda había pecas, pero no tantas como él, sólo unas cuantas en el puente de la pequeña nariz y en las mejillas gruesas. No podía imaginar que...

El perplejo «¿Sí?» de Carly aún resonaba en sus oídos. *Tenía* que saber por qué la llamaba. *Tenía* que...

—Vamos a estar juntos —escupió sin sentido, deseando en ese

mismo instante que las palabras no hubieran abandonado sus labios —. Dentro de veinte años estaremos juntos.

Ella aguardó unos instantes antes de responder.

—Supongo.

Jake se sintió aliviado; le había asustado que fuera a negar la visión.

—Eso creo —dijo—. Pienso que igual deberíamos conocernos. Ya sabes, tomar un café.

Su corazón latía desbocado y sentía mariposas en el estómago. Volvía a tener diecisiete años.

—Jacob —dijo ella. *Jacob*, había dicho su nombre. Nadie usaba el nombre para comunicar una buena noticia. Jacob, para recordarle quién era en realidad. Jacob, ¿qué te ha hecho pensar que querría...?

—Jacob —siguió—, estoy viendo a alguien.

Claro, pensó él. Claro que está viendo a alguien. Una belleza de cabello oscuro con esas pecas... Por supuesto.

—Además —siguió Carly—, yo estoy aquí en Vancouver, y tú en Suiza.

—Esta misma semana tengo que viajar a Seattle; estoy aquí como becario, pero estoy especializado en modelar reacciones HEP y el CERN me manda a un seminario de Microsoft. Podría... no sé, había pensado en... ya sabes, en marcharme un día o dos antes, quizá para hacer una parada en Vancouver. Tengo montones de puntos de viajero frecuente; no me costará nada.

—¿Cuándo? —preguntó Carly.

—P-podría estar allí pasado mañana mismo —trató de parecer calmado—. Mi seminario comienza el jueves; el mundo estará en crisis, pero ahí está gallarda Microsoft. —Al menos por el momento, pensó.

—De acuerdo —respondió Carly.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo. Ven al TRIUMF, si quieres. Me gustaría verte.

—¿Y qué hay de tu novio?

—¿Quién ha dicho que fuera un chico?

—Oh. —Una pausa—. *Oh*.

Pero entonces Carly rió.

—No, no, era broma. Sí, es un hombre, y se llama Bob. Pero no es nada serio, y...

—¿Y?

—Y, bueno, *supongo* que tú y yo tenemos que conocernos mejor.

Jacob se alegró de que el sonreír de oreja a oreja no produjera sonido alguno. Fijaron una hora y se despidieron.

Su corazón volaba como loco. Siempre había sabido que al final llegaría la mujer apropiada; nunca había perdido la esperanza. No le llevaría flores, ya que nunca conseguiría pasarlas por la aduana. No, le regalaría algo decadente de Chocolats Micheli; Suiza, después de todo, era la tierra del chocolate.

Sin embargo, con su suerte, seguro que Carly era diabética.

Dimitrios, el hermano menor de Theo, vivía con otros tres jóvenes en la Atenas suburbana, pero cuando Theo le llamó por la noche, estaba solo en casa.

Dim estudiaba Literatura Europea en la Universidad Nacional Capodistriana de Atenas; desde que era un niño había querido ser escritor. Dominaba el alfabeto antes de ir al colegio, y no dejaba de escribir historias en el ordenador de la familia. Theo le había prometido hacía años transferir todos los relatos de los disquetes de tres y medio a obleas ópticas. Los ordenadores ya no venían con disquetera, pero las instalaciones de computación del CERN disponían de algunos sistemas que aún las usaban. Pensó en volver a realizar la oferta, pero no sabía si era mejor que Dim pensara que simplemente se había olvidado, o que comprendiera que habían pasado años (¡años!) sin que su hermano mayor hubiera tenido tres minutos para pedirle un pequeño favor a alguien de computación.

Dim abrió la puerta en vaqueros azules (¡qué retro!) y una camiseta amarilla con el logotipo de *Anaheim*, una popular serie de televisión americana; ni siquiera un estudiante de Literatura Europea parecía escapar del yugo de la cultura pop estadounidense.

—Hola, Dim —dijo Theo. Nunca antes había abrazado a su hermano menor, pero en aquel momento sentía la necesidad de hacerlo; enfrentarse a la propia mortalidad fomentaba tales pensamientos. Pero Dim, sin duda alguna, no sabría qué hacer como respuesta; su padre, Constantin, no era un hombre muy afectuoso, ni siquiera cuando el *ouzo* corría más de la cuenta. Podía pellizcarle

el trasero a una camarera, pero jamás acariciar la cabeza de sus hijos.

—Hola, Theo —dijo Dimitrios, como si lo hubiera visto el día anterior. Se hizo a un lado para dejar entrar a su hermano.

La casa tenía el aspecto que cabía esperar de cuatro jóvenes: una pocilga con ropa tirada por todas partes, cajas de comida para llevar apiladas en la mesa del comedor y toda suerte de aparatos, incluyendo un equipo estéreo de última generación y consolas de realidad virtual.

Le gustaba volver a hablar el griego; le habían terminado por molestar el francés y el inglés, el primero por su exceso de verbosidad y el segundo por sus sonidos ásperos y desagradables.

—¿Qué tal vas? —preguntó—. ¿Qué tal la escuela?

—Qué tal la universidad, querrás decir.

Theo asintió. Siempre se había referido a sus estudios posteriores a la secundaria como universidad, pero su hermano, que se había decantado por las letras, sólo estaba en la escuela. Quizá el desliz *fuera* intencionado; se llevaban ocho años, mucho tiempo, pero no lo bastante como para ser un seguro contra la rivalidad fraterna.

—Lo siento. ¿Cómo va la universidad?

—Muy bien —dijo buscando la mirada de Theo—. Uno de mis profesores murió durante el salto al futuro, y uno de mis mejores amigos tuvo que dejarlo para cuidar de su familia; sus padres quedaron malheridos.

No había nada que decir.

—Lo siento —respondió Theo—. Fue imprevisible.

Dim asintió y apartó la mirada.

—¿Has visto ya a papá y a mamá?

—Aún no. Después.

—Ha sido muy difícil para ellos, ¿sabes? Todos sus vecinos saben que trabajas en el CERN. «Mi hijo el científico», decía papá. «Mi hijo, el nuevo Einstein» —Dimitrios se detuvo unos instantes—. Ya no lo dice. Tienen que soportar mucho de aquellos que perdieron a alguien.

—Lo siento —repitió Theo. Contempló la destartalada habitación, tratando de encontrar algún tema con el que reconducir la conversación.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Dimitrios—. ¿Cerveza? ¿Agua mineral?

—No, gracias.

Dimitrios se quedó callado unos instantes y entró en el salón, seguido por Theo. Se sentó en el sofá, apartando algunos papeles y tirando ropa al suelo para hacer sitio. Theo encontró una silla razonablemente libre de restos para sentarse.

—Has arruinado mi vida —dijo Dimitrios, mirando a su hermano a los ojos antes de apartar la mirada—. Quería que lo supieras.

Theo sintió el corazón darle un vuelco.

—¿Por qué?

—Esas... esas visiones. Maldita sea, Theo, ¿no sabes lo difícil que es enfrentarse todos los días al teclado? ¿No sabes lo fácil que es desanimarse?

—Pero si eres un estupendo escritor, Dim. He leído tus relatos. Manejas el lenguaje de forma muy hermosa. El cuento sobre el verano que pasaste en Creta... capturaste Knossos a la perfección.

—Da igual. Nada de eso importa. ¿No lo ves? Dentro de veintiún años no seré famoso. No lo habré conseguido. Dentro de veintiún años estaré trabajando en un restaurante, sirviendo *souvlaki* y *tzatziki* a los turistas.

—Puede que fuera un sueño. Puede que en el año 2030 estés soñando.

Dim negó con la cabeza.

—He encontrado el restaurante; está cerca de la Torre de los Vientos. Hablé con el encargado, y es el mismo tipo que lo dirigirá dentro de veintiún años. Me reconoció de su visión, y yo a él de la mía.

Theo trató de ser amable.

—Sabes que muchos escritores no consiguen vivir de sus escritos.

—¿Pero cuántos perseveran, año tras año, si no piensan que algún día, puede que no mañana, puede que no el año que viene, pero algún día, conseguirán salir, alcanzar el éxito?

—No lo sé. Nunca he pensado en ello.

—Ése es el sueño que hace perseverar al artista. ¿Cuántos

actores principiantes lo estarán dejando porque sus visiones probaban que nunca llegarían? ¿Cuántos pintores callejeros en París habrán dejado la paleta esta semana al saber que dentro de dos décadas seguirán sin ser reconocidos? ¿Cuántos grupos de rock habrán dejado de ensayar en los garajes? Nos has quitado el sueño a millones de nosotros. Algunos tuvieron suerte y en el futuro estaban durmiendo; por estar soñando entonces, sus verdaderos sueños no se han hecho pedazos.

—N-no había pensado en ello de ese modo.

—Claro que no. Estás tan obsesionado tratando de descubrir quién te mató que no ves lo que tienes delante. Pero tengo noticias para ti, Theo. Tú no eres el único que estará muerto en 2030. Yo también lo estaré: ¡camarero en un restaurante caro para turistas! Estoy muerto, y seguro que también lo están unos cuantos millones. Y tú acabaste con ellos: aniquilaste sus esperanzas, sus sueños, su futuro.

18

OCTAVO DÍA: MARTES 28 DE ABRIL DE 2009

Jake y Carly podían haberse encontrado en TRIUMF, pero decidieron no hacerlo. Se vieron en la supertienda Chapters, en Burnaby, en los suburbios de Vancouver. El lugar aún dedicaba la mitad del espacio a la venta de libros pre-impresos: *bestsellers* garantizados de Stephen King, John Grisham y Coyote Rolf. Pero el resto del lugar estaba copado por muestras de exposición de títulos que se imprimían a petición. Sólo llevaba unos quince minutos fabricar un ejemplar, ya fuera en la tapa blanda del mercado de masas o en tapa dura. También se podía disponer de grandes ediciones impresas, así como de ediciones traducidas en uno de los veinticuatro idiomas programados, a cambio de unos minutos más. Y, por supuesto, ningún título quedaba nunca descatalogado.

En una brillante muestra de evolución previsora, desde hacía veinte años las grandes librerías habían construido cafeterías en sus instalaciones, proporcionando a la gente un lugar perfecto para pasar un rato agradable mientras se imprimían sus libros. Jake llegó pronto a Chapters, entró en el Starbucks anejo, pidió un descafeinado Sumatra grande y buscó una mesa.

Carly llegó diez minutos tarde sobre la hora pactada. Vestía una gabardina London Fog, con el cinto astutamente situado alrededor de la cadera, pantalones azules y tacones bajos. Jake se levantó para saludarla. Al verla acercarse, se sorprendió al comprobar que no era tan bonita como la recordaba.

Pero no había duda de que era ella. Se miraron unos instantes, él preguntándose, como esperaba que hiciera ella, cómo se saludaba a alguien con quien sabías sin duda alguna que un día te acostarías.

Ya se conocían; Jake se había encontrado con gente a la que había visto aún menos, y había dado o recibido un beso en la mejilla (especialmente, por supuesto, en Francia). Pero Carly decidió la cuestión, extendiendo la mano derecha. Él consiguió sonreír y la apretó; el pulso de ella era firme, y su piel fría al tacto.

Un empleado de Chapters se acercó para preguntarle qué quería beber; Jake recordó el tiempo en el que en Starbucks sólo se servía en la barra; pero, por supuesto, alguien tenía que llevarte los libros cuando estaban impresos. Carly pidió un Etiopía Sidamo grande.

Abrió el bolso y se puso a revolver en busca de la cartera. Jake dejó que su mirada inspeccionara el interior. En toda la cafetería estaba prohibido fumar, claro, como en todos los restaurantes de Norteamérica en aquellos tiempos; incluso en París comenzaban a instaurarse esas normas. Pero se sintió aliviado al no detectar cigarrillos en el bolso; no hubiera sabido qué hacer de ser ella fumadora.

—Bien —dijo Carly.

Jake forzó una sonrisa. Era una situación *incómoda*. Él sabía cómo era ella medio desnuda. Por supuesto, dentro de veinte años. En aquellos momentos tenía más o menos su edad, veintidós o veintitrés. Dentro de dos décadas ella tendría unos cuarenta; desde luego, no estaría arrugada ni sería una vieja, pero...

Dentro de veinte años había estado encantadora; pero, desde luego, ahora sería todavía más bonita. Desde luego...

Sí, seguía habiendo anticipación, expectación, tensión.

Por supuesto, ella también lo había visto desnudo dentro de veinte años. Él sabía cómo era ella: su melena castaña era natural, o al menos estaba teñida igual en las dos épocas; pezones oscuros, las mismas pecas encantadoras pintando constelaciones en su pecho. ¿Pero y él? ¿Qué aspecto tendría dentro de veinte años? Ahora no era precisamente un atleta. ¿Habría ganado peso? ¿Habría encanecido?

Puede que la reluctancia actual de ella se debiera a lo que había visto en el futuro. No podía prometerle que haría ejercicio, que trataría de mantenerse delgado, no podía prometerle nada: ella *sabía* cómo sería en el 2030, y él no.

—Me alegro de verte otra vez —dijo Jake, tratando de mostrarse

calmado, cálido.

—Lo mismo digo.

Entonces sonrieron.

—¿Qué?

—Nada.

—No, vamos. Dime.

Ella sonrió de nuevo antes de bajar la mirada.

—Estaba recordándonos desnudos —dijo ella.

Él sintió cómo afloraba su sonrisa.

—Yo también.

—Esto es muy raro —comentó Carly—. Mira, nunca me voy a la cama con nadie en la primera cita. Quiero decir...

Jake levantó las manos de la mesa.

—Ni yo.

Ella sonrió al oírlo. Puede que Carly sí fuera tan bonita como la recordaba...

El Proyecto Mosaico no sólo revelaba el futuro de seres humanos individuales. También decía mucho sobre el de gobiernos, compañías y organizaciones, incluido el propio CERN.

Parecía que, en el 2022, un equipo del laboratorio (en el que estaban Theo y Lloyd) había desarrollado una clase de herramienta física totalmente nueva: el colisionador de taquiones-tardiones. Los taquiones eran partículas que viajaban más rápidas que la luz: cuanta más energía portaban, más cerca de la velocidad de la luz se movían. A medida que su nivel de energía descendía, la velocidad aumentaba hasta alcanzar valores casi infinitos.

Los tardiones, por su parte, eran materia ordinaria; viajaban a velocidades inferiores a la de la luz. Cuanta más energía se aplicaba a un tardión, más rápido viajaba. Pero, como el viejo Einstein había dicho, al aumentar esta velocidad lo hacía también su masa. Los aceleradores de partículas, como el LHC del CERN, trabajaban imprimiendo grandes energías a los tardiones, lanzándolos de ese modo a altas velocidades para hacerlos chocar, liberando en la colisión toda esa energía. Eran máquinas enormes.

Pero, ¿y si se tomara un tardión estacionario (por ejemplo, un protón inmovilizado por un campo magnético) y se hiciera que un taquión chocara contra él? No se necesitarían inmensos anillos

aceleradores para lograr que el taquión adquiriese velocidad, ya que de forma natural se desplazaba a velocidades superiores a la de la luz. No hacía falta más que asegurar la colisión.

De ese modo había nacido el Colisionador TT.

No requería un túnel de veintisiete kilómetros de circunferencia, como el LHC.

Su construcción no costaba miles de millones de dólares.

No requería a miles de personas para su mantenimiento y operación.

Un CTT tenía el tamaño aproximado de un horno microondas grande. Los primeros modelos, disponibles en 2030, costaban unos cuarenta millones de dólares americanos, y sólo había nueve de ellos en el mundo. Pero se predecía que llegarían a hacerse lo bastante baratos como para que cada universidad pudiera disponer de uno.

El efecto sobre el CERN fue devastador; se despidió a más de dos mil ochocientas personas, y el impacto sobre las localidades de St. Genis y Thoiry también se hizo notar: de repente, miles de casas y apartamentos quedaron vacíos al mudarse sus ocupantes. Al parecer el LHC seguía en funcionamiento, aunque raramente se empleaba; era mucho más fácil hacer y rehacer experimentos con los CTT.

—Sabes que es una locura —dijo Carly Tompkins, después de tomar un sorbo de su café etíope.

Jake Horowitz la miró con las cejas enarcadas.

—Lo que sucedió en esa visión —siguió ella, bajando los ojos— era *apasionado*. No era propio de dos personas que hubieran pasado veinte años juntos.

Jake levantó los hombros.

—No quiero que se calme, que se haga previsible. La gente puede llevar una sana vida sexual durante décadas.

—No así. No arrancándose la ropa en el lugar de trabajo.

Jake frunció el ceño.

—Nunca se sabe.

Carly esperó un poco antes de responder.

—¿Quieres venir a mi casa? Ya sabes, sólo para tomar un café…

Estaban en una cafetería, por supuesto, de modo que la oferta no tenía mucho sentido. A Jake el corazón se le salía del pecho.

—Claro —dijo—. Me gustaría.

19

Una noche más, Lloyd y Michiko se sentaban en el sofá del apartamento de él sin cruzar palabra.

Lloyd apretaba los labios, pensativo. ¿Por qué no podía limitarse a saltar y comprometerse con aquella mujer? La *amaba*. ¿Por qué no podía ignorar lo que había visto? Millones de personas estaban haciendo precisamente eso, ¿no? Para casi todo el mundo, la idea de un futuro inmutable era ridícula. Lo habían visto cientos de veces en la televisión o en las películas: Jimmy Stewart comprende que vivir es bello después de ver el mundo desarrollarse sin él. Superman, abrumado por la muerte de Lois Lane, vuela alrededor de la Tierra tan rápido que consigue que gire en sentido contrario, regresando en el tiempo para poder salvarla. Cesar, hijo de los estudiosos de los simios Zira y Cornelius, sumerge al mundo en una senda de hermandad entre especies, esperando evitar la destrucción de la Tierra en un holocausto nuclear.

Hasta los científicos hablaban en términos de evolución contingente. Stephen Jay Gould, tomando una metáfora de la película de Jimmy Stewart, proclamaba que si se pudiera rebobinar en el tiempo, sin duda la vida se desarrollaría de un modo distinto, con algo distinto al ser humano emergiendo al final.

Pero Gould no era físico; lo que proponía como experimento era imposible. Lo mejor que se podía hacer era suponer qué había sucedido durante el salto al futuro, mover el marcador del «ahora» a otro instante. El tiempo era *fijo*, inmutable, cada uno de los fotogramas ya estaba expuesto. El futuro no era algo esperando a desarrollarse, sino algo ya hecho; por muchas veces que Stephen Jay Gould viera *Qué bello es vivir*, Clarence siempre conseguiría sus alas...

Lloyd acarició el pelo de Michiko, preguntándose qué estaba

escrito encima de aquella precisa rebanada del bloque espaciotemporal.

Jake se encontraba recostado sobre la espalda, con un brazo detrás de la cabeza. Carly se apretaba contra él, jugueteando con el vello de su pecho. Estaban desnudos.

—¿Sabes? —dijo Carly—. Aquí tenemos la oportunidad de lograr algo realmente maravilloso.

Jake alzó las cejas.

—¿De verdad?

—¿Cuántas parejas tienen esto, en este día y esta hora? ¡Una garantía de que seguirán juntos dentro de veinte años! Y no solo juntos, sino apasionadamente ena... —dejó morir la voz; una cosa era discutir sobre el futuro, y otra muy distinta pronunciar ciertas palabras de forma prematura. Carly tardó un tiempo en volver a hablar—. ¿Hay alguien más? —preguntó en voz baja—. En Ginebra.

Jake negó con la cabeza. Frotando la almohada con su cabello pelirrojo.

—No. —Tragó saliva, reuniendo coraje—. Pero aquí sí hay alguien, ¿no? Tu novio... Bob.

Carly lanzó un suspiro.

—Lo siento. Sé que una mentira no es el mejor modo de comenzar una relación. Yo... mira, no sabía nada sobre ti. Y los físicos son como buitres desesperados. Hasta tengo una alianza que a veces me pongo en las conferencias. No hay ningún Bob; te lo dije porque me pareció conveniente, por si las cosas... ya sabes, por si no salían bien.

Jake no sabía si sentirse ofendido o no. Una noche de julio, teniendo dieciséis o diecisiete años, había estado charlando con la novia de su primo Howie, frente a la casa de éste. Había mucha gente alrededor, porque habían preparado una barbacoa en el jardín de atrás. Estaba oscuro y la noche era clara, y ella había entablado conversación al verlo contemplando las estrellas. No sabía nada sobre sus nombres, y se sintió sorprendida al descubrir que Jake podía señalar Polaris, además de las tres esquinas del Triángulo del Verano, Vega, Deneb y Altair. Intentó mostrarle Casiopea, pero era difícil de ver, medio tapada por los árboles que se alzaban tras la casa. Pero quería que ella viera la uve doble en el cielo, una de las

constelaciones más fáciles de reconocer una vez aprendías algo. Y entonces le dijo que cruzara la calle con él para poder verla desde el otro lado. Era una agradable calle suburbana, sin tráfico a aquellas horas, con casas iluminadas rodeadas de césped bien cuidado.

Ella se lo quedó mirando.

—No.

Jake no la comprendió, al menos al principio. Ella creía que la iba a arrojar detrás de unos arbustos para violarla. Las emociones lo recorrieron: ofensa ante la sugerencia (¡pero si era primo de Howie!), y también tristeza: pesar por lo que debía de ser ser mujer, siempre precavida, siempre asustada, siempre comprobando las vías de escape.

—Oh —respondió a Carly; no podía pensar en más respuesta ante la mentira sobre Bob.

Ella movió los hombros.

—Lo siento. Una mujer debe ser precavida.

No había pensado en establecerse, pero... pero... ¡vaya regalo! Allí había una mujer hermosa e inteligente, trabajando en el mismo campo que él, y con el conocimiento cierto de que aún seguirían juntos y felices dos décadas más tarde.

—¿A qué hora vas mañana a trabajar? —preguntó.

—Llamaré para decir que estoy enferma.

Él se acomodó sobre el costado, de frente a ella.

Dimitrios Procopides estaba sentado en el atestado sofá, mirando la pared. Había estado pensando en ello desde que su hermano Theo viniera de visita, hacía dos días. Que miles, puede que millones, estuvieran pensando en lo mismo no lo hacía más fácil.

Sería algo sencillísimo: había comprado pastillas para dormir, y en la World Wide Web no le costó encontrar información sobre lo que sería una dosis fatal con aquel somnífero determinado. Para alguien que pesaba setenta y cinco kilos como él, diecisiete pastillas podrían ser suficientes. Veintidós lo harían seguro, pero treinta provocarían el vómito, frustrando sus planes.

Sí, iba a hacerlo, y sería indoloro, cayendo en un sueño profundo que duraría eternamente.

Pero había un problema: suicidándose (no le asustaba emplear esa palabra) demostraría que su futuro no estaba predestinado;

después de todo, no sólo en su visión, sino también en la del encargado del restaurante, estaría vivo dentro de veinte años. Por tanto, si se mataba hoy, si se tragaba las pastillas en ese mismo momento, demostraría de forma concluyente que su futuro no estaba fijado. Pero sería como las victorias de Pirro sobre los romanos en Heraclea y Asculum, la clase de triunfos que llevan su nombre, los obtenidos a un coste terrible. Porque si al final se suicidaba, el futuro que tanto lo deprimía no sería inevitable... pero, por supuesto, él ya no estaría allí para perseguir sus sueños.

Quizá hubiera modos más suaves de probar la realidad del futuro. Podía sacarse un ojo, cortarse un brazo, tatuarse la cara, hacer cualquier cosa que alterara su aspecto de forma permanente respecto a lo aparecido en las visiones.

Pero no. Eso no funcionaría.

No lo haría porque ninguna de esas cosas era permanente. Un tatuaje podía borrarse, y un brazo ser reemplazado por una prótesis; un ojo de cristal podía rellenar la cuenca vacía.

No, no podía ser un ojo de cristal; en su visión del maldito restaurante, disfrutaba de visión bifocal normal. Por tanto, sacarse un ojo *sería* una prueba convincente de que el futuro era inmutable.

Pero...

Pero no se dejaba de avanzar en el estudio de prótesis y genética. ¿Quién le decía que dentro de dos décadas no sería posible clonar un ojo nuevo, o un brazo? ¿Y quién decía que rechazaría algo así, una oportunidad de superar el daño causado en un acto juvenil impetuoso?

Su hermano Theo quería creer desesperadamente que el futuro no era inmutable. Pero su compañero (el tipo alto canadiense, ¿cómo se llamaba?, Simcoe, eso) decía lo contrario. Dim lo había visto en la televisión, defendiendo que el futuro estaba escrito en piedra.

Y si tenía razón, si Dim nunca iba a lograr ser escritor, no tenía la menor gana de seguir adelante. Las palabras eran su único amor, su única pasión, y, para ser sinceros, su único talento. Era patético en matemáticas (cuánto le había costado seguir la estela de Theo en las mismas escuelas, con los profesores esperando que compartiera el talento de su hermano), no se le daban bien los deportes, no

sabía cantar, no dibujaba y los ordenadores se le negaban.

Por supuesto, si de verdad iba a ser un desgraciado en el futuro, siempre podía matarse entonces.

Pero al parecer no lo había hecho.

Claro que no. Los días y las semanas pasaban con facilidad; uno no percibe necesariamente que su vida no se mueve hacia delante, que no progresa, que no se convierte en lo soñado desde siempre.

No, sería fácil terminar viviendo *así*, del modo hueco que había contemplado en la visión, si dejaba que sucediera con sigilo, un día tras otro.

Pero se le había dado un don, un conocimiento. El tal Simcoe había hablado de la vida como una película ya vista, diciendo que el proyeccionista había puesto la lata equivocada en el proyector, pasando dos minutos antes de que comprendiera su error. Se había producido un salto, una áspera transición desde el hoy hasta un mañana lejano, con viaje de vuelta incluido. Esa perspectiva era *diferente* a la de la vida desarrollándose fotograma tras fotograma. Ahora veía con claridad que la vida que tenía por delante no era la que deseaba, que, en un sentido muy real, al estar sirviendo mousaka y prendiendo saganaki ya estaba muerto.

Volvió a mirar el frasco de píldoras. Sí, incontables otros por todo el mundo estarían, sin duda, pensando en su futuro, preguntándose si, ahora que lo conocían, merecía la pena vivirlo.

Si uno solo de ellos lo hiciera, si tomara su vida, hubiera demostrado que el futuro era mutable. Sin duda, eso mismo se les habría ocurrido a tantos otros. Sin duda, muchos estarían esperando a que el vecino lo hiciera primero, aguardando los informes que sin duda inundarían las redes: «Muere un hombre visto por otros en 2030. El suicidio demuestra la fluidez del futuro».

Tomó de nuevo el frasco y lo sacudió, oyendo las píldoras entrechocar en su interior.

Sería muy fácil desenroscar la tapa, apretarla sobre su palma (lo hizo mientras pensaba en ello) y girar, abriendo el mecanismo de seguridad para que salieran las píldoras.

Se preguntó de qué color serían. Qué locura: estaba pensando en quitarse la vida, y no tenía ni idea del color del posible instrumento de su muerte. Quitó la tapa. Había algo de algodón, pero no lo

bastante para mantener las píldoras inmóviles. Sacó la espuma.

Seré yo…

Las píldoras eran verdes. ¿Quién lo hubiera dicho? Pastillas verdes, muerte verde.

Volcó el frasco y lo sacudió un poco, hasta que uno de los comprimidos cayó sobre su mano. Tenía una muesca en el centro, de modo que una presión con el pulgar pudiera dividirla en dos y lograr una dosis menor.

Pero no quería una dosis pequeña.

Tenía cerca una botella de agua; la había cogido sin gas, en contraste con sus gustos, para que la carbonatación no interfiriera con la acción de las pastillas. Se metió el comprimido en la boca. Esperaba un sabor a lima o a menta, pero no sabía a nada. Una delgada película recubría la pastilla, como sucedía con la aspirina premium. Levantó la botella de agua y echó un trago; la cobertura hizo su trabajo y la píldora se deslizó con facilidad por su garganta.

Volvió a volcar el frasco y saco tres pastillas verdes más, metiéndolas después en la boca antes de tragarlas con otro sorbo de agua.

Ya iban cuatro; la máxima dosis adulta, según el prospecto, era de dos comprimidos, y te advertían contra su uso en noches consecutivas.

Tres habían bajado fácilmente de un solo trago, de modo que depositó tres más sobre la palma, se las llevó a la boca y bebió más agua.

Siete. Un número de la suerte, ¿no? Eso era lo que decían.

¿De verdad quería hacer aquello? Aún estaba a tiempo de detenerse. Podía llamar a emergencias, meterse los dedos en la garganta.

O…

O pensar un poco más en todo aquello. Darse unos minutos más para reflexionar.

No era probable que siete pastillas pudieran causar daños graves, claro que no. Seguro que sobredosis como aquella se daban todos los días. ¿No decía la página web que hacían falta por lo menos diez más?

Vertió más pastillas en la mano y las contempló, un montón de

pequeñas piedrecitas verdes.

20

NOVENO DÍA: MIÉRCOLES 29 DE ABRIL DE 2009

—Quiero enseñarte algo —dijo Carly.

Jake sonrió y le hizo un gesto con la mano para que procediera. Ahora estaban en el TRIUMF, siglas en inglés de las Instalaciones de Mesones de la Tri-Universidad, el principal laboratorio de física de partículas de Canadá.

Ella empezó a recorrer un pasillo, seguida por Jake. Pasaron puertas con dibujos animados de tema científico pegados con cinta. También se encontraron con varias personas, todas ellas portando dosímetros cilíndricos que servían como las tarjetas de identificación del CERN, pero con un aspecto totalmente distinto.

Al fin Carly llegó a su destino. Se encontraba frente a una puerta, a un lado de la cual se encontraba una manguera contra incendios detrás de una cubierta de cristal; al otro había una fuente de agua. Carly llamó con los nudillos. No se produjo respuesta, de modo que giró el picaporte y abrió. Entró y ordenó con un dedo y una sonrisa a Jake que la siguiera. Él obedeció y, una vez estuvo dentro, Carly cerró la puerta.

—¿Y bien? —dijo.

Jake se encogió de hombros, confuso.

—¿No lo reconoces? —preguntó ella.

Jake miró alrededor. Era un laboratorio de buen tamaño, con paredes beige y...

—*¡Oh, dios mío!*

Sí, ahora las paredes eran beige, pero en algún momento de los próximos veinte años las pintarían de amarillo.

Era el lugar de su visión. Allí estaba la tabla periódica, tal y

como la había visto. Y aquella mesa de trabajo... era en la que habían estado haciéndolo.

Jake sintió cómo sus mejillas enrojecían.

—Está ordenado, ¿eh? —dijo Carly.

—Así es.

Por supuesto, no inauguraron el lugar en ese momento; estaban en medio de la jornada laboral.

Pero la visión... si las estimaciones eran correctas, eran las 19:21 horas de Ginebra, que serían, ¿cuándo?, las 14:21 en Nueva York y, veamos, las 11:21 aquí en Vancouver. Las once y veintiuno de la mañana... de un *miércoles*. Sin duda, el TRIUMF también estaría ocupado entonces. ¿Cómo era posible que hubieran estado haciendo aquí el amor en un día de trabajo? Oh, sin duda, los usos sexuales seguirían relajándose a lo largo de los próximos veinte años, como venía sucediendo desde hacía cincuenta, pero seguro que en el 2030 todavía no estaba bien visto tomarte un descanso con tu novia para hacer el amor. Pero puede que el 23 de octubre fuera fiesta, o que todos los demás tuvieran el día libre. Jake tenía el vago recuerdo de que el Día de Acción de Gracias en Canadá se celebraba en octubre.

Paseó por la habitación, comparando la realidad presente con la de su visión. Había un sistema de rociadores de emergencia, comunes en laboratorios con productos químicos, y algunos armarios con equipo, así como un pequeño sistema informático. El ordenador estaba en el mismo lugar que en la visión, pero, por supuesto, el modelo era muy distinto. Y junto a él...

Junto a él había habido un aparato de forma cúbica, de medio metro de lado, con dos láminas planas enfrentadas alzándose por encima de su cara superior.

—Eso que había ahí... —dijo Jake—. Es decir, eso que *habrá* allí, ¿tienes idea de lo que es?

—Puede que un colisionador de taquiones-tardiones.

Jake enarcó las cejas.

—Podría ser...

La puerta del laboratorio se abrió de golpe, entrando un gran nativo canadiense.

—Oh, lo siento. Espero no molestar.

—No, no —respondió Carly. Sonrió a Jake—. Vendremos más

tarde.

—¿Quieres pruebas? —preguntó Michiko—. ¿Quieres saber con toda certeza si deberíamos casarnos? Hay un modo de hacerlo.

Lloyd había estado solo en su despacho del CERN, examinando una serie de informes sobre los arranques del LHC del último año con 14-TeV, en busca de cualquier inestabilidad previa al primer arranque con 1.150-TeV, el que produjo el desplazamiento temporal. Michiko acababa de llegar, y aquellas eran sus primeras palabras.

Lloyd levantó las cejas.

—¿Un modo de conseguir pruebas? ¿Cómo?

—Repitiendo el experimento. Viendo si se obtienen los mismos resultados.

—No podemos hacer eso —respondió Lloyd atónito. Estaba pensando en todos aquellos que habían muerto la última vez. Nunca había creído en la filosofía de que «hay cosas que la humanidad no debería conocer», pero si había una prueba que no debía repetirse nunca, sin duda era aquella.

—Tendrías que anunciar el nuevo intento por anticipado, por supuesto —explicó Michiko—. Avisar a todo el mundo para que no haya aviones volando, coches conduciendo, nadie nadando, nadie en una escalera... Hay que asegurarse de que toda la raza humana está sentada o tumbada cuando suceda.

—Eso no es posible.

—Claro que sí —protestó ella—. CNN. NHK. La BBC. La CBC.

—Hay lugares en el mundo a los que aún no llega la televisión, y ni siquiera la radio, ya puestos. No podemos advertir a todo el mundo.

—No podríamos avisar *fácilmente* a todo el mundo, pero puede hacerse con un noventa y nueve por ciento de probabilidades de acierto.

Lloyd frunció el ceño.

—Noventa y nueve por ciento, ¿eh? Hay siete mil millones de personas. Si perdemos siquiera un uno por ciento, son setenta millones que se quedarían sin aviso.

—Podemos mejorar eso. Estoy convencida. Podríamos rebajarlo hasta unos pocos cientos de miles, y, afrontémoslo, esos cientos de

miles se encontrarían en áreas sin tecnología, ¿no? No habría posibilidad de que estuvieran conduciendo o volando en avioneta.

—Pero se los podrían comer los animales.

Michiko se detuvo en seco.

—¿Podrían? Cuestión interesante. Supongo que los animales no perdieron el conocimiento durante el salto, ¿no?

Lloyd se rascó la cabeza.

—Desde luego, no nos encontramos con el suelo cubierto de pájaros muertos caídos del cielo. Y, según las noticias, nadie encontró jirafas con las patas rotas por una caída. El fenómeno pareció afectar únicamente a la consciencia; en el *Tribune* leí que los chimpancés y gorilas interrogados mediante signos informaron de alguna clase de efecto. Muchos dijeron que se encontraban en lugares distintos, pero carecían del vocabulario o del marco de referencia psicológico necesario para confirmar o negar que hubieran visto sus propios futuros.

—No importa. Casi ningún animal salvaje se come presas inconscientes; pensarán que están muertos, y la selección natural desterró hace mucho la consunción de carroña de casi todas las formas de vida. No, estoy segura de que podríamos alcanzar a casi todo el mundo, y de que los pocos que no se enteraran no se encontrarían en posiciones demasiado peligrosas.

—Todo muy bien, pero no podemos anunciar por las buenas que vamos a repetir el experimento. Como mínimo, las autoridades francesas y suizas nos lo impedirían.

—No si logramos su permiso. No si conseguimos permiso de todo el mundo.

—¡Venga! Los científicos sentirían curiosidad por saber si el efecto era reproducible, pero ¿qué más le daría a los demás? ¿Por qué iba el mundo a darnos permiso, salvo, por supuesto, que necesitaran reproducir el resultado para encontrarnos culpables a mí o al CERN?

Michiko parpadeó.

—No piensas, Lloyd. *Todo el mundo* quiere otro destello del futuro. No creo que seamos los únicos cuyas visiones han dejado cabos sueltos. La gente quiere saber más sobre lo que le depara el mañana. Si les dices que puedes conseguir que vean de nuevo el

futuro, nadie se opondrá. Por el contrario, removerán el cielo y la tierra para hacerlo posible.

Lloyd guardó silencio, digiriendo aquello.

—¿Eso crees? —dijo al fin—. Pensaba que habría mucha resistencia.

—No, todo el mundo siente curiosidad. ¿Acaso no quieres saber quién era esa mujer? ¿No quieres saber con seguridad quién era el padre de la niña con la que estaba yo? Además, si te equivocas sobre lo de que el futuro es inmutable, puede que veamos un mañana totalmente distinto, uno en el que Theo no muera. O puede que veamos retazos de un tiempo distinto: dentro de cinco años, o cincuenta. Pero el asunto es que nadie en este planeta no querrá otra visión.

—No sé.

—Bueno, pues míralo de este modo: tú te estás torturando con la culpa. Si tratas de reproducir el salto al futuro y fracasas, entonces el LHC no tuvo nada que ver con ello, ¿no? Y eso significará que puedes relajarte.

—Puede que tengas razón —dijo Lloyd—. ¿Pero cómo íbamos a lograr autorización para reproducir el experimento? ¿Quién nos daría el permiso?

Michiko se encogió de hombros.

—La ciudad más cercana es Ginebra —dijo—. ¿Por qué es famosa?

Lloyd frunció el ceño, revisando la letanía de posibles respuestas apropiadas. Al final dio con ello: la Sociedad de Naciones, antecesora de la ONU, fundada allí en 1920.

—¿Sugieres que lo llevemos a las Naciones Unidas?

—Sí. Podrías ir a Nueva York a presentar tu caso.

—La ONU nunca se pone de acuerdo en nada.

—Se pondrán de acuerdo en esto —respondió Michiko—. Es demasiado seductor como para rechazarlo.

Theo había hablado con sus padres y con los vecinos de éstos, pero ninguno parecía tener información importante sobre su futura muerte. Al fin tomó en Cointrin un 7117 de la Olympic Airlines de vuelta al aeropuerto internacional de Ginebra. Franco della Robbia lo había acercado al aeropuerto cuando se marchó, pero ahora Theo

decidió coger un taxi (treinta francos suizos) que lo llevara al campus. Como no les habían dado de comer en el avión, decidió ir directamente a la cafetería del centro de control del LHC para tomar algo. Cuando entró, divisó para su sorpresa a Michiko Komura sentada sola, en una mesa al fondo. Se sirvió una botella pequeña de zumo de naranja y salchichas *longeole* y se dirigió hacia ella, dejando atrás algunos grupos de físicos comiendo y discutiendo posibles teorías que explicaran el salto al futuro; suponía que lo último que querría Michiko sería pensar en el acontecimiento que había causado la muerte de su hija.

—Hola, Michiko.

Ella levantó la mirada.

—Oh, hola, Theo. Bienvenido a casa.

—Gracias. ¿Te importa si me siento?

Michiko señaló una silla frente a ella con la mano.

—¿Qué tal el viaje?

—No descubrí mucho. —Pensó en no decir nada más, pero bueno, ella había preguntado—. Mi hermano Dimitrios dice que las visiones arruinaron su sueño. Quiere ser un gran escritor, pero no parece que vaya a conseguirlo.

—Qué triste.

—¿Qué tal estás tú? ¿Cómo te encuentras?

Michiko abrió un poco los brazos, como si no hubiera fácil respuesta.

—Sobrevivo. Ya pasan minutos enteros sin que piense en lo que le sucedió a Tamiko.

—Lo siento mucho —dijo Theo por enésima vez. Esperó un buen rato antes de volver a hablar—. ¿Qué tal lo demás?

—Bien.

—¿Sólo bien?

Michiko comía un quiche de queso *au bleu de Gex*, además de tener delante una taza de té a la mitad; bebió un sorbo, ordenando sus ideas.

—No sé. Lloyd... no está convencido de seguir con la boda.

—¿De verdad? Dios mío.

Michiko miró alrededor, valorando la intimidad de la que disfrutaban: la persona más cercana se encontraba a cuatro mesas

de distancia, al parecer absorta en la lectura de un tablero de datos. Lanzó un suspiro y se encogió de hombros.

—Quiero a Lloyd... y sé que él me quiere. Pero no puede soportar la posibilidad de que el matrimonio no dure.

Theo alzó las cejas.

—Bueno, proviene de un hogar roto. Al parecer, la ruptura fue bastante desagradable.

Michiko asintió.

—Ya lo sé, intento entenderlo. De verdad. ¿Qué tal fue el matrimonio de tus padres?

A Theo le sorprendió la pregunta, y se le arrugó la frente al considerarla.

—Supongo que bien; parece que todavía son felices. Papá nunca fue cariñoso, pero a mamá no pareció importarle.

—Mi padre murió, pero supongo que era un japonés típico de su generación. Se lo guardaba todo, y el trabajo era su vida. —Hizo una pausa—. Infarto a los cuarenta y siete años cuando yo tenía veintidós.

Theo buscó las palabras adecuadas.

—Estoy seguro de que estaría muy orgulloso de ver en lo que te has convertido.

Michiko pareció pensar sinceramente en ello, en vez de rechazarlo como un simple comentario amable.

—Puede ser. Según su visión tradicional, las mujeres no se hacían ingenieras.

Theo frunció el ceño. En realidad, no sabía mucho sobre la cultura japonesa. Podía haber acudido a algunas conferencias en Japón, pero a pesar de haber viajado por toda Europa, una vez a América y otra a Hong Kong siendo adolescente, nunca había sentido el impulso de visitar el país de Michiko. Pero ella era fascinante: cada gesto, su misma expresión, su modo de hablar, su sonrisa, la forma en que arrugaba la naricita, su risa con sus tonos altos y perfectos... ¿Cómo podía fascinarle ella, y no su cultura? ¿No debería querer saber cómo era su gente, cómo era su país, cada faceta del crisol que la formaba?

¿O debía ser sincero, afrontar la realidad de que su interés era puramente sexual? Sin duda, Michiko era hermosa... pero había tres

mil personas trabajando en el CERN, y la mitad eran mujeres; desde luego, Michiko, no era la única belleza.

Pero, a pesar de todo, tenía *algo*... algo exótico. Y bueno, era evidente que le gustaban los hombres blancos...

No, no era eso. No era eso lo que la hacía fascinante. No cuando se pensaba en ello, cuando se la contemplaba directamente, sin excusas. Lo que era más fascinante de Michiko era que había elegido a Lloyd Simcoe, el compañero de Theo. Los dos eran solteros, los dos disponibles; y Lloyd tenía diez años más que ella; Theo tenía ocho menos que la japonesa.

No era que Theo fuera una especie de adicto al trabajo, y que Lloyd se detuviera a oler las rosas. Theo alquilaba a menudo un bote en el lago Léman para remar, jugaba al croquet y al bádminton en las ligas del CERN, y sacaba tiempo para escuchar jazz en el Au Chat Noir de Ginebra y ver teatro alternativo en L'Usine; incluso había visitado el Gran Casino en alguna ocasión.

Pero aquella mujer bonita, fascinante e inteligente había elegido al tradicional y callado Lloyd.

Y ahora parecía que Lloyd no estaba preparado para comprometerse con ella.

Desde luego, ésa no era razón suficiente para quererla él, pero el corazón no tenía nada que ver con la física; no podía predecir sus reacciones; la quería, y si Lloyd iba a dejarla escapar entre sus dedos...

—De todos modos —respondió por fin Theo al comentario de Michiko sobre la reprobación de su padre por la carrera de ingeniería—, admiraría tu inteligencia.

Michiko se encogió de hombros.

—Mientras se reflejara de forma positiva en él, es posible. Pero nunca hubiera aprobado un matrimonio con un hombre blanco.

El corazón de Theo pareció detenerse, pero no sabía si por Lloyd o por él mismo.

—Oh.

—No confiaba en Occidente. No sé si lo sabes, pero en Japón está de moda llevar ropa con frases en inglés. No importa lo que diga, sino que se vea que se quiere abrazar la cultura americana. En realidad, los lemas son bastante divertidos para los que hablamos

inglés: «Este lado arriba», «Consumir antes de la fecha», «Para conseguir una cebolla más perfecta»... —Sonrió con su habitual nariz arrugada y encantadora—. «Cebolla». La primera vez que lo vi no pude dejar de reírme. Pero un día llegué a casa con una camiseta con palabras en inglés; palabras sueltas, ni una sola frase, términos con distintos colores sobre fondo negro: «cachorro», «ketchup», «hockey», «muy», «propósito». Papá me castigó por llevarla.

Theo trató de mostrar su empatía, al tiempo que se preguntaba por el castigo recibido. ¿La dejaron sin paga, o los padres japoneses no daban dinero a sus hijos? ¿La enviaron a su cuarto? Prefirió no preguntar.

—Lloyd es un buen hombre —dijo. Las palabras llegaron sin pensar siquiera en ellas; quizá surgieran de algún profundo sentido del juego limpio que le agradó descubrir allí.

Michiko también sopesó aquella contestación; parecía tomar cada comentario y buscar su verdad subyacente.

—Oh, sí —dijo—. Es un buen hombre. Le preocupa esa estúpida visión en la que nuestro matrimonio no dura eternamente, pero con él hay miles de cosas de las que sé que no tendré que preocuparme. Sé que nunca me pegará, de eso estoy segura. Sé que nunca me humillará ni me dejará en evidencia, y tiene muy buena cabeza para los detalles. Una vez le comenté de pasada los nombres de mis sobrinos, hace meses. Una semana después surgieron en la conversación y se los sabía a la perfección, así que estoy segura de que se acordará de nuestro aniversario o de mi cumpleaños. Ya he estado antes con otros hombres, japoneses y extranjeros, pero nunca con uno con el que me sintiera tan segura, tan confiada en que siempre será amable y gentil.

Theo se sentía incómodo. Él también se consideraba un buen hombre, y desde luego nunca le levantaría la mano a una mujer. Pero bueno, tenía el temperamento de su padre; para ser sinceros, en una discusión podría decir cosas con la intención de hacer daño. Y, desde luego, algún día alguien lo odiaría lo bastante como para querer matarlo. ¿Despertaría alguna vez Lloyd, Lloyd el bueno, esa clase de sentimientos en otro ser humano?

Negó lentamente con la cabeza, alejando tales pensamientos.

—Elegiste bien —dijo.

Michiko dejó caer la cabeza, aceptando el cumplido y añadió:

—Lloyd también. —Theo se sintió sorprendido, ya que Michiko no solía pecar de falta de modestia; pero entonces dijo algo que explicó lo que quería decir—. No podía haber elegido a nadie mejor como padrino.

No estoy tan seguro, pensó Theo, sin dar voz a sus palabras.

Por supuesto, no podía ir a por Michiko. Era la prometida de Lloyd.

Y, además...

Además, no eran sus adorables y cautivadores ojos japoneses.

No eran siquiera los celos o la fascinación nacida de haber elegido a Lloyd, y no a él.

En lo más profundo, sabía cuál era el verdadero motivo de su repentino interés por ella. Claro que lo sabía. Sabía que si se embarcaba en una nueva y loca vida, si daba un giro inesperado, si hacía un movimiento totalmente imprevisible, como escaparse con la prometida de su socio y casarse con ella, se estaría burlando del destino, cambiaría su futuro de forma tan radical que nunca terminaría viendo el cañón de una pistola cargada.

Michiko era de una inteligencia devastadora, y muy bonita, pero no podía perseguirla; sería una locura.

A Theo le sorprendió oír una risita escapando de su propia garganta, pero en cierto modo fue *divertido*. Puede que Lloyd tuviera razón; puede que el universo fuera un bloque sólido, con el tiempo inmutable. Sí, había pensado en hacer algo loco y salvaje, pero entonces, después de sopesarlo con cuidado, de pensar en las opciones y reflexionar sobre sus motivaciones, terminó haciendo exactamente lo que hubiera hecho de no haber pensado nunca en ello.

La película de su vida seguía desgranándose, ya expuesta, fotograma tras fotograma.

21

Michiko y Lloyd habían planeado no irse a vivir juntos hasta después de la boda, pero, excepto el tiempo que había estado en Tokio, ella había pasado todas las noches desde la muerte de Tamiko en el apartamento de Lloyd. En realidad, sólo había estado en casa un par de veces, y muy breves, desde el salto al futuro, hacía ocho días. Todo cuanto veía la reducía a lágrimas: los zapatitos de Tamiko en la alfombra junto a la puerta, su muñeca Barbie en una de las sillas del salón (siempre la dejaba cómodamente sentada), sus pinturas con los dedos, sujetas a la nevera con imanes; incluso el lugar de la pared en el que había escrito su nombre con Marcador Mágico, y que Michiko nunca había conseguido limpiar del todo.

Por eso permanecía en casa de Lloyd, evitando tales recuerdos.

Pero, a pesar de todo, a veces se distraía, mirando al vacío. Lloyd no podía soportar verla tan triste, pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Probablemente nunca superara aquel pesar.

Y, por supuesto, no era un ignorante: había leído numerosos artículos sobre psicología y relaciones, y no había dejado de ver algunos programas de *Oprah* y *Giselle*. Sabía que no debiera de haberlo dicho, pero a veces las palabras salían solas, pronunciadas sin pensamiento consciente. Lo único que pretendió fue llenar el silencio entre él y Michiko.

—Sabes que vas a tener otra hija. Tu visión...

Pero ella lo silenció con una mirada.

No dijo una palabra, pero él podía leerlo en sus ojos. No puedes reemplazar a un hijo con otro. Cada uno es especial.

Lloyd lo sabía; aunque nunca (todavía) había sido padre, lo sabía. Años atrás, había visto una vieja película de Mickey Rooney titulada *The human comedy*, pero no era nada divertida y, al final,

terminó por pensar que tampoco era muy humana. Rooney interpretaba a un soldado americano en la Segunda Guerra Mundial en el extranjero. No tenía familia propia, pero sentía el contacto con los que habían quedado en casa a través de las cartas que su compañero de litera recibía de su familia. Rooney llegaba a conocerlos a todos (el hermano, su madre, su novia en los Estados Unidos) por medio de aquellas misivas compartidas. Pero entonces el otro moría en combate y Rooney regresaba a casa de la familia, con sus efectos personales. Se encontró con el hermano pequeño en el exterior de la casa, y era como si lo hubiera conocido toda su vida. El hermano terminaba entrando en la casa dando voces, gritando «¡Mamá, el soldado ha vuelto a casa!».

Entonces aparecían los títulos de crédito.

Y se suponía que los espectadores tenían que creer que Rooney, de algún modo, tomaba el lugar del hijo muerto de aquella mujer, abatido en Francia.

Era una trampa; incluso siendo adolescente (puede que tuviera dieciséis cuando la viera en televisión) sabía que era una trampa, que una persona nunca podía reemplazar a otra.

Y ahora, de forma insensata, por un breve instante, había sugerido que la futura hija de Michiko podría tomar el lugar que la pobre Tamiko había dejado en su corazón.

—Lo siento.

Michiko no sonrió, pero asintió de forma casi imperceptible.

Lloyd no sabía si era el momento adecuado; toda su vida se había visto acosado por la imposibilidad para determinar lo apropiado de los momentos; el momento para atacar a una chica en el instituto, para pedir un aumento, para interrumpir a dos personas en una fiesta y poder presentarse, para excusarse cuando era evidente que otra persona quería estar sola. Había gente que tenía un sentido innato para tales cosas, pero no él.

No obstante...

No obstante, había que *resolver* el asunto de algún modo.

El mundo ya se había quitado el polvo y la gente proseguía con sus vidas. Sí, muchos caminaban con muletas; sí, algunas compañías de seguros habían anunciado la bancarrota; sí, el número de muertos aún era incontable. Pero la vida seguía adelante y la gente

iba a trabajar, volvía a casa, comía, veía la tele y trataba, con diverso grado de éxito, de no detenerse.

—Respecto a la boda... —dijo, apagando su voz, de modo que las palabras flotaran entre ellos.

—¿Sí?

Lloyd espiró.

—No sé quién es esa mujer... la mujer de mi visión. No tengo ni idea.

—Y por eso piensas que podría ser mejor que yo. ¿Es eso?

—No, no, no. Claro que no. Sólo es...

Quedó en silencio, pero Michiko lo conocía demasiado bien.

—Estás pensando que hay siete mil millones de personas en el planeta, ¿no? Y que si nos conocimos sólo es por puro azar.

Lloyd asintió, sintiéndose culpable.

—Quizá —dijo Michiko—. Pero cuando piensas en las probabilidades *en contra* de que tú y yo nos conociéramos, creo que hay algo más que eso. No es que tú tuvieras que cargar conmigo, o yo contigo. Tú vivías en Chicago y yo en Tokio, y terminamos juntos aquí, en la frontera franco-suiza. ¿Es eso azar, o el destino?

—No sé si se puede creer a la vez en el destino y en el libre albedrío —respondió Lloyd en voz baja.

—Supongo que no —dijo ella, bajando la mirada—. Y bueno, puede que no estés listo para el matrimonio. Muchos de mis amigos se han casado a lo largo de los años sólo porque pensaban que era su última oportunidad. Ya sabes: llegas a una cierta edad y piensas que, si no te casas pronto, nunca lo harás. Si tu visión demostraba algo, es que yo *no* soy tu última oportunidad. Supongo que eso quita presión, ¿no? No tienes por qué actuar de forma precipitada.

—No es eso —protestó Lloyd, pero su voz era trémula.

—¿No? Entonces aclara tus ideas ahora mismo. Comprométete. ¿Vamos a casarnos?

Lloyd sabía que ella tenía razón. Su creencia en el futuro inmutable ayudaba a aliviar la culpa por lo que había sucedido, pero, a pesar de todo, ésa era la posición que siempre había adoptado como físico: el espaciotiempo es un inmutable cubo de Minkowski. Lo que estaba a punto de hacer ya lo había hecho; el futuro era tan indeleble como el pasado.

Por lo que sabía, nadie había informado de visiones que corroboraran que Michiko Komura y Lloyd Simcoe habían llegado siquiera a casarse; nadie había informado de estar en un cuarto con una foto de boda con un marco caro, mostrando a un caucasiano alto de ojos azules y una hermosa y joven asiática, más baja que él.

Sí, dijera lo que dijera ahora ya se había dicho... y siempre se diría. Pero no tenía modo de saber qué respuesta estaba grabada en el espaciotiempo. Su decisión en ese instante, en ese mismo momento, en aquella rebanada, aquella página, aquel fotograma de la película, era desconocida, ignota. No era más fácil darle voz (fuera lo que fuese lo que saliera por su boca) por saber que lo que dijera, lo que ya había dicho, era inevitable.

—¿Y? —exigió Michiko—. ¿Qué decides?

Aquella misma noche Theo seguía en el trabajo, ejecutando otra simulación más del experimento en el LHC, cuando recibió una llamada telefónica.

Dimitrios había muerto.

Su hermano pequeño. Muerto. Suicidado.

Combatió las lágrimas y la ira.

Los recuerdos de Dim comenzaron a volar por su cabeza. Las veces que había sido bueno con él siendo niño, y aquellas en las que se había portado mal. Y cómo toda la familia quedó aterrada hacía tantos años, cuando fueron a Hong Kong y Dim se perdió. Theo nunca se había sentido tan contento de ver a alguien como cuando vio al pequeño Dim, colgado del hombro de un policía, acercándose a ellos en una calle atestada.

Y ahora... ahora estaba muerto. Tendría que hacer otro viaje a Atenas para acudir al funeral.

No sabía cómo sentirse.

Parte de él, una gran parte, sentía una espantosa pena por la muerte de su hermano.

Otra...

Otra estaba feliz.

No por la muerte de Dim, por supuesto.

Sino porque el que *estuviera* muerto lo cambiaba todo.

Porque Dimitrios había experimentado una visión, una verificada por otra persona... y para ello era necesario estar vivo en

2030.

Así que el universo bloque se había hecho añicos. Lo que la gente había visto podía ser realmente un cuadro coherente del mañana... pero no era el único mañana posible, y, de hecho, como ese mañana había incluido a Dimitrios Procopides, ya no era posible.

La teoría del caos decía que pequeños cambios en las condiciones iniciales podían tener grandes efectos a lo largo del tiempo. Desde luego, el universo en el 2030 no podía terminar siendo tal y como se había mostrado en los miles de millones de breves destellos que la gente había experimentado.

Theo recorrió los pasillos del centro del control del LHC, pasando por el gran mosaico, la placa que mostraba el nombre completo original de la institución, los despachos, los laboratorios y los aseos.

Si el futuro era ahora incierto, si *no* iba desarrollarse exactamente como mostraban las visiones, quizá pudiera abandonar su búsqueda. Sí, en uno de los una vez posibles futuros alguien había tenido a bien matarlo. Pero a lo largo de las siguientes dos décadas iban a cambiar tantas cosas que era más que probable que no se volviera a producir el mismo resultado. De hecho, podría no llegar a conocer nunca a la persona que lo asesinaría, fuera quien fuese. O incluso ese hombre podría morir antes de 2030. En cualquier caso, su asesinato no era inevitable.

Sin embargo...

Sin embargo, aún podía suceder. Sin duda, algunas cosas resultarían tal y como las visiones habían indicado. Aquellos que morirían de muerte natural lo harían del mismo modo; aquellos que disfrutaran de un trabajo fijo hoy en día podrían seguir manteniéndolos entonces; los matrimonios sólidos no tenían razón para no durar.

No.

Basta de dudas, de tiempo desperdiciado.

Theo decidió seguir adelante con su vida, renunciar a su búsqueda insensata, enfrentarse al mañana con decisión, fuera lo que fuese lo que le deparaba. Por supuesto, tendría cuidado: no quería que uno de los puntos de convergencia entre el 2030 de las

visiones y el real fuera su propia muerte. Pero seguiría adelante, tratando de exprimir al máximo el tiempo del que dispusiera.

Si Dimitrios hubiera estado dispuesto a hacer lo mismo...

Su paseo lo había llevado a su despacho. Tenía que hacer una llamada a alguien que tenía que oírlo de un amigo, antes de que le estallara en la cara en los medios de comunicación de todo el mundo.

Las palabras de Michiko pesaban sobre ellos: «¿Qué decides?»

Lloyd sabía que había llegado el momento, la hora de iluminar aquel fotograma, el momento de la verdad, el instante en el que se revelara la decisión que el espaciotiempo ya había grabado. Miró a Michiko a los ojos, abrió la boca y...

¡Brrrrrrrring! ¡Brrrrrrrring!

Lanzó una maldición y miró el teléfono. La pantalla informaba de que se trataba del «CERN LHC». Nadie llamaría de la oficina a esas horas si no era una emergencia. Levantó el auricular.

—*¿Sí?*

—Lloyd, soy Theo.

Quería decirle que no era un buen momento, que llamara más tarde, pero antes de poder hacerlo el griego empezó a hablar.

—Lloyd, acaban de llamarme. Mi hermano Dimitrios ha muerto.

—Oh, Dios mío —respondió Lloyd—. Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntó Michiko preocupada.

Lloyd cubrió el micrófono.

—El hermano de Theo ha muerto.

Michiko se llevó una mano a la boca.

—Se ha suicidado —siguió Theo—. Una sobredosis de somníferos.

—Lo siento, Theo. ¿Puedo... hay algo que pueda hacer por ti?

—No, no. Nada. Pero pensé que te lo tenía que contar cuanto antes.

Lloyd no sabía adónde quería llegar Theo.

—Ah, gracias —dijo, sin poder evitar la confusión en su voz.

—Lloyd, Dimitrios tuvo una visión.

—¿Qué? Oh. —Una larga pausa—. *Oh.*

—Me la contó en persona.

—La habría inventado.

—Lloyd, es mi *hermano*; no se la inventó.

—Pero no hay modo de...

—Sabes que no es el único; ha habido otros informes. Pero éste... éste está corroborado. Estaba trabajando en un restaurante en Grecia, y el tipo que lo dirigiría en 2030 también lo hace en 2009. Él vio a Dim en su visión, y Dim al tipo. Cuando lo digan en televisión...

—Yo... ah... mierda —dijo Lloyd. El corazón brincaba en su pecho—. Mierda.

—Lo siento —respondió Theo—. La prensa va a estar de fiesta. Como te dije, pensé que deberías saberlo.

Lloyd trató de calmarse. ¿Cómo podía haberse equivocado de ese modo?

—Gracias —dijo al fin—. Oye, mira, esto no es importante. ¿Cómo estás tú? ¿Estás bien?

—No pasa nada.

—Porque si no quieres estar solo, Michiko y yo podemos ir para allá.

—No, en serio. Franco della Robbia sigue aquí; voy a hablar con él.

—Muy bien —dijo Lloyd—. Muy bien. Oye, tengo que...

—Lo sé —le cortó Theo—. Adiós.

—Adiós.

Lloyd devolvió el aparato a su lugar.

No había conocido a Dimitrios Procopides. En realidad, Theo no hablaba mucho de él. No era extraño; Lloyd tampoco solía mencionar nunca a su hermana Dolly en el trabajo. En realidad, sólo era una muerte más en una semana cuajada de ellas, pero...

—Pobre Theo —dijo Michiko, meciendo suavemente la cabeza adelante y atrás—. Y su hermano... pobre chico.

La miró. Ella había perdido a su propia hija, pero en ese momento había encontrado lugar en su corazón para llorar a un hombre al que nunca había conocido.

El corazón de Lloyd seguía desbocado. Las palabras que había estado a punto de pronunciar cuando sonó el teléfono aún resonaban en su cabeza. ¿Qué pensaba ahora? ¿Que quería seguir libre? ¿Que no estaba preparado para sentar la cabeza? ¿Que tenía

que conocer a aquella mujer blanca, encontrarla, conocerla y hacer una elección equilibrada y ponderada entre ella y Michiko?

No.

No, no era así. No podía serlo.

Lo que pensaba es que era un idiota.

Y lo que pensaba es que ella había sido increíblemente paciente.

Y lo que pensaba es que era posible que la advertencia de que el matrimonio no dura de forma automática era lo mejor que le podía haber pasado. Como todas las parejas, habían asumido que se casarían hasta que la muerte los separara. Pero ahora sabía, desde el primer día, de un modo que nadie más había podido ver, ni siquiera otros como él, niños de hogares destrozados, que no era *necesariamente* para siempre. Que sólo era permanente si se peleaba, se luchaba y se trabajaba para hacerlo permanente en cada instante de la vida. Supo que, si se casaba, aquella tendría que ser su primera prioridad. No su carrera, ni el elusivo Nóbel, ni el aplauso de sus colegas, ni los amigos.

Ella.

Michiko.

Michiko Komura.

O... o Michiko Simcoe.

Cuando era adolescente, en los 70, parecía que las mujeres aceptarían eternamente la estupidez de tomar el apellido de otro. Aun hoy, la mayoría seguía aceptando el nombre de su marido; ellos ya lo habían hablado, y Michiko le había dicho que tenía intención de perder su apellido de soltera. Por supuesto, Simcoe no sonaba tan musical como Komura, pero era un sacrificio pequeño.

Pero no.

No debería tomar su apellido. ¿Cuántas divorciadas no usaban su propio apellido, sino el de alguien que había quedado décadas atrás, un recordatorio diario de errores juveniles, de un amor echado a perder, de tiempos dolorosos? De hecho, Komura no era el apellido de soltera de Michiko, sino Okawa; Komura era el apellido de Hiroshi.

A pesar de todo, debería conservarlo. Debería llamarse Komura, de modo que Lloyd recordara un día tras otro que no era suya, que tenía que trabajar en su matrimonio, que el mañana estaba en sus

manos.

La miró, contempló su perfecta complexión, sus ojos seductores, su cabello tan oscuro.

Todo ello cambiaría con el tiempo, por supuesto, pero quería seguir allí para verlo, para saborear cada momento, para disfrutar con ella las estaciones de la vida.

Sí, con *ella*.

Lloyd Simcoe hizo algo que no había hecho la primera vez; sí, había pensado en ello, pero lo había rechazado por estúpido, anticuado, innecesario.

Pero era lo que *quería* hacer, lo que necesitaba hacer.

Se puso sobre una rodilla.

Y tomó la mano de Michiko en la suya.

Y contempló su rostro adorable, paciente.

Y dijo:

—¿Te quieres casar conmigo?

Y el momento se mantuvo, con Michiko claramente sorprendida.

Y entonces una sonrisa afloró lentamente en el rostro de ella.

Y dijo, casi con un suspiro:

—Sí.

Lloyd parpadeó rápidamente, las lágrimas aflorando a sus ojos. El futuro iba a ser glorioso.

22

DIEZ DÍAS DESPUÉS: MIÉRCOLES, 6 DE MAYO DE 2009

Fue sorprendentemente fácil convencer a Gaston Béranger de que el CERN tenía que reproducir el experimento del LHC. Pero, por supuesto, pensaba que no tenían nada que perder, y todo que ganar, si el intento fracasaba: sería muy difícil demostrar la responsabilidad del CERN por cualquier daño provocado la primera vez si el segundo intento no provocaba un desplazamiento temporal.

Y ahora era el momento de la verdad.

Lloyd se encaminó hacia el estrado de madera pulimentada. A su espalda se extendía el sello con el globo y la hoja de laurel de las Naciones Unidas. El aire era seco, y sintió un calambre cuando tocó el borde metálico del estrado. Inspiró profundamente para calmarse y se inclinó sobre el micrófono.

—Quisiera agradecer...

Le sorprendió que su voz temblara, pero demonios, estaba hablando a algunos de los políticos más poderosos del mundo. Tragó saliva y volvió a intentarlo.

—Quisiera agradecer al Secretario General Stephen Lewis que me haya permitido hablarles hoy aquí. —Al menos la mitad de los delegados empleaba los auriculares sin cable que proporcionaban una traducción inmediata—. Señoras y señores, me llamo Dr. Lloyd Simcoe. Soy canadiense, aunque en estos momentos resido en Francia y trabajo en el CERN, el centro europeo de física de partículas. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Como sin duda todos ustedes ya habrán oído, parece que fue un experimento en el

CERN el que provocó el fenómeno de desplazamiento de la consciencia. Y, señoras y señores, sé que al principio puede parecer una locura, pero estoy aquí para solicitarles, como representantes de sus respectivos gobiernos, permiso para repetir el experimento.

Se produjo una erupción de murmullos, una cacofonía de lenguas aún más variada que la presente en las cafeterías del CERN. Por supuesto, todos los delegados con los que Lloyd había hablado antes sabían lo que iba a decir: uno no hablaba delante de la ONU sin pasar por numerosas discusiones preliminares. La sala de la Asamblea General era cavernosa, y su vista no era lo bastante buena como para distinguir muchos de los rostros. A pesar de todo, podía ver furia en uno de los delegados rusos, y lo que parecía terror en los alemanes y japoneses. Lloyd miró al secretario general, un atractivo hombre blanco de setenta y dos años. Lewis le dedicó una sonrisa de ánimo y Simcoe prosiguió.

—Quizá no haya razón para ello —dijo—. Parece que ahora disponemos de pruebas que establecen que el futuro mostrado en la primera visión no se va a hacer realidad, al menos no de forma exacta. En cualquier caso, no hay duda de que mucha gente aprendió mucho sobre sí misma mediante aquellos destellos.

Hizo una pausa.

—Recuerdo la historia *Un cuento de Navidad*, del escritor británico Charles Dickens. Su personaje, Ebenezer Scrooge, tuvo una visión de las Navidades Futuras en la que sus actos habían resultado en la miseria de muchos otros, y en que él fuera odiado y despreciado a su muerte. Y, por supuesto, ver algo así hubiera sido terrible... si la visión perteneciera a un único futuro inmutable. Pero se le dijo a Scrooge que no era así, que el futuro que había contemplado no era más que la extrapolación lógica de su vida si siguiera por el mismo camino. Podía cambiar su vida, y la de aquellos que lo rodeaban, para mejor; ese destello del porvenir terminó siendo algo maravilloso.

Tomó un sorbo de agua.

—Pero la visión de Scrooge pertenecía a un tiempo muy específico: el día de Navidad. No todos nosotros tuvimos visiones de eventos significativos; muchos vimos cosas bastante banales, ambiguas hasta la frustración o, en el caso de casi un tercio de

nosotros, sueños reales o simple oscuridad; nos encontrábamos dormidos durante ese espacio de dos minutos, dentro de veintiún años. —Se detuvo un instante y se encogió de hombros, como si ni siquiera él supiera qué era lo correcto—. Creemos poder repetir la experiencia de las visiones; podemos ofrecer a toda la humanidad otro vistazo del futuro. —Alzó una mano—. Sé que algunos gobiernos recelan de estas imágenes al no gustarles las cosas que revelaron, pero ahora que sabemos que el futuro *no* es fijo, espero que nos permitan algo tan sencillo como entregar una vez más este regalo, y el beneficio del Efecto Ebenezer, a las gentes del mundo. Con la cooperación de sus hombres y mujeres, y de sus gobiernos, creemos poder hacerlo de forma segura. De ustedes depende.

Lloyd atravesó las altas puertas de cristal del edificio de la Asamblea General. El aire de Nueva York le aguijoneaba los ojos; iban a tener que hacer algo al respecto uno de aquellos días, pero las visiones decían que para 2030 sería todavía peor. El cielo estaba plomizo, rasgado por la estela de los aviones. Una multitud de reporteros, unos cincuenta, corrió para acercarse a él, micrófonos y cámaras en mano.

—¡Doctor Simcoe! —gritó un blanco de mediana edad—. Doctor Simcoe, ¿qué sucedería si la conciencia no regresara al presente? ¿Qué sucede si nos quedamos atrapados veintiún años en el futuro?

Lloyd estaba cansado. Nunca se había sentido más nervioso hablando en público desde que defendió su doctorado. Tenía muchas ganas de volver al hotel, de servirse un escocés y de meterse en la cama.

—No tenemos motivos para pensar que algo así pueda ocurrir —dijo—. Parece que se trata de un fenómeno completamente temporal que comenzó en el momento en que iniciamos la colisión de partículas, y que cesó en el momento en que la terminamos.

—¿Qué hay de las familias de aquellos que puedan morir esta vez? ¿Se responsabilizará personalmente por ellos?

—¿Qué hay de los que ya están muertos? ¿No piensa que les deba nada?

—¿No es todo esto una vulgar búsqueda de gloria por su parte?

Lloyd inspiró profundamente. Estaba *cansado* y tenía un enorme dolor de cabeza.

—Señoras y señores, y empleo estos términos de forma generosa, parece que están acostumbrados a entrevistar a políticos que no pueden permitirse perder los nervios en público, de modo que pueden hacerles preguntas en el tono ofensivo que están empleando. Pues yo *no* soy un político; soy, entre otras cosas, un profesor universitario, y estoy acostumbrado al discurso civilizado. Si son incapaces de preguntar con educación, no diré nada más.

—Pero Dr. Simcoe, ¿no es cierto que todas las muertes y los estragos fueron culpa suya? ¿No fue usted quien diseñó el experimento que terminó en fracaso?

Lloyd mantuvo un tono neutro.

—Hablo en serio. Ya he completado mi cupo de cobertura informativa; una imbecilidad más como esa y me marcharé.

Se produjo un atónito silencio. Los reporteros se miraron antes de devolver la mirada a Lloyd.

—Pero todas esas muertes... —comenzó uno.

—Se acabó —saltó Lloyd—. Me marcho.

Comenzó a alejarse.

—¡Espere! —gritó un reportero.

—¡Alto! —pidió otro.

Se dio la vuelta.

—Sólo si logran realizar preguntas inteligentes y civilizadas.

Tras unos instantes de duda, una melanoamericana levantó una mano con timidez.

—¿Sí? —preguntó Lloyd, enarcando las cejas.

—Dr. Simcoe, ¿qué decisión cree que tomará la ONU?

Lloyd asintió, reconociendo que se trataba de una pregunta aceptable.

—Sinceramente, no lo sé. Mi sensación es que deberíamos tratar de reproducir los resultados, pero soy un científico y la reproducción es mi método de trabajo. Creo que la gente de la Tierra lo desea, pero no tengo modo de saber si sus dirigentes estarán dispuestos a cumplir con el deseo de sus pueblos.

Theo también había viajado a Nueva York, y aquella noche disfrutó con Lloyd de un extravagante bufé de marisco en el Ambassador Grill, en la plaza de la ONU.

—Se acerca el cumpleaños de Michiko —dijo Theo, partiendo la

pinza de una langosta.

Lloyd asintió.

—Ya lo sé.

—¿Le vas a preparar una fiesta sorpresa?

Lloyd lo pensó un instante.

—No.

Theo le lanzó una mirada de «Si la quisieras de verdad, lo harías», pero Lloyd no estaba para explicaciones. En realidad nunca había pensado en ello, pero ahora lo veía claro como si siempre lo hubiera sabido: las fiestas sorpresa eran un fraude. Dejabas que alguien que se suponía que te importaba pensara que te habías olvidado de su cumpleaños. Los amargabas de forma deliberada, les hacías sentir ignorados, olvidados, rechazados. Y, además, tenías que mentirles durante semanas hasta que llegaba la fecha. Y todo para que, en el momento en que la gente gritara «¡Sorpresa!», el pobre se sintiera querido.

En su futuro matrimonio con Michiko, Lloyd no tendría que fabricar situaciones para que su mujer se sintiera así. Cada día, cada minuto, le demostraría que la amaba; ella nunca debía dudarlo. Sería su constante compañero, su amor, hasta el día de su muerte.

Y, por supuesto, nunca le mentiría, ni siquiera cuando supuestamente fuera por su bien.

—¿Estás seguro? —preguntó Theo—. Me encantaría ayudarte a organizarla.

—No —dijo Lloyd, reforzando la negativa con la cabeza. Theo era demasiado joven e ingenuo—. No, gracias.

23

Los debates proseguían en las Naciones Unidas. Aunque estaba en Nueva York, Theo recibió otra respuesta a su anuncio buscando información sobre su muerte. Estaba a punto de limitarse a enviar una escueta y educada respuesta (había decidido abandonar por completo la búsqueda), pero el mensaje era demasiado tentador: «Al principio no quise contactar con usted porque me habían hecho creer que el futuro es fijo, y que lo que iba a suceder, incluido mi propio papel, era inevitable. Pero ahora leo que no es así, por lo que debo solicitar su ayuda».

El mensaje era de Toronto, a solo una hora de vuelo desde la Gran Manzana. Theo decidió viajar para encontrarse con el hombre que le había enviado aquella misiva. Era su primera visita a Canadá, y no estaba preparado para lo cálido que era el verano. No hacía calor comparado con el Mediterráneo, claro (el termómetro no solía subir de los treinta y cinco grados), pero le sorprendió.

Para conseguir un vuelo más barato tuvo que hacer noche allí, en vez de ir y volver en el mismo día. De ese modo se encontró con que tenía que ocupar una noche en Toronto. Su agente de viajes le había sugerido que podía reservar en un hotel en el Danforth, parte del principal eje este-oeste de la ciudad; casi toda la comunidad griega se encontraba allí. Theo aceptó y, para su alegría, descubrió que los carteles en aquella zona estaban tanto en el alfabeto occidental como en el griego.

Sin embargo, su cita no era allí, sino en North York, un área que al parecer había sido una ciudad independiente, pero que había terminado absorbida por Toronto, cuya población era ahora de tres millones. Al día siguiente fue en metro a su cita. Le divirtió descubrir que el sistema público de transporte se llamaba CTT (por Comisión del Transporte de Toronto), las mismas siglas que sin

duda se aplicarían al Colisionador de Taquiones-Tardiones que supuestamente inventaría algún día.

Los vagones del metro eran espaciosos y limpios, aunque, había oído que en las horas punta estaban atestados. Le gustó mucho recorrer en el suburbano (aunque en ese punto determinado el nombre no tenía mucho sentido) la alameda del Valle del Don, en la que el convoy viajaba a lo que debían de ser cientos de metros sobre el suelo, sobre una vías especiales colgadas bajo el Danforth. La vista era espectacular, pero lo más impresionante era que el puente sobre el Valle del Don había sido construido de modo que pudiera alojar dos sentidos de vías décadas antes de que en Toronto se tendiera la primera línea suburbana. No era frecuente encontrar muestras de tal planificación urbanística.

Hizo transbordo en Yonge, desde donde se dirigió a North York Centre. Le sorprendió descubrir que no necesitaba salir a la calle para entrar en la torre de apartamentos donde había quedado; disponía de acceso directo desde la estación. El mismo complejo contenía también una gran tienda de libros (parte de una cadena llamada Indigo), unos multicines y una gran galería de alimentación llamada Loblaws, que parecía especializada en una línea de productos llamada «Los favoritos del Presidente». Aquello sorprendió a Theo, que en aquel país hubiera esperado «Los favoritos del Primer Ministro».

Se presentó al conserje, que le indicó el camino por un vestíbulo de mármol hasta los ascensores. Subió hasta la planta treinta y cinco, y desde allí encontró sin problemas el apartamento que buscaba. Llamó a la puerta.

La hoja se abrió, mostrando a un asiático mayor.

—Hola —dijo éste en perfecto inglés.

—Hola, señor Cheung —respondió Theo—. Gracias por acceder a verme.

—¿Quiere pasar?

El hombre, que debía de tener unos sesenta y cinco años, se hizo a un lado para dejarlo entrar. Theo se quitó los zapatos y pasó al espléndido apartamento. Cheung lo condujo al salón, que tenía vistas al sur. A lo lejos, Theo podía distinguir el centro de Toronto con sus rascacielos, la esbelta aguja de la Torre CN y, a lo lejos, el

Lago Ontario extendiéndose en el horizonte.

—Le agradezco que me escribiera —dijo Theo—. Como puede imaginar, han sido días muy difíciles para mí.

—Estoy seguro. ¿Le apetece un té? ¿Un café?

—No, nada, gracias.

—Muy bien —dijo el hombre—. Siéntese.

Theo lo hizo en un sofá tapizado con cuero naranja. Junto a la mesilla descansaba un jarrón de porcelana.

—Es muy bonito.

Cheung asintió.

—De la Dinastía Ming, por supuesto; tiene casi quinientos años. La escultura es la mayor de las artes. Un texto escrito carece de valor una vez su lengua muere, pero un objeto físico que soporta los siglos, los milenios... eso es algo que celebrar. Cualquiera puede apreciar hoy en día la belleza de las viejas reliquias chinas, egipcias o aztecas; yo colecciono las tres. Los artesanos que hicieron cada una de ellas viven a través de su obra.

Theo respondió con un sonido de la garganta y se acomodó en el sofá. En la pared opuesta había un óleo de la bahía de Kowloon. Lo señaló con la cabeza.

—Hong Kong —dijo.

—Sí. ¿Lo conoce?

—En 1996, cuando tenía catorce años, mis padres nos llevaron de vacaciones. Querían que mi hermano y yo lo viéramos antes de que pasara a manos de la China Comunista.

—Sí, aquellos últimos años fueron excepcionales para el turismo —admitió Cheung—. Pero también para dejar el país; yo abandoné Hong Kong y vine a Canadá por esas fechas. Más de doscientos mil nativos se vinieron a este país antes de que los británicos devolvieran la colonia.

—Supongo que yo también hubiera salido —comentó Theo, comprensivo.

—Lo hicimos los que pudimos permitírnoslo. Y, según las visiones que ha tenido la gente, las cosas no mejorarán en China en los próximos veintiún años, de modo que me alegro de haberme marchado. No podía soportar la idea de perder la libertad. Pero usted, mi joven amigo, se enfrenta a una pérdida aún mayor, ¿no?

Por mi parte, tenía bastante claro que moriría en los próximos veintiún años, por lo que me alegré al descubrir que el que tuviera una visión significaba que estaría vivo para entonces. En realidad, al sentirme tan ágil comencé a sospechar que me quedarían bastantes más de veintiún años. No obstante, su propio tiempo puede ser muy corto: en mi visión, como le dije en el correo, se mencionaba su nombre. Nunca lo había oído antes, perdóneme que se lo diga, pero era un nombre lo bastante musical, Theodosios Procopides, como para quedarse en mi cabeza.

—Dijo que en su visión alguien le hablaba sobre planes para matarme.

—Ominoso, ¿no es cierto? Pero, como también le dije, poco más sé aparte de eso.

—No lo dudo, señor Cheung. Pero si pudiera localizar a la persona con la que usted hablaba en su visión, es evidente que él sabrá más.

—Pero, como le dije, no sé quién era.

—¿Podría describírmelo?

—Por supuesto. Era blanco. Blanco como un europeo del norte, no bronceado como usted. En mi visión no tenía más de cincuenta años, por lo que hoy en día tendrá su misma edad. Hablábamos inglés, y su acento era americano.

—Hay muchos acentos americanos.

—Sí, sí —respondió Cheung—. Quiero decir que hablaba como alguien de Nueva Inglaterra... como alguien de Boston, quizá.

La visión de Lloyd, al parecer, también lo había situado en Nueva Inglaterra; por supuesto, el hombre con el que Cheung habló no podía ser él, pues en ese momento se estaba acostando con una vieja.

—¿Qué más puede decirme sobre el habla del hombre? ¿Parecía educado?

—Sí, ahora que lo menciona, supongo que sí. Empleó la palabra «aprensivo». No es un término culto, pero tampoco suelen usarlo los iletrados.

—¿Qué dijo exactamente? ¿Puede recordar la conversación?

—Lo intentaré. Estábamos dentro, en algún sitio. Era Norteamérica, a juzgar por la forma de los enchufes; los de aquí

siempre me han recordado a bebés sorprendidos. Bueno, pues el hombre me dijo: «Él ha matado a Theo».

—¿El hombre con el que hablaba usted fue el que me mató?

—No, no, estaba citando sus palabras. Dijo: «Él», otro tipo, «ha matado a Theo».

—¿Está seguro de que dijo «él»?

—Sí.

Bueno, al menos eso era algo; de un plumazo se había quitado de encima a cuatro mil millones de sospechosas.

Cheung prosiguió:

—Dijo «Él ha matado a Theo», y yo dije, «¿Qué Theo?». Y el hombre respondió, «Ya sabes, Theodosios Procopides». Y yo dije, «Oh, vale». Así fue exactamente mi respuesta: «Oh, vale». Me temo que mi inglés espontáneo aún no ha alcanzado ese grado de informalidad, pero al parecer lo hará dentro de veintiún años. En cualquier caso, estaba claro que yo lo conocería a usted, o al menos sabría quién era, en el 2030.

—Siga.

—Bien, entonces mi interlocutor me dijo: «Se nos ha adelantado».

—¿P-perdón?

—Dijo «Se nos ha adelantado». —Cheung agachó la cabeza—. Sí, ya sé cómo suena, como si mi asociado y yo también tuviéramos planes de atentar contra usted —dijo extendiendo los brazos—. Dr. Procopides, soy un hombre rico, muy, muy rico. No le diré que la gente llega a mi nivel sin ser despiadada, porque los dos sabemos que no es cierto. Me he enfrentado con gran dureza a los rivales a lo largo de los años, y es posible que incluso haya violado alguna ley. Pero no soy sólo un hombre de negocios: también soy cristiano. —Levantó una mano—. Por favor, no se alarme; no le daré un sermón. Ya sé que en algunos círculos occidentales declarar abiertamente la propia fe no es apropiado, como si se hubiera sacado un tema que nunca hay que discutir en compañía educada. Lo menciono sólo para establecer un hecho: puedo ser un hombre duro, pero también temeroso de Dios... y nunca toleraría el asesinato. Dada mi edad, podrá usted comprender que mi moral está formada; no creo que en los últimos años de mi vida rompa un código con el que he vivido

desde la niñez. Ya sé lo que está pensando: la evidente interpretación de las palabras «Se nos ha adelantado» es que algún otro lo mató antes de que mis asociados pudieran hacerlo. Pero vuelvo a decirle que no soy un asesino. Además, por lo que sé es usted físico, y pocos negocios tengo en ese campo; mi principal área de inversión, aparte del negocio inmobiliario, en el que todo el mundo debería invertir, es el de la investigación biológica: farmacéutica, ingeniería genética, etc. No soy un científico, ya sabe, sólo un capitalista. Pero creo que estará de acuerdo en que un físico no tiene posibilidades de convertirse en un obstáculo para mis intereses, y, repito, no soy un asesino. A pesar de todo, quedan esas palabras, que le repito de forma literal: «Se nos ha adelantado».

Theo observó al hombre, pensativo.

—Si es así —dijo al fin, midiendo con cuidado las palabras—, ¿por qué me cuenta todo esto?

Cheung asintió, como si esperara la pregunta.

—Por supuesto, nadie discute los planes para cometer un asesinato con la víctima; pero, como le he dicho, Dr. Procopides, soy cristiano; por tanto, creo que no sólo es su vida la que está en juego, sino también mi alma. No tengo interés alguno en verme involucrado, siquiera de pasada, en negocios tan pecaminosos como el homicidio. Y como el futuro *puede* cambiarse, deseo que así sea. Usted sigue el rastro de aquel que lo matará; si logra impedir su muerte a manos de esa persona, sea quien sea, entonces no se adelantará a mis asociados. Confío en usted con la esperanza no sólo de que esa persona no le disparará, porque fue tiroteado, ¿no?, sino también de que no lo haga nadie relacionado conmigo. No quiero su sangre, ni la de nadie, en mis manos.

Theo exhaló ruidosamente. Ya era bastante duro pensar en que una persona lo querría muerto en el futuro, como para oír ahora que eran varios los grupos que querían acabar con él.

Quizá aquel anciano estuviera loco, aunque no lo parecía. Sin embargo, dentro de veintiún años tendría... ¿cuántos años tenía exactamente?

—Perdone mi impertinencia, pero ¿puedo preguntarle cuándo nació?

—Por supuesto: el 29 de febrero de 1932, por lo que tengo

diecinueve años.

Theo abrió los ojos como platos. Estaba *realmente* loco…

Pero Cheung sonrió.

—Porque nací el veintinueve de febrero, ¿ve?, que sólo llega cada cuatro años. En realidad tengo setenta y siete.

Lo que lo hacía bastante mayor de lo que Theo había supuesto. ¡Por Dios! Tendría noventa y ocho en 2030.

Un pensamiento acudió a su mente: había hablado con mucha gente que había estado soñando en 2030; normalmente no costaba mucho distinguir el sueño de la vigilia, pero si Cheung tenía noventa y ocho años, ¿no podría padecer de Alzheimer en el futuro? ¿Cómo serían los pensamientos de un cerebro así?

—Le ahorraré la pregunta —dijo Cheung—. Carezco del gen del Alzheimer. Me sorprendí tanto como usted al pensar que estaría vivo dentro de veintiún años, y estoy tan atónito como usted al saber que yo, que he llevado una vida plena, sobreviviré a alguien tan joven como usted.

—¿De verdad nació el veintinueve de febrero?

—Sí, pero no es un atributo precisamente único; somos unos cinco millones los que compartimos esa fecha.

Theo consideró aquel dato.

—Entonces ese hombre le dijo «Se nos ha adelantado». ¿Qué dijo usted después de eso?

—Le respondí, y de nuevo le ruego disculpe mis palabras, «No pasa nada».

Theo frunció el ceño.

—Y entonces —siguió Cheung— añadí: «¿Quién es el siguiente?», a lo que mi socio respondió «Korolov». Korolov, que supongo que será K-O-R-O-L-O-V. Un nombre ruso, ¿no? ¿Significa algo para usted?

Theo negó con la cabeza.

—No. Entonces, usted iba… ¿va a eliminar también a Korolov?

—Es una interpretación evidente, sí. Pero no tengo ni idea de quién podría ser, ni si es un hombre o una mujer.

—Hombre.

—Creí haber oído que no conocía a esa persona.

—Y así es, pero Korolov es un apellido masculino. Los apellidos

de mujeres en Rusia terminan en -ova, y los de hombre en -ov.

—Ah. En cualquier caso, cuando el hombre al que hablaba dijo «Korolov», yo respondí: «Bueno, no puede haber nadie más tras él», y mi socio respondió, «No hay por qué ser aprensivo, Ubu». Ubu es un mote que sólo permito a los amigos íntimos, aunque, como dije, aún no he conocido a ese hombre. «No hay por qué ser aprensivo, Ubu», dijo. «El tipo que se cargó a Procopides no puede estar interesado en Korolov». Y entonces yo dije: «Muy bien. Encárgate de ello, Darryl», lo que supongo que es el nombre de mi interlocutor. Abrió la boca para hablar de nuevo, pero de repente me vi aquí, de vuelta en 2009.

—¿Eso es todo cuanto sabe? ¿Que usted y un hombre llamado Darryl se dedicarán a matar gente, incluyéndome a mí y a alguien llamado Korolov, pero que alguien más, un hombre sin planes contra Korolov, me matará primero?

Cheung se encogió de hombros a modo de disculpa, pero Theo no sabía si por los frustrantes agujeros en la información o por el hecho de que un día, al parecer, querría verlo muerto.

—Así es.

—Ese Darryl... ¿tenía pinta de boxeador? Ya sabe, un luchador.

—No, yo diría que era demasiado grueso como para ser un atleta.

Theo se recostó en el sofá, confundido.

—Gracias por informarme —dijo al fin.

—Era lo menos que podía hacer —respondió Cheung. Se detuvo un instante, como si valorara la prudencia de decir algo más—. El alma nos habla de vida inmortal, Dr. Procopides, pero la religión sólo de recompensas. Sospecho que le aguardan grandes cosas, y que usted *recibirá* la recompensa adecuada; pero sólo, por supuesto, si logra mantenerse con vida el tiempo suficiente. Hágase un favor, háganos un favor a los dos, y no renuncie a su búsqueda.

24

Theo regresó a Nueva York y le relató a Lloyd su encuentro con Cheung. El canadiense se quedó tan perplejo como Theo ante la información recibida. Los dos permanecieron en la ciudad ocho días más, mientras las Naciones Unidas seguían debatiendo de forma acalorada su propuesta.

China estaba a favor de la moción que autorizaba la repetición de los experimentos. Aunque ya estaba claro que el futuro *no* era fijo, el hecho de que durante las primeras visiones el gobierno totalitario chino siguiera allí con su mano de hierro había hecho mucho por acallar a los disidentes internos. Para China, aquel era un asunto capital. Sólo había dos versiones posibles del futuro: la continuación o no de la dictadura comunista. Las primeras visiones apuntaban a la primera opción. Si las segundas lo corroboraban, si a pesar de la maleabilidad del futuro el Comunismo no sería derribado, el espíritu disidente quedaría hecho trizas: un ejemplo perfecto de lo que el *New York Times* había llamado, en un chiste de gusto cuestionable, «taking a Dim view of the future»*, en honor de Dimitrios Procopides, quien, roto su espíritu por lo que había visto en su porvenir, dio todo cuanto tenía para cambiarlo.

¿Y si las segundas visiones mostraban que el Comunismo había caído? Entonces China no estaría peor que antes del primer salto al futuro, con su destino en cuestión. Era una jugada que, desde el punto de vista de Pekín, merecía la pena.

Los embajadores de la Unión Europea también iban a votar claramente a favor de la repetición, por dos motivos. Si la réplica fracasaba, la interminable riada de demandas contra el CERN y sus países miembros remitiría con toda probabilidad. Si tenía éxito, el segundo vistazo del futuro sería gratis, pero los posteriores podrían venderse al resto de la humanidad por miles de millones de euros.

Sí, otras naciones podrían tratar de construir aceleradores capaces de producir las mismas energías liberadas en el LHC, pero la primera visión había mostrado un mundo lleno de colisionadores de taquiones-tardiones, y parecía que, a pesar de todo, no era tan fácil producir visiones. Si el CERN era responsable, era al parecer el responsable de algún modo *único*: alguna combinación específica de parámetros, imposible de lograr en otro acelerador, había hecho posible el fenómeno.

Las objeciones a la reproducción eran más vehementes en el hemisferio occidental, en los países cuyas gentes habían estado en su mayoría despiertas cuando la conciencia viajó al 2030 d.C, y en los que por tanto se había producido el mayor número de muertos y heridos. Las protestas tenían como base principal los daños del primer suceso, y el miedo a que una segunda visión viniera acompañada por una carnicería y una destrucción similares.

En el hemisferio oriental el daño había sido relativamente pequeño; en muchas naciones, más del noventa por ciento de la población había estado dormido, o al menos a salvo dentro de la cama, cuando se produjo el salto al futuro; había habido muy pocas bajas, y muy pocos daños a la propiedad. Argumentaban que, evidentemente, el anuncio por adelantado de una réplica no pondría en peligro a mucha gente. Denunciaban como emocionales las protestas contra el experimento. De hecho, las encuestas en todo el mundo mostraban que aquellos que habían tenido visiones estaban enormemente satisfechos por ellas, aunque al final no hubiesen reflejado un futuro inmutable. De hecho, ahora que el mundo estaba seguro de que el destino podía cambiarse, aquellos que habían visto algo que consideraban negativo estaban, en la media, más satisfechos por la visión que aquellos que habían descrito su futuro como positivo.

Aunque no tenía voz formal en la deliberación de la ONU, el Papa Benedicto XVI entró en el debate asegurando que las visiones eran totalmente consistentes con la doctrina católica. El espectacular aumento de la asistencia a misa desde el fenómeno había sido, sin duda alguna, un factor en la postura del pontífice.

El primer ministro de Canadá apoyaba igualmente las visiones, ya que mostraban que el Quebec seguía formando parte del país. El

presidente de los Estados Unidos estaba menos entusiasmado; aunque su país seguía siendo la principal potencia mundial dentro de dos décadas, sus consejeros mostraban una gran preocupación por que el primer destello ya hubiera provocado graves daños en la seguridad nacional, pues personas (incluso niños) que no estaban atadas por juramentos de secreto tuvieron acceso a toda clase de información comprometedora. Y, por supuesto, a los demócratas les escocía que el republicano Franklin Hapgood, en esos momentos profesor de ciencia política en Purdue, pareciera estar destinado a ser presidente en 2030.

Así que la delegación estadounidense seguía peleando contra la repetición. «Aún estamos enterrando a nuestros muertos», decía un embajador. Pero los japoneses respondían asegurando que, aunque las visiones no hubieran mostrado un futuro real, claramente enseñaban uno *factible.* Los EE.UU., un país en el que la mayor parte de la población había tenido visiones diurnas, trataba de atesorar los beneficios tecnológicos obtenidos por el fenómeno. El primer salto se había producido a las 11:21 en Los Ángeles, a las 14:21 en Nueva York y a las 3:21 en Tokio; casi todos los japoneses habían tenido visiones poco más emocionantes que ellos mismos soñando en el futuro. América capitalizaba las nuevas invenciones y tecnologías advertidas por sus ciudadanos; Japón y el resto del hemisferio oriental habían quedado detrás de forma injusta.

Aquello incendió de nuevo a la delegación china; al parecer, habían estado esperando el momento de que alguien sacara aquel mismo asunto. El fenómeno se había producido a las 2:21 horas en Pekín; la mayoría de los chinos no habían visto más que a sí mismos durmiendo en el futuro. Si se invocaba otro salto, argumentaban, sin duda debería comenzar con un desfase de doce horas respecto al original. De ese modo, si el salto se desfasaba doce horas respecto a los veintiún años, seis meses, dos días y dos horas fijos del primer experimento, aquellos en el hemisferio oriental se beneficiarían más esta vez, equilibrando las cosas.

El gobierno japonés apoyó de inmediato al chino en este asunto, así como el indio, el pakistaní y el de las dos Coreas, que reclamaban igualdad.

Los orientales podían tener razón sobre que América trataba de

lograr la superioridad tecnológica; si se iba a producir una réplica, los Estados Unidos insistían con vehemencia en que se produjera a la misma hora del día, alegando criterios científicos: la repetición era precisamente eso, y todos los parámetros experimentales debían ser iguales, dentro de lo humanamente posible.

Lloyd Simcoe fue llamado para aconsejar a la Asamblea General sobre ese punto.

—Recomendaría no variar ningún factor de forma innecesaria —dijo—, pero como aún carecemos de un modelo funcional del fenómeno, no puedo afirmar de forma categórica que realizar el experimento de noche, y no de día, vaya a representar una diferencia. Después de todo, el túnel del LHC está muy bien escudado contra la filtración de radiaciones, y esa protección tiene el efecto de mantener también fuera la radiación solar y cualquier otro elemento externo. A pesar de todo, recomendaría no variar la hora.

Un delegado de Etiopía señaló que Simcoe era estadounidense, y que por tanto estaba tratando de proteger los intereses de su país. Lloyd replicó diciendo que en realidad era canadiense, pero aquello no impresionó al africano; Canadá también se había beneficiado de forma desproporcionada de los destellos del futuro de sus ciudadanos.

Mientras tanto, el mundo islámico había abrazado en su mayoría las visiones como *ilham*, guía divina ejercida directamente sobre la mente y el alma, en vez de *wahi*, revelación divina del futuro, ya que, por definición, sólo los profetas eran capaces de lo segundo. Que las visiones pertenecieran a un futuro maleable parecía conformarse a la visión islámica y, aunque estos dirigentes no invocaron la metáfora de Scrooge, el concepto de recibir conocimientos que permitieran la mejora personal por líneas religiosas y espirituales era interpretada por muchos como totalmente congruente con el Corán.

Algunos musulmanes sostenían, no obstante, que las visiones eran demoníacas, parte de la destrucción del mundo, y no divinas. Pero, en cualquier caso, los líderes espirituales islámicos rechazaban por completo la noción de que un experimento de física pudiera ser la causa: aquella era una interpretación errónea, secular y

occidental. Las visiones tenían un origen claramente espiritual, y la materia era irrelevante en las mismas.

Lloyd había temido que los musulmanes se opusieran a la repetición del experimento del LHC con esta base. Pero primero el Wilaiar al-Faqih de Irán, después el Shaik al-Azhar en Egipto y más tarde todos los shaik e imanes del mundo, terminaron por admitir la repetición, precisamente para que, al fallar, los infieles vieran demostrado que el origen del suceso original había sido espiritual, y no seglar.

Por supuesto, los gobiernos musulmanes no coincidían a menudo con los fieles a los que gobernaban. Para aquellos países que no inclinaban la cabeza ante Occidente, apoyar la repetición, aunque fuera diferida en doce horas como exigían los asiáticos, era un escenario de gano-ganas: si fracasaba, los científicos occidentales terminarían humillados y la perspectiva materialista del mundo sufriría un gran golpe; si tenía éxito, la economía de las naciones musulmanas se vería beneficiada al lograr sus ciudadanos visiones de tecnología futura, como ya había pasado con los americanos.

Lloyd había esperado que aquellos que no tuvieron visiones, los que al parecer estarían muertos en el futuro, se opusieran también a la repetición, pero, en realidad, la mayoría estuvo a favor. Los jóvenes sin visión, bautizados como «Ungrateful Dead»* por el *Newsweek*, solían alegar que querían demostrar que había otra explicación que la muerte a su falta de experiencia. Los mayores, que casi se habían resignado al hecho de que estarían muertos dentro de veintiún años, simplemente sentían curiosidad por descubrir más, aunque fuera a través de otros, sobre el futuro que nunca vivirían para ver.

Algunos países, Portugal y Polonia entre ellos, solicitaban que se retrasara la repetición al menos un año, ante lo que se presentaron tres poderosas réplicas: primero, como Lloyd había señalado, cuanto más tiempo pasara, más probable era que algún factor externo cambiara lo bastante como para impedir el experimento; segundo, la necesidad de una seguridad absoluta durante la réplica era evidente para la opinión pública en ese momento. Cuanto más se difuminara la gravedad de las consecuencias en la mente de todos, menos estrictos serían en su preparación; tercero, la gente quería

nuevas visiones que confirmaran o negaran los acontecimientos de las primeras, permitiendo a aquellos que habían visto cosas inquietantes comprobar si ya estaban en el buen camino para evitar esos futuros. Si las nuevas visiones fueran también de un tiempo veintiún años, seis meses, dos días y dos horas en el futuro del momento del experimento, cada día que pasaba disminuía las probabilidades de que la segunda visión tuviera la relación suficiente con la primera como para poder hacer comparaciones.

También había un buen argumento económico a favor de una rápida repetición, si es que al fin se producía. Muchos negocios operaban en aquellos momentos con capacidades reducidas, debido al daño en equipo y personal producido durante el primer salto. Un paro general en el futuro cercano para acomodar un segundo salto resultaría en una pérdida menor de productividad que otro realizado dentro de meses o años, cuando los comercios y fábricas operaran de nuevo a toda máquina.

Los debates se centraban en incontables asuntos: economía, seguridad nacional (¿y si una nación lanzaba un ataque nuclear contra otra justo antes de la pérdida de consciencia?), filosofía, religión, ciencia y principios democráticos. ¿Podía una decisión que iba a afectar a todo el planeta realizarse con un voto por nación? ¿No deberían los votos depender del peso demográfico de cada país, de modo que la voz china fuera la más importante? ¿O había que pensar en un referéndum global?

Al fin, tras muchas discusiones y tensiones, la ONU tomó su decisión: se repetiría el experimento del LHC, aunque desplazado, como muchos habían exigido, doce horas respecto al primero.

Todos los embajadores de la Unión Europea insistieron en una condición antes de permitir que el CERN intentara reproducir el experimento; no habría demanda gubernamental alguna contra el instituto, contra los países que lo formaban o contra su personal. Se aprobó una resolución de la ONU impidiendo que se presentara esta clase de demandas ante el Tribunal Mundial. Por supuesto, nada podía impedir las demandas civiles, aunque tanto el gobierno francés como el suizo habían declarado que sus tribunales no atenderían dichas reclamaciones, y era difícil establecer la jurisdicción de otras cortes.

El Tercer Mundo representaba el problema logístico más importante: las regiones sin desarrollar o en vías de desarrollo, a las que las noticias llegaban lentamente, si es que llegaban. Se decidió que la repetición no se produciría hasta dentro de seis semanas, tiempo más que suficiente para que todo el mundo pudiera darse por enterado. De ese modo, la humanidad comenzó los preparativos para echarle otro vistazo al mañana.

Michiko lo bautizó como Operación Klaatu. En la película *Ultimátum a la Tierra*, Klaatu, un alienígena, neutralizaba toda la electricidad del mundo durante treinta minutos precisamente al mediodía de Washington, para demostrar la necesidad de la paz mundial. Pero lo hizo con un gran cuidado, de modo que nadie saliera herido. Los aviones permanecieron en el aire y las salas de operaciones mantuvieron su energía. Aquella vez iban a intentar ser tan cuidadosos como Klaatu, aunque, como Lloyd señalaba, en la película el alienígena era acribillado por sus esfuerzos. Por supuesto, al ser de otro planeta había conseguido resucitar...

Lloyd se sentía frustrado. La primera vez, por algún motivo, el experimento no había conseguido producir el bosón de Higgs; quería tocar los parámetros ligeramente con la esperanza de alcanzar la discreta partícula, pero sabía que la reproducción tenía que ser exacta. Probablemente nunca tuviera una ocasión para refinar la técnica, para generar el Higgs. Y, por supuesto, eso significaba que nunca conseguiría el Nóbel.

Salvo que...

Salvo que diera con una explicación física para lo que había sucedido. Pero aunque era su experimento el que al parecer había causado el salto de veintiún años, y aunque él, y todo el personal del CERN, se habían estrujado el cerebro para determinar la causa, no tenía ni idea de por qué había pasado. Cualquier otro, incluso alguien que no fuera físico de partículas, tenía las mismas posibilidades de averiguar las razones.

25

DÍA D

Casi todo era igual. Por supuesto, ahora eran las horrendas cinco de la mañana, y no de la tarde, pero como en la sala de control del LHC no había ventanas, no había modo de saberlo. También se encontraba más gente presente. Era difícil conseguir tantos espectadores periodistas para un experimento de física de partículas, pero aquella vez el servicio de prensa del CERN había tenido que decidir por sorteo quiénes tendrían acceso. Las cámaras retransmitían la escena para todo el mundo.

Por todo el planeta la gente se encontraba en la cama, sentada en el sofá, tirada en la hierba, en el suelo. Nadie bebía nada caliente. No volaba ningún avión comercial, militar o privado. Todo el tráfico en las ciudades se había detenido; en realidad, ya llevaba horas parado, para asegurar que no hubiera prácticamente necesidad de operaciones de emergencia o de ambulancias durante la réplica. Las avenidas y autopistas estaban vacías, o eran gigantescos estacionamientos.

Dos transbordadores espaciales, uno estadounidense y otro japonés, se encontraban en ese momento en órbita, pero no había motivo para pensar que estuvieran en peligro. Los astronautas se limitarían a entrar en sus sacos de dormir durante el fenómeno. Lo mismo harían los nueve ocupantes de la Estación Espacial Internacional.

No se realizaba ninguna operación quirúrgica, no se lanzaban pizzas al aire, no se operaba maquinaria alguna. En un momento dado casi un tercio de la humanidad estaba dormido, pero, en aquel instante, prácticamente los siete mil millones aguardaban

despiertos. Irónicamente, la actividad era una de las más bajas de la historia.

Como en la primera ocasión, la colisión se controlaba mediante el ordenador. Lloyd no tenía mucho que hacer. Los reporteros descansaban sus cámaras sobre trípodes, pero estaban tumbados en el suelo, o sobre mesas. Theo ya se encontraba en el suelo, igual que Michiko (demasiado cerca del griego, para el gusto de Lloyd). Frente a la consola principal quedaba un poco de suelo libre, en el que Lloyd se tumbó. Desde esa posición podía ver uno de los relojes, y siguió la retrocuenta con él.

—Cuarenta segundos.

¿Sería devuelto a Nueva Inglaterra? Era seguro que la visión no comenzaría donde la había dejado, hacía meses. Era seguro que no volvería a estar en la cama con... Dios, ni siquiera sabía su nombre. Ella no había dicho una sola palabra. Podía ser estadounidense, por supuesto, o canadiense, australiana, inglesa, escandinava, francesa... Era difícil decirlo.

—Treinta segundos.

¿Dónde se habían conocido? ¿Cuánto tiempo llevaban casados? ¿Tenían hijos?

—Veinte segundos.

¿Era el suyo un matrimonio feliz? Al menos eso parecía durante el breve destello. Pero incluso él había visto escenas de ternura entre sus padres en alguna ocasión.

—Diez segundos.

Puede que la mujer ni siquiera apareciera en su siguiente visión.

—Nueve segundos.

De hecho, era probable que estuviera dormido, y no necesariamente soñando, dentro de veintiún años.

—Ocho segundos.

Era prácticamente imposible que volviera a verse, que estuviera cerca de un espejo, o viéndose por un circuito cerrado de televisión.

—Siete.

Pero era posible que percibiera *algo* revelador, algo importante.

—Seis.

Algo que al menos respondiera a algunas de las preguntas que lo atormentaban.

—Cinco.

Algo que explicara lo que había contemplado la primera vez.

—Cuatro.

Quería a Michiko, por supuesto.

—Tres.

Y se casaría con ella, a pesar de lo que mostró la primera visión, de lo que pudiera mostrar la nueva.

—Dos.

Pero no estaría mal averiguar el nombre de la otra mujer…

—Uno.

Cerró los ojos, como si así invocara mejor la visión.

—Cero.

Nada. Oscuridad. ¡Mierda, en el futuro estaba dormido! No era justo, después de todo era *su* experimento. Si alguien merecía una segunda visión, era él, y…

Abrió los ojos. Seguía tumbado de espaldas. Sobre su cabeza, en lo alto, se hallaba el techo del centro de control del LHC.

Oh, Dios. Oh, Dios.

Dentro de veintiún años tendría sesenta y seis.

Y dentro de veintiún años y unos meses… Estaría muerto.

Como Theo.

Maldición. Maldición.

Giró la cabeza a un lado y se encontró con el reloj delante.

Los dígitos azules mutaban silenciosos: 22:00:11; 22:00:12; 22:00:13…

No había perdido el conocimiento.

No había sucedido nada.

El intento de replicar el salto al futuro había fracasado, y…

Luces verdes.

¡Luces verdes en la consola de ALICE!

Lloyd se puso en pie. Theo ya se estaba incorporando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de los reporteros.

—Nada de nada —respondió otro.

—Por favor —dijo Michiko—. Por favor, que todo el mundo se quede en el suelo. Aún no sabemos si es seguro levantarse.

Theo palmeó la espalda de Lloyd, que sonreía de oreja a oreja. Se volvió y abrazó a su colaborador.

—Chicos —dijo Michiko, incorporándose sobre un codo—. No ha pasado nada.

Lloyd y Theo se separaron y el primero corrió por la estancia para acercarse a ella, tomarle las manos, levantarla y abrazarla.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó ella.

Lloyd señaló la consola, y la japonesa abrió los ojos como platos.

—*¡Sinjirarenai!* —exclamó—. ¡Lo tienes!

Lloyd sonrió aún más.

—¡Lo tenemos!

—¿El qué? —preguntó uno de los periodistas—. ¡Mierda, no ha pasado nada!

—Oh, claro que sí —respondió Lloyd.

Theo también sonreía.

—¡Y tanto!

—*¿Qué?* —exigió el mismo reportero.

—¡El Higgs! —dijo Lloyd.

—¿El qué?

—¡El bosón de Higgs! —repitió el canadiense, pasando el brazo por la cintura de Michiko—. ¡Tenemos el Higgs!

Otro periodista sofocó un bostezo.

—Pues qué bien.

Uno de los reporteros estaba entrevistando a Lloyd.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el hombre, un brusco corresponsal de mediana edad del *Times* de Londres—. O, para ser más exactos, ¿por qué no ha sucedido nada?

—¿Cómo puede decir que no ha pasado nada? ¡Tenemos el bosón de Higgs!

—A nadie le importa eso. Lo que queremos...

—Se equivoca —le corrigió amable Lloyd—. Esto es grande. Esto es enorme. En cualquier otra circunstancia, este descubrimiento estaría en primera plana de todos los periódicos del mundo.

—Pero las visiones...

—No tengo explicación para que no se hayan reproducido, pero el día no puede calificarse precisamente de fracaso. Los científicos hemos estado tratando de dar con el bosón de Higgs desde que Glashow, Salam y Weinberg predijeran su existencia hace medio siglo...

—Pero la gente esperaba otro destello del futuro, y...

—Lo entiendo —dijo Lloyd—. Pero encontrar el Higgs, no una estúpida búsqueda de la precognición, fue el motivo por el que se construyó el colisionador de hadrones. Sabíamos que tendríamos que superar los diez trillones de electronvoltios para conseguirlo, motivo por el que los diecinueve países que forman el CERN se unieron para construir esto. Por eso los Estados Unidos, Canadá, Japón, Israel y otros países donaron miles de millones al proyecto. Por la *buena* ciencia, la ciencia importante...

—No obstante —señaló el reportero—, el *Wall Street Journal* estimó que el coste total de su paro laboral ha ascendido a más de *catorce mil millones* de dólares. Eso convierte al Proyecto Klaatu en el empeño más caro de la historia humana.

—¡Pero tenemos el Higgs! ¿Es que no lo ve? Esto no solo confirma la teoría electrodébil, sino también la existencia del campo de Higgs. Ahora sabemos qué hace que los objetos, usted, yo, esta mesa, este planeta, tengan masa. El bosón de Higgs porta un campo fundamental que confiere masa a las partículas elementales, *¡y hemos confirmado su existencia!*

—A nadie le importa el bosón —insistió el periodista—. La gente ni siquiera puede decir esa palabra estúpida sin reírse.

—Llámelo partícula de Higgs, entonces, como hacen muchos físicos. Pero, lo llame como lo llame, es el descubrimiento físico más importante en lo que llevamos de siglo XXI. Sí, aún no ha terminado ni la primera década del mismo, pero apuesto a que, para el fin del siglo, la gente mirará atrás y dirá que éste *sigue* siendo el descubrimiento físico más importante del siglo.

—Eso no explica por qué no conseguimos nada...

—¡*Sí* conseguimos algo! —saltó Lloyd, exasperado.

—Quiero decir que no conseguimos visiones.

Lloyd infló los carrillos y expulsó el aire.

—Mire, hemos hecho todo cuanto hemos podido. Puede que el fenómeno original fuera algo único, o que dependiera enormemente de condiciones iniciales que hayan cambiado de forma sutil. Puede que...

—Estaba preparado —dijo el reportero.

Lloyd lo sintió como una bofetada.

—¿Perdón?

—Estaba preparado. Alteró el experimento de forma deliberada.

—Nosotros *no* preparamos...

—Quería torpedear todas las demandas; incluso después de aquel baile en la ONU, quería asegurarse de que nadie pudiera demandarlo, así que, si demostraba que el CERN no tenía nada que ver con el primer salto al futuro...

—Esto no es una pantomima. No nos hemos inventado el Higgs. Logramos una *hazaña*, por el amor de Dios...

—Nos ha engañado —acusó el hombre del *Times*—. Ha engañado a todo el planeta.

—No sea ridículo.

—Venga, hombre. Si no estaba preparado, ¿por qué ha sido incapaz de darnos otro vistazo del futuro?

—N-no lo sé. Lo intentamos. Lo intentamos de verdad.

—Supongo que sabrá que habrá una investigación.

Lloyd giró los ojos, pero era probable que el periodista tuviera razón.

—Mire —dijo—. Hicimos todo cuanto pudimos. Los datos informáticos lo demostrarán, dirán que cada uno de los parámetros experimentales era idéntico. Por supuesto, está el problema del caos, y el de la sensibilidad dependiente, pero hicimos todo lo que pudimos, y el resultado no puede calificarse de fracaso en absoluto. —El reportero parecía tener ganas de volver a objetar, posiblemente diciendo que los informes podían manipularse, pero Lloyd alzó una mano—. Sin embargo, puede que *tenga* usted razón. Puede que esto demuestre que en realidad el CERN no tuvo nada que ver con lo sucedido. En ese caso...

—En ese caso, usted salva el pescuezo —replicó amargo el periodista.

Lloyd frunció el ceño, pensativo. Por supuesto, era probable que ya se hubiera salvado legalmente por el primer suceso. Pero, ¿y moralmente? Sin la absolución ofrecida por un universo bloque, desde el suicidio de Dim se había visto acosado por los muertos y los destrozos provocados.

Enarcó las cejas.

—Creo que tiene razón —dijo—. Creo que he salvado el

pescuezo.

26

Como todos los físicos, Theo esperaba con interés todos los años la lista de los honrados con el Premio Nóbel, para saber quién se uniría a las filas de Bohr, Einstein, Feynman, Gell-Mann y Pauli. Los investigadores del CERN habían logrado más de veinte galardones a lo largo de los años. Por supuesto, cuando vio ese encabezado en su bandeja de entrada, no tuvo que abrir el mensaje para saber que su nombre no estaba en la lista de premiados de aquel año. Sin embargo, le gustaba ver si lo había conseguido alguno de sus amigos y colegas. Apretó el botón de ABRIR.

Los premiados eran Perlmutter y Schmidt, por el trabajo, de hacía casi una década, que demostraba que el universo se iba a expandir eternamente, en vez de terminar por colapsarse en una gran explosión. Era típico que el premio se concediera a trabajos completados años atrás: era necesario dar tiempo a la reproducción de los resultados y a la consideración de las ramificaciones.

Bueno, pensó Theo, los dos eran buenas elecciones. Sin duda habría amargura en el CERN; se rumoreaba que McRainey ya estaba planeando la fiesta de celebración, aunque sin duda se trataba de calumnias. A pesar de todo, Theo se preguntó, como hacía todos los años por esas fechas, si alguna vez vería su nombre en esa lista.

Theo y Lloyd pasaron los dos días siguientes trabajando en su informe sobre el Higgs. Aunque la prensa ya había anunciado (aunque sin mucho entusiasmo) la generación de la partícula, aún tenían que poner por escrito los resultados para publicarlos en revistas científicas. Lloyd, como era su costumbre, garabateaba en el tablero de datos mientras Theo paseaba arriba y abajo.

—¿Por qué la diferencia? —preguntó el canadiense por duodécima vez—. ¿Por qué no conseguimos el Higgs la primera vez, pero sí ésta?

—No lo sé —dijo Theo—. No cambiamos nada. Por supuesto, tampoco pudimos reproducirlo todo a la perfección. Han pasado semanas desde el primer intento, de modo que la Tierra se ha desplazado millones de kilómetros alrededor de su órbita, y, por supuesto, el sol también se ha desplazado en el espacio, como siempre hace, y...

—¡El sol! —gritó Lloyd. Theo lo miró confuso—. ¿No lo ves? La primera vez que lo hicimos el sol estaba en el cielo, pero en la segunda era de noche. Puede que en el primer experimento los vientos solares interfirieran con el equipo.

—El túnel del LHC se encuentra a cien metros bajo tierra, y tiene la mejor protección contra radiaciones que existe. No hay modo de que una partícula ionizada pueda atravesarlo.

—Hmm. ¿Pero qué hay de las partículas contra las que no podemos escudarnos? ¿Qué hay de los neutrinos?

Theo frunció el ceño.

—Para ellos, no hay diferencia entre que nos encaremos al sol o no.

Sólo uno de cada doscientos millones de neutrinos que alcanzaba la Tierra llegaba a golpear algo; el resto se limitaba a atravesarla hasta el otro lado.

Lloyd apretó los labios, pensativo.

—Pero puede que la cantidad de neutrinos fuera especialmente alta aquel día. —Algo resonaba en su cabeza, algo que había dicho Gaston Béranger cuando enumeraba todas las demás cosas que habían sucedido a las cinco de la tarde del veintiuno de abril—. Béranger me dijo que el observatorio de neutrinos de Sudbury había detectado una gran descarga justo antes de que comenzara nuestro experimento.

—Conozco a alguien en el ONS —dijo Theo—. Wendy Small. Hicimos juntos el posgraduado. —El observatorio de Sudbury, abierto en 1998, situado bajo dos kilómetros de roca precámbrica, era el detector de neutrinos más sensible del mundo.

Lloyd señaló el teléfono y Theo se acercó a él.

—¿Conoces el prefijo regional?

—¿De Sudbury? Probablemente sea el 705, el de casi todo el norte de Ontario.

Theo marcó un número, habló con el operador, colgó y marcó de nuevo.

—Hola —dijo en inglés—. ¿Wendy Small, por favor? —Una pausa—. Hola, Wendy, soy Theo Procopides. ¿Qué? Ah. Qué graciosa, qué graciosa eres. —Theo cubrió el micrófono y le dijo a Lloyd—: me ha dicho que si no estaba muerto. —Lloyd pugnó por no soltar una carcajada—. Wendy, te llamo del CERN. Estoy aquí con Lloyd Simcoe. ¿Te importa que ponga el altavoz?

—¿Es de verdad Lloyd Simcoe? —dijo la voz de Wendy desde el altavoz—. Encantada de hablar con usted.

—Hola —respondió Lloyd débilmente.

—Mira —dijo Theo—; como sabes, intentamos reproducir ayer el experimento temporal, pero no funcionó.

—Eso he notado —respondió Wendy—. ¿Sabes? En mi visión, estaba viendo la televisión, pero era tridimensional. Parecía el clímax de una película de detectives. Me muero por saber quién era el asesino.

Y *yo*, pensó Theo. Pero dijo algo distinto:

—Lamentamos no haberte podido ayudar.

—Tengo entendido —dijo Lloyd— que el observatorio de neutrinos de Sudbury captó un influjo de neutrinos justo antes del experimento original, el 21 de abril. ¿Podía deberse a manchas solares?

—No. Aquel día el sol estaba tranquilo; lo que detectamos fue una descarga extrasolar.

—¿Extrasolar? ¿Te refieres a procedente de fuera del sistema solar?

—Así es.

—¿Cuál era la fuente?

—¿Recuerdas la supernova 1987A?

Theo negó con la cabeza.

Lloyd respondió, sonriendo.

—Ése era el sonido de Theo negando con la cabeza.

—Ya oía como un sonajero —dijo Wendy—. Bueno, escuchad: en 1987 se detectó la mayor supernova en trescientos ochenta y tres años. Una supergigante azul de tipo B3 llamada Sanduleak-69°202 saltó por los aires en la Gran Nube de Magallanes.

—¡La Gran Nube de Magallanes! —exclamó Lloyd—. Eso queda bastante lejos de aquí.

—A ciento sesenta y seis años luz, para ser exactos —respondió Wendy—. Eso significa, por supuesto, que en realidad Sanduleak reventó en el Pleistoceno, pero no vimos la explosión hasta hace veintidós años. Pero los neutrinos viajan sin impedimento casi por toda la eternidad, y, durante la explosión de 1987, detectamos una descarga de neutrinos que duró unos diez segundos.

—De acuerdo —dijo Lloyd.

—Y Sanduleak era una estrella muy extraña; normalmente esperas que sea una supergigante roja, no azul, la que entre en supernova. Pero bueno, después de explotar como tal, lo que sucede normalmente es que los restos de la estrella se colapsan en un agujero negro. Pues si Sanduleak se hubiera colapsado en un agujero negro, nunca deberíamos haber detectado los neutrinos, ya que no hubieran tenido oportunidad de escapar. Pero, con veinte masas solares, pensamos que Sanduleak era demasiado pequeña como para formar un agujero negro, al menos de acuerdo con la teoría aceptada.

—Ajá —dijo Lloyd.

—Y bien, en 1993, Hans Bethe y Gerry Brown presentaron una teoría sobre condensaciones de kaones que permitirían a una estrella de poca masa colapsarse en agujeros negros; los kaones no obedecen al principio de exclusión de Pauli.

Ese principio decía que dos partículas de un tipo dado no podían ocupar de forma simultánea el mismo estado energético. Wendy siguió con su exposición.

—Para que una estrella se colapse en una estrella de neutrones, todos los electrones deben combinarse con protones para formar neutrones, pero como los electrones *sí* se adhieren al principio de exclusión, cuando tratas de juntarlos lo que hacen es ocupar niveles energéticos cada vez superiores, provocando una resistencia al propio colapso; ése es parte del motivo por el que tienes que comenzar con una estrella lo bastante masiva como para lograr un agujero negro. Pero si los electrones se convierten en kaones, todos podrían ocupar los niveles de energía inferiores y ofrecerían una resistencia mucho menor, haciendo teóricamente posible el colapso

de estrellas pequeñas en agujeros negros. Garry y Hans dijeron «mirad, suponed que eso es lo que ha ocurrido en Sanduleak, que los electrones se han convertido en kaones». De ese modo, podríamos tener agujero negro. ¿Y cuánto tiempo llevaría la conversión de electrones en kaones? Calcularon que unos diez segundos, lo que significa que los neutrinos podrían escapar durante los primeros diez segundos de supernova; pero, después, serían engullidos de vuelta por el agujero negro recién formado. Y, por supuesto, diez segundos es el tiempo que duró la descarga de neutrinos de 1987.

—Fascinante —dijo Lloyd—. Pero ¿qué tiene esto que ver con la descarga que se produjo cuando realizamos por primera vez el experimento?

—Bueno, el objeto que se forma de una condensación de kaones no es en realidad un agujero negro —respondió Wendy—. Es más bien una parasingularidad de inestabilidad inherente. Ahora los llamamos «agujeros marrones», por Gerry Brown. En realidad debería rebotar en un momento dado, reconvirtiéndose de forma espontánea los kaones en electrones. Cuando esto sucede, el principio de exclusión de Pauli debería entrar en funcionamiento, provocando una inmensa presión contra la degeneración y obligando a ese objeto a expandirse de forma casi instantánea. En ese punto, los neutrinos tendrían otra ocasión para escapar, al menos hasta que el proceso se revirtiera y los electrones volvieran a convertirse en kaones. Sanduleak rebotó en algún momento y, al parecer, cincuenta y tres segundos antes de vuestro desplazamiento temporal original nuestro detector registró una descarga procedente de la estrella; por supuesto, el detector, o al menos su equipo de grabación, se detuvo en cuanto comenzó el efecto temporal, de modo que no sé cuánto duró la segunda descarga; pero, en teoría, debiera de ser más larga que la primera, puede que de unos dos o tres minutos. —Su voz se hizo pensativa—. De hecho, al principio pensé que era la descarga de rebote de Sanduleak lo que había causado el desplazamiento temporal. Ya estaba lista con mi billete para Estocolmo cuando aparecisteis y dijisteis que todo era cosa de vuestro colisionador.

—Puede que al final *fuera* la descarga —dijo Lloyd—. Puede que

por ese motivo no fuéramos capaces de reproducir el efecto.

—No, no —replicó Wendy—. No fue la descarga de rebote, al menos sola; recuerda que la lluvia comenzó cincuenta y tres segundos *antes* del desplazamiento, y que éste coincidió de forma exacta con el comienzo de vuestras colisiones. Sin embargo, puede que la coincidencia de la descarga de neutrinos sobre la Tierra con vuestro experimento causara la condición extraña que permitió el desplazamiento. Y sin esa descarga en el momento de intentar replicar el experimento, no sucedió nada.

—Por tanto —dijo Lloyd—, básicamente creamos en la Tierra condiciones que no habían existido desde una fracción de segundo después del Big Bang, y simultáneamente fuimos alcanzados por una lluvia de neutrinos escupidos por el rebote de un agujero marrón.

—Sí, más o menos es así —dijo Wendy—. Como podrás imaginar, las posibilidades de que eso suceda son increíblemente remotas... lo que puede que no sea una mala noticia.

—¿Rebotará Sanduleak de nuevo? —preguntó Lloyd—. ¿Podemos esperar otra descarga de neutrinos?

—Probablemente. En teoría rebotará varias veces más, oscilando entre el estado de agujero marrón y de estrella de neutrones, hasta que alcance la estabilidad y se establezca como una estrella de neutrones permanente, pero sin rotación.

—¿Cuándo se producirá el siguiente rebote?

—Ni idea.

—Pero si esperamos a la próxima descarga y repetimos el experimento en ese momento preciso, puede que logremos replicar el efecto de desplazamiento temporal.

—Eso no va a suceder —dijo Wendy.

—¿Por qué? —preguntó Theo.

—Pensadlo, chicos. Necesitasteis semanas para preparar la repetición, porque todo el mundo tenía que ponerse a salvo. Pero los neutrinos apenas tienen masa. Viajan por el espacio prácticamente a la velocidad de la luz. No hay modo de saber con antelación cuándo van a llegar, y como el primer chorro del rebote no duró más de tres minutos, pues había terminado para cuando mi detector comenzó a registrar de nuevo, nunca podríais anticipar el

comienzo de la lluvia. Cuando ésta comenzara, sólo tendríais tres minutos o menos para enchufar el acelerador.

—Mierda —dijo Theo—. Maldición.

—Siento no traer mejores noticias —dijo Wendy—. Oíd, me espera una reunión dentro de cinco minutos, tengo que colgar.

—Muy bien —respondió Theo—. Adiós.

—Adiós.

Theo desconectó el altavoz y miró a Lloyd.

—Irreproducible —dijo—. Al mundo no le va a gustar eso. —Se acercó a una silla y se sentó.

—Mierda —dijo Lloyd.

—Dímelo a mí. ¿Sabes? Ahora que sabemos que el futuro no es fijo creo que no me preocupo tanto por lo del asesinato, pero, a pesar de todo, me hubiera gustado ver *algo*. Lo que fuera. Me siento... Dios, me siento marginado, ¿sabes? Como si todo el planeta estuviera viendo el ovni mientras yo me echaba una siesta.

27

El LHC desarrollaba ahora a diario colisiones de núcleos de plomo a 1.150-TeV. Algunas eran experimentos planificados desde hacía mucho, de nuevo programados; otras eran parte de los intentos por lograr una base teórica adecuada para el desplazamiento temporal. Theo se tomó un respiro de la revisión de informes de ALICE y CMS para comprobar su correo electrónico: «Se anuncian nuevos ganadores del Nóbel», anunciaba el asunto del primer mensaje.

Por supuesto, el Nóbel no se otorgaba sólo a los físicos. Cada año se fallaban otros cinco premios, repartiéndose su anuncio en un plazo de varios días; Química, Fisiología o Medicina, Economía, Literatura y el premio a la promoción mundial de la Paz. El único que a Theo le importaba en realidad era el de Física, aunque sentía una leve curiosidad por el de Química. Pinchó sobre el encabezado para ver lo que decía.

No era el Nóbel de Química, sino el de Literatura. Estaba a punto de enviar el mensaje al olvido cuando el nombre del premiado llamó su atención.

Anatoly Korolov. Un novelista ruso.

Por supuesto, después de que Cheung le contara su visión en Toronto, en la que se mencionaba a un tal Korolov, Theo había buscado el nombre. Descubrió que era de una vulgaridad frustrante y de una notable falta de lustre. Nadie con ese apellido parecía haber sido especialmente famoso o importante.

Pero, ahora, alguien llamado Korolov había ganado el Nóbel. Se conectó de inmediato a la *Britannica Online*; el CERN disponía de acceso ilimitado. La entrada sobre Anatoly Korolov era muy escueta:

Korolov, Anatoly Sergeyevich. Novelista y polemista ruso, nacido el 11 de julio de 1965 en Moscú, entonces parte de la

URSS...

Frunció el ceño. Aquel maldito tipo era un año más joven que Lloyd, por el amor de Dios. Por supuesto, nadie tenía que replicar los resultados experimentales señalados en una novela. Siguió leyendo:

Su primera novela, *Pered voskhodom solntsa* («Antes del alba»), publicada en 1992, habla de los primeros días posteriores al colapso de la Unión Soviética; su protagonista, el joven Sergei Dolonoc, un desilusionado afiliado al Partido Comunista, pasa por una serie de tragicómicos rituales de iniciación, pugnando por comprender los cambios en su país y convirtiéndose al fin en un próspero empresario en Moscú. Entre sus demás novelas se incluyen *Na kulichkakh* («En el fin del mundo»), 1995; *Obyknovennaya istoriya* («Una historia común»), 1999; y *Moskvityanin* («El moscovita»), 2006. De ellas, sólo *Na kulichkakh* está publicada en inglés.

Sin duda, habría un artículo mucho mayor en la siguiente edición, pensó. Se preguntó si Dim habría leído a aquel tipo durante sus estudios de literatura europea.

¿Podría ser ese Korolov aquel al que se refería la visión de Cheung? De ser así, ¿qué posible conexión lo unía con Theo? ¿O con Cheung, ya puestos, cuyos intereses parecían ser más comerciales que literarios?

Michiko y Lloyd paseaban por las calles de St. Genis cogidos de la mano, disfrutando de la cálida brisa de la noche. Tras recorrer algunos cientos de metros en silencio, Michiko se detuvo.

—Creo que sé qué falló.

Lloyd la observó, expectante.

—Piensa en lo que sucedió —dijo ella—. Diseñaste un experimento que debería haber producido el bosón de Higgs. La primera vez que lo intentaste, no funcionó. ¿Por qué?

—Por el influjo de neutrinos desde Sanduleak —respondió Lloyd.

—¿Sí? Eso puede haber sido parte de lo que causó el desplazamiento temporal, pero ¿cómo pudo interferir en la producción del bosón?

Lloyd se encogió de hombros.

—Bueno, quizá... Hmm, es una *buena* pregunta.

Michiko asintió y siguieron caminando.

—No pudo tener efecto alguno. No dudo que se produjera un influjo de neutrinos en el momento del experimento, pero no debería haber afectado a la producción del bosón de Higgs. Esos bosones *deberían* haber aparecido.

—Pero no fue así.

—Exacto. Pero no había nadie allí para observarlos. Durante casi tres minutos no hubo una sola mente consciente sobre la Tierra; nadie, en ningún sitio, para observar la creación del bosón de Higgs. No sólo eso; no había nadie para observar *nada*. Por eso todas las cintas de vídeo quedaron en blanco. *Parecen* estar en blanco, como si no tuvieran más que nieve electrónica, pero supón que no es nieve: supón que las cámaras mostraban con precisión lo que veían: un mundo sin resolver. Toda la enchilada, todo el planeta Tierra, sin resolver. Sin observadores cualificados, con la conciencia de *todo el mundo* en otra parte, no había forma de resolver la mecánica cuántica de lo que estaba sucediendo. No había modo de elegir entre todas las realidades posibles. Esas cintas muestran frentes de onda sin colapsar, una especie de limbo de estaticidad... la superposición de todos los posibles estados.

—Dudo que la superposición de frentes de onda tuviera el aspecto de nieve.

—Bueno, puede que no sea una imagen real; pero, lo sea o no, parece claro que toda la información sobre esos tres minutos fue censurada de algún modo. La física de lo que estaba sucediendo impidió registro alguno de datos durante ese periodo. Sin seres conscientes en ninguna parte, la realidad se derrumba.

Lloyd frunció el ceño. ¿Tanto podía haberse equivocado? La interpretación transaccional de Cramer recogía toda la física cuántica sin recurrir a observadores cualificados... pero era posible que tales observadores *tuvieran* un papel que representar.

—Quizá —dijo—. Pero... no, no, no puede ser. Si todo estuviera sin resolver, ¿por qué se produjeron los accidentes? Un accidente de avión: eso *es* una resolución, una posibilidad concretada.

—Claro que sí —dijo Michiko—. No quiero decir que esos tres minutos transcurrieran sin que los aviones, los trenes, los coches y las cadenas de montaje funcionaran sin intervención humana. Digo

que pasaron tres minutos sin que nada se resolviera: todas las posibilidades existían, amontonadas en una blancura resplandeciente. Pero, al final de esos tres minutos, la conciencia regresó y el mundo se colapsó de nuevo en un único estado. Y, de forma desgraciada pero inevitable, tomó el estado que tenía más sentido, dado que habían pasado tres minutos sin conciencia alguna: se resolvió en un mundo en el que los aviones y los coches se habían estrellado. Pero los accidentes no se produjeron durante esos tres minutos; nunca sucedieron. Simplemente saltamos del modo en que las cosas eran antes al modo en que fueron después.

—Eso... eso es una locura —dijo Lloyd—. Son ilusiones.

Pasaban junto a un bar. Una música alta con letras en francés se filtraba por la puerta.

—No, no lo es. Es física cuántica, y los resultados son los mismos: esa gente está tan muerta, o tan herida, como lo estaría si los accidentes se hubieran producido en realidad. No sugiero que hubiera un modo de evitarlo, por mucho que lo desee.

Lloyd apretó la mano de Michiko y siguieron caminando hacia el futuro.

LIBRO III

VEINTIÚN AÑOS MÁS TARDE: OTOÑO DE 2030

El tiempo perdido nunca vuelve a ser hallado.
—John H. Aughey

28

El tiempo pasa; las cosas cambian.

En 2017, un equipo de físicos e investigadores del cerebro principalmente basados en Stanford diseñaron un modelo teórico completo para el desplazamiento temporal. El modelo de mecánica cuántica de la mente humana, propuesto por Roger Penrose treinta años antes, había resultado ser bastante correcto, a pesar de que Penrose había equivocado muchos de los detalles; por tanto, no era sorprendente que un experimento de física cuántica lo bastante potente pudiera tener un efecto sobre la percepción.

Los neutrinos seguían siendo una pieza clave en todo aquello. Desde los años 60 se sabía que el sol de la Tierra, por algún motivo, regurgitaba sólo la mitad de los neutrinos que debiera (el famoso «problema de los neutrinos solares»).

La estrella era calentada por la fusión del hidrógeno: cuatro núcleos de hidrógeno, cada uno consistente en un único protón, se unían para formar un núcleo de helio, formado por dos protones y dos neutrones. En el proceso de convertir los protones del hidrógeno original en neutrones se tenían que expulsar dos neutrinos electrónicos... pero, de algún modo, uno de cada dos neutrinos electrónicos que debería alcanzar la Tierra desaparecía antes de hacerlo, casi como si hubiera sido censurado, como si el universo supiera que los procesos de la mecánica cuántica que subyacían en la consciencia eran inestables en presencia de demasiados neutrinos.

El descubrimiento en 1998 de que los neutrinos disponían de masa, aunque insignificante, había hecho creíble una posible solución duradera para el problema de los neutrinos solares: si tenían masa, la teoría sugería que quizá podrían cambiar de tipo al viajar, haciendo que simplemente pareciera para los detectores

antiguos que habían desaparecido. Pero el observatorio de Sudbury, capaz de detectar toda clase de neutrinos, seguía mostrando una clara diferencia entre las partículas producidas y las que llegaban a la Tierra.

El fuerte principio antrópico decía que el universo necesitaba dar lugar a la vida, y la interpretación de la física cuántica requería de observadores cualificados; dado lo que ahora se conocía como interacción entre los neutrinos y la consciencia, el problema de los neutrinos solares parecía ser la prueba de que el universo se tomaba verdaderas molestias para fomentar la existencia de tales observadores.

Por supuesto, de vez en cuando se producían descargas de neutrinos extrasolares, pero en circunstancias normales eran tolerables. Pero cuando las circunstancias *no* eran normales, cuando la lluvia de neutrinos se combinaba con condiciones que no habían existido desde el instante posterior al Big Bang, se producía el desplazamiento temporal.

En 2018, la Agencia Espacial Europea lanzó la sonda *Cassandra* hacia Sanduleak-69°202. Por supuesto, tardaría millones de años en llegar hasta allí, pero eso no importaba. Lo importante era que ahora, en 2030, *Cassandra* se encontraba a 2,5 trillones de kilómetros de la Tierra, y 2,5 trillones de kilómetros más cerca de los restos de la Supernova 1987A, una distancia que a la luz, y a los neutrinos, les llevaría tres meses recorrer.

A bordo de la *Cassandra* había dos instrumentos: uno era un detector de luz, apuntado directamente hacia Sanduleak; el otro era una invención reciente, un emisor de taquiones, apuntado de vuelta a la Tierra. *Cassandra* no podía detectar los neutrinos directamente, pero si Sanduleak oscilaba desde su estado de agujero marrón, emitiría tanto luz como neutrinos, y la primera era fácil de detectar.

En julio de 2030, *Cassandra* captó luz procedente de Sanduleak. La sonda mandó de inmediato un rayo de taquiones de energía ultrabaja (y, por tanto, ultrarrápida) a la Tierra. Cuarenta y tres horas más tarde, los taquiones llegaron a casa y dispararon las alarmas.

De repente, veintiún años después del primer suceso de desplazamiento temporal, la gente de la Tierra recibía un aviso con

tres meses de que, si quería echarle otro vistazo al futuro, podría hacerlo con una razonable probabilidad de éxito. Por supuesto, el siguiente intento debía realizarse en el momento exacto en que los neutrinos de Sanduleak comenzaran a llegar al planeta, y no podía ser una coincidencia que eso fuera a las siete y veintiún minutos de la tarde, hora de Greenwich, del 23 de octubre de 2030, el comienzo preciso de los dos minutos que habían mostrado las visiones.

La ONU debatió el asunto con sorprendente velocidad. Algunos habían pensado que, como el presente había resultado ser distinto al mostrado por las visiones, la gente podría decidir que unas nuevas visiones serían irrelevantes. Pero, en realidad, la respuesta general fue la contraria; casi todo mundo quería echarle un nuevo vistazo al mañana. El Efecto Ebenezer seguía siendo poderoso. Y, por supuesto, ahora había toda una generación de jóvenes nacidos después del 2009. Éstos se sentían marginados, y exigían la oportunidad de experimentar lo mismo que sus padres; un destello de su posible futuro.

Como antes, el CERN era la clave para desentrañar el mañana. Pero Lloyd Simcoe, que ahora contaba sesenta y seis años, no sería parte del intento de réplica. Se había retirado hacía dos años y había declinado volver al CERN. No obstante, él y Theo habían compartido un premio Nóbel. Se lo habían concedido en 2024, pero no en honor de nada relacionado con el efecto de desplazamiento temporal, ni por el bosón de Higgs, sino por la invención conjunta del colisionador de taquiones-tardiones, el instrumento portátil que había dejado fuera de la circulación los gigantescos aceleradores de partículas en sitios como el TRIUMF, el Fermilab y el CERN. Casi todo el CERN estaba ya vacío, de hecho, aunque el colisionador original de taquiones-tardiones se encontraba en el campus.

Quizá Lloyd no quisiera tener nada que ver con el nuevo experimento porque su matrimonio con Michiko se había derrumbado después de diez años. Sí, habían tenido una hija juntos, pero siempre, en lo más profundo, sin siquiera reconocerlo al principio, Michiko tuvo la sensación de que Lloyd había sido en cierto modo *responsable* de la muerte de su primera hija. Ella se había sorprendido, sin duda alguna, la primera vez que aquella

acusación surgió durante una discusión entre los dos, pero allí estaba.

Tampoco cabían dudas sobre su mutuo amor, pero habían decidido que simplemente no podían seguir viviendo juntos, no con aquella losa, por difusa que fuera, contaminándolo todo. Al menos no había sido un divorcio doloroso, como el de los padres de Lloyd. Michiko volvió a Japón, llevándose con ella a su hija Joan; Lloyd sólo podía visitarla una vez al año, en Navidad.

Lloyd no era imprescindible para la repetición del experimento original, aunque su colaboración hubiera sido una gran ayuda. Pero estaba felizmente casado de nuevo, y sí, era con Doreen, la mujer a la que había visto en su visión, y sí, tenían una cabaña en Vermont.

Por su parte, Jake Horowitz, que había dejado hacía mucho el CERN para trabajar en TRIUMF con su mujer Carly Tompkins, aceptó regresar durante tres meses. Carly viajó con él, y los dos tuvieron que soportar bromas sobre qué laboratorio del CERN pensaban «bautizar». Llevaban casados dieciocho años y tenían tres hijos maravillosos.

Theodosios Procopides y otras trescientas personas seguían trabajando en el CERN con el CTT. Theo, Jake, Carly y una dotación técnica corrían contra el tiempo para conseguir que el colisionador de hadrones estuviera a tiempo para funcionar de nuevo, tras cinco años en desuso, antes de que llegaran los neutrinos de Sanduleak.

29

Theo, que contaba cuarenta y ocho años, estaba personalmente encantado de que la realidad del 2030 hubiera resultado distinta de la mostrada en las visiones de 2009. Se había dejado crecer una delgada barba que cubría su mandíbula, ahorrándole el aspecto de alguien que necesitaba otro afeitado a media mañana. El joven Helmut Drescher había dicho que podía ver el mentón de Theo en su visión; la barba era uno de los pequeños detalles que Theo empleaba para reforzar su libre albedrío.

Sin embargo, a medida que la fecha de la repetición se acercaba, su aprensión no dejaba de crecer. Trató de convencerse de que eran nervios por si algo salía mal y el mundo se venía abajo, pero el LHC parecía funcionar a la perfección, de modo que tuvo que admitir que no se trataba en realidad de eso.

No, lo que le ponía nervioso era el hecho de que el día en el que, según las visiones de 2009, iba a ser asesinado, se acercaba rápidamente.

Descubrió que era incapaz de comer y de dormir. Si hubiera logrado determinar quién quería matarlo, quizá la cosa hubiera sido más fácil: sólo tendría que evitar a aquella persona. Pero no tenía ni idea de quién había disparado, de quién dispararía, de quién podría disparar...

Al final, de forma inevitable, llegó el lunes 21 de octubre de 2030: la fecha que, al menos en una versión de la realidad, estaba grabada con láser en la tumba de Theo. Aquella mañana se despertó con sudores fríos.

En el CERN aún quedaban montañas de trabajo, ya que sólo restaban dos días para el impacto de los neutrinos de Sanduleak. Trató de apartarlo todo de la cabeza, pero incluso después de llegar al despacho fue incapaz de concentrarse.

Poco después de las diez de la mañana ya no pudo soportarlo más. Dejó el centro de control del LHC, poniéndose antes una gorra beige y unas gafas de espejo. No hacía mucho sol; la temperatura era fresca, y la mitad del cielo estaba cubierto de nubes, pero ya nadie salía sin protección para la cabeza y los ojos. Aunque por fin se había detenido la desaparición de la capa de ozono, no se había conseguido nada eficaz para restaurarla.

El sol se reflejaba en los pináculos rocosos del macizo Jura. En el estacionamiento había un autobús de Globus Gateway; el casi desierto CERN no era una atracción estelar de la *Guía Michelin*, por supuesto, y, con el frenesí del intento de reproducción, tampoco se permitían turistas. Aquel autobús había sido fletado para traer a un grupo de periodistas desde el aeropuerto, llegados para cubrir los trabajos que conducirían al experimento.

Theo se dirigió a su coche, un Ford Octavia rojo, un vehículo bueno y práctico. Había pasado la juventud jugando con aceleradores de partículas de miles de millones de dólares, y no necesitaba coches espectaculares para demostrar su valía.

El vehículo lo reconoció al acercarse, y Theo asintió para indicarle que quería entrar. La puerta lateral se deslizó hacia el techo. Aún se encontraban coches con bisagras en las entradas, pero los espacios de estacionamiento eran tan pequeños en casi todos los centros urbanos que las puertas que no requerían espacio adicional eran más convenientes.

Entró en el coche y le dijo a dónde quería ir.

—A esta hora del día —explicó el vehículo con una agradable voz masculina— será más rápido ir por Rue Meynard.

—Muy bien —respondió Theo—. Tú conduces.

El coche obedeció, elevándose del suelo y comenzando su travesía.

—¿Música o noticias? —preguntó el coche.

—Música.

El Ford eligió uno de los grupos favoritos de Theo, una popular banda coreana de *jag*. Pero la música hizo poco por calmarlo. Maldición, sabía que ni siquiera tenía que estar en Suiza, pero el colisionador de hadrones seguía siendo el instrumento más grande del mundo en su categoría; todos los intentos anteriores a la

invención del CTT por revivir el proyecto del Supercolisionador Superconductor, cancelados por el Congreso de los EE.UU. en 1993, habían fracasado, y operar y reparar aceleradores de partículas era un arte en vías de extinción. Casi todos los que habían construido los aceleradores LEP originales, el primero de ellos instalado en el gigantesco túnel subterráneo del CERN, estaban muertos o jubilados, y sólo unos pocos de los usuarios del LHC, que entró por primera vez en servicio hacía un cuarto de siglo, seguían esa línea de trabajo. Por tanto, la experiencia de Theo era necesaria en Suiza, pero no tenía la menor intención de quedarse quieto para facilitar el trabajo a un posible asesino.

El coche se detuvo frente al destino que Theo había solicitado: la central de la Policía en Ginebra. Era un edificio viejo, de más de un siglo, de hecho, y aunque los motores de combustión interna eran ilegales en cualquier vehículo fabricado después de 2021, la fachada seguía mostrando la suciedad de décadas de humos de escape; en algún momento tendrían que lavarla con arena.

—Abre —dijo Theo. La puerta desapareció en el techo.

—No hay estacionamientos vacíos en un radio de quinientos metros —informó el coche.

—Entonces da vueltas alrededor de la manzana. Te llamaré cuando necesite que me recojas.

El coche lanzó un sonido de asentimiento. Theo se puso la gorra y las gafas y salió. Cruzó la calle, subió la escalinata y entró en el edificio.

—*Bonjour* —dijo un hombre rubio grande sentado tras una mesa —. *Je peux vous aider?*

—*Oui* —respondió Theo—. *Détective Helmut Drescher, s'il vous plaît.* —El joven Helmut Drescher sí que era detective; Theo, picado por la curiosidad, lo había consultado hacía unos meses.

—Moot no está —dijo el hombre, aún en francés—. ¿Puede ayudarle algún otro?

Theo sintió que el corazón le daba un vuelco. Al menos Drescher lo entendería, pero tener que explicárselo todo a un completo desconocido...

—No, quería ver al Detective Drescher —dijo—. ¿Sabe si volverá pronto?

—La verdad es que... ande, mire, hoy debe de ser su día de suerte. Ahí está Moot.

Theo se dio la vuelta. Dos hombres de la edad esperada entraban en el edificio, aunque no tenía ni idea de cuál sería Drescher.

—¿Detective Drescher? —preguntó.

—Soy yo —dijo el de la derecha. Helmut se había convertido en un hombre atractivo, con pelo castaño claro, mandíbula cuadrada y fuerte, y brillantes ojos azules.

—Como le dije —intervino el oficial tras su mesa—. Su día de suerte.

Sólo si sobrevivo a él, pensó Theo.

—Detective Drescher —dijo—, tengo que hablar con usted.

Drescher se volvió hacia el hombre con el que había llegado.

—Luego te alcanzo.

El otro asintió y se perdió dentro del edificio.

El detective no mostró señal de reconocer a Theo. Por supuesto, habían pasado veintiún años desde que se vieron, y, aunque se había comentado bastante en los medios el intento de replicar el desplazamiento temporal, Theo había estado demasiado ocupado como para conceder muchas entrevistas en la televisión; se lo había dejado casi todo a Jake Horowitz.

Drescher lo condujo hacia las puertas interiores. Vestía de calle, pero Theo no pudo evitar fijarse en que calzaba zapatos *muy* buenos. El detective posó la mano sobre un lector digital y las puertas se abrieron hacia dentro, permitiéndoles entrar. Los «planos», ordenadores del grosor del papel, se apilaban en algunas mesas y se extendían en patrones solapados en otras. Una pared entera mostraba un mapa con el control de tráfico computerizado de Ginebra: cada uno de los vehículos quedaba controlado por un transpositor propio. Theo trató de divisar su propio coche girando alrededor del edificio, pero parecía que no era el único que había tenido la misma idea.

—Siéntese —dijo Drescher, indicando la silla que había frente a su mesa. Tomó un plano de una pila y lo situó entre los dos.

—¿Le importa que registre esta conversación? —dijo. Las palabras, en francés, aparecieron al instante sobre el plano, con un encabezado que rezaba «H. Drescher».

Theo negó con la cabeza. Drescher señaló el plano, y Theo compendió que quería una respuesta oral.

—*Non* —dijo. El plano lo registró, limitándose a poner una interrogación donde debería ir su nombre.

—¿Usted es...?

—Theodosios Procopides —respondió, esperando a que el nombre hiciera sonar las campanas de Drescher.

Al menos el plano lo captó. De hecho, vio aparecer una pequeña ventana en la lámina, mostrando el nombre correcto de su nombre en el alfabeto griego y algunos datos básicos sobre él. La interrogación del «Non» y la declaración de su nombre cambiaron de inmediato a «T. Procopides».

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Drescher, aún en blanco.

—No sabe quién soy, ¿no?

Drescher negó con la cabeza.

—La... ah... la última vez que nos vimos no llevaba barba.

El detective escrutó su cara.

—Es... ¡Oh! ¡Oh, Dios mío, es usted!

Theo desvió la mirada hacia la mesa. El plano había hecho un buen trabajo con la puntuación del grito del detective. Cuando volvió a alzar la mirada, vio que la faz de Drescher estaba blanca.

—*Oui* —dijo Theo—. *C'est moi*.

—*Mon Dieu*. Esto me ha obsesionado desde hace años —dijo el otro, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabe? He visto numerosas autopsias, muchos cuerpos muertos, pero el suyo... ver algo así cuando no eres más que un niño... —no pudo reprimir un escalofrío.

—Lo lamento —respondió Theo—. ¿Recuerda mi visita, poco después de haber tenido la visión? Fue en casa de sus padres, la de la escalera grande.

Drescher asintió.

—Lo recuerdo. Estaba aterrorizado.

Theo se encogió de hombros.

—También lamento aquello.

—Traté de apartar la visión de mi cabeza. He pasado todos estos años intentando no pensar en ello, pero ya sabe, a veces no hay manera. Aun después de todo lo que he visto, la imagen sigue

acosándome.

Theo sonrió comprensivo.

—No es culpa suya —dijo Drescher, haciendo un gesto de disculpa con la mano—. ¿Cuál fue su visión?

A Theo le sorprendió la pregunta; Drescher seguía teniendo problemas para conectar su visión del cuerpo muerto con la realidad del ser humano sentado frente a él.

—Ninguna.

—Oh, sí, claro —respondió Drescher, algo azorado—. Lo siento.

Durante unos instantes se produjo un incómodo silencio entre los dos. Fue el detective quien lo rompió.

—¿Sabe? No fue tan horrible. La visión, quiero decir. Me hizo interesarme en el trabajo policial. No sé si me hubiera matriculado en la academia de no haberla tenido.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando como policía?

—Siete años, los dos últimos como detective.

Theo no sabía si se trataba de una progresión rápida, pero se puso a calcular teniendo en cuenta la edad de Drescher. No podía tener una carrera. Theo pasaba muchísimo tiempo con estudiosos y científicos, y siempre le había asustado decir algo que sonara condescendiente a aquellos que no habían pasado del instituto.

—Está muy bien —ofreció.

Drescher se encogió de hombros, antes de fruncir el ceño.

—No debería estar por aquí. No debería estar en Europa, por el amor de Dios. Lo matarán en Ginebra, porque si no yo no sería el policía que lo investigara. Si yo hubiera tenido la visión de que me iban a matar hoy, puede apostar a que ahora estaría en Zhongua o en Hawai.

Fue el turno de Theo de encogerse de hombros.

—Yo no quería venir, pero no me dejaron elección. Como le dije, trabajo en el CERN. Era parte del equipo que desarrolló el experimento del colisionador de hadrones, hace veintiún años. Me necesitan para duplicarlo pasado mañana. Créame si le digo que, de haber tenido elección, estaría en *cualquier* otro lugar.

—¿Sigue sin boxear?

—Así es.

—Porque en mi visión...

—Lo sé, lo sé. Dijo que me matarían en un combate de boxeo.

—A mi padre le gustaba ver combates de boxeo en la televisión —dijo Helmut—. Curioso deporte para un vendedor de zapatos, supongo, pero le gustaba. A veces lo veía con él, incluso de niño.

—Mire —dijo Theo—, sabe mejor que nadie que me encuentro en un peligro *real*. Por eso he venido a verle. —Tragó saliva—. Necesito su ayuda, Helmut. Necesito protección policial, desde ahora hasta que se desarrolle el experimento. —Echó un vistazo al reloj de pared, un plano sujeto con cinta adhesiva, con dígitos de quince centímetros brillando en su superficie—, dentro de cincuenta y nueve horas.

Drescher señaló todos los planos tirados por su mesa.

—Tengo muchísimo trabajo.

—Por favor. Usted sabe lo que podría suceder. La mayoría de la gente va a tener el miércoles libre, ya sabe, para estar a salvo en casa cuando se replique el experimento. Odio pedirlo siquiera, pero podría usar ese tiempo para ponerse al día con cualquier trabajo que quede pendiente entre hoy y mañana.

—Yo no tengo el miércoles libre —señaló a las demás personas en la sala—. Ninguno de nosotros, por si algo sale mal. ¿Tiene idea de quién podría dispararle?

Theo negó con la cabeza y miró el plano en el que se registraba la conversación.

—No. Llevo veintiún años estrujándome el cerebro para descubrirlo, tratando de determinar a quién he fastidiado lo bastante como para que me quisiera muerto, o quién podría beneficiarse de quitarme de en medio. Pero nada.

—¿Nadie?

—Bueno, ya sabe, te vuelves loco, paranoico. Algo así... te hace sospechar de todo el mundo. Sí, claro, por un tiempo pensé que podía ser mi antiguo colega, Lloyd Simcoe. Pero hablé con él ayer; está en Vermont, y no tiene planes para venir a Europa en un futuro cercano.

—Sólo es ¿cuánto?, un vuelo de tres horas, si coge el supersónico —dijo Drescher.

—Lo sé, lo sé, pero... en serio, estoy seguro de que no es él. Pero hay *alguien* ahí fuera, alguien, ¿cómo lo dicen? ¿Cuál es la frase?

Uno o varios desconocidos pueden intentar atentar hoy contra mi vida. Le pido, le suplico por favor, que trate de que esa persona o personas no lo consigan.

—¿Dónde tendría que estar hoy?

—En el CERN. En mi despacho, en el centro de control del LHC o en el túnel.

—¿Qué túnel?

—Sí, debe de haber oído hablar de él; en el CERN hay un túnel de veintisiete kilómetros de circunferencia, enterrado a cien metros bajo tierra; un anillo gigante, vamos. Ahí está alojado el LHC.

Drescher se mordió el labio inferior un momento.

—Déjeme hablar con la capitana —dijo. Se levantó, cruzó la estancia y llamó a una puerta. La hoja se deslizó a un lado y Theo pudo ver a una mujer seria de pelo oscuro. Drescher entró y la puerta se cerró tras él.

Pareció haberse marchado durante una eternidad, y Theo miró nervioso a su alrededor. Sobre la mesa de Drescher descansaba el holograma de una joven que podría ser su mujer o su novia, y de un hombre y una mujer mayores. Theo la reconoció: Frau Drescher. Suponiendo que se tratara de una imagen reciente (y debía serlo, ya que las holocámaras habían estado fuera del alcance de un policía honrado hasta hacía un par de años), las décadas habían sido generosas con ella. Seguía siendo atractiva, orgullosa de su pelo canoso.

Al fin la puerta se abrió de nuevo, dando paso al detective Drescher. Cruzó la atestada sala y regresó a su mesa.

—Lo siento —dijo mientras se sentaba—. Si alguien le hubiera amenazado...

—Déjeme hablar con su capitana.

Drescher rió con un bufido.

—No le recibirá; la mitad de las veces, ni siquiera me recibe a mí. —Suavizó la voz—. Lo siento, señor Procopides. Mire, limítese a tener cuidado.

—Pensé que usted, precisamente usted, lo comprendería.

—Sólo soy policía. Cumplo órdenes. —Hizo una pausa, y un tono reservado asomó a su voz—. Además, puede que el haber venido aquí haya sido un gran error. Es decir, ¿qué pasaría si yo

fuera el tipo que le disparó? ¿No escribió Agatha Christie una vez una historia parecida, en la que el detective era el asesino? Sería irónico que viniera a verme, ¿no?

Theo enarcó las cejas. El corazón corría en su pecho, y no sabía qué decir. Dios mío, le habían matado con una Glock, la pistola preferida por oficiales de policía de todo el mundo...

—No se preocupe —dijo Drescher, sonriendo—, sólo era una broma. Supuse que podía darle un susto después de lo que me hizo pasar hace años. —Pero miró a la mesa y borró con dos movimientos del índice las últimas líneas de la transcripción—. Buena suerte, señor Procopides. Como le dije, bastará con que tenga cuidado. Para miles de millones de personas, el futuro no ha resultado ser tal y como lo mostraron las visiones. No debería de decirle esto, siendo científico y todo eso, pero en realidad no hay ninguna razón para pensar que su visión vaya a ser la que resulte cierta.

Theo usó el móvil para llamar al coche, entrando en él cuando llegó.

Sin duda, Drescher tenía razón. Se sonrió avergonzado por su ataque de pánico; probablemente fuera por alguna pesadilla de la noche pasada, unida a la ansiedad por el experimento. Trató de relajarse, contemplando la campiña mientras el vehículo lo llevaba de vuelta al centro de control del LHC. El autobús seguía allí, lo que le hizo sentir nostalgia. Los vehículos de Globus Gateway eran frecuentes por toda la Europa Occidental, por supuesto. Nunca había usado uno, pero siendo adolescente siempre los había esperado en julio y agosto, llenos de chicas estadounidenses en busca de un verano de emoción. Theo había disfrutado de más de una noche romántica con una estudiante americana en aquellos tiempos.

Pero aquel agradable recuerdo se tornó tristeza; estaba pensando en su hogar, en Atenas. Sólo había vuelto dos veces desde el funeral de Dim. ¿Por qué no había tenido más tiempo para sus padres? Dejó que el coche encontrara un estacionamiento vacío, salió y se dirigió al centro de control.

—Hola, Theo —dijo Jake Horowitz, dirigiéndose hacia él desde el otro extremo del pasillo de los mosaicos—. He estado buscándote.

Llamé a tu coche, pero me dijo que te habían arrestado, o algo así.

—Vaya, un coche gracioso. En realidad estaba... visitando a alguien a quien creía un viejo amigo.

—Hay un problema en el LHC, y Jiggs no sabe cómo arreglarlo.

—¿Qué?

—Sí, algo en uno de los grupos de criostatos. El número cuatro cuarenta, en el octante tres.

Theo frunció el ceño. Habían pasado años desde que el LHC se usara a plena potencia. Jiggs, de treinta y cuatro años, era el jefe de la división de mantenimiento; nunca había visto el colisionador funcionando a niveles de 14-TeV.

Asintió. Los controles de los criostatos eran famosos por su fragilidad.

—Iré a echar un vistazo. —En los viejos tiempos, cuando el CERN tenía una plantilla de tres mil personas, Theo nunca hubiera bajado solo al túnel, pero con tan pocos hombres como tenían ahora parecía el mejor modo para sacar todo el provecho al equipo; además, probablemente fuera el lugar más seguro en el que podía estar; un loco podía llegar al campus del CERN para matarlo, pero sin duda el intruso sería detenido mucho antes de que pudiera llegar al túnel. Además, sólo Jake y Jiggs, en los que confiaba por completo, sabrían siquiera que estaba allí.

Tomó el ascensor hasta el nivel menos cien metros. El aire en el túnel del acelerador era húmedo y caliente, y olía a ozono y a aceite. Las luces eran tenues, un blanco azulado procedente de los fluorescentes del techo, puntuado a intervalos regulares por las lámparas amarillas de emergencia de las paredes. La pulsación del equipo, el zumbido de las bombas de aire y el repiqueteo de sus tacones contra el suelo de hormigón resonaban ruidosos. La sección del túnel era circular, salvo por el suelo plano, y su diámetro variaba entre los tres coma ocho y los cinco coma cinco metros.

Como había hecho a menudo, miró el túnel en una dirección y después en la opuesta. No era *totalmente* recto. Podía ver una gran distancia en ambos sentidos, pero al final las paredes terminaban por curvarse.

Colgados del techo del túnel estaban los perfiles «I» del monorraíl, y de ellos el propio tren; Jiggs lo había dejado allí

estacionado. El monorraíl consistía en una cabina lo bastante grande como para alojar a una sola persona, tres pequeños vagones diseñados para transportar material, no personas, y una segunda cabina enfrentada en la dirección opuesta. Los vagones de carga eran poco más que canastas metálicas colgadas, de color azul. Las cabinas eran armazones naranjas con faros sobre el parabrisas inclinado y un gran parachoques de caucho abajo. El ángulo de los parabrisas era pronunciado.

El conductor tenía que sentarse con las piernas fuera, frente a él, pues la cabina no era lo bastante alta como para acomodar a una persona sentada. El nombre ORNEX, el fabricante del monorraíl, adornaba el frente de la cabina. A los lados del nombre había pequeños reflectores rojos, y bajo ellos una tira amplia con marcas de seguridad negras y amarillas; querían estar totalmente seguros de que las cabinas fuesen visibles en el oscuro túnel. El tren había sido mejorado en 2020; ahora podía alcanzar los sesenta kilómetros por hora, lo que indicaba que podía circunnavegar el túnel en menos de treinta minutos.

Theo sacó una caja de herramientas de los armarios de suministros en la plataforma de mantenimiento y se puso el casco amarillo: aunque no solía bajar al túnel, era lo bastante veterano como para disfrutar de su propio casco. Depositó la caja de herramientas en uno de los vagones de carga, se subió a la cabina encarada en la dirección deseada (en el sentido de las agujas del reloj) y puso el tren en movimiento, perdiéndose en la oscuridad con un zumbido.

El detective Helmut Drescher trató de seguir con su trabajo; tenía siete casos abiertos que investigar, y la Capitaine Lavoisier le había exigido más progresos. Pero la mente de Moot no dejaba de regresar a la peripecia de Theo Procopides. Había sido bastante amable, y le gustaría haberlo podido ayudar. También parecía estar en buena forma, para ser un hombre de casi cincuenta años. Encontró el plano en el que había grabado la conversación, y en el que seguía abierta la caja de datos biográficos de Theo: nacido el 2 de marzo de 1982, lo que hacía que tuviera cuarenta y ocho. Demasiado viejo para ser boxeador. Además, no tenía la constitución para ello. Era posible que en el futuro alternativo de

las visiones mostradas hubiera sido entrenador, o árbitro, en lugar de boxeador. Pero no, no parecía tener sentido. Moot no llevaba encima la tarjeta que Theo le había dado hacía dos décadas, aunque la había guardado todos aquellos años, mirándola de vez en cuando; ponía «CERN» claramente en ella. Por tanto, si ya era físico antes de las visiones, en 2009, no parecía probable que se hubiera pasado a los deportes. Pero recordaba vivida su propia visión: el hombre de la bata, el forense, le había dicho claramente que Procopides había muerto en el «ring»*...

En el anillo.

¿Qué le había dicho Procopides aquel mismo día? *Sí, debe de haber oído hablar de él; en el CERN hay un túnel de veintisiete kilómetros de circunferencia, enterrado a cien metros bajo tierra; un anillo gigante, vamos.*

Él era un niño, sólo un niño que veía el boxeo con su padre, un mocoso al que le había encantado *Rocky*. Entonces había asumido que *en el anillo* se refería a *un combate de boxeo*, y nunca había vuelto a pensar en aquello.

Un anillo gigante, vamos.

Mierda. Era posible que Procopides estuviera en *verdaderos* apuros. Moot se levantó de su mesa y volvió al despacho de la Capitaine Lavoisier.

El criostato defectuoso estaba a diez kilómetros, por lo que el monorraíl tardaría unos diez minutos en llevarlo allí. Los faros de la cabina perforaban las tinieblas. Había luces fluorescentes cada cierto trecho, pero no tenía sentido iluminar los veintisiete kilómetros.

Por fin el tren llegó al lugar del grupo averiado. Theo detuvo el convoy, desembarcó, encontró el panel de control de las luces de la zona y encendió los cincuenta metros por delante y por detrás de su posición. Entonces recuperó la caja de herramientas y se dirigió a la unidad defectuosa.

Esta vez la Capitaine Lavoisier dio permiso a Moot para actuar como guardaespaldas de Theo hasta el fin de aquel día. El detective tomó su habitual coche sin marcar y condujo hacia el CERN: sospechaba que el laboratorio era como casi todos sitios: la señal del transpositor de un miembro de la plantilla permitía atravesar

automáticamente la puerta, pero él tendría que pararse y enseñar la placa al ordenador de guardia para que se levantara la barrera. Así fue, y le pidió al ordenador que lo orientara; el campus consistía en decenas de edificios, casi todos ya vacíos. Tardó cinco minutos en dar con el centro del control del LHC. Dejó que su coche se detuviera sobre el asfalto y corrió dentro.

Una atractiva mujer de mediana edad con pecas se acercaba desde un pasillo forrado de mosaicos. Moot le mostró su placa.

—Busco a Theo Procopides.

La mujer asintió.

—Esta mañana estaba aquí. Déjeme ver si lo encuentro.

La mujer se introdujo en el edificio y miró en un par de cuartos, pero Theo no estaba en ninguno de ellos.

—Probemos en el despacho de mi marido —dijo—. Theo y él trabajan juntos.

Se introdujeron en otro pasillo y llegaron a un despacho.

—Jake, está aquí un oficial de policía. Está buscando a Theo.

—Está en el túnel —dijo Jake—. El maldito grupo de criostatos del octante tres.

—Puede estar en peligro —cortó Moot—. ¿Puede llevarme con él?

—¿En peligro?

—En su visión, hoy lo mataban a tiros... y tengo motivos para creer que fue en el túnel.

—Dios mío —dijo Jake—. Um, claro, claro, puedo llevarle abajo, y... ¡Mierda! Maldición, debe de haber tomado el monorraíl...

—¿El monorraíl?

—Hay uno que recorre todo el anillo, pero lo habrá llevado a diez kilómetros de aquí.

—¿Sólo hay un tren?

—Antes teníamos tres más, pero los vendimos hace años. Sólo dejamos uno.

—Podría volar hasta la estación de acceso —dijo la mujer—. No hay carretera, pero podría volar sobre los campos.

—¡Sí, sí! —asintió Jake, sonriendo a su esposa—. ¡Guapa y brillante! —Se volvió hacia Moot—. ¡Venga!

Los dos hombres corrieron por los pasillos, llegando al vestíbulo

y saliendo al estacionamiento.

—Cogeremos mi coche —dijo el detective. Entraron y Moot arrancó, elevando el vehículo del suelo. Siguió las indicaciones de Jake para salir del campus, dirigiéndose hacia los campos abiertos de labranza.

El coche voló.

Theo contempló la caja del grupo de criostatos. No le extrañaba que Jiggs tuviera problemas para arreglarlo, porque había intentado utilizar el puerto de acceso erróneo. El panel en el que había estado trabajando seguía abierto, pero los potenciómetros que Jiggs buscaba estaban escondidos detrás de otro panel.

Trató de abrir la puerta de acceso que le permitiría acceder a los controles adecuados, pero no fue capaz. Tras años de desuso en un túnel oscuro y húmedo, la hoja parecía haberse corroído. Rebuscó por la caja de herramientas en busca de algo que le ayudara a forzarla, pero sólo disponía de algunos destornilladores que demostraron ser ineficaces. Lo que necesitaba era una palanca, o algo similar. Maldijo en griego. Podía volver al campus con el monorraíl para conseguir una herramienta adecuada, pero le parecía una pérdida de tiempo. Seguro que en el túnel había algo que pudiera utilizar. Miró en la dirección por la que había llegado: no había visto nada como lo que necesitaba durante los últimos cientos de metros en monorraíl, pero, por supuesto, no estaba prestando atención. Sin embargo, parecía tener más sentido seguir por el túnel en el sentido de las agujas de reloj, al menos un trecho, para ver si lograba dar con algo que le ayudara.

La estación de acceso era un viejo búnker de hormigón en medio de un campo de colza. El coche de Moot se posó sobre un estrecho camino hacia una carretera de acceso que conducía en dirección contraria, y apagó el motor. Jake y él salieron.

Era mediodía y, siendo octubre, el sol no se alzaba demasiado en el cielo. Pero al menos las abejas, una molestia en verano, se habían marchado. En las laderas montañosas crecían sobre todo coníferas, por supuesto, pero en aquella zona había bastantes árboles de hoja caduca, que ya habían cambiado de color.

—Vamos —urgió Jake.

Moot titubeó.

—No hay peligro de radiación, ¿no?

—No mientras el colisionador esté apagado. Es del todo seguro.

Mientras se dirigían hacia la entrada, un erizo se escabulló frente a ellos, escondiéndose a toda prisa entre las cañas de colza, de noventa centímetros de altura. Jake se detuvo frente a la puerta. Era una hoja antigua, con bisagras y cerradura de llave... pero estaba abierta; sobre la hierba cercana descansaba una palanca.

Moot se acercó.

—No hay corrosión —dijo, indicando el metal expuesto allá donde se había roto la cerradura—. Esto se ha hecho hace poco. —Usó la punta de sus caros zapatos para mover ligeramente la palanca—. La hierba de debajo sigue verde; ha sido hoy, o ayer. —Miró a Jake—. ¿Hay algo valioso ahí abajo?

—Valioso sí, pero no interesante, a no ser que conozca un mercado negro de equipo físico obsoleto de alta energía.

—¿Dijo que el colisionador no se había usado desde hacía mucho?

—Hace años que no se enciende.

—Pueden ser vagabundos —dijo Moot—. ¿Puede haber alguien viviendo ahí abajo?

—S-supongo. Hará frío y estará oscuro, pero es impermeable.

Moot abrió una bolsa en su cintura y sacó un pequeño aparato electrónico, que pasó por encima de la palanca.

—Hay muchas huellas dactilares —dijo. Jake se acercó y pudo ver las huellas brillando en la pantalla del ingenio. Moot pulsó varios botones y, tras unos treinta segundos, un texto recorrió la pantalla—: no hay concordancias. Quienquiera que haya hecho esto, nunca ha sido arrestado en Suiza o en la Unión Europea. ¿A qué distancia está Procopides?

Jake señaló.

—A unos cinco kilómetros en ese sentido. Pero debería haber un par de deslizadores estacionados aquí. Tomaremos uno.

—¿Tiene móvil? ¿Puede llamarle?

—Está enterrado bajo cien metros de tierra. Los móviles no llegan ahí.

Corrieron dentro del bunker.

Theo recorrió a pie doscientos metros túnel abajo sin encontrar

nada que pudiera ayudarle a abrir la puerta de acceso a los criostatos. Echó la vista atrás; el grupo había desaparecido por la suave curva del anillo. Estaba a punto de rendirse y volver al monorraíl cuando algo llamó su atención, más adelante. Era otra persona trabajando cerca de uno de los imanes sextupolos. El operario no llevaba casco, una violación de las regulaciones. Theo pensó en llamarlo, pero la acústica del túnel era tan mala que había aprendido hacía mucho que no tenía sentido gritar. Bueno, no importaba quién fuera, siempre que tuviera una caja de herramientas más completa que la que él había traído.

Tardó un minuto en acercarse al hombre, que trabajaba junto a una de las bombas de aire; el ruido que provocaba debió de enmascarar el sonido de Theo al acercarse. Sobre el suelo del túnel descansaba un deslizador, un disco de metro y medio de diámetro con dos asientos bajo la cúpula. Aquellos aparatos se habían desarrollado para los campos de golf, pues eran mucho más cuidadosos con los *green* que los antiguos vehículos a motor.

En los viejos tiempos había miles de empleados del CERN a los que Theo no conocía ni de vista, pero ahora, siendo unos pocos centenares, se sorprendió al ver a alguien a quien no reconocía.

—Hola —dijo Theo.

El hombre, un tipo blanco y enjuto de unos cincuenta años, con el pelo blanco y ojos grises oscuros, se giró, claramente sorprendido. Tenía una caja de herramientas, sí, pero...

Había abierto una gran plancha de acceso en el lateral de una bomba de aire, y acababa de insertar un dispositivo en su interior...

Un dispositivo con el aspecto de una pequeña maleta de aluminio, con una cadena de números azules en un costado.

Números azules brillantes que no dejaban de contar hacia atrás.

30

Una de las paredes del bunker estaba cuajada de armarios. Jake cogió de ellos un casco amarillo, indicándole a Moot que hiciera lo mismo. Dentro había un ascensor, así como una escalera que conducía abajo. Jake llamó al ascensor y esperaron unos interminables segundos hasta que llegó la cabina.

—Quien haya entrado debe seguir ahí abajo —dijo—. De otro modo, el ascensor hubiera estado esperando arriba.

—¿No ha podido coger las escaleras?

—Supongo, pero son cien metros, el equivalente a un edificio de treinta plantas. Incluso bajando es agotador.

El ascensor llegó y entraron en él. Jake pulsó los botones para activarlo, pero el descenso fue de una lentitud frustrante, tardando un minuto en llegar hasta el nivel del túnel. Desembarcaron para ver un deslizador esperándolos, y Jake se dirigió hacia él.

—¿No dijo que debería haber dos deslizadores?

—Eso es lo que esperaba, sí.

Jake se sentó en el asiento del conductor, y Moot en el del pasajero. Encendió los faros y activó los ventiladores. El aparato se desplazó hacia arriba y se adentraron en el túnel, en el sentido contrario a las agujas del reloj, a tanta velocidad como permitía el vehículo.

A lo largo del camino, el túnel se enderezó un trecho; lo hacía cerca de los cuatro detectores principales, para evitar la radiación del sincrotrón. En medio de la sección recta vieron la gigantesca cámara hueca, de veinte metros de altura, empleada para albergar el detector solenoidal compacto de muones, con su imán de catorce mil toneladas. En el momento de su construcción, el CMS había costado más de cien millones de dólares americanos. Tras el desarrollo del colisionador de taquiones-tardiones, el CERN lo había

vendido, igual que el ALICE, que se encontraba en una cámara similar en otro punto del túnel. El gobierno japonés los había comprado para su empleo en el acelerador KEK de Tsukaba. Michiko Komura había supervisado el desmantelamiento de las inmensas máquinas en Suiza, así como su reensamblaje en Japón. El sonido de los motores del deslizador resonaba en la vasta cámara, lo bastante grande como para albergar un pequeño edificio de apartamentos.

—¿Queda mucho? —preguntó Moot.

—No.

Prosiguieron.

Theo miró al hombre, que seguía arrodillado en el túnel, frente a la bomba de aire.

—*Mein Gott* —dijo el intruso en voz baja.

—Usted —demandó Theo en francés—. ¿Quién es?

—Hola, Dr. Procopides.

Theo se relajó. Si el tipo sabía quién era, no podía ser un intruso. Además, le parecía vagamente familiar.

El hombre miró la sección del túnel por la que había llegado. Entonces metió la mano en la chaqueta de cuero oscuro que vestía y sacó una pistola.

El corazón de Theo dio un vuelco. Por supuesto, hacía años, después de que el joven Helmut mencionara la Glock 9mm, había buscado una imagen del arma en la red. Aquella pistola semiautomática era la que lo apuntaba ahora; en su cargador cabían hasta quince balas.

El hombre miró la pistola, como si también él se sorprendiera al verla en su mano.

—Algo que compré en los Estados Unidos. Allí son mucho más fáciles de conseguir. Y sí, sé lo que está pensando. —Hizo un gesto a la maleta de aluminio con el cronómetro azul—. Piensa que puede ser una bomba, y eso es exactamente. Supongo que la podría haber puesto en cualquier parte, pero bajé al túnel en busca de un lugar en el que esconderla, para que nadie la encontrara. El interior de esa máquina parecía un lugar adecuado.

—¿Qué… —Theo se sorprendió ante el sonido de su propia voz. Tragó saliva, intentando recuperar el control— qué es lo que

pretende?

El hombre se encogió de hombros.

—Debería ser evidente. Intento sabotear su acelerador de partículas.

—Pero ¿por qué?

Señaló a Theo con la pistola.

—No me reconoce, ¿no?

—Me parece familiar, pero...

—Vino a visitarme a Alemania. Uno de mis vecinos había contactado con usted; mi visión me había mostrado viendo una noticia grabada en vídeo sobre su muerte.

—Cierto —dijo Theo—. Lo recuerdo.

No se acordaba de su nombre, pero sí del encuentro, hacía veinte años.

—¿Y por qué estaba viendo aquella noticia? ¿Por qué había adelantado la cinta para ver la historia sobre su muerte? Porque comprobaba si tenían alguna prueba que me incriminara. Nunca pretendí matar a nadie, pero lo haré si es necesario. Es justo, ¿no? Usted mató a mi mujer.

Theo comenzó a protestar, a decir que él no había matado a nadie, pero entonces lo recordó. Vino a él la visita a aquel hombre. Su mujer había caído por unas escaleras del metro durante el desplazamiento temporal; se había roto el cuello.

—No había modo de saber lo que iba a pasar, no había modo de prevenirlo.

—*Claro* que podían haberlo prevenido —saltó el hombre... Rusch era su nombre, recordó Theo: Wolfgang Rusch—. Claro que sí. No tenían por qué hacer lo que hicieron. ¡Tratar de reproducir las condiciones del nacimiento del universo! ¡Tratar de forzar la obra de Dios, exponiéndola a la luz del día! Dicen que la curiosidad mató al gato, pero fue *su* curiosidad, y fue *mi* mujer la que terminó muerta.

Theo no sabía qué decir. ¿Cómo explicarle la ciencia (la necesidad, la búsqueda) a alguien que era obviamente un fanático?

—Mire —dijo—, ¿dónde estaría el mundo si no...?

—¿Cree que estoy loco? —preguntó Rusch—. ¿Cree que estoy tarado? —sacudió la cabeza—. No soy un tarado. —Buscó en el

bolsillo trasero y extrajo su cartera, tratando de sacar una tarjeta laminada amarilla y azul para enseñársela a Theo.

El griego la miró. Era una tarjeta de identificación de profesor en la Universidad Humboldt.

—Profesor numerario —dijo Rusch— del Departamento de Química, doctorado por la Sorbona. —Era cierto. En 2009 le había dicho que enseñaba Química—. Si llego a saber entonces de su papel en todo esto, nunca hubiera hablado con usted. Pero vino a verme antes de que el CERN hiciera pública su responsabilidad.

—¿Y ahora quiere matarme? —el corazón de Theo corría desbocado, tanto que pensó que le iba a estallar. Sintió el sudor empapando todo su cuerpo—. Eso no le devolverá a su esposa.

—Oh, sí, claro que sí.

Sí que estaba loco. Maldición, ¿por qué había bajado solo al túnel?

—No su muerte, por supuesto —dijo Rusch—, pero sí lo que voy a hacer. Sí, recuperaré a Helena gracias al principio de exclusión de Pauli.

Theo se quedó sin habla. Aquel hombre deliraba.

—¿Cómo?

—Wolfgang Pauli —repitió Rusch, asintiendo—. Me gusta decirle a mis estudiantes que me llamo así por él, pero no fue así. Mi nombre viene del tío de mi padre. El principio de exclusión de Pauli, en sus primeros tiempos, sólo se aplicaba a los electrones: dos electrones no podían ocupar simultáneamente el mismo estado energético. Más tarde se expandió para incluir a otras partículas subatómicas.

Theo ya sabía todo aquello, pero trataba de ocultar su creciente pánico.

—¿Y?

—Así que creo que el principio de exclusión también se aplica al concepto del *Ahora*. Todas las pruebas están aquí: sólo puede haber un *ahora*: a lo largo de la historia humana, todos hemos estado de acuerdo en qué momento era el presente. Nunca ha habido un instante que parte de la humanidad considerara el ahora, mientras otra lo creyera el pasado, y otra el futuro.

Theo levantó ligeramente los hombros, sin saber adónde

conducía todo aquello.

—¿No lo entiende? —preguntó Rusch—. ¿No lo ve? Cuando enviaron la conciencia de la humanidad veintiún años en el futuro, cuando movieron el «ahora» de 2009 a 2030, el «ahora» que debiera haber sido experimentado por la gente en 2030 debió de haberse desplazado a algún otro lugar. ¡El principio de exclusión! Todo momento existe como el «ahora» para aquellos congelados en él, no puedes superponer los «ahoras» de 2009 y 2030; ambos no pueden existir de forma simultánea. Cuando llevaron adelante el ahora de 2009, el de 2030 tuvo que dejar vacante ese tiempo. Cuando oí que iban a reproducir el experimento en el momento exacto que habían mostrado las visiones, todo encajó en su sitio. La supernova de Sanduleak oscilará durante décadas o siglos, así que es probable que el intento de mañana no sea el último. ¿Cree que el ansia de la humanidad por ver el futuro quedará saciado por un vistazo más? Claro que no. Somos voraces en nuestro deseo. Desde la antigüedad, ningún sueño ha sido más seductor que el de conocer el porvenir. *Siempre* que sea posible cambiar el sentido del ahora, lo haremos... suponiendo que su experimento de mañana tenga éxito.

Theo echó un vistazo a la bomba. Si leía la pantalla correctamente, tenía más de cincuenta y cinco horas antes de que explotara. Trataba de pensar con claridad; no había imaginado lo desconcertante que era tener una pistola apuntando a su corazón.

—Entonces, ¿qué... qué es lo que sugiere? ¿Que si en 2030 no queda un espacio para que la conciencia de 2009 salte al futuro, el primer salto no se producirá jamás?

—¡Exacto!

—Pero eso es una locura. El primer salto *ya* ha sucedido. Todos hemos vivido veintiún años desde entonces.

—No *todos* hemos vivido esos veintiún años —le cortó áspero Rusch.

—Bueno, no, pero...

—Sí, ha sucedido, pero yo voy a deshacer eso. Voy a rescribir de forma retroactiva las dos últimas décadas.

Theo no quería discutir con aquel hombre, pero...

—Eso no es posible.

—Sí lo es. ¿No lo ve? Ya he triunfado.

—¿Cómo?

—¿Qué tenían en común todas las visiones la primera vez? —preguntó Rusch.

—N-no...

—¡Actividades de ocio! La vasta mayoría de la población parecía estar de vacaciones, tener el día libre. ¿Y por qué? Porque se les había dicho a todos que ese día no fueran al trabajo, que se quedaran en casa, a salvo, porque el CERN iba a tratar de replicar el desplazamiento temporal. Pero algo sucedió... algo pasó que hizo que la réplica se cancelara, demasiado tarde para que la gente volviera al trabajo. Y, así, la humanidad disfrutó de unas vacaciones inesperadas.

—Lo más probable es que lo que mostró la visión fuera simplemente una versión de la realidad en la que la precognición nunca hubiera sucedido.

—Tonterías —dijo Rusch—. Sí, vimos a algunas personas trabajando, tenderos, vendedores callejeros, policía... Pero casi todos los comercios estaban cerrados, ¿no? Ya ha oído los rumores, que el miércoles 23 de octubre de 2030 se celebraría una gran fiesta en todo el planeta. Puede que un día de desarme mundial, o un primer contacto con los alienígenas. Pero ahora *es* 2030, y sabe tan bien como yo que no existe tal fiesta. Todo el mundo se había quedado en casa, preparándose para un desplazamiento temporal que nunca llegó. Pero recibieron *alguna* señal de que no iba a pasar nada, lo que significa que ese mismo día se filtró la noticia de que el colisionador de hadrones tenía una avería. He programado la bomba para que estalle dos horas antes de que lleguen los neutrinos de Sanduleak.

—Pero si algo así hubiera aparecido en las noticias, sin duda alguien lo hubiera advertido en su visión. Alguien hubiera informado de ello.

—¿Quién se quedaría en casa viendo las noticias dos horas en unas vacaciones inesperadas? —preguntó Rusch—. No, estoy convencido de que el escenario que he descrito es el correcto. Lograré desmantelar el CERN; la conciencia de la Tierra en 2030 se quedará en su justo lugar, y el cambio se propagará hacia atrás desde este punto, veintiún años en el pasado, rescribiendo la

historia. Mi querida Helena, y todos los demás muertos por su arrogancia, vivirán de nuevo.

—No puede matarme —dijo Theo—. Y no puede mantenerme aquí dos días. La gente advertirá que he desaparecido y bajarán a buscarme. Encontrarán su bomba y la desactivarán.

—Bien pensado —concedió Rusch. Manteniendo con cuidado la pistola apuntando a Theo, se retiró hacia el artefacto. Lo sacó de la bomba de aire, levantándolo por el asidero de la maleta. Debió de notar la expresión de Theo—. No se preocupe —dijo—. No es delicada. —Situó el artefacto en el suelo del túnel y manipuló el mecanismo del contador. Después giró la maleta para que Theo pudiera ver el costado. El griego miró el reloj. Seguía con la retrocuenta, pero ahora indicaba cincuenta y nueve minutos y cincuenta y seis segundos—. La bomba estallará dentro de una hora. Es antes de lo que tenía planeado, y con esta antelación es probable que le hurtemos a la gente su día de vacaciones de pasado mañana, pero el resultado final será el mismo. Mientras la reparación de los daños en el túnel lleve más de dos días, *Der Zwischenfall* no será repetido. Ahora vamos a pasear un poco. No pienso subirme a un deslizador con usted, ni... Supongo que vino en monorraíl, ¿no? Pues nosotros no. Pero en una hora nos podemos alejar a pie lo suficiente como para no resultar dañados. —Le señaló con la pistola —. Usted primero.

Comenzaron a andar en el sentido contrario a las agujas del reloj, hacia el monorraíl, pero antes de haber avanzado una decena de metros, Theo advirtió un leve zumbido tras ellos. Se giró, al igual que Rusch. Trazando la curva del túnel, a lo lejos, vieron otro deslizador.

—Maldición —dijo Rusch—. ¿Quiénes son?

El pelo rojo y gris de Jake Horowitz era fácil de distinguir, incluso a aquella distancia, pero el otro...

¡Dios! Parecía ser...

Era él, el detective Helmut Drescher de la policía de Ginebra.

—No lo sé, respondió Theo, fingiendo que entrecerraba los ojos para ver mejor.

El deslizador se acercaba rápidamente, y Rusch miró a izquierda y derecha. Había tanto equipo instalado en las paredes del túnel

que, con un poco de tiempo, era posible encontrar con facilidad nichos en los que ocultarse. Rusch dejó la bomba a un lado y comenzó a retirarse del vehículo. Pero ya era tarde. Jake lo señalaba claramente. Rusch acortó la distancia que lo separaba de Theo, clavándole la pistola en las costillas. El corazón de Theo nunca había latido más rápido en toda su vida.

Drescher tenía la pistola desenfundada cuando el deslizador se posó sobre el suelo del túnel, a cinco metros de Rusch y Theo.

—¿Quién es usted? —preguntó Jake al alemán.

—¡Cuidado! —alcanzó a decir Theo—. Tiene un arma.

Rusch parecía aterrado. Una cosa era poner una bomba, y otra muy distinta el secuestro de un rehén y el posible asesinato. No obstante, volvió a clavar la Glock en el costado del griego.

—Así es —dijo—, así que retírense.

Moot estaba ahora de pie, con las piernas abiertas para lograr la mayor estabilidad, sosteniendo su arma con ambas manos para apuntar directamente al corazón de Rusch.

—Oficial de policía —dijo—. Tire su arma.

—*Nein*.

El tono de Moot era totalmente neutro.

—Tire su arma o dispararé.

La mirada de Rusch voló a izquierda y derecha.

—Si dispara, el Dr. Procopides morirá.

Theo pensaba a toda prisa. ¿Así había sucedido la primera vez? Para concordar con la visión, Rusch debería dispararle no una, sino tres veces. En una situación como aquella podía meterle una sola bala en el pecho (tampoco haría falta más), pues en cuanto apretara el gatillo Moot le volaría la cabeza.

—Atrás —repitió Rusch—. ¡Atrás!

Jake parecía tan asustado como Theo, pero Moot se mantuvo firme.

—Tire su arma. Queda detenido.

El pánico de Rusch pareció desaparecer por un momento, como si estuviera demasiado aturdido para notarlo. Si de verdad era sólo un profesor universitario, probablemente no hubiera tenido problemas con la ley en toda su vida. Pero entonces recuperó algo de juicio.

—No puede arrestarme.

—Vaya que no —replicó Moot.

—¿A qué policía pertenece?

—Ginebra.

Rusch alcanzó a lanzar una risa breve y aterrada, al tiempo que volvía a empalar a Theo con el cañón.

—Dile dónde estamos.

Las entrañas de Theo estaban ardiendo. No comprendía la pregunta.

—En el colisionador de…

Rusch clavó más fuerte.

—El país.

Theo sintió cómo perdía el ánimo.

—Ah… —Mierda. Mierda—. Estamos en Francia —dijo—. La frontera prácticamente sigue al túnel.

—Entonces —dijo Rusch mirando a Moot—, aquí no tiene jurisdicción; Suiza no es miembro de la Unión Europea. Si me dispara fuera de su jurisdicción, será un asesinato.

Moot pareció titubear unos instantes, y la pistola en la mano flaqueó. Pero entonces volvió a apuntar con firmeza al corazón del alemán.

—Ya me preocuparé después de los tecnicismos. Tire su arma ahora mismo o dispararé.

Rusch estaba tan cerca de Theo que éste podía sentir su aliento, rápido, breve. Podía hiperventilar en cualquier momento.

—Muy bien —dijo—. Muy bien. —Dio un paso alejándose de Theo y…

¡Kablam!

El disparo resonó en el túnel.

El corazón de Theo se detuvo…

Pero sólo un segundo.

La boca de Rusch se abrió por el horror, el terror, el miedo…

…y la comprensión de lo que había hecho…

…mientras Moot Drescher trastabillaba, tropezaba y caía, aterrizando de espaldas, tirando su arma mientras a su espalda comenzaba a formarse un charco de sangre.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Jake—. ¡Oh, Dios mío! —Saltó hacia

delante, tratando de alcanzar la pistola de Drescher.

Rusch parecía totalmente aturdido. Theo lo apresó por detrás, apretándole el cuello y clavando la rodilla en la espalda baja de su rival. Con la otra mano trataba de quitarle la pistola caliente y humeante.

Jake tenía ya el arma del detective. Trató de apuntar a la forma combinada de Rusch y Theo, pero las manos le temblaban violentamente. Theo logró doblar el brazo del hombre, que tuvo que soltar la pistola. Entonces el griego saltó, alejándose, mientras Jake apretaba el gatillo. Pero en sus manos trémulas e inexpertas la bala se perdió y acertó a uno de los tubos fluorescentes del techo, que explotó con una lluvia de chispas y vidrio. Rusch trataba de recuperar su arma, y ni él ni Theo parecían conseguir apresarla. Al fin, Theo decidió apartarla de una patada de la mano del alemán. La pistola se deslizó hasta quedar a doce metros túnel abajo.

El griego no tenía arma, pero tampoco Rusch. Drescher estaba rodeado por un lago de sangre, pero aún parecía vivo; su pecho subía y bajaba con dificultad. Jake probó a disparar otra vez, pero falló de nuevo.

Rusch comenzó a correr hacia la Glock antes incluso de levantarse. Theo, comprendiendo que nunca lograría alcanzarlo, decidió marcharse en el otro sentido.

—¡Tiene una bomba! —gritó al pasar junto a Jake—. ¡Ayuda a Moot!

Jake asintió. Rusch ya había recuperado su pistola, se había dado la vuelta y corría, con el cañón levantado, hacia Jake, Moot y Theo, en retirada.

El griego corría lo más rápido que podía, y sus pisadas resonaban con fuerza en el túnel. Más adelante estaba la maleta de aluminio que contenía la bomba. Se arriesgó a mirar por encima del hombro. Jake, que aún empuñaba la pistola de Moot, estaba de rodillas junto al policía. El alemán pasó junto a ambos, sin dejar de apuntar a Jake para no darle la ocasión de disparar de nuevo. Se giró y corrió hacia atrás, sin perder de vista a Horowitz hasta que se encontró lejos de su tembloroso alcance. Entonces se volvió de nuevo y siguió persiguiendo a Theo.

Éste alcanzó la bomba, la aferró con una mano y saltó al

deslizador de Rusch, golpeando el pedal de activación con el pie. Miró hacia atrás a medida que el vehículo comenzaba a acelerar en el sentido de las agujas del reloj.

Rusch volvió sobre sus pasos. Jake, al parecer asumiendo que el alemán se había marchado, había dejado la pistola de Moot y se estaba quitando la camisa, con los botones aún apretados; era evidente que quería usarla como vendaje para frenar la hemorragia. Rusch no tuvo problemas para subirse al deslizador que había traído a Jake y a Moot, partiendo detrás de Theo.

Éste volaba por el anillo con una buena ventaja, pero no se trataba de un sencillo vuelo en línea recta: no sólo había que negociar la curvatura del túnel, sino también las gigantescas piezas de equipo que sobresalían en toda su longitud.

Theo observó la pantalla de la bomba: cuarenta y un minutos y dieciocho segundos. Esperaba que Rusch dijera la verdad cuando le explicó que los explosivos no eran frágiles. Junto a la pantalla había varios botones sin marcar, por lo que no había modo de saber cuáles inicializaban el contador hasta su valor más alto y cuáles podían hacer explotar la bomba de inmediato. Pero si lograba llegar a la estación de acceso y alcanzaba la superficie, habría tiempo de sobra para arrojar la bomba en medio de algún descampado.

El vehículo de Theo se bamboleaba, pues sin duda estaba forzando los estabilizadores más de lo admisible. Volvió a mirar atrás. Al principio lanzó un suspiro de alivio (no veía a Rusch por ninguna parte), pero un segundo después divisó el segundo deslizador por la curvatura del túnel.

Delante sólo había oscuridad; Theo sólo había activado las luces de un pequeño arco del túnel. Esperaba que Jake hubiera conseguido estabilizar a Moot. Mierda, no debería haber cogido el deslizador; desde luego, la necesidad de Moot por llegar a la superficie era más importante que proteger el equipo del túnel. Ojalá Jake se diera cuenta de que el monorraíl tenía que estar cerca.

¡Mierda! Su coche tocó el muro exterior del anillo y comenzó a girar, cortando gajos de oscuridad con los faros delanteros. Luchó contra la palanca de control, tratando de no estrellarse contra nada más. Logró recuperar la dirección adecuada, pero ahora el vehículo de Rusch estaba a la mitad de la distancia visible del túnel, no en el

otro extremo.

El deslizador no llevaba velocidad suficiente para crear siquiera una brisa, pero en aquellos momentos parecía supersónico. Rusch aún empuñaba la Glock, por supuesto, pero aquel vehículo no era como un coche antiguo; no podías dispararle a las ruedas con la esperanza de detenerlo. El único modo seguro era disparar al conductor, ya que Theo necesitaba mantener la presión sobre el pedal del acelerador para seguir moviéndose.

Theo no dejaba de zigzaguear a izquierda y derecha, subiendo y bajando cuanto podía en el túnel atestado; si Rusch intentaba dispararlo por la espalda, quería presentar un blanco lo más difícil posible.

Comprobó los marcadores de la suave curvatura del muro; el túnel estaba dividido en ocho octantes de unos tres kilómetros y medio cada uno, subdivididos a su vez en unas treinta secciones de cien metros. Según la señalización, estaba en el tercer octante, sección veintidós. La plataforma de acceso se encontraba en el cuarto octante, sección treinta y tres. Podía conseguirlo...

¡Impacto!

Una lluvia de chispas.

El sonido del metal rasgándose.

Maldita sea, no había prestado la suficiente atención; el deslizador había tropezado con una de las unidades criogénicas. Casi había volcado, lo que hubiera hecho que Theo y la bomba cayeran al suelo. Peleó con los controles, tratando desesperado de estabilizar el vehículo, y una mirada furtiva confirmó sus miedos: la colisión lo había frenado lo bastante como para que Rusch se encontrara ahora a solo cincuenta metros. Tenía que ser un magnífico tirador para alcanzar a Theo a esa distancia en la oscuridad, pero si se acercaba mucho más...

Frente a él, más equipo constreñía el túnel; tuvo que descender hasta los pocos centímetros, pero su control del deslizador a aquella velocidad era malo, y el aparato saltaba sobre el suelo como una piedra plana arrojada a un lago.

Otra mirada al reloj de la bomba, a los dígitos que brillaban azules en la luz mortecina. Treinta y siete minutos.

¡Blam!

La bala silbó junto a Theo, que se agachó de forma instintiva. Alcanzó algún elemento metálico más adelante, iluminando el túnel con chispas.

Theo esperaba que Jake y Moot hubieran bajado por el ascensor de la estación de acceso. Si la cabina estaba arriba, no había modo de esperarla y tendría que intentarlo por las interminables escaleras para que Rusch no tuviera un disparo claro.

Giró de nuevo, esta vez para evitar la abrazadera de sujeción de una tubería. Miró hacia atrás. Por desgracia, el deslizador de Rusch debía de tener la batería más cargada, ya que se encontraba muy cerca.

Las paredes del túnel no dejaban de pasar, y ¡sí! ¡Allí estaba! La plataforma de acceso. Pero...

Pero Rusch ya estaba demasiado cerca, demasiado. Si Theo detenía allí su máquina, Rusch podría volarle la cabeza. Mierda, mierda, mierda.

Theo sintió parársele el corazón al pasar de largo la plataforma. Se giró en su silla y la vio alejarse de la vista. El alemán, que evidentemente había decidido que no tenía intención de perseguir a Theo por todo el túnel, disparó de nuevo. La bala acertó al deslizador, cuyo cuerpo metálico vibró como respuesta.

Theo animó al vehículo a ir más rápido y recordó los viejos coches de golf que el CERN había usado para los desplazamientos cortos por el túnel. Los echó de menos; al menos no corrían el peligro constante de volcar a altas velocidades. Siguieron adelante, cada vez más lejos, zigzagueando por el túnel, y entonces...

Llegó a su espalda el sonido de una colisión. Theo miró atrás y vio que el deslizador de Rusch se había estrellado contra el muro exterior. Se había detenido. Theo dejó escapar un grito de alegría.

Suponía que habían recorrido unos diecisiete kilómetros, por lo que la plataforma del monorraíl del campus no tardaría en aparecer. Podía llegar allí y tomar el ascensor que subía directamente al centro del control del LHC. Esperaba ver aparcado el convoy, lo que significaría que Jake y Moot estaban a salvo...

¡Maldición! Su deslizador comenzaba a detenerse, agotada la batería. Probablemente la alarma hubiera sonado antes, pero Theo había sido incapaz de oírla con el ruido de los motores

sobreacelerados. El aparato cayó al suelo del túnel, deslizándose sobre el hormigón hasta detenerse. Cogió la bomba y empezó a correr. Siendo adolescente había participado una vez en la recreación de la carrera desde Maratón hasta Atenas, en el 490 a.C., para anunciar la victoria griega sobre los persas, pero había sido treinta años más joven. Trató de ir más rápido y su corazón se desbocó.

¡Kablam!

Otro disparo. Rusch debía de haberse subido de nuevo a su deslizador. Theo siguió corriendo, con las piernas subiendo y bajando, al menos en su mente, como pistones. Allí, delante, se encontraba la plataforma del campus, con seis deslizadores estacionados a un lado. Sólo veinte metros más...

Miró atrás. Rusch se acercaba a toda velocidad. Dios, no podía detenerse ahora o lo mataría como a un pichón.

Obligó a su cuerpo a recorrer los últimos metros, pero...

...la persecución prosiguió.

Saltó a otro deslizador y lo envió volando una vez más túnel abajo, aún en sentido horario. Miró atrás. Rusch abandonaba su propio deslizador, presumiblemente preocupado por sus baterías, y tomaba uno nuevo, lanzándose a la caza.

Theo echó una ojeada al reloj de la bomba. Sólo quedaban veinte minutos, pero al menos parecía disponer al fin de una buena ventaja. Gracias a ello se detuvo por fin a pensar un instante. ¿Podía tener razón Rusch? ¿Había una posibilidad de deshacer todo el daño, las muertes de hacía veintiún años? Si nunca hubiera visiones, la mujer del alemán seguiría viva, así como la hija de Michiko, Tamiko; su hermano Dimitrios seguiría vivo.

Pero, por supuesto, nadie concebido tras las visiones, nadie nacido en los últimos veinte años, sería igual. Qué espermatozoide penetraba en un óvulo dependía de miles de detalles; si el mundo se desarrollaba de un modo distinto, si las mujeres quedaban embarazadas en días distintos, incluso en segundos diferentes, sus hijos no serían los mismos. ¿Cuánta gente había nacido en las dos últimas décadas? ¿Cuatro mil millones? Aunque lograra rescribir la historia, ¿tenía derecho a hacerlo? ¿No merecían esos miles de millones el resto de su tiempo asignado, y no ser borrados, ni

siquiera asesinados, sino completamente expurgados del tiempo?

El coche de Theo prosiguió su viaje por el túnel. Miró atrás de nuevo y vio a Rusch emerger en la distancia por la curva.

No, no cambiaría el pasado aunque pudiera. Y, además, en realidad no creía a Rusch. Sí, el futuro podía cambiarse, pero ¿el pasado? No, eso *tenía* que ser fijo. Al menos en eso siempre había estado de acuerdo con Lloyd Simcoe. Lo que aquel hombre sugería era una locura.

¡Otro disparo! El proyectil falló su objetivo, hundiéndose en la pared del túnel frente a él. Pero sin duda habría más, si Rusch averiguaba hacia dónde se dirigía.

Pasó otro kilómetro, y en el contador de la bomba no quedaban más que once minutos. Theo consultó las marcas de las paredes, tratando de adivinarlas con las luces de sus faros. Tenía que estar...

¡Sí! ¡Allí estaba, donde lo había dejado!

El monorraíl, colgando del techo. Si lograra alcanzarlo...

Un nuevo disparo retumbó. Aquel acertó al deslizador, y Theo casi perdió el control del vehículo. El monorraíl seguía a unos cien metros. Luchó con la palanca, maldiciendo al aparato, exigiéndole más velocidad.

El monorraíl constaba de cinco elementos: una cabina en cada extremo y los tres vagones intermedios. Tenía que llegar a la cabina más alejada; el tren sólo se movería en la dirección que la cabina consideraba hacia delante.

Casi...

No detuvo suavemente el deslizador, sino que pisó a fondo el freno. El aparato se inclinó hacia delante, y Theo con él. Resbalaron por el suelo de cemento, haciendo saltar las chispas. Theo salió, cogió la bomba y...

¡Otro disparo!

¡Dios!

Un chorro de la sangre del propio Theo en su cara...

Más dolor del que hubiera sentido nunca en la vida...

Un proyectil destrozando su hombro derecho.

Dios...

Dejó caer la bomba, trató de aferrarla con la mano izquierda y trastabilló hacia la cabina del tren.

El dolor, el dolor inconcebible...

Apretó el botón de marcha.

Las luces del tren, situadas encima del parabrisas inclinado, se encendieron, iluminando el túnel. Después de la penumbra de la última media hora, el resplandor era doloroso.

El monorraíl se puso en movimiento con un quejido. Operó el control de velocidad, acelerando por el túnel.

Creyó que iba a perder el sentido por el dolor, y miró hacia atrás: Rusch estaba esquivando el deslizador abandonado de Theo. El monorraíl empleaba levitación magnética y era capaz de alcanzar grandes velocidades. Por supuesto, nadie había probado nunca su velocidad máxima en el túnel...

Hasta entonces.

El reloj de la bomba mostraba ocho minutos.

Sonó otro disparó, pero falló su objetivo. Theo miró por encima del hombro, a tiempo de ver el deslizador de Rusch desaparecer por la curvatura.

Inclinó la cabeza para asomarla por un lateral y sintió el viento en la cara.

—Vamos... vamos...

Las paredes curvas del anillo pasaban a toda velocidad, y los generadores magnéticos no dejaban de zumbar.

Allí estaban Jake y Moot, el físico atendiendo al policía, que estaba sentado, afortunadamente vivo. Theo los saludó cuando el monorraíl voló a su lado.

Los kilómetros se desgranaban hasta que...

Sesenta segundos.

Nunca llegaría hasta la estación de acceso, hasta la superficie. Puede que debiera dejar la bomba; sí, desmantelaría el LHC no importaba dónde explotara, pero...

No.

No, había llegado demasiado lejos, y no sufría ningún defecto fatal; su caída no estaba predeterminada.

Si solo...

Volvió a mirar el reloj y las marcas de las paredes.

¡Sí!

¡Sí! ¡Podía conseguirlo!

Instó al tren para que acelerara.

Y entonces...

El túnel se enderezó.

Activó el freno de emergencia.

Otra lluvia de chispas.

Metal contra metal.

Su cabeza restallando hacia delante.

La agonía de su hombro.

Salió como pudo de la angosta cabina y se alejó del monorraíl.

Cuarenta y cinco segundos...

Se tambaleó algunos metros más por el túnel... hasta la entrada de la inmensa cámara vacía de seis plantas de altura que en el pasado alojara al detector CMS.

Se obligó a seguir, a entrar en la cámara, situando la bomba en el centro de aquel vasto espacio.

Treinta segundos.

Se giró y corrió tan rápido como pudo, asustado por el río de sangre que dejaba a su paso...

De vuelta al monorraíl...

Quince segundos.

Subir a la cabina, pulsar el acelerador...

Diez segundos.

Deslizarse por las vías instaladas en el techo...

Cinco segundos.

Alrededor de la curvatura del túnel...

Cuatro segundos.

Casi inconsciente por el dolor...

Tres segundos.

Gritando al tren para que corriera...

Dos segundos.

Cubriéndose la cabeza con las manos, protestando con violencia el hombro al alzar el brazo derecho...

Un segundo.

Preguntándose por un instante qué deparaba el futuro...

¡Cero!

¡Kabum!

La explosión resonando en el túnel.

Un destello de luz a su espalda arrojando una enorme sombra sobre el insecto que era el tren en el anillo, y...

Y entonces...

La gloriosa, sanadora oscuridad, el tren acelerando mientras Theo se desplomaba sobre el diminuto tablero de mandos.

Dos días después.

Theo se encontraba en la sala de control del LHC. Estaba atestada, pero no por científicos o ingenieros, ya que prácticamente todo estaba automatizado: había decenas de periodistas, todos ellos tumbados en el suelo. Jake Horowitz estaba allí, por supuesto, así como los invitados especiales de Theo, el detective Helmut Drescher, con el brazo en cabestrillo, y su joven esposa.

Theo comenzó la retrocuenta y se tumbó con los demás en el suelo, esperando a que sucediera.

31

Lloyd Simcoe pensaba a menudo en su hija de siete años, Joan, que ahora vivía en Japón. Por supuesto, cada pocos días hablaban por videófono, y Lloyd trataba de convencerse de que verla y oírla era tan satisfactorio como abrazarla, como hacerla rebotar en su rodilla, como apretar su mano mientras paseaban por el parque, como limpiar sus lágrimas cuando se caía y se lastimaba una rodilla.

La amaba enormemente y estaba orgulloso de ella más allá de lo que podía describir. Sí, a pesar de su nombre occidental, no se parecía en nada a él; sus rasgos eran totalmente asiáticos. De hecho, se parecía muchísimo a la pobre Tamiko, la hermana a la que nunca había conocido. Pero su aspecto no importaba; la mitad de Joan procedía de Lloyd. Más que su premio Nóbel, más que los trabajos que había publicado solo o con otros, *ella* era su inmortalidad.

Y aunque procedía de un matrimonio que no había durado, Joan lo llevaba bien. Sí, Lloyd no dudaba que en ocasiones desearía que su padre y su madre siguieran juntos, pero había asistido a la boda de su padre con Doreen, quedándose con el corazón de todos los presentes al ir echando las flores para la mujer que pronto sería su madrastra.

Madrastra. Medio hermana. Ex mujer. Ex marido. Nueva esposa. Permutaciones; la panoplia de interacciones humanas, de formas de constituir una familia. Casi nadie seguía casándose en grandes ceremonias, pero Lloyd había insistido. Las leyes en casi todos los estados y provincias de Norteamérica decían que, si dos adultos vivían juntos el tiempo suficiente, estaban casados; si dejaban de vivir juntos, dejaban de estarlo. Así de simple, sin más papeleos y sin el dolor que los padres de Lloyd habían padecido, sin la histeria y el sufrimiento que Dolly y él habían presenciado, conmocionados mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor.

Pero Lloyd había querido la ceremonia; antes lo había rechazado por el miedo a crear otro hogar roto (una expresión que, había advertido, en la última edición del Merriam-Webster calificaban como «arcaica»). Estaba decidido a no volver a sentirse amilanado por el pasado, así que Doreen y él lo habían hecho a lo grande: una estupenda fiesta, había dicho todo el mundo, una noche para recordar, llena de bailes, música, risa y amor.

Doreen ya había pasado la menopausia cuando se conocieron. Por supuesto, en aquellos tiempos ya había procedimientos y técnicas para haber tenido un hijo, de haberlo deseado. Lloyd estaba más que dispuesto; ya era padre, pero no le negaría a ella la posibilidad de ser madre. Pero Doreen había rechazado la idea. Estaba contenta con su vida antes de conocer a Lloyd, y la disfrutaba aún más ahora que estaban juntos. Pero no anhelaba los hijos, no buscaba la inmortalidad.

Ahora que Lloyd se había retirado, pasaban mucho tiempo en la cabaña de Vermont. Por supuesto, las visiones de ambos los habían situado en aquel lugar. Rieron mientras amueblaban el dormitorio, haciendo que tuviera el aspecto exacto que había tenido entonces, colocando con esmero la vieja mesilla de aglomerado y el espejo de pino nudoso.

Allí estaban, tumbados de lado en la cama; ella vestía incluso la camisa Tilley azul oscura. A través de la ventana podían ver los árboles vestidos con los gloriosos colores del otoño. Sus dedos estaban entrelazados. La radio estaba encendida, contando los segundos que restaban hasta la llegada de los neutrinos de Sanduleak.

Lloyd sonrió a Doreen. Ya llevaban casados cinco años. Él suponía que, siendo hijo de un divorcio y estando a su vez divorciado, no debía tener pensamientos ingenuos sobre estar con Doreen hasta la muerte, pero a pesar de todo no dejaba de sentirlo así. Lloyd y Michiko habían encajado muy bien, pero él y Doreen eran *perfectos*. Ella había estado casada una vez, pero el matrimonio se había roto hacía ya veinte años. Había supuesto que nunca volvería a casarse, por lo que se había acostumbrado a vivir sola.

Y entonces se conocieron, el físico ganador del Nóbel y la pintora, dos mundos totalmente distintos, en muchos aspectos más

dispares que el Japón de Michiko y la Norteamérica de Lloyd; pero a pesar de todo habían encajado a la perfección y el amor había surgido entre ambos; ahora él dividía la vida en dos partes, antes y después de Doreen.

La voz de la radio seguía desgranando los segundos.

—Diez segundos. Nueve. Ocho.

La miró y sonrió, y ella le devolvió el gesto.

—Seis. Cinco. Cuatro.

Lloyd se preguntó lo que vería en el futuro, pero había una cosa que no dudaba en ningún momento.

—¡Dos! ¡Uno!

Deparara lo que deparase el porvenir, Doreen y él estarían siempre juntos.

¡Cero!

Lloyd recibió una breve imagen fija de él y Doreen, mucho mayor, mayor de lo que hubiera creído posible para ellos, y entonces...

Sin duda, no morirían. Sin duda, si su conciencia hubiera dejado de existir, no vería nada.

Su cuerpo podía haberse ajado, pero... un rápido vistazo, el destello de una imagen...

Un nuevo cuerpo, todo plata y oro, suave y brillante...

¿Un androide? ¿Una forma robótica para su conciencia humana?

¿O un cuerpo virtual, nada más (o menos) que una representación del interior de un ordenador?

Su perspectiva cambió.

Ahora contemplaba la Tierra desde cientos de kilómetros de altura. Nubes blancas la cubrían por todas partes, y el sol se reflejaba en los vastos océanos.

Pero...

Pero, en el breve instante en el que percibió aquello, pensó en que quizá no se trataba del océano, sino del continente de Norteamérica, resplandeciente, su superficie cubierta por una red de metal y maquinaria, todo el planeta convertido literalmente en una Gran Telaraña Mundial.

Y entonces su perspectiva cambió otra vez, pero de nuevo contempló la Tierra, o lo que pensó que podía ser la Tierra. Sí, sí, lo

era sin duda, pues allí estaba la Luna alzándose. Pero el Océano Pacífico era menor, cubriendo sólo un tercio de lo que alcanzaba a ver, y la costa oeste de Norteamérica había cambiado de forma radical.

El tiempo restallaba; los continentes habían tenido milenios para desplazarse a nuevas ubicaciones.

Y siguió desplazándose...

Vio la luna girando cada vez más lejos de la Tierra, y entonces...

Pareció algo instantáneo, pero quizá hubiera tomado miles de años: la Luna desmoronándose en la nada.

Otro cambio...

Y la propia Tierra *reduciéndose*, menguando, encogiéndose, empequeñeciendo hasta ser un mero guijarro, y entonces...

Otra vez el sol, pero...

Increíble.

El sol estaba ahora parcialmente enfundado en una esfera metálica, capturando cada fotón de energía generado. La Luna y la Tierra no se habían desmoronado... habían sido *desmanteladas*. Material en bruto.

Lloyd prosiguió su viaje. Vio...

Sí, había sido inevitable; sí, había leído al respecto hacía incontables años, pero nunca hubiera pensado que viviría para verlo.

La Vía Láctea, el remolino de estrellas que la humanidad llamaba hogar, chocaba contra Andrómeda, su vecina, de mayor tamaño; los dos remolinos se fundían y el gas interestelar brillaba cegador.

Y seguía viajando, adelante, hacia el futuro.

No había tenido nada que ver con la primera vez, pero ¿no era siempre así la vida?

En las primeras visiones, el cambio del presente al futuro había parecido instantáneo. Pero si tomara una cienmilésima de segundo, ¿quién lo hubiera advertido? Y si cada cienmilésima de segundo representara el salto de un año, ¿quién se hubiera enterado? Pero esos 0,00005 segundos multiplicados por ocho *miles de millones* de años sumaban algo más de una hora, una hora deslizándose, planeando sobre paisajes temporales, nunca centrado en nada,

nunca materializándose, nunca desplazando del todo la conciencia apropiada del momento, pero sintiendo, percibiendo, viendo cómo se desarrollaba todo, observando el universo crecer y cambiar, experimentar paso a paso la evolución de la humanidad desde la niñez a...

...a lo que fuera que deparara el destino.

Por supuesto, en realidad Lloyd no estaba viajando. Seguía firmemente en Nueva Inglaterra, y no tenía más control sobre lo que veía o sobre lo que hacía su cuerpo de reemplazo que durante la primera visión. Sin duda, los cambios de perspectiva se habían debido al reposicionamiento de aquello en lo que se había convertido a medida que pasaban los milenios. Debía de existir una especie de persistencia de la memoria, análoga a la persistencia de la visión que hacía posible ver películas. Sin duda, rozaba cada uno de esos tiempos tan sólo un instante fugaz; su consciencia trataba de comprobar si una rebanada del cubo estaba ocupada, y, cuando descubría que así era, algo similar al principio de exclusión (Theo le había escrito para contarle el asunto de Rusch y sus aparentes delirios) le impedía permanecer allí, acelerándolo, llevándolo cada vez más y más hacia el futuro.

A Lloyd le sorprendió que mantuviera su individualidad; había pensado que, si la humanidad lograba sobrevivir millones de años, sin duda lo haría como una conciencia enlazada y colectiva. Pero no había oído otras voces en su mente; por lo que había visto, seguía siendo una entidad única y diferenciada, aunque el frágil cuerpo físico que una vez lo había encapsulado hubiera dejado de existir hacía tiempo.

Había visto la esfera de Dyson rodeando el sol, lo que significaba que la humanidad domeñaría un día tecnologías fantásticas, pero seguía sin ver más inteligencia que la del hombre.

Y entonces llegó como un destello de conocimiento. Lo que estaba sucediendo significaba que no había más vida inteligente en ninguna otra parte; que no había vida en ninguno de los planetas de los doscientos mil millones de estrellas que componían la Vía Láctea, ni, se detuvo para corregirse, en los seiscientos mil millones de estrellas que componían la súper galaxia combinada formada por la intersección de la Vía Láctea y Andrómeda. Tampoco en ninguno

de los planetas de cualquiera de las estrellas en los incontables miles de millones de galaxias que conformaban el universo.

Desde luego, todas las conciencias en todas partes tenían que coincidir en lo que constituía el «ahora». Si la conciencia humana rebotaba de un lado a otro, cambiando, ¿no significaba eso que no debía existir ninguna otra, ningún otro grupo intentando imponer qué momento determinado constituía el presente?

En cuyo caso la humanidad estaría absoluta, abrumadora, despiadadamente sola en la vasta oscuridad del cosmos, como única chispa de conciencia que nunca jamás existiría. La vida se había desarrollado feliz en la Tierra durante cuatro mil millones de años antes de los primeros destellos de conciencia, pero, para el 2030, nadie había conseguido duplicar aquella cualidad en una máquina. Ser consciente, saber que aquello fue ayer, que eso era el ahora y que aquello era el mañana, era una increíble casualidad, una coincidencia, una aberración que nunca antes se había dado en la historia del universo, y que nunca se repetiría.

Quizá eso explicara la increíble falta de nervio que Lloyd había observado una y otra vez. Incluso en 2030, la humanidad aún no se había aventurado más allá de la Luna; sesenta y un años después del pequeño paso de Armstrong, nadie había ido todavía a Marte, y no parecía que hubiera ningún plan para hacerlo. Marte, por supuesto, podía llegar a alejarse de la Tierra hasta trescientos setenta y siete millones de kilómetros cuando los dos planetas se situaban en lados opuestos del sol. Una mente humana en Marte, en tales circunstancias, se encontraría a veintiún minutos luz de la de sus congéneres. Incluso la gente que se encontraba la una junto a la otra estaba algo separada en el tiempo; no se veían como eran, sino como habían sido una trillonésima de segundo antes. Sí, un cierto grado de desincronización era claramente tolerable, pero debía de existir un límite superior. Quizá los dieciséis minutos luz se toleraran (la separación entre dos personas en lados opuestos de una esfera de Dyson construida con el radio de la órbita de la Tierra), pero veintiún minutos luz fueran excesivos. O quizá incluso esos dieciséis minutos excedían lo permisible para los seres conscientes. Sin duda, había sido la humanidad la que había construido la esfera de Dyson que Lloyd había observado

(aislándose así de la vacua y solitaria vastedad del exterior), pero quizá no estuviera poblada toda la superficie interior. La gente podía concentrarse en una porción determinada. Después de todo, una Esfera de Dyson tenía una superficie millones de veces superior a la de la Tierra; aun usando un décimo del territorio disponible, la humanidad dispondría de más tierras de las que nunca hubiera conocido. La esfera serviría para absorber todos los fotones emitidos por la estrella central, pero quizá la humanidad no la empleara toda como residencia.

Lloyd, o aquello en lo que se había convertido, se descubrió avanzando cada vez más en el futuro. Las imágenes no dejaban de cambiar.

Pensó en lo que había dicho Michiko: Frank Tipler y su teoría sobre que todo el mundo sería, o podría ser, resucitado en el Punto Omega para vivir de nuevo. La física de la inmortalidad.

Pero la teoría de Tipler se basaba en la premisa de que el universo era cerrado, de que tenía masa suficiente como para que su propia atracción gravitatoria lo colapsara todo de vuelta a la singularidad. A medida que los eones volaban, parecía claro que eso no iba a suceder. Sí, la Vía Láctea y su vecina más cercana habían colisionado, pero incluso galaxias enteras eran minúsculas en la escala de un universo siempre en expansión. Aquel alejamiento podría frenarse casi hasta la nada, acercándose al cero en una asíntota, pero jamás se detendría. Nunca existiría un punto omega. Y nunca habría otro universo. Aquella era la única iteración de espacio y tiempo.

Por supuesto, para entonces incluso la esfera de Dyson sin duda había desaparecido; si los astrónomos del siglo veintiuno tenían razón, el sol de la Tierra se expandiría como gigante rojo, engullendo el cascarón que lo rodeaba. Pero la humanidad hubiera dispuesto de una advertencia de miles de años, y sin duda habría emigrado (*en masse*, si así lo requería la física de la consciencia) a otra parte.

Al menos eso esperaba, pensó Lloyd. Aún se sentía desconectado de todo lo que se le mostraba en fotogramas individuales. Puede que la humanidad se hubiera evaporado al morir el sol.

Pero él, fuera lo que fuese, seguía vivo de algún modo, aún

pensante, aún sintiente.

Tenía que haber alguien más con quien compartir todo aquello.

Salvo que...

Salvo que aquel fuera el modo de sellar la inesperada grieta creada por los neutrinos de Sanduleak lloviendo sobre la recreación del primer momento de la existencia.

Eliminar a toda vida extraña. Dejar un único observador cualificado, una forma omnisciente, observándolo... todo, decidiendo la realidad con sus observaciones, cerrando un *ahora* constante, moviéndose adelante al ritmo inexorable de un segundo por segundo.

Un dios...

Pero en un universo vacío, estéril, sin inteligencia.

Al fin acabó su viaje en el tiempo. Había llegado a su destino, a la apertura; la consciencia de aquel año lejano (si es que la palabra «año» conservaba algún significado, ahora que el mundo cuya órbita lo había definido no existía desde hacía tiempo) había sido evacuada hasta reinos aún más remotos, dejando un sitio que ocupar con la suya.

Claro que el universo estaba abierto. Claro que existiría eternamente. El único modo para que una consciencia del pasado pudiera estar saltando adelante era que existiera un punto aún más lejano al que pudiera moverse la conciencia del presente; si el universo fuera cerrado, el desplazamiento temporal nunca se hubiera producido. Tenía que ser una cadena interminable.

Y ahora, frente a él, se abría el futuro *lejano*.

Siendo joven, Lloyd había leído *La máquina del tiempo*, de H.G. Wells y le había atormentado durante años. Pero no por el mundo de los eloi y los morlocks; incluso siendo pequeño, reconocía que se trataba de una alegoría, una obra moral sobre la estructura de clases de la Inglaterra victoriana. No, aquel mundo del 802.701 no era lo que le impresionó. Pero el viajero temporal de Wells hacía en el libro otro viaje, saltando millones de años hacia delante, hasta el ocaso del mundo, cuando las fuerzas de las mareas detuvieron la rotación de la Tierra, de modo que siempre se mostraba la misma cara hacia el sol, rojo e hinchado, un funesto ojo en el horizonte, mientras seres similares a los cangrejos se desplazaban lentamente

por una playa.

Pero lo que tenía frente a él parecía aún más sombrío. El cielo era oscuro; las estrellas se habían separado tanto las unas de las otras que sólo unas pocas eran visibles. El único alivio era que esas estrellas, ricas en metales forjados en las generaciones de soles que les habían precedido, brillaban con colores nunca vistos en el joven universo que Lloyd había conocido: había estrellas esmeralda, y púrpura, y turquesa, como gemas en el firmamento de terciopelo.

Y ahora que había llegado a su destino, seguía sin tener el control de su cuerpo sintético; era un pasajero tras unos ojos de cristal.

Sí, seguía siendo sólido, y conservaba su forma física. De vez en cuando alcanzaba a advertir lo que parecía ser un brazo, perfecto, inmaculado, más como metal líquido que como algo biológico, apareciendo y desapareciendo de su campo de visión. Estaba en una superficie planetaria, una vasta llanura de polvo blanco que podría ser nieve, o roca pulverizada, o cualquier otra cosa totalmente desconocida para la patética ciencia de hacía miles de millones de años. No había señal de edificaciones; si uno disfrutaba de un cuerpo indestructible, quizá no se necesitara ni deseara refugio. El planeta no podía ser la Tierra, que había desaparecido hacía mucho, pero la gravedad era similar. No captaba olor alguno, pero sí sonidos; extraños, etéreos sonidos, algo entre un céfiro y música de viento.

Vio que su campo de visión cambiaba al girar. No, no era eso. No había girado, sino que había desviado la atención a otro grupo de entradas, unos ojos en la parte trasera de la cabeza. Bueno ¿y por qué no? Si ibas a fabricarte un cuerpo, bien se podían resolver los problemas del original.

Y, en este nuevo campo de visión, vio otra figura, otra esencia humana encapsulada. Para su sorpresa, el rostro no era liso, no era un simple ovoide. Tenía rasgos intrincados, delicadamente tallados; y si el cuerpo de Lloyd parecía de metal líquido, el otro fluía de mármol verde, veteado, pulimentado, hermoso, una estatua encarnada.

No había nada masculino ni femenino en su forma, pero supo al instante de quién se trataba. Doreen, por supuesto, su esposa, su

amada, aquella con la que había deseado pasar la eternidad.

Pero entonces estudió el rostro, los rasgos tallados, los ojos...

Los ojos de almendra.

Y entonces...

Lloyd estaba tumbado en la cama cuando comenzó el experimento, con su mujer al lado. No había modo de hacerse daño cuando perdieran el conocimiento.

—Ha sido increíble —dijo Lloyd cuando terminó—. Absolutamente increíble.

Giró la cabeza, buscó la cabeza de Doreen y la miró.

—¿Qué has visto? —preguntó.

Ella usó la otra mano para apagar la radio, y vio que estaba temblando.

—Nada.

Su corazón dio un vuelco.

—¿Nada? ¿Ninguna visión?

Ella negó con la cabeza.

—Oh, cariño. Lo siento.

—¿Cuánto avanzaste? —preguntó ella. Debía de estar preguntándose cuánto tiempo se había perdido.

Lloyd no sabía cómo expresarlo con palabras.

—No estoy seguro —dijo. Había sido un viaje asombroso... pero le destrozaba pensar que Doreen no viviría para verlo.

Ella trató de parecer fuerte.

—Soy mayor —dijo—. Creía que podría vivir otros veinte o treinta años, pero...

—Estoy seguro de que vivirás —dijo él, intentando mostrar convicción—. Estoy seguro.

—Pero tú tuviste visión...

Lloyd asintió.

—Pero fue... fue de un tiempo muy alejado de éste.

—Enciende la televisión —dijo Doreen al aire; parecía nerviosa —. ABC.

Uno de los cuadros de la pared se convirtió en una pantalla. Doreen se incorporó para ver mejor.

—...gran decepción —dijo la reportera, una mujer blanca de unos cuarenta años—. De momento, nadie ha informado de una

visión durante el «apagón». La reproducción del experimento en el CERN pareció funcionar, pero nadie aquí en ABC News, ni en cualquier otra parte que nos haya llamado, ha informado de visiones. Todo el mundo simplemente perdió el conocimiento durante... las primeras estimaciones indican que puede haber pasado hasta una hora mientras duraba la inconsciencia. Como a lo largo del día, Jacob Horowitz se une a nosotros desde el CERN; el Dr. Horowitz formó parte del equipo que produjo el primer fenómeno de desplazamiento temporal, hace veinte años. Doctor, ¿qué significa esto?

Jake se encogió de hombros.

—Bueno, asumiendo que se produjo un desplazamiento temporal, y aún no estamos seguros de ello, por supuesto, debe de haber sido a un tiempo lo bastante lejano en el futuro como para que todos los que en este momento estamos vivos... bueno, no hay un modo agradable de decirlo ¿no? En el que todos los que ahora vivimos hayamos muerto. Si el desplazamiento hubiera sido de ciento cincuenta años, por ejemplo, no es de extrañar, pero...

—Silencio —dijo Doreen, desde la cama—. Pero tú has tenido una visión —dijo a su marido—. ¿Fue tan lejos como dice?

Lloyd negó con la cabeza.

—Más —dijo suavemente—. Mucho más.

—¿Cuánto?

—Millones. Miles de millones.

Doreen no pudo reprimir la risa.

—¡Oh, venga, cariño! Debe de haber sido un sueño. Es evidente que estarás vivo en el futuro, pero soñando.

Lloyd pensó en aquello. ¿Tendría razón? ¿Podía no haber sido más que un sueño todo aquello? Pero había sido tan vívido, tan real...

Y tenía sesenta y seis años, por el amor de Dios. Por muchos años que hubiera saltado en el futuro, si él había tenido una visión otros más jóvenes la hubieran tenido también. Pero Jake Horowitz tenía veinticinco años menos, y sin duda ABC News tenía personal de veinte o treinta años.

Y ninguno había informado de visión alguna.

—No sé —dijo al fin—. No me pareció un sueño.

32

El futuro *podía* cambiarse. Lo habían descubierto cuando la realidad se desvió desde lo visto en las primeras visiones. Sin duda, aquel futuro también podía alterarse.

En un momento relativamente cercano se desarrollaría un proceso de inmortalidad, o algo muy cercano, y Lloyd Simcoe se sometería a él. No sería algo tan sencillo como la anulación de los telómeros, pero, fuera lo que fuese, funcionaría al menos durante algunos cientos de años. Más tarde, su cuerpo biológico sería reemplazado por uno robótico, más duradero, y viviría lo suficiente como para ver el beso de la Vía Láctea y Andrómeda.

Por tanto, todo lo que tenía que hacer era encontrar un modo de que Doreen accediera también al tratamiento de inmortalidad: fuera cual fuese el coste, fueran cuales fuesen los criterios de selección, se aseguraría de que su mujer accediera a ellos.

Sin duda, en ese momento vivían otras personas que también se convertirían en inmortales. No podía haber sido el único en tener una visión; después de todo, al final no había estado solo.

Pero, como él, estaban callados, tratando todavía de comprender lo que habían contemplado. Quizá algún día todos los humanos vivieran eternamente, pero de las generaciones actuales, las que ya vivían en 2030, parecía que sólo unos cuantos no conocerían nunca la muerte.

Lloyd daría con ellos. Un mensaje en la red, quizá. Nada tan burdo como pedir a quien hubiera tenido otra visión que diera un paso adelante. No, no... algo sutil. Quizá pudiera preguntar por aquellos interesados en esferas de Dyson para ponerse en contacto con ellos. Incluso los que no comprendieran lo que veían en el momento de la visión debían de haber investigado las imágenes desde que la consciencia regresó al presente, y el término hubiera

salido en su búsqueda en la Red.

Sí, daría con ellos; encontraría a los demás inmortales.

O ellos lo encontrarían a él.

Pensó que quizá fuera Michiko a quien había visto en la llanura nevada del futuro distante.

Pero entonces le llegó el mensaje, invitándolo a Toronto. Era un simple correo electrónico: «Soy el hombre de jade que vio al final de su visión».

Jade. Por supuesto, eso era. No mármol verde, sino jade. No le había dicho nada a nadie sobre esa parte de la visión. Después de todo, ¿cómo decirle a Doreen que había encontrado a Michiko, y no a ella?

Pero no era Michiko.

Lloyd voló desde Montpellier hasta el aeropuerto internacional Pearson y buscó la salida. Era un vuelo internacional, pero su pasaporte canadiense le hizo atravesar la aduana sin perder tiempo. Un conductor lo esperaba en la puerta, sosteniendo un plano en el que aparecía escrito «SIMCOE». La limusina voló (literalmente) por la 407 hasta la calle Yonge, y al sur hasta la torre de apartamentos sobre la librería, la tienda y el multicine.

—Si pudiera salvar sólo a una diminuta porción de la especie humana de la muerte, ¿a quién elegiría? —preguntó Cheung a Lloyd, que estaba sentado en el sofá de cuero naranja del salón—. ¿Cómo se aseguraría de haber elegido a los más grandes pensadores, a las principales mentes? Sin duda, hay muchos modos. Yo decidí elegir ganadores del premio Nóbel. ¡Lo mejores doctores! ¡Los científicos más preeminentes! ¡Los más sublimes escritores! Y sí, los más humanitarios, aquellos que han ganado el Nóbel de la Paz. Por supuesto, uno puede no estar de acuerdo con las elecciones de un año dado, pero por lo general los galardones son *merecidos*. De ese modo comenzamos a acercarnos a los ganadores. Por supuesto, lo hicimos de forma subrepticia; ¿puede imaginar la protesta mundial si se supiera que la inmortalidad existía, pero que se le hurtaba a las masas? No comprenderían, no entenderían que el proceso es caro más allá de toda medida, y que durante muchas décadas lo seguirá siendo. Sí, quizá algún día encontremos un modo más barato, pero de momento sólo podemos permitir el tratamiento

para unos pocos centenares.

—¿Incluyéndolo a usted?

Cheung se encogió de hombros.

—Antes vivía en Hong Kong, Dr. Simcoe, pero lo dejé por un motivo. Soy un capitalista, y los capitalistas creemos que aquellos que realizan el trabajo deben prosperar con el sudor de su frente. El proceso de inmortalidad no existiría sin los miles de millones que mis compañías invirtieron en su desarrollo. Sí, me he seleccionado para el proceso. Tengo derecho.

—Si busca a ganadores del premio Nóbel, ¿qué hay de mi compañero, Theodosios Procopides?

—Ah, sí. Estimé prudente administrar el proceso por orden descendiente de edad. Pero sí, él será el siguiente, a pesar de su juventud; para los ganadores conjuntos, procesamos al mismo tiempo a todos los miembros del equipo. Ya conocí a Theo, como sabrá, hace veintiún años. Mi visión original tenía que ver con él, y vino a visitarme mientras buscaba información sobre su asesino.

—Lo recuerdo; estábamos juntos en Nueva York, y voló hasta aquí. Me habló de su reunión con usted.

—¿Le contó lo que le dije? Le dije que el alma tiene que ver con la vida inmortal, pero la religión sólo con recompensas. Le dije que sospechaba que le esperaban grandes cosas, y que un día recibiría una gran recompensa. Aun entonces yo sospechaba la verdad; después de todo, por justicia yo no debiera de haber tenido visión; tendría que estar muerto para hoy, o al menos no debería poder caminar a buen paso sin ayuda. Por supuesto, no podía estar seguro de que un día mi equipo lograría desarrollar la técnica de la inmortalidad, pero era un asunto en el que llevaba mucho tiempo interesado, y la existencia de algo así explicaría la buena salud de la que gozaba en mi visión, a pesar de la avanzada edad. Quería que su amigo supiera, sin revelar todos mis secretos, que si lograba sobrevivir lo bastante se le ofrecería la mayor recompensa de todas: la vida ilimitada. ¿Lo ve a menudo?

—Ya no.

—En cualquier caso, me alegro, más de lo que imagina, de que se haya evitado su muerte.

—Si le preocupara eso y dispusiera de la inmortalidad, ¿por qué

no le administró el tratamiento antes del día en el que las visiones lo condenaban a muerte?

—Nuestro proceso anula la senectud biológica, pero desde luego no hace invencible al beneficiario; aunque, como sin duda contempló en su visión, los cuerpos artificiales terminarán por resolver ese asunto. Si invirtiera millones en Theo y luego terminara muerto, hubiera derrochado un recurso muy limitado.

Lloyd consideró aquello.

—Mencionó que Theo es más joven que yo, y es cierto. Yo soy casi un anciano.

Cheung rió.

—¡Es usted un niño! ¡Tengo treinta años más que usted!

—Quiero decir que, de habérseme ofrecido esto cuando era más joven, más sano...

—Dr. Simcoe, es cierto que tiene usted sesenta y seis años, pero ha pasado todo ese tiempo bajo el cuidado de una medicina moderna cada vez más sofisticada. He visto sus informes médicos...

—¿Que ha qué?

—Por favor, yo dispenso la vida eterna; ¿cree de verdad que los asuntos de privacidad son una barrera para una persona en mi posición? Como le decía, he visto sus informes médicos: su corazón está en una forma excelente, su presión sanguínea es adecuada y su colesterol está bajo control. En realidad, Dr. Simcoe, tiene mejor salud que cualquier joven de veinticinco nacido hace más de cien años.

—Estoy casado. ¿Qué hay de mi esposa?

—Lo siento, Dr. Simcoe. Mi oferta sólo es para usted.

—Pero Doreen...

—Doreen vivirá el resto de sus días naturales, unos veintitantos, imagino. No se le niega nada; usted podrá pasar con ella cada uno de esos años. Algún día morirá. Soy cristiano, Dr. Simcoe, y creo que nos aguardan cosas mejores... a casi todos nosotros. He sido implacable en vida y espero un juicio severo... por lo que no tengo prisa por recibir mi recompensa. Pero su esposa... sé mucho sobre ella, y sospecho que su lugar en el Cielo está asegurado.

—No estoy seguro de querer hacer esto sin ella.

—Sin duda, Doreen desearía que usted aceptara, aun dejándola

atrás. Y, disculpe mi brusquedad, pero ni es su primera esposa ni usted su primer marido. No pretendo denigrar el amor que sienten, pero puedo decir, de forma literal, que ustedes son meras fases en sus respectivas vidas.

—¿Y si elijo no participar?

—Mi especialidad es la farmacéutica, Dr. Simcoe. Si decide no participar, o si finge su aceptación pero nos da motivos para dudar de su sinceridad, se le inyectará mnemonasa, que destruirá su memoria a corto plazo. Olvidará todo este encuentro. Si realmente no desea la inmortalidad, por favor elija esa opción; es indolora y no produce efectos duraderos. Ahora, Dr. Simcoe, necesito su respuesta. ¿Qué decide?

Doreen recogió a Lloyd en el aeropuerto de Montpellier.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —dijo ella en cuanto lo vio salir de la sala de equipajes—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué perdiste el primer vuelo?

Lloyd abrazó a su mujer; Dios, cuánto la amaba, y cómo odiaba estar separado de ella. Pero entonces negó con la cabeza.

—Fue la cosa más estúpida. Me olvidé por completo de que el vuelo de vuelta era a las cuatro en punto. —Se encogió de hombros y le mostró una leve sonrisa—. Creo que me estoy haciendo viejo.

33

Theo estaba sentado en su despacho. Por supuesto, una vez había pertenecido a Gaston Béranger, pero su cargo de cinco años había expirado hacía mucho, y en aquellos tiempos el CERN no era lo bastante grande como para requerir un director general. De modo que Theo, como director del CTT, lo había hecho suyo. El viejo Gaston seguía vivo y era profesor emérito de Física en la Universidad de París, en Orsay. Él y Marie-Claire seguían felizmente casados, y tenían un hijo laureado en sus estudios, además de una hija.

Theo se descubrió mirando por la ventana. Había pasado un mes desde el gran apagón, el salto al futuro en el que todo el mundo había perdido la conciencia durante una hora. Pero Klaatu se hubiera enorgullecido de ellos: no se había informado de una sola baja en todo el planeta.

Él continuaba vivo y había evitado su propio asesinato. Seguiría adelante, pero ¿quién sabía por cuánto tiempo? Sin duda, algunas décadas más. Podía alquilar unos cuantos años.

Y de repente se dio cuenta de que no sabía qué iba a hacer con todo ese tiempo.

Era otoño, demasiado tarde para oler las rosas de forma literal, pero ¿y figurada?

Se levantó, dejó que la puerta interior del despacho se deslizara a un lado, repitió el proceso con la exterior y se dirigió al ascensor. Bajó a la planta baja, recorrió el pasillo, atravesó el vestíbulo y salió del edificio.

Estaba nublado, pero se puso las gafas de sol.

Siendo un adolescente, había corrido desde Maratón a Atenas. Cuando terminó, pensó que el corazón no dejaría nunca de latir, aunque estuviera sin aliento. Recordaba el momento a la perfección,

cruzando la línea de meta y completando la histórica carrera.

También se acordaba con claridad de otros momentos, por supuesto. Su primer beso, su primer encuentro sexual, imágenes específicas (postales mentales) de su viaje a Hong Kong, la graduación de la universidad, el día en que conoció a Lloyd, la rotura del brazo jugando al lacrosse. Y, por supuesto, su primer experimento con el LHC, el corte...

Pero...

Pero todos esos momentos nítidos, esos recuerdos... todos pertenecían a hacía dos décadas o más.

¿Qué había sucedido últimamente? ¿Qué grandes experiencias, qué pesares exquisitos, qué cumbres inconmensurables podía recordar?

Caminó. El aire era fresco, tonificante. Le daba a todo claridad, definición, forma, una claridad que había echado de menos desde...

Desde que comenzó a investigar su propia muerte.

Veintiún años obsesionado con una única cosa.

¿Tenía Acab recuerdos nítidos? Sí, claro: la pérdida de su pierna, sin duda. Pero, ¿y después de aquello, después de comenzar su búsqueda? ¿Fue todo un borrón, mes tras mes, año tras año, en el que se difuminaba todo y todos?

Pero no. Theo no era Acab, no era un fanático. Había encontrado tiempo para hacer muchas cosas entre el 2009 y hoy, aquí, en el 2030.

Pero...

Pero nunca se había permitido hacer planes para el futuro. Sí, había seguido con su trabajo y había ascendido varias veces, pero...

Una vez leyó un libro sobre un hombre que descubría a los diecinueve años que corría el peligro de contraer la enfermedad de Huntington, un desorden hereditario que le restaría facultades para cuando llegara a la mediana edad. El hombre se dedicó por completo a la tarea de dejar huella antes de que se le acabara el tiempo. Pero Theo no había hecho eso. Sí, había logrado grandes progresos en el campo de la Física, y, por supuesto, tenía su Nóbel. Pero incluso ese momento, el instante en el que recibió la medalla, estaba desenfocado.

Veintiún años ensombrecidos. Incluso sabiendo que el futuro era

mutable, aun prometiéndose que no dejaría que la búsqueda de su asesino dominara su vida, había pasado (si no saltado) dos décadas adormilado, reducido, menguado.

¿Que no tenía un defecto fatal? Menuda risa.

Siguió paseando. Un coro de pájaros piaba al fondo.

¿Que no tenía un defecto fatal? *Ésa* había sido la idea más arrogante de todas: claro que tenía una *hamartia*, pero era la imagen especular de la de Edipo: éste creía que *podía* escapar a su destino. Theo, sabiendo que el futuro era maleable, había sido aplastado por el miedo a no poder burlar al destino.

Y así no se había casado, no había tenido hijos; en eso, era incluso inferior a Acab.

Tampoco había leído *Guerra y paz*. Ni la Biblia. En realidad, ¿cuánto hacía que no leía una novela? ¿Diez años?

No había viajado por el mundo, salvo por su vieja búsqueda en busca de pistas.

No había aprendido a cocinar bien.

No había tomado lecciones de bridge.

No había escalado el Mont Blanc, ni siquiera en parte.

Y ahora, de forma increíble, de repente tenía, si no todo el tiempo del mundo, al menos sí una buena parte.

Tenía libre albedrío; tenía un futuro que construir.

Era un pensamiento mareante. *¿Qué quieres hacer cuando seas mayor?* Las camisetas con dibujos animados habían pasado a mejor vida, así como su juventud. Tenía cuarenta y ocho años. Para un físico, ya era un abuelo. Con toda seguridad era demasiado viejo para lograr ninguna otra hazaña.

Un futuro que construir. ¿Pero cómo definirlo?

Como momentos brillantes como un láser; recuerdos duros como el diamante; nítidos y claros. Un futuro *vivido*, un futuro saboreado, un futuro de momentos tan importantes y señalados que a veces cortarían, que a veces brillarían tanto que dolería contemplarlos, pero que al mismo tiempo fueran gozosos, de un gozo absoluto, puro, descarnado, la clase de alegría que no había sentido en aquellos veintiún años.

A partir de ahora…

A partir de ahora *viviría*.

Pero ¿qué haría primero?

El nombre volvió a surgir desde su pasado, desde su subconsciente.

Michiko.

Estaba en Tokio, por supuesto. Había recibido una tarjeta electrónica de ella en Navidad, y otra por su cumpleaños.

Estaba divorciada de Lloyd, su segundo marido, pero no había vuelto a casarse.

Podría, no sé, pasarse por Tokio, visitarla. *Eso* sería un momento maravilloso.

Por Dios, habían pasado muchos años, había corrido mucha agua bajo el puente.

No obstante...

No obstante, siempre le había gustado mucho. Era inteligente, sí, eso fue lo primero que pensó de ella; una mente maravillosa con un ingenio agudo. Pero no podía negar que también era bonita. Puede que incluso más que eso; graciosa y elegante, siempre perfectamente vestida con el estilo más actual.

Pero...

Pero habían pasado veintiún años. Después de tanto tiempo, tenía que haber algún otro, ¿no?

No. No lo había. Había oído rumores. Por supuesto, él era más joven, pero eso no importaba mucho, ¿no? ¿Cuántos tendría ella ahora? ¿Cincuenta y seis?

No podía marcharse de repente a Tokio.

¿O sí?

Una vida que vivir...

¿Qué tenía que perder?

Absolutamente nada, decidió. Absolutamente nada.

Volvió al edificio, tomando las escaleras en vez del ascensor, subiendo los escalones de dos en dos, los zapatos resonando altos y nítidos.

Por supuesto, la llamaría primero. ¿Qué hora era en Tokio? Se lo preguntó al aire.

—¿Qué hora es en Tokio?

—Veinte horas, dieciocho minutos —respondió uno de los incontables dispositivos computerizados repartidos por su despacho.

—Llamada a Michiko Komura en Tokio.

Unos timbrazos electrónicos llegaron desde el altavoz. Su corazón comenzó a saltar. Un monitor surgió de su escritorio, mostrando el logotipo de la Nippon Telecom.

Y entonces...

Allí estaba. Michiko.

Seguía encantadora, y había envejecido estupendamente; podía haber pasado por una mujer diez años más joven. Y, por supuesto, vestía con toda elegancia; Theo aún no había visto aquel estilo en Europa, pero estaba convencido de que sería la última moda japonesa. Vestía un blazer corto con patrones irisados recorriéndolo.

—Vaya, Theo, ¿eres tú? —dijo en inglés.

Las tarjetas electrónicas sólo tenían texto y gráficos; habían pasado años desde la última vez que Theo oyera aquella hermosa voz alta, como el agua salpicando. Sintió sus facciones estirarse en una sonrisa.

—Hola, Michiko.

—A medida que se acercaba la fecha de las visiones estuve pensando en ti —respondió ella—, pero tenía miedo de llamar, de que pensaras que lo que quería era despedirme.

Le hubiera encantado oír antes aquella voz. Sonrió.

—Bueno, el hombre que me mató en las visiones está ahora detenido. Trató de volar el LHC.

Michiko asintió.

—Lo he leído en la Red.

—Supongo que no se cumplió la visión de nadie.

Michiko se encogió de hombros.

—Bueno, no con precisión. Pero mi preciosa hijita es tal y como la vi. Y, ¿sabes?, he conocido a la mujer de Lloyd, y él dice que es idéntica a como la vio. Y el mundo moderno se parece muchísimo al mostrado en el Proyecto Mosaico.

—Supongo. Yo me alegro de que mi parte no se hiciera realidad.

Michiko sonrió.

—Y yo también.

Se produjo un breve silencio; una de las ventajas de los videófonos era que los silencios eran aceptables. Podías quedarte

mirando al otro, y él a ti, sin decir nada.

Era *hermosa*...

—Michiko —dijo en voz baja.

—¿Hmm?

—Yo... he... he estado pensando mucho en ti.

Ella sonrió.

Theo tragó saliva, tratando de reunir valor.

—Y me preguntaba, bueno, ¿qué piensas de que vaya una temporada a Japón? —Levantó la mano, como si necesitara dar a ambos una salida si ella prefería malinterpretarlo de forma deliberada, rechazándolo con amabilidad—. Hay un CTT en la Universidad de Tokio, y me han pedido que vaya a dar unas charlas sobre el desarrollo de la tecnología.

Pero ella no necesitaba una salida.

—Me encantaría volver a verte, Theo.

Por supuesto, no había modo de saber si sucedería algo entre ellos. Michiko podía sentir simple nostalgia del pasado, de los tiempos pasados en el CERN, hacía tantos años.

Pero podía ser, cabía la posibilidad de que los dos estuvieran en la misma longitud de onda. Puede que las cosas no funcionaran entre ellos. Puede que, después de tantos años, fuera a suceder.

Ciertamente, él así lo esperaba.

Pero sólo el tiempo lo diría.

ROBERT J. SAWYER. (1960) Nació en Ottawa, Canadá, un 29 de abril. En la actualidad reside en Thornhill, Ontario (al norte de Toronto), con su esposa Carolyn Clink.

Realizó su primera venta profesional en 1979, mientras estudiaba en Ryerson, al *Strasenburgh Planetarium* de Rochester, New York. El trabajo en cuestión fue una historia corta, «Motive», que formaba parte de una trilogía titulada «Futurescapes». A pesar de que esta historia nunca fue publicada, se considera el embrión de muchos de los temas que posteriormente ha tratado en su obra,

combinando misterio, crímenes y ficción especulativa.

Su primer relato publicado fue «The Contest», en el anuario literario de Ryerson *(White Wall Review 1980)*. Por azares del destino, el editor de este anuario era **Ed Greenwood**, una institución en el universo *AD&D* de **TSR** que facilitó que «The Contest» fuera publicado posteriormente en la antología *100 Great Fantasy Short Short Stories*, cuyos editores fueron **Isaac Asimov**, **Terry Carr** y **Martin H. Greenberg**.

Gracias a esta publicación y a algunos trabajos de encargo más, vive profesionalmente como escritor desde 1983, después de graduarse en la Ryerson Polytechnic University de Toronto en Radio y Televisión en 1982. Los primeros seis años de profesión, sin embargo, los dedicó a colaborar con revistas y periódicos de Estados Unidos y Canadá, mediante artículos de los temas más diversos que tuvieran que ver con los ordenadores, su gran pasión. En esa época trabajó en la televisión por cable canadiense (Visión TV) y, alternando con un programa radiofónico, consiguió entrevistar a **Isaac Asimov**, **Samuel R. Delany**, **Gregory Benford**, **Robert Silverberg**, **Harry Turtledove**, **Kim Stanley Robinson**, **Thomas M. Disch** y **Ursula K. Leguin**, entre otros.

Siempre ha sido un asociacionista activo, y ha llegado a presidir la Science fiction and Fantasy Writers of America, la Crime Writers of Canada y la Writers' Union of Canada (que agrupa a todos los escritores canadienses), y pertenece a la Writers Guild of Canada (que agrupa a los guionistas canadienses).

Sus aficiones incluyen la paleontología (que toca en *Cambio de esquemas* y a la que va a dedicar uno de sus próximos libros), el Trivial en familia, e Internet, donde su página personal ha obtenido el prestigioso Eyesite Web Award patrocinado por The Microsoft Network y que podréis encontrar en:

http://www.ourworld.compuserve.com/homepages/sawyer

Su primera novela publicada fue *Golden Fleece* (Warner, 1990), que recibió el premio Aurora de la cf canadiense como mejor libro del año. Trata de la sugerente posibilidad de que una inteligencia artificial se convierta en un asesino durante una misión en una nave estelar. Esto, que parece el argumento de varias películas (sin ir más lejos *2001* o *Alien*) es tratado por **Sawyer** desde un punto de vista

original, totalmente diferente a la que se había hecho hasta ese momento. De hecho, **Orson Scott Card** *(El juego de Ender, Alvin Maker)* consideró que *Golden Fleece* se merecía el distintivo de mejor novela de cf de 1990. En Japón debieron pensar algo similar, porque fue finalista del premio Seiun a la mejor novela extranjera en 1992.

A continuación se embarcó en una trilogía, que posteriormente aumentaría con un cuarto libro, titulada *The Quintaglio Ascension*. En ésta pone a disposición del lector gran parte de sus conocimientos de paleontología, y de su manera especial de tratar la moralidad, explorando el papel de personajes de gran importancia en la historia de la ciencia, en un planeta habitado por dinosaurios inteligentes. *Far Seer* (Ace, 1992) trata de la figura análoga a la de Galileo; *Fossil Hunter* (Ace, 1993) de la análoga de Darwin y *Foreigner* (Ace, 1994) de la análoga de Freud. La primera de la serie fue finalista tanto del Aurora canadiense como del Seiun japonés. *End of an Era* (Ace, 1994) no programada inicialmente en la trilogía, cierra todos los cabos sueltos de las anteriores. También fue finalista del Aurora y, las cuatro, ganadoras del Homer, del forum de Compuserve.